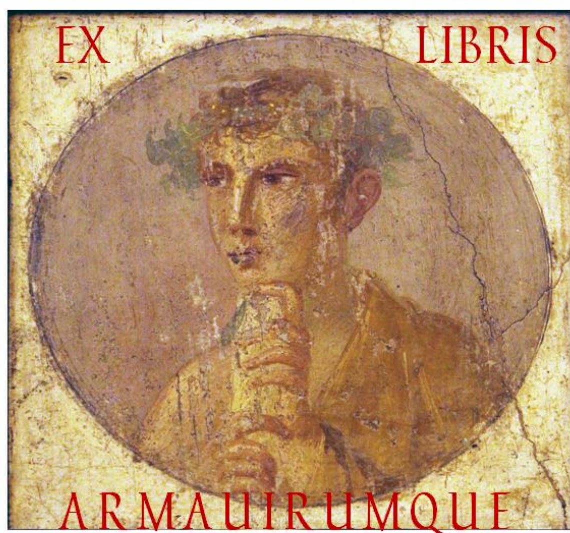
OBRAS

VOL 4

Luciano de Samósata

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 172



LUCIANO

OBRAS

IV

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
JOSÉ LUIS NAVARRO GONZÁLEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JESÚS UREÑA BRACERO.

Depósito Legal: M. 35295-1992.

ISBN 84-249-1602-6. Obra completa.
ISBN 84-249-1603-4. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6523.

69

PODAGRA

El último volumen de las obras de Luciano se abre con una increíble parodia. Bajo el título *Podagra* el autor esconde un ingenio y una animosidad crítica no por constatadas en obras previas menos sorprendente.

Un tipo, el adulto que sufre los ataques y achaques de la enfermedad que conocemos vulgarmente con el nombre de «gota», se ve aquí ridiculizado, caricaturizado, presentado en una situación límite. No falta un variado muestrario de personajes secundarios que introducen o rubrican los parlamentos que Luciano pone en boca de la propia enfermedad, la Gota, con mayúscula, que es la verdadera protagonista. Si desde el punto de vista del contenido se parodia una realidad del entorno cotidiano —lo típico de la comedia— desde el punto de vista formal se parodia justamente lo contrario, esto es, lo típico de la tragedia. Coro, corifeo, mensajeros, como personajes, esquemas métricos, partes cantadas que alternan con otras recitadas presentados todos ellos a través de un lenguaje altisonante con resonancias de tragedia, hacen que el lector no pueda por menos de mantener las carcajadas desde el primero al último verso. Pocas veces se juntan en tan reducido espacio tantos recursos cómicos que afectan tanto a la forma como al contenido. Hemos querido reflejar en la traducción toda la fuerza de la parodia manteniendo deliberadamente en verso las partes recitadas y hemos señalado en cursiva los pasajes cantados.

PODAGRO (DON GOTOSO) - CORO - GOTA - MENSAJERO
MÉDICO - DOLORES

PODAGRO (DON GOTOSO)[1]

¡Oh nombre abominable, aborrecido de los dioses,
Gota, plagada de gemidos, hija del Cocito,
a quien en los profundos antros del Tártaro
de su vientre parió la Erinis Megera
y amamantó a sus pechos, y a ti amargo retoño
a tus labios leche destiló Alecto!
¿Quién de los dioses te trajo a ti, demonio de nombre,
hasta la luz? Llegaste, azote para los hombres.
Pues si a mortales acompaña cuando mueren
pago por los errores que cometieron en la luz,
no debería haberse castigado en la mansión de Hades
a Tántalo con manjares, ni a Ixión con una rueda giratoria
ni a Sísifo con su roca[2];

---

[1] Lo ideal será traducir los nombres, pues producirían un efecto cómico mucho mayor. *Podagra* sería la GOTA y *Podagro,* DON GOTOSO —añado el «Don» por los años y el prototipo del personaje—.

[2] Alusión a los tres castigos más ejemplares; Tántalo, que había robado néctar y ambrosía de los dioses para entregarlos a los hombres, estaba condenado a pasar hambre y sed de por vida, pese a tener ante su boca líquidos y manjares exquisitos en abundancia; cuando se disponía a alcanzarlos se apartaban de él y jamás podía conseguirlos. Sísifo, por su parte, debía empujar cuesta arriba una enorme roca que al llegar a la cima volvía a caer, teniendo él que repetir la misma operación una y otra vez. A Ixión lo ató Zeus a una rueda encendida que giraba sin cesar por haber intentado seducir a su esposa, la diosa Hera.

bastaba pura y simplemente con acoplar a todos los que
[males cometieron
a tus dolores articulados
como esta piltrafa pobre y miserable: mi cuerpo;
desde las puntas de las manos hastas las plantas de los pies
con un hilo de linfa y agrio flujo de bilis está inmovilizado,
después que un soplo violento obstruyera sus conductos,
y luego de obstruirlos, extiende los dolores.
Por las entrañas mismas corre dañina fiebre
abrasando mis carnes con hogueras de llamas
como cráter del Etna lleno de fuego
o estrecho siciliano con su paso de corriente marina
donde da vueltas torvo remolino de olas en las cavernas de
[las rocas.
Oh final difícil de prever para los hombres todos
¡qué en vano todos te vamos halagando
alimentándonos de vaciedades con vanas esperanzas!

CORO[3]

Sobre el Díndimo monte de Cibeles[4]
y por su tierno Atis
los frigios lanzan frenético lamento
y por las laderas del Tmolo
al son del corno frigio
los lidios gritan su canto festivo;
y golpeando con furia al ritmo cretense

---

[3] Comienza aquí el canto del coro con versos anacreónticos cuyo esquema métrico produce impacto especial, pues descansa sobre el metro jónico de poco uso entre los trágicos.

[4] El coro alude a los rituales orgiásticos de Cibeles, la diosa frigia, a quien amaba el joven Atis. El final del canto hace mención de la historia de Procne y Filomela, dos hermanas metamorfoseadas en ruiseñor y golondrina, respectivamente.

sus panderos, a gritos entonan
un canto ritual los Coribantes.
Resuena la trompeta en grave son
haciendo vibrar el canto de guerra
en honor al violento Ares.
Nosotros, Gota, a ti
de primavera en las primeras horas
cual «mistas» iniciamos los lamentos
cuando todo prado está ya en flor
con hierbas y céspedes nacientes,
y cuando con las suaves del Céfiro brisas
se pueblan de pétalos las copas de los tallos;
presumen de sus hojas los árboles
y la golondrina de infausto matrimonio
se deja oír en los hogares de los hombres de voz articulada
y nochero por el bosque
llorando a Isis gime entre sollozos
Atis el ruiseñor.

PODRAGO (DON GOTOSO)

Ay de mí; de dolores ayuda, ay tercer pie,
bastón por el destino deparado, apoya
mi paso tembloroso y endereza mi senda,
para que plasme sólida huella sobre el suelo;
levanta, desdichado, los miembros de la cama
y abandona el techo cobijante del hogar.
Disipa de los ojos la inmensidad nocturna del cielo
viniendo hasta la puerta y ya a la luz del sol
aspira un aura despejada con brisa luminosa.
Han pasado diez soles y cinco además
desde que encerrado en tinieblas al margen del sol
consumo mi cuerpo en mi cama desecha;
mi ánimo y mi impulso es dar pasos lentos

tendiendo hacia la puerta,
mas mi cuerpo indolente no se somete a mis deseos.
Sin embargo, ¡arriba, corazón! aún a sabiendas de
que un pobre enfermo de gota, si quiere pasear
y no puede, se cuenta ya entre el cupo de los muertos.
Pero, ¡vamos!
¿Quiénes son éstos que con sus manos manejan bastones
con las cabezas coronadas de hojas de saúco?[5]
¿A quién de las deidades llevan en procesión festiva?
¿Honran tu culto acaso, Febo Peán?
No, pues no son sus coronas hechas de hojas de laurel de [Delfos
Mas ¿no será un himno a Baco el que se entona?
No, pues sobre sus melenas no se asienta el sello de la yedra.
¿Quiénes sois extrajeros, y de dónde habéis venido?
Hablad y explicaros con palabra franca;
decid, ¿quién es, amigos, aquel a quien con himnos cele- [bráis?

CORO

¿Quién eres tú y de qué familia, que te diriges a nosotros?
Tu bastón y tu paso, no hay duda, te delatan,
y vemos en ti a un «mista» de la invencible diosa.

PODAGRO (DON GOTOSO)

¿Que soy yo uno de los «dignos» de la diosa?

---

[5] El coro de gotosos lleva la cabeza coronada de saúco, con cuyas flores hacían los antiguos infusiones para combatir procesos febriles. También se aprovechaban sus frutos para obtener miel y realizar cocimientos en cuyas aguas, si hemos de hacer caso a TEOFRASTO, *Historia de las plantas* III 13, 4, lavaban sus manos y cabezas los iniciados en los misterios.

CORO

A la cipria Afrodita
que de gotas del cielo cayó,
una belleza airosa entre marinas olas
le procuró Nereo.
Junto a las fuentes del Océano,
a la esposa de Zeus Olímpico,
a Hera de blancos brazos en su amplio regazo
amamantóla Tetis.
Y en la coronilla de su inmortal cabeza
el Cronida, el más excelso de los Olímpicos,
alumbró a una doncella de casta indomeñable,
a la alborotadora Atenea.
Y a nuestra diosa dichosa
entre sus brazos fornidos
la dio primero a luz el anciano Ofión[6]*;*
cuando cesó el caos tenebroso
y se levantó la luminosa aurora
y el deslumbrante resplandor del sol,
entonces se dio a ver la fuerza de la Gota.
Cuando de sus entrañas te engendró Cloto
y te lavó la Moira,
se puso radiante con deslumbrante resplandor el cielo
y retumbó con trueno el firmamento despejado.
y la próspera Pluto la crió
entre sus pechos de rica leche.

[6] Ofión reinaba sobre los Titanes en compañía de Eurínome, hija de Océano, en época anterior a Crono y Rea, quienes precisamente los precipitaron en el Tártaro. Nótese el contraste con los nacimientos de las restantes divinidades aludidas en el canto anapéstico del coro (versos paremíacos para más exactitud: ⏑⏑-/ ⏑⏑-/ ⏑⏑-/ ⏑-).

PODAGRO (DON GOTOSO)

¿Y con qué ritos excita a sus devotos?

CORO

No derramamos sangre impetuosa por cortes de hierro;
no contonean nuestro cuello vaivenes de la melena suelta,
ni nuestra espalda es golpeada por huesos ruidosos,
ni nos alimentamos de carnes crudas de toros despiezados.
Cuando brota la tierna flor del olmo en primavera
y canta sobre las ramas el canoro mirlo,
entonces a los «mistas» nos traspasa aguda flecha por los
[miembros,
oculta, escondida, sumergida bajo lo más hondo de los
[miembros;
pie, rodilla, articulación, huesos, caderas, muslos,
manos, homoplatos, brazos, codos, frutos suyos... los
come, devora, abrasa, domina, enciende, debilita
hasta que la diosa ordena retirarse al dolor[7].

PODAGRO (DON GOTOSO)

¿Resulta, pues, que yo sin darme cuenta soy también uno
de los iniciados? Muéstrate entonces, diosa,
propicia a un suplicante, que yo junto a tus fieles
voy a entonar tus himnos cantando la canción de los gotosos.

CORO

Calle el firmamento y cese el viento,
guarde todo gotoso silencio religioso[8].

[7] Se ha preferido mantener tal cual la secuencia de nombres en acusativo y la de verbos que los rigen, aun a riesgo de perder algún matiz difícil de expresar traduciendo una palabra griega por una castellana.

[8] Imposible no traer a colación numerosos pasajes tanto de tragedia

¡Vamos! Hacia su altar avanza paso a paso la diosa
que se complace en las camillas, en bastón apoyada.
¡Salve, la más afable de los dioses;
ojalá que con rostro radiante
te muestres propicia a tus fieles
y des rápido alivio a sus dolores
en estas épocas primaverales.

GOTA

¿Quién de los mortales sobre la faz de la tierra,
no me conoce a mí, la Gota, señora de dolores, invencible?
A mí, a quien no aplaca ni el humo del incienso,
ni la sangre derramada junto a altares con víctimas quemadas
ni templo de riqueza con estatuas en derredor colgadas;
a mí, a quien ni con fármacos es capaz de vencer Peán,
médico de todos los dioses que habitan en el cielo,
ni el hijo de Febo, el docto Asclepio.
Desde que por primera vez apareció la raza de los hombres
se atreven todos a echar fuera mi fuerza,
sin dejar de hacer experimentos con fármacos,
cada uno intenta un procedimiento contra mí[9]:

como de comedia en los que se pide a los miembros del coro *euphemeîn* esto es, guardar el silencio religioso propio de los fieles iniciados en los misterios. A modo de ejemplo véase ARISTÓFANES, *Tesm.* 298, o EURÍPIDES, *Ifigenia Taur.* 123.

[9] No podemos entrar a comentar uno por uno todos los remedios que aplicaban los antiguos para remediar las dolencias de gota. Obviamente están aquí parodiadas hasta la exageración. Pero no está de más ver los diferentes remedios citados por CELSO, 4, 32, o PLINIO, *Hist. Nat.* XXXVI 131-133, y los aludidos por el propio LUCIANO, *Afic. Ment.* 7 (quien desee consultar este último puede acudir al volumen 113 de esta misma colección, págs. 201 y 202; allí se habla nada menos que de dientes de musaraña envueltos en piel de león o en piel de cierva virgen).

contra mí frotan lengua de carnero y apio
y hojas de lechugas y verdolaga del prado;
otros musgos, y otros algas de charca;
otros muelen ortigas, otros consuelda;
otros traen lentejas que sacan de los morteros,
zanahoria cocida, otros hojas de melocotón,
beleño, adormidera, bulbos de azafrán, granadas,
zaragotona, incienso, raíz de eléboro, sodio,
alholva con vino, masa de croquetas, puré de lentejas,
resina de ciprés, granos de cebada,
hojas de repollo cocido, yeso de Paros,
cagarrutas de cabra montesa, excremento humano,
puré de habichuelas, flor de piedra de Aso;
cuecen sapos, ratones de campo, lagartos, comadrejas,
ranas, hienas, antílopes, zorros.
¿Y qué metal no han probado los mortales?
¿Y qué jugo no han probado? ¿Qué lágrimas de árbol?
De todos los animales, huesos, nervios, pieles,
grasa, sangre, médula, orina, excremento, leche.
Remedios beben unos de cuatro ingredientes,
otros de ocho, pero los más, de siete.
Se purifican otros al beber la sagrada (medicina)
y a otros los engatusan hechizos de impostores;
a otros tontos los cautiva «El Judío»
y otros buscan la curación en Cirrane [10].
Mas yo prefiero que todos se lamenten
y suelo plantar cara con más irritación
a quienes así actúan y me ponen a prueba.
Pero con los sensatos que no me plantan cara
tengo una mente suave y soy tranquila.
Pues el que toma parte en mis rituales

[10] Cirrane es el nombre de una divinidad femenina de la que tenemos noticias a través de Hesiquio que pone este nombre en boca de Menandro.

lo primero que aprende es a moderar su boca
a todos deleitando, diciendo palabras ingeniosas.
Y por todos es visto con sonrisas y aplauso
cuando agarrado lo llevan al baño.
Porque la Ate que Homero cantó, esa soy yo,
que camino sobre las cabezas de los hombres
y tengo blandas las plantas de los pies;
entre la mayoría de los hombres soy conocida con el nombre de Gota,
porque resulto ser cazadora que atenaza sus pies.
¡Pero vamos devotos todos de mi ritual, a la invencible diosa
honrad con himnos!

CORO

Muchacha que tiene temple de acero,
bienfornida, imponente de ánimo, diosa,
escucha el griterío de tus sacerdotes de voz articulada;
grande es tu poder, próspera Gota,
ante quien se eriza la rápida flecha de Zeus;
y te temen las olas del abismo marino
y te teme el rey de los de bajo tierra, Hades;
«*amiga-de-vendajes*», «*andariega-en-camilla*»[11]
«*impide-la-carrera*», «*quebranta-los-huesos*»,
«*abrasa-tobillos*», «*anda-de-puntillas*»,
«*mete-miedo-a-los-pisones*», «*quema-rodillas-en-vela*»,
«*ama-piedras-en-nudillos*»,
«*dobla-rodillas*», «*¡Gota!*».

[11] Imposible dar una traducción a unos compuestos tan inteligibles y gráficos como intraducibles con un mínimo de corrección. Nos ha parecido que lo fundamental es dar a entender que el texto griego presenta ahí unos términos novedosos compuestos de dos o tres elementos.

MENSAJERO

¡Señora! Saliste al encuentro con pie oportuno.
Escucha, que traigo un mensaje no vanal
pues se trata de un hecho compañero de viaje de mis [palabras[12].
Pues yo, como ordenaste, con sosegado pie
rastreando todas las ciudades, investigando las casas todas
ansioso de saber si hay alguien que no estima tu poderío,
vi el porte resignado de los demás, señora,
de ambas manos por tu fuerza vencidos,
pero estos dos mortales, con atrevida audacia
a las gentes decían e incluso les juraban
que tu poder no es venerable ya
y que por el contrario te expulsarán de la vida de los [hombres,
por lo que yo precisamente apretando su pie con poderosa [argolla
al quinto día llego tras recorrer un par de estadios.

GOTA

¡Qué rápido volaste, mi veloz mensajero!
¿De qué tierra inaccesible, cuyos límites dejaste, vienes?
Indícalo con claridad para que lo sepa enseguida.

MENSAJERO

Primero dejé una escalera de cinco peldaños
que temblaba por las junturas sueltas de las maderas
de donde me recibe un suelo machacado a golpes de pisón,
resistente a las ásperas plantas de mis pies.

[12] Las primeras palabras del mensajero son parodia descarada de las entradas típicas en escena de estos personajes tan secundarios como importantes de las diversas tragedias griegas.

Luego de atravesarlo con dolorosas huellas yo
anduve camino cubierto de gravillas
difícil de cruzar por las agudas aristas de las piedras,
después del cual cayendo en lo resbaladizo de un camino liso
seguí rápido hacia adelante, pero el barro pringoso
tiraba hacia atrás de mis tobillos sin fuerza;
al cruzar por él, un sudor húmedo de mis miembros
empapaba mi paso agotando mis fuerzas ya menguadas;
de donde me recibe, todo el cuerpo agotado,
un sendero liso pero no seguro.
A toda prisa carruajes por aquí y por allá
me obligaban, me impulsaban a correr,
pero yo, aligerando airosamente mi pie perezoso,
andaba de lado hacia la franja estrecha del camino
hasta que pasara a la carrera un vehículo de ruedas,
pues como soy un «mista» tuyo no tenía fuerza para correr
[deprisa.

Gota

No en balde, hombre; esta acción está muy bien ejecutada;
por tu interés te concederé el privilegio de honores iguales a
[los míos
y que este don sea una satisfacción moral para ti:
durante tres años seguidos tendrás dolores leves.
Y vosotros, miserables y los más odiosos a los dioses,
¿quiénes sois?, ¿por quiénes habéis sido engendrados,
que os atrevéis a plantar cara al poder de la Gota,
cuya fuerza ni el Cronida ha podido vencer?
Hablad, miserables. Que yo domeñé a la mayoría
de los héroes, según saben los sabios:
Príamo se llamaba Podarces porque era gotoso[13];

[13] La Gota hace gala de su poderío aludiendo a una serie de personajes de la leyenda cuyos nombres o cuyas sagas tienen que ver con algún

y murió Aquiles que era gotoso, el hijo de Peleo;
Belerofonte, que era gotoso, intentaba resistir;
y el señor de Tebas, Edipo, era gotoso.
De los Pelópidas era gotoso Plístenes
y el hijo de Peante que mandaba la expedición era gotoso.
Otro Podarces era caudillo de los Tesalios,
el cual, cuando cayó Protesilao en la batalla,
gotoso sin embargo y en medio de dolores, dirigía la expe- [dición.
Y al rey de Ítaca, al hijo de Laertes, a Odiseo,
lo maté yo y no una espina de lenguado.
Así que por muy felices que os las prometáis, desgraciados,
sufriréis un castigo acorde con vuestro comportamiento.

MÉDICO

Somos sirios, linaje de Damasco;
forzados por un hambre espantosa y por pobreza

---

tipo de anomalía o de peculiaridad referida a los pies. Comienza la relación con Príamo, llamado «Podarces», esto es, de «pie decidido»; la historia de Aquiles y el vulnerable talón de su pie es de todos conocida, al igual que la de Edipo, «pie hinchado». Belerofonte sólo puede incluirse en esta referencia si pensamos que al caer del caballo alado Pegaso se lesionó o sufrió un duro golpe en alguna de sus extremidades inferiores. Por su parte, Plístenes —«plenitud de fuerza»— era según la saga y en notable paradoja con su nombre de naturaleza enfermiza, si bien no se tiene constancia de ninguna dolencia de sus pies. Sí se conoce en cambio la tragedia del hijo de Peante, Filoctetes, abandonado a su suerte en la isla de Lemnos, donde quedó cojo de resultas de la mordedura de una serpiente en el pie. Las hazañas del Podarces, «de pies ágiles», auténtico se mencionan en *Ilíada* II 704 y XIII 693, y con respecto a la muerte de Ulises no hay razón que explique las pretensiones de la Gota como no sea —y no tendría tampoco mucho sentido— que la lanza que le disparó Telégono con espinas de lenguado fuera a clavarse en las extremidades inferiores provocando su caída y su posterior muerte. Si en la mayoría de los personajes la alusión de Gota tiene una cierta justificación en el caso de Ulises se ha traído la alusión con alfileres.

vamos errantes dando tumbos por mar y tierra.
Tenemos este ungüento, regalo de los padres,
con el cual aliviamos los dolores de los pacientes.

GOTA

¿Qué ungüento es ese y cuál es su fórmula?

MÉDICO

Juramento de «mista» me obliga a callar; no puedo hablar;
y el último encargo de mi padre al morir,
que me ordenó ocultar el gran poder del fármaco,
que incluso puede curarte a ti cuando estés irritada.

GOTA

Entonces, malditos que vais a perecer de mala muerte,
¿hay en la tierra alguna acción de fármaco tan potente
que aplicada como ungüento sea capaz de detener mi fuerza?
Pero vamos; concedamos que sea así
y probemos a ver si es más poderosa la fuerza del fármaco
[o mis llamas.
Venga, vosotros que tenéis aspecto taciturno, volando por
[doquier;
tormentos, compañeros de mis rituales frenéticos,
¡acercaos! ¡Y tú inflámales los pies desde la planta
hasta la punta de los dedos; tú métete en los tobillos; tú
desde los muslos hasta las rodillas derrama amarga inmen-
[sidad de linfa,
y vosotros, quebradles los dedos de las manos!

DOLORES

¡Mira! Acabamos de hacer lo que nos ordenaste.
Yacen, los desdichados, dando gritos enormes
con todos los miembros asaeteados por nuestro ataque.

GOTA

Vamos, extranjeros; aprendamos con toda exactitud
si este medicinal ungüento os sirve de algo.
Pues si de forma clara es capaz de contrarrestarme,
dejando la tierra me iré hasta lo más hondo de sus profundidades,
aniquilada, sin que me vean, a los confines abismales del Tártaro.
Venga; aplicaos el ungüento. ¡Que remita el dolor de las llamas!

MÉDICO

¡Ay de mí, ay, ay, ay! Me atormento, me muero.
Todo miembro atravesado por un mal invisible;
ni Zeus agita flecha tal de rayo,
ningún remolino del mar causa tales furias
ni es tan grande la violencia arremolinada del huracán;
¿acaso me devasta el mordisco lacerante del Cerbero?;
¿acaso me está devorando el veneno de Equidna
o el peplo de Centauro empapado en linfa? [14].
Ten compasión, señora, ni mi fármaco
ni ningún otro puede detener tu carrera;
por unanimidad vences a toda raza de hombres.

GOTA

Parad, tormentos, aminorad los dolores de quienes
ahora se arrepienten de competir conmigo.
Que sepan todos que soy la única de las diosas
que siendo inflexible no me dejo vencer por los fármacos.

[14] Alusión a la historia del centauro Neso que entregó alevosamente a Deyanira, esposa de Heracles, una túnica impregnada de sangre y veneno con la que sin saberlo causó ésta la muerte del héroe.

CORO

Ni la fuerza de Salmoneo compitió con los truenos de Zeus,
sino que murió, domeñada por flecha humeante su mente
[impía;
ni se alegró de haber competido con Apolo el sátiro Marsias,
sino que un pino susurra un canto triste por su piel.
Sufrimiento de perpetuo recuerdo tuvo Níobe, fecunda ella,
[por enfrentarse a Leto,
que aún bañada en lágrimas vierte copioso llanto en Sípilo.
Y Aracne, la doncella Meonia, entró a disputar con la Tri-
[tónida,
pero perdió su forma y aún hoy teje sus redes[15].
Osadía de mortales no es igual a las cóleras de los bien-
[aventurados;
como Zeus, como Leto, como Palas, como Apolo.
Ojalá que tú, oh diosa universal, oh Gota, nos concedas
[también un dolor
suave, ligero, ágil, no punzante, de corto daño, anodino,
llevadero, cómodo, desmayado, bien pasable.
Muchas son las formas del infortunio.
Y a quienes tienen gota sírvanles de consuelo
ejercitarse y acostumbrarse a los dolores;

[15] Nadie puede luchar contra la Gota; esa partida está perdida de antemano. Para demostrarlo se traen a colación leyendas de mortales que intentaron rivalizar con divinidades. Perdieron en la lid y fueron inexorable y duramente castigados. Salmoneo intentaba provocar el trueno y el rayo, por procedimientos un tanto artesanales, hasta que Zeus, irritado, le fulminó con su rayo. El sátiro Marsias, que desafió a Apolo a un certamen musical, fue colgado de un pino y desollado vivo. Níobe se jactó de su prole ante Leto y declaró que era superior a ella que sólo tenía dos hijos, los gemelos Apolo y Ártemis; quedó convertida en roca de la que fluía un manantial. Aracne desafió a Atenea a tejer y bordar y se ahorcó antes de ser convertida en araña condenada a tejer su tela perpetuamente.

de esa forma, con buen ánimo, compañeros de fatigas,
olvidaréis dolores;
así lo que se esperaba no se llevó a cabo
y un dios halló solución para lo inesperado[16].
Que todos los que sufren aguanten ser objeto de burlas y de insultos.
Éste ha sido el desenlace de esta obra.

---

[16] El final es un verso colocado prácticamente al término de al menos cinco tragedias de Eurípides: *Helena, Bacantes, Alcestis, Medea* y *Andrómaca.*

70

HERMÓTIMO O SOBRE LAS SECTAS

Imponente varapalo el que propina Luciano en este diálogo a todas las escuelas filosóficas sin excepción. Fustigadas ya en *Subasta de vidas* y *El pescador,* aquí ninguna se libra de los dardos de nuestro autor.

Bajo la máscara de Licino y con Hermótimo por único interlocutor, Luciano articula perfectamente sus argumentos. El personaje de Licino está aquí en plena forma, con la agilidad mental, la rapidez de reflejos, la agudeza y la perspicacia de sus mejores momentos. Hermótimo apuesta por los estoicos. Licino va rebatiendo uno por uno todos sus argumentos; habría que probar todas las escuelas y optar después por la mejor; no se puede decidir *a priori* que en el estoicismo se hallan todas las excelencias y virtudes. Y para hacer la prueba en condiciones se necesitarían más años de los que pueda contar una vida humana por muy dilatada que sea. Hermótimo aduce que basta con un botón de muestra para hacerse una idea de cada escuela y trae a colación el ejemplo de quien cata vino de un tonel y se hace una idea de cómo es sin necesidad de tener que apurar el tonel entero. Pero obviamente una escuela filosófica no es un tonel de vino; Licino desmonta los argumentos de Hermótimo y va más lejos todavía. ¿Quién puede garantizar que la filosofía —sea la de cualquier escuela— es el pasaporte para la felicidad y la vida virtuosa? Ahí pone Licino el dedo en la llaga desautorizando actitudes, pensamientos y comportamientos de diversos filósofos y poniendo en solfa su mentalidad especulativa y teórica carente de todo con-

tacto con los problemas de la realidad cotidiana. Es la filosofía y los filósofos quienes quedan puestos en tela de juicio con una gran finura, en uno de los escritos más conseguidos no sólo desde el punto de vista del contenido, cuanto desde el punto de vista formal. Largos párrafos bien construidos, citas y alusiones oportunamente traídas a cuento, figuras estilísticas sencillas pero de gran efecto, hacen de este diálogo una pieza capital dentro de la obra de Luciano.

LICINO. — A juzgar, Hermótimo, por el libro que llevas 1
y por el ritmo rápido de tu paso, parece que vas a toda prisa a casa de tu maestro. Al menos ibas pensando algo mientras caminabas, pues movías los labios suavemente susurrando y agitabas la mano a un lado y otro como si estuvieras componiendo un discurso para ti mismo, planteando alguno de esos problemas enrevesados o abordando sesudamente alguna cuestión típica de los sofistas; así que ni aun cuando vas andando descansas, sino que estás en permanente actividad, haciendo algo práctico que de paso pueda servirte para tus estudios.

HERMÓTIMO. — Sí, por Zeus, algo de eso hay, Licino. Estaba repasando en la memoria cada punto que nos explicó en la sesión de ayer. Creo que no debemos desperdiciar ninguna oportunidad, sabedores de que es cierto lo que decía el (famoso) médico de Cos: «breve es la vida, pero duradera la ciencia»[1]. Desde luego hacía esa afirmación referida a la medicina, que es materia más fácil de

[1] Alusión a una afirmación de Hipócrates que generalmente se traduce por «corta es la vida y largo es el arte», pues el término griego *téchnē*, «arte», es el que se emplea en la cita. Tal vez «ciencia» es una traducción inexacta, pero se ajusta más a la noción de destreza no exenta en un médico de los conocimientos teóricos. El término «arte» tiene hoy en nuestra lengua otras connotaciones.

aprender. La filosofía, en cambio, es inasequible aunque se le dedique un tiempo superior, a no ser que uno esté bien despierto y mantenga una atenta y viva mirada sobre ella. Y lo que está en juego no es precisamente algo de poca monta: o ser un pobre hombre y perderse entre el anonimato de la chusma o ser feliz cultivando la filosofía.

2 LICINO. —Excepcional es la recompensa que acabas de mencionar, Hermótimo. Y yo creo que no andas muy lejos de ella, al menos a juzgar por la cantidad de tiempo que dedicas a la filosofía y por el esfuerzo no insignificante que pareces dedicarle desde hace mucho tiempo. Y si mal no recuerdo, hace casi veinte años que no te he visto hacer más que acudir a casa de los maestros e inclinarte sobre el libro al tiempo que escribes apuntes sobre las sesiones, siempre pálido y con el cuerpo enjuto fruto de las preocupaciones. Y me parece que ni el sueño te relaja, de tan metido como estás en el tema. Así que a la vista de cuanto vengo observando, no das en absoluto la impresión de que vayas a alcanzar pronto la felicidad, a no ser que te acompañe desde hace bien de años, sin habernos dado nosotros cuenta.

HERMÓTIMO. —¿De dónde sacas esas conclusiones, Licino, si ahora estoy empezando a atisbar el camino? La Virtud, como dice Hesíodo[2], habita lejos y la senda que lleva hasta ella es larga, empinada y abrupta y ofrece no pocos sudores a los caminantes.

LICINO. —¿Y no has sudado y andado por esa senda ya lo suficiente?

HERMÓTIMO. —Rotundamente no; lo único que me

---

[2] *Trabajos y Días* 289, inaugura un tópico, muy traído a colación en la literatura y el pensamiento griegos, que presenta a la Virtud instalada en lo alto de un promontorio escarpado de muy difícil acceso. Véase el propio LUCIANO, *El maestro de retórica* 2.

impediría ser plenamente feliz sería el no llegar a la cima, y en la actualidad, Licino, todavía estoy empezando.

LICINO. —Pero el propio Hesíodo dijo que el principio 3 era la mitad de todo[3], de modo que si afirmamos que estás ya a media subida no nos equivocaríamos.

HERMÓTIMO. —No, en absoluto; tendría ya mucho adelantado.

LICINO. —Bueno; entonces ¿en qué punto del camino diremos que te encuentras?

HERMÓTIMO. —Abajo, a las faldas, Licino, sin otro remedio que seguir adelante; la senda es resbaladiza y escarpada y uno necesita que le echen una mano.

LICINO. —Entonces tu maestro puede ser capaz desde lo alto, como el Zeus de Homero, de echarte la cuerda de oro de sus doctrinas, por medio de las cuales tira de ti hacia arriba y te lleva en volandas hacia él y hacia la Virtud, dado que él ha realizado ya la ascensión hace mucho tiempo.

HERMÓTIMO. —Eso es, Licino, lo que yo te decía que estaba ocurriendo. Al menos en cuanto de él depende hace ya tiempo que me habría subido arriba y que estaría ya compartiendo sus doctrinas; pero en lo que de mí depende, aún me falta.

LICINO. —Pues hay que animarse y tener la moral bien 4 alta con la vista puesta en la meta y en la felicidad que aguarda arriba, máxime cuando él, tu maestro, contribuye con su esfuerzo a apoyar el tuyo. Pero, cambiando de tema, ¿te desvela algún dato que te permita intuir cuándo podrías subir? ¿Opina que para el año que viene, tal vez después de los Grandes Misterios o de las Panateneas?[4].

---

[3] Ver una vez más *Trabajos y Días* 40.

[4] La celebración de fiestas importantes es un punto de referencia para establecer unos criterios de cronología relativa, ya que los griegos obviamente no miden el tiempo por años.

Hermótimo. — Poco tiempo, dices, Licino.

Licino. — Entonces, ¿para la Olimpíada siguiente?

Hermótimo. — Poco tiempo también para el ejercicio de la Virtud y la adquisición de la felicidad.

Licino. — ¿Entonces, con seguridad al cabo de dos Olimpíadas? Pues cualquiera de nosotros podría acusarte de gran vagancia caso de no poder conseguirlo en ese tiempo; el tiempo que se emplea en ir y volver tres veces desde las Columnas de Heracles hasta el Indo, y eso sin hacer el camino derecho y sin descanso, sino parándose a dar una vuelta por los países que pillan de camino[5]. Bien; ¿en qué cantidad quieres que cifremos la mayor altura y lo liso de la cima en la que reside la Virtud en comparación con la del monte Aorno, aquel que tomó Alejandro en muy pocos días?[6].

5 Hermótimo. — No hay comparación posible; el tema no es como tú lo imaginas, pues ni podría ser abordado o tomado en poco tiempo por más que miles de Alejandros lo atacaran; de ser así muchos habrían subido ya. Ahora son no pocos los que empiezan muy animosamente y avanzan un trecho, unos muy pequeño, otros algo mayor. Mas cuando llegan a la mitad de camino y se topan con muchos problemas y dificultades, se desaniman y se dan la vuelta jadeantes y empapados de sudor sin poder aguantar el cansancio. Solamente quienes son lo suficientemente fuertes como para resistir hasta el final, llegan a la cima y desde ella viven una existencia envidiablemente feliz el resto de

[5] Licino comienza a entrar ya en el terreno de la exageración. Piénsese lo que puede suponer desplazarse desde Gibraltar —Columnas de Heracles— hasta la India, ida y vuelta tres veces, y además con la correspondiente escala en los países intermedios.

[6] Estribación montañosa que fue expugnada con rapidez y brillantez por Alejandro Magno.

sus días, observando desde su atalaya al resto de los hombres como si fueran hormigas.

LICINO. —¡Vaya, vaya, Hermótimo; vaya tamaño del que nos presentas, que ni siquiera llegamos a pigmeos, tirados por el suelo con la piel pegada a la tierra! Es lógico; tu pensamiento es elevado y discurre por las alturas; nosotros en cambio, la vulgar chusma y cuantos andamos por el suelo, os dirigiremos las súplicas junto con los dioses, cuando estéis por encima de las nubes y alcancéis las alturas que desde siempre anhelasteis.

HERMÓTIMO. —¡Ay si pudiera subir allí yo también, Licino, pero aún me falta mucho!

LICINO. —Pero no dijiste cuánto, por ceñirnos a un 6
tiempo concreto.

HERMÓTIMO. —Ni yo mismo lo sé con exactitud, Licino. Calculo que será no más de veinte años. Al cabo de ellos, con seguridad, estaremos en la cima.

LICINO. —Por Heracles, mucho tiempo dices.

HERMÓTIMO. —Es que son grandes fatigas por grandes recompensas.

LICINO. —Quizás sea verdad lo que dices. Y que vivirás veinte años más, ¿acaso te ha prometido tanto tu maestro, que debe ser no sólo sabio sino adivino o intérprete de oráculos o uno de esos que conocen las técnicas de los caldeos[7]. Dicen que saben cosas de esa índole. Porque sobre la base de la incertidumbre de si vivirás hasta llegar a la virtud no es lógico que afrontes semejantes fatigas y que andes pasando semejantes angustias de noche y de día sin saber si el Destino, cuando estés a punto de llegar a la cima, se plante y te tire abajo cogiéndote de un pie sin ver cumplidas tus esperanzas.

[7] La proverbial habilidad de los caldeos en este tipo de actividades era conocida por los griegos.

HERMÓTIMO. — ¡Quita, Licino!; es un disparate lo que dices. Ojalá pudiera yo vivir para experimentar la felicidad de haber llegado a ser sabio un solo día.

LICINO. — ¿Y un solo día te compensaría de tantas fatigas?

HERMÓTIMO. — Con un solo instante me conformaría.

7 LICINO. — ¿Y cómo puedes saber que la felicidad de las alturas es tal que justifique tantos pesares? Porque tú no has subido nunca.

HERMÓTIMO. — Pues me fío de lo que dice mi maestro; él lo sabe perfectamente porque está ya en la cúspide.

LICINO. — ¿Y qué tipo de cosas, por los dioses, decía, son las que hay allí, o en qué consiste la felicidad? ¿Tal vez en algún tipo de riqueza, fama y placeres insuperables?

HERMÓTIMO. — Calla, amigo; nada de eso tiene que ver con la existencia virtuosa.

LICINO. — ¿Entonces, si no son ésos, cuáles son los bienes que obtendrán quienes lleguen hasta el final de su empeño?

HERMÓTIMO. — Sabiduría y valor y la propia bondad y la justicia y el conocimiento cierto y cabal de todas las cosas tal y como cada una de ellas es. Riquezas, honores y placeres y demás cosas corporales se sueltan abajo, pues se hace sin ellas la ascensión, como cuentan que hizo Heracles en el Eta al ser incinerado para convertirse en una divinidad [8]. En efecto él, arrojando a un lado cuanto de humano había recibido de su madre, levantó su vuelo hacia los dioses con su parte divina intacta e inmaculada previamente separada por el fuego. De igual modo estos hombres des-

[8] Alusión a la incineración apoteósica del héroe Heracles, hijo de un inmortal *Zeus* y de una mujer mortal *Alcmena,* que hizo abstración de su faceta humana para perpetuar la divina previamente aislada del fuego sobre la cumbre del monte Eta.

pojados por la filosofía, cual si de un cierto fuego se tratara, de todas las cosas que parecen constituir objeto de admiración para el resto de los hombres que no tienen un punto de vista correcto, son felices en la cima, y no se acuerdan para nada de riqueza, fama o placeres y hasta se ríen de los que creen que todo eso existe.

LICINO. —Bien, por el Heracles del Eta, Hermótimo; 8
formidable y estupendo lo que dices al respecto. Pero, cambiando de tema, dime: ¿bajan en alguna ocasión de la cumbre —voluntariamente se entiende— para hacer uso de cuanto dejaron abajo? ¿O una vez que están arriba es forzoso que permanezcan allí en compañía de la Virtud burlándose de la riqueza, la fama y los placeres?

HERMÓTIMO. —No sólo eso, Licino, sino que quien llegue a alcanzar la perfección en la Virtud jamás podría ser esclavo de la ira ni del miedo, ni de las pasiones ni se apenará jamás ni experimentaría jamás sentimientos de esta índole.

LICINO. —Bien, pues si no he de tener reparos en decir la verdad..., pero creo que es oportuno guardar silencio y que no es lícito el indagar lo que van llevando a cabo los sabios.

HERMÓTIMO. —¡Qué va! Pregunta lo que quieras decir.

LICINO. —¡Fíjate, amigo, cómo le voy dando largas!

HERMÓTIMO. —Pues no le des, buen hombre, que me hablas a mí solo.

LICINO. —Estaba siguiendo los diversos puntos de tu 9
exposición, Hermótimo, e iba creyendo que eran tal como los contabas, a saber que esos hombres llegan a ser sabios, valientes, justos y demás. De algún modo estaba hechizado por tu relato. Pero cuando dijiste que desprecian la riqueza, la gloria y los placeres y que ni se irritan ni se afligen, entonces —¿estamos solos, verdad?— me detuve recordando

algo que vi hacer a un individuo el otro día, ¿quieres que diga quién o no hace falta que diga su nombre?

Hermótimo. —No, no; di quién era.

Licino. —Pues... tu mismísimo maestro, en otras facetas, por cierto, digno de respeto y que ahora está ya en la recta final de la tercera edad.

Hermótimo. —¿Pues qué hacía?

Licino. —¿Conoces al extranjero de Heraclea que desde hace tiempo compartía con él en calidad de alumno las clases de filosofía, al rubio, tan aficionado a las discusiones?

Hermótimo. —Ya sé a quien te refieres; Dión se llama.

Licino. —Ése, exactamente. Puesto que, al parecer, no le pagaba a tiempo sus honorarios, tu maestro lo llevó inmediatamente a presencia del arconte rodeándole el cuello con el manto al tiempo que soltaba gritos e imprecaciones. Y si algunos de sus compañeros no hubieran mediado y le hubieran arrebatado de las manos al muchacho, ten por seguro que el viejo, de lo enfadado que estaba, le hubiera arrancado a mordiscos la nariz.

10 Hermótimo. —Cuando se trata de pagar, Licino, el tipo ese, Dión, es rácano y desconsiderado, pues el maestro nunca jamás ha actuado así con otros muchos a quienes suele prestar dinero, que le pagan los intereses a su debido tiempo.

Licino. —¿Y qué pasaría si no se los pagaran, querido? ¿O le importa algo a él que ha sido ya purificado por la filosofía y que ya no está necesitado de lo que ha abandonado en el Eta?

Hermótimo. —¿Crees que mi maestro se ha tomado este asunto tan a pecho por sí mismo? Pues resulta que tiene niños pequeños y le preocupa que tengan que vivir en la indigencia.

Licino. —Pues sería conveniente, Hermótimo, que llevara a las criaturas por la senda de la Virtud a fin de que

compartieran con él la felicidad despreciando la riqueza.

HERMÓTIMO. —No tengo tiempo, Licino, de seguir hablando contigo de estos temas. Tengo prisa ya por escucharlo, no sea que pierda el hilo de las lecciones. 11

LICINO. —Ánimo, amigo, pues hoy acaba de proclamarse una tregua. Así que voy a ahorrarte lo que te queda del trayecto.

HERMÓTIMO. —¿Cómo dices?

LICINO. —Pues digo que en este momento no le podrías ver, al menos si hay que dar crédito al anuncio; colgó un letrero sobre la puerta con letras de gran tamaño que dice que hoy no hay clase de filosofía. En fin; contaban que había ido ayer a cenar a casa de Éucrates que daba una fiesta con motivo del cumpleaños de su hija, y que en el transcurso del banquete habló mucho de filosofía y se enfadó con Eutidemo el del Perípato y que mantuvo con él las discusiones de rigor argumentando en contra de los de la «Estoa». La reunión, según cuentan, se prolongó hasta bien entrada la noche y de resultas del griterío se le puso un gran dolor de cabeza que le produjo abundante sudor. Además, según creo, había bebido más de la cuenta, pues los presentes, como es natural, habían hecho diversos brindis, y él había cenado más de lo que conviene a un anciano. Así que al volver a casa vomitó un montón según contaban. Y tras pararse tan solo a contar los trozos de carne que le había dado al sirviente que tenía detrás de sí y de haber calculado cuidadosamente los que había recibido de él, duerme tras dar órdenes de no dejar entrar a nadie. Eso oí yo de boca de Midas, su criado, que se lo estaba contando a algunos de los alumnos, un buen grupo, que ya se iban.

HERMÓTIMO. —Y ¿quién ganó en la discusión, Licino, 12
mi maestro o Eutidemo? ¿Decía Midas algo al respecto?

LICINO. —Al principio, según cuentan, estaban muy

igualados, pero finalmente la victoria se decantó de vuestro lado, y el anciano fue muy superior. Pero cuentan también que Eutidemo no se marchó sin sangre, sino con una herida enorme en la cabeza. Como estaba chulo y peleón y no se dejaba convencer, ni estaba por la labor de admitir las críticas, tu formidable maestro, va y le estampa una copa como la de Néstor[9] que tenía a mano; así es como venció.

HERMÓTIMO. —Muy bien; no de otro modo hay que actuar con quienes no quieren ceder ante quienes son superiores.

LICINO. —Sí, claro, muy lógico. ¿Qué le pasó a Eutidemo para irritar a su hombre ya mayor, impasible y capaz
13 de controlarse, que tenía en su mano una copa tan pesada? Pero en fin; tenemos tiempo de sobra. ¿Por qué no me cuentas a mí, que soy tu compañero, de qué forma te viste empujado por primera vez al estudio de la filosofía? Porque yo también, si aún es posible, podría hacer junto contigo el camino comenzando a partir de ese punto; siendo amigos como somos, no me iréis a dar con la puerta en las narices.

HERMÓTIMO. —Si quisieras, Licino, encantado. Ya verás en breve cómo te diferencias de los demás; estate seguro de que los considerarás a todos niños en comparación contigo; hasta tal punto llegará tu superioridad.

LICINO. —Me basta si al cabo de veinte años fuera capaz de ser como eres tú ahora.

HERMÓTIMO. —Descuida. Yo también tenía tu edad cuando empecé a estudiar filosofía, cuarenta años casi —la edad que tú tienes, creo—.

LICINO. —Esos mismos, Hermótimo; así que toma y

[9] La magnífica y hasta cierto punto emblemática copa de Néstor se cita por HOMERO, *Ilíada* XI 636.

llévame por el mismo camino que es lo justo, creo. Y en primer lugar, dime ¿dais a los que aprenden la posibilidad de replicar si les parece que no es correcto algo de lo que se dice o no les dais opción a los más jóvenes?

HERMÓTIMO. —En modo alguno. Ahora tú, si quieres, pregunta y objeta a lo largo de la disertación; así aprenderás con más facilidad.

LICINO. —Bien, Hermótimo, por Hermes, de quien por 14
cierto te viene el nombre. Pero dime: ¿hay sólo un único camino que conduce a la filosofía, a saber el de vosotros, los estoicos? ¿O he oído bien que hay otros muchos más?

HERMÓTIMO. —Hay muchos: peripatéticos y epicúreos y seguidores de Platón y algunos otros partidarios de Diógenes y Antístenes y los pitagóreos y más aún.

LICINO. —Eso es cierto; en efecto hay muchos. Y dime, Hermótimo, ¿tienen las mismas teorías o sostienen teorías diferentes?

HERMÓTIMO. —Completamente diferentes.

LICINO. —Pues entiendo yo que sólo uno de esos sistemas será verdadero, pero no todos, ya que són diferentes.

HERMÓTIMO. —Por supuesto.

LICINO. —Vamos allá, amigo; contéstame, ¿a quién 15
diste tu confianza al principio cuando acudiste a estudiar filosofía a las muchas puertas que se te abrían de par en par? ¿Y pasando de largo ante los demás, llegaste a la de los estoicos y a través de ella consideraste oportuno acceder a la Virtud como si fuera la única verdadera, la que enseña el camino recto, en tanto que los demás llevaran a un callejón sin salida? ¿En qué te basaste entonces para actuar así? Pero no me respondas lo que piensas ahora que eres bien medio sabio bien ya sabio el todo, capaz de emitir juicios superiores a la mayoría de nosotros; antes bien respóndeme con la mentalidad que tenías entonces, un hombre corriente y moliente como soy yo ahora.

HERMÓTIMO. — No comprendo lo que pretendes con ello, Licino.

LICINO. — Pues no te estaba preguntando nada retorcido. Hay muchos filósofos como por ejemplo Platón, Aristóteles, Antístenes, y vuestros predecesores, Crisipo y Zenón, y otros tantos más; ¿en quién has confiado para, dejando de lado a los demás, hacer la elección que has hecho, considerando lógico seguir esa línea de pensamiento filosófico? ¿O es que como a Querefonte[10] te ha enviado a ti también Apolo a los estoicos diciéndote en su profecía que son los mejores de todos? Porque la costumbre que tiene es la de mandar a cada uno a una escuela diferente, pues creo que sabe cuál es la que mejor se adapta a cada cual.

HERMÓTIMO. — Nada de eso, Licino. Yo no le pregunté jamás al dios al respecto.

LICINO. — ¿Piensas entonces que no merece la pena una consulta al dios o crees que eres capaz de elegir por ti mismo, por ti solo, sin ayuda?

HERMÓTIMO. — Eso creo yo.

16 LICINO. — Pues bien, entonces podrías enseñarme lo primero de todo cómo podemos discernir correctamente desde un principio cuál es la mejor y la verdadera filosofía, la que uno debería elegir dejando de lado los demás.

HERMÓTIMO. — Te lo voy a explicar. Veía yo que la mayoría de la gente se sentía atraída por ésta así que deduje que sería la mejor.

LICINO. — ¿En qué cantidad crees que son más numerosos los estoicos que los epicúreos o los platónicos o los peripatéticos? Porque me parece que los has contado como en las votaciones a mano alzada.

[10] Alusión a la cita de Platón en *Apología de Sócrates* 21a, que cuenta cómo Querefonte preguntó al oráculo délfico quién era más sabio y éste aludió a Sócrates.

HERMÓTIMO. —Es que no los he contado sino que me dio esa impresión.

LICINO. —¡Como que no quieres enseñarme sino que me estás engañando; tú, que acerca de temas tan importantes dices que juzgas basándote en la conjetura y a ojo de buen cubero, e intentas ocultarme la verdad!

HERMÓTIMO. —No es eso, Licino. Pero es que oía a todo el mundo decir que los epicúreos eran dulces de espíritu[11] y amantes de los placeres; los peripatéticos, amantes de la riqueza y aficionados a las dicusiones; y los platónicos, llenos de soberbia y amantes de los honores. En cambio, de los estoicos mucha gente decía que eran hombres de verdad, que lo saben todo y que quien va por ese camino es el único rey, el único rico, el único sabio; en una palabra, lo es todo.

LICINO. —Evidentemente era lo que opinaba otra gente 17
sobre ellos; pues no habrías hecho caso de quienes elogian a sus propias escuelas filosóficas.

HERMÓTIMO. —En absoluto, sino que el resto de la gente opinaba así.

LICINO. —Como es natural los partidarios de las escuelas rivales no opinarían así.

HERMÓTIMO. —Claro que no.

LICINO. —Los ciudadanos de a pie son los que opinaban así.

HERMÓTIMO. —Desde luego.

LICINO. —Pues ya ves cómo otra vez estás intentando engañarme y no me dices la verdad. Crees que estás dialogando con un Margites[12] cualquiera que estaría dispuesto a creer que Hermótimo, un hombre inteligente, de cuarenta

[11] *Glykýthymos*, deliciosa palabra griega que se prefirió desgranar literalmente; alude a la tradicional sensualidad epicúrea.

[12] Personaje prototipo del tonto o necio que da título a un poema épico falsamente atribuido a Homero.

años cumplidos, se fía en lo que a filosofía y filósofos se refiere de los hombres de la calle y que según lo que ellos decían hizo la elección considerándolos dignos de la mayor estima. Desde luego yo no podría darte crédito si dices cosas semejantes.

18 HERMÓTIMO. — Pues sabes, Licino, que no sólo me fiaba de los demás, sino sobre todo de mí mismo. Pues yo los veía (a los estoicos) andar con porte, decorosamente vestidos, siempre en actitud pensativa, con mirada varonil, la mayoría de ellos con el pelo cortado al rape, sin ninguna blandenguería, sin la exagerada indiferencia que impone respeto distante y que es circunstancial al cínico, sino en una actitud de equilibrio, lo que al decir de todos, es lo mejor.

LICINO. — ¿Y los has visto actuando de la forma que un poco antes te contaba yo que había visto actuar, Hermótimo, a tu maestro? Es decir prestando dinero, reclamando urgentemente los pagos, buscando pelea por el placer de discutir en las reuniones y demás actitudes por el estilo que ponen constantemente de relieve? ¿O todo esto te importa poco siempre que el vestido sea decoroso, la barba poblada y el pelo cortado al rape? Así que para el futuro, tomemos como norma y regla exacta (de conducta) en temas semejantes lo que dice Hermótimo, y así habrá que identificar a los mejores por sus apariencias, sus andares y sus afeitados. Y quien no presente esos síntomas y no muestre un rostro sombrío y que denote preocupación ¿habrá de ser margi-
19 nado y rechazado? Mira a ver, Hermótimo, no me estés tomando el pelo intentando probarme a ver si me doy cuenta de que me estás engañando.

HERMÓTIMO. — ¿Por qué has dicho esto?

LICINO. — Pues, querido amigo, porque esta forma de examinar a partir de las apariencias externas es propia de estatuas. Al menos ellas tienen un aspecto mucho más

airoso y unos vestidos más decorosos ya que un Fidias, un Alcámenes o un Mirón las han modelado para que resulten los más hermosas posibles. Pero si hubiera que juzgar por elementos de esa índole, ¿qué pasaría si un ciego sintiera deseos de dedicarse a la filosofía? ¿Cómo podría distinguir al que ha hecho la mejor elección si no puede ver ni su atuendo ni su porte?

HERMÓTIMO. — Pero mis argumentos no van dirigidos a los ciegos, ni me preocupo de ellos.

LICINO. — Pues entonces, caballero, debería existir algún criterio común de conocimiento de temas tan importantes y de tanta utilidad para todos. A no ser que te parezca bien que lo ciegos queden al margen de la filosofía —ya que no pueden ver—; por cierto que deberían ser ellos quienes más se dedicaran a la filosofía para así paliar mejor su desgracia. Y los que pueden ver, por muy fina que tengan la mirada ¿cuál de las cualidades del alma podrían captar a partir de ese recubrimiento externo? Lo que quiero decir es 20
algo así: ¿No fue por amor a su forma de pensar por lo que te echaste en manos de estos hombres? ¿Y no confiabas en mejorar en los aspectos ideológicos?

HERMÓTIMO. — Naturalmente.

LICINO. — Entonces, ¿cómo serás capaz de distinguir por los síntomas que mencionaste al filósofo verdadero del que no lo es? Cosas así no gustan de manifestarse de esta manera, sino que son secretas, permanecen en la oscuridad, y se manifiestan en conversaciones, reuniones y actuaciones subsiguientes, y ello al cabo de un tiempo y con dificultad. Ya has oído, creo, la acusación que Momo le hizo a Hefesto. Y si no, escucha. Cuenta la fábula que Atenea, Poseidón y Hefesto discutían respecto de su habilidad manual; Poseidón modeló un toro, Atenea inventó una casa y Hefesto plantó a su lado a un hombre [13]. Y se pre-

[13] Se inicia un párrafo en griego que recoge el relato completo y que

sentaron ante Momo, a quien habían elegido como árbitro; examinó éste el trabajo de cada uno de ellos. Y sería superfluo decir los defectos que encontró en las obras de los otros dos, pero respecto del hombre hizo la siguiente crítica, y regañó al artista, a Hefesto, porque no le había abierto unas ventanas a lo largo del pecho, capaces de abrirse para que todos pudieran fácilmente conocer lo que quiere o lo que está pensando y si miente o si dice la verdad. Aquél (Momo), como era corto de vista, tenía esas ideas sobre los hombres, pero tú has fijado tus ojos en nosotros con mejor vista que Linceo[14] y ves lo de dentro, según parece, a través del pecho; y todo se te revela, hasta el punto de saber no sólo lo que cada uno quiere y sabe sino incluso quién es mejor o peor.

HERMÓTIMO. — Bromeas, Licino; yo escogí conforme a
21 designio divino y no me arrepiento de la elección; al menos a mí me basta con eso.

LICINO. — Sin embargo, ¿no me lo podrías decir, amigo, a mí también o me despreciarás dejándome que me pudra en la vulgaridad de la chusma?

HERMÓTIMO. — No te gusta nada de lo que te digo.

LICINO. — No, amigo mío; lo que pasa es que no tienes intención de decir nada que pudiera gustarme. Y puesto que deliberadamente andas disimulando y ves con malos ojos que podamos llegar a dominar la filosofía al mismo nivel que tú, voy a intentar, en la medida en que sea capaz, descubrir por mí mismo el criterio más exacto para abor-

---

comprende catorce líneas sin que el editor haya marcado punto alguno. Hemos preferido dividirlo y establecer algunos puntos en aras de una mejor comprensión.

[14] Timonel de los Argonautas cuya vista privilegiada le permitiría sortear diversos escollos que iban surgiendo en el curso de la navegación.

dar estos temas, y en consecuencia la opción más sólida. Y ahora, si quieres, escúchame tú también.

HERMÓTIMO. — Ya lo creo que quiero, pues igual vas a decir algo importante.

LICINO. — Pues fíjate bien y no te burles si ves que abordo el tema de un modo ramplón cual ciudadano de a pie cualquiera; me veo obligado a hacerlo así ya que tú no quieres hablar con mayor claridad, pese a tener mayores conocimientos que yo. Supongamos que la virtud es una 22
especie de ciudad que tiene unos habitantes felices —como diría tu maestro, llegado de allí, de un sitio cualquiera—, sabios en grado sumo, valientes todos sin excepción, justos, sensatos, a un paso casi de ser dioses. Y nada de cuanto acaece entre nosotros, robos, violencia, codicia, podría uno ver en esa ciudad, según dicen, sino que por el contrario sus habitantes, como es de toda evidencia, viven en perfecta paz y concordia. Y lo que despierta en las demás ciudades, a mi entender, disputas y revueltas y es motivo de permanente conspiración de unos contra otros, está totalmente excluido de ellos. Efectivamente, no ponen sus ojos ni en oro, ni en placeres, ni en honores que sean objeto de discusiones entre ellos, sino que desde antaño los han expulsado de la ciudad, por no considerarlos necesarios para la vida de todos los ciudadanos. Así que viven la vida en una especie de bonanza y dicha total, en perfecta legalidad, igualdad, libertad y demás factores positivos.

HERMÓTIMO. — Y entonces, Licino, ¿no es lógico que 23
todos deseen efectivamente llegar, a ser ciudadanos de una ciudad así, sin pararse a pensar en las fatigas del camino y sin reblar ante la tardanza en llegar, dado que una vez allí se disponen a contarse entre la nómina de sus ciudadanos y a participar en la vida de la ciudad?

LICINO. — Sí, por Zeus, Hermótimo; para lograr esto debemos afanarnos al máximo desentendiéndonos de todo

lo demás. Y ni a nuestra patria actual, aunque nos reclame, debe uno hacerle mucho caso, ni debe uno ablandarse ante los hijos o parientes que tengamos, por más que nos agarren deshaciéndose en llanto; antes bien, ante todo exhortarlos a ellos también a seguir por el mismo camino. Y caso que no quisieran o no pudieran, debe uno deshacerse de ellos bruscamente y encaminarse derecho a la ciudad dichosa aquella, quitándose uno incluso hasta el manto (por más que ellos lo agarran y se afanan en tirar de quien va a toda prisa hacia allí), pues no hay miedo de que alguien le impida a uno la entrada aunque llegue allí desnudo.

24 Ya en otra ocasión y en otro lugar escuché a un hombre mayor explicar cómo son las cosas de allí, al tiempo que me apremiaba a seguirle a la ciudad; que él me guiaría, me inscribiría en el censo, me haría miembro de su tribu y copartícipe de su patria, de modo que pudiera compartir la felicidad con todos. «Pero yo no le hice caso», por mi inconsciencia y mi juventud de entonces —un poco menos de quince años, tenía—; quizás ahora estaría ya por los arrabales, a las puertas. No paraba de hablar de la ciudad, y si mal no recuerdo, entre otras muchas cosas destacaba este punto: que absolutamente todos los habitantes eran forasteros y extranjeros, y que no había si un solo nativo, sino que incluso entre los ciudadanos se encontraban muchos bárbaros y esclavos y deformes y enanos y pobres; en una palabra, quien quería participar de la ciudad. Pues el requisito legal para inscribirse no venía dado por las apariencias externas, ni la talla, ni la belleza, ni el linaje, ni el brillo de los antepasados, sino que todo eso no se consideraba entre ellos y era suficiente para alcanzar el rango de ciudadano la inteligencia, el ansiar lo bello, el trabajo, la constancia, el no rendirse ni dejarse ablandar por las dificultades que pudieran aparecer en el camino; de manera que quien hiciera gala de esas cualidades y avanzara paso a

paso hasta las inmediaciones de la ciudad sería al punto un ciudadano con todas las de la ley, igual en su consideración a todos. En una palabra, el ser inferior o superior, noble o villano, esclavo o libre, no tiene razón de ser en la ciudad.

HERMÓTIMO. —¿Ves, Licino, cómo mis quebraderos de 25
cabeza no son baladíes ni por asuntos de poca monta, pues anhelo fervientemente llegar a ser yo también un ciudadano de esa ciudad tan bonita y feliz?

LICINO. —Yo también, Hermótimo, tengo los mismos deseos que tú y no hay nada que pida yo en mis plegarias antes que eso. Y si la ciudad estuviera cercana y a la vista de todos, ya hace mucho tiempo, tenlo por seguro, que hubiera entrado en ella sin dudarlo y hubiera vivido en ella como ciudadano desde hace mucho tiempo. Pero puesto que, como decís vosotros, tú y Hesíodo el poeta, está fundada muy lejos de aquí, no hay más remedio que buscar el camino que lleva hasta ella y al mejor guía. O ¿no crees tú que es eso lo que se debe hacer?

HERMÓTIMO. —¿Y cómo podría llegarse a ella de otro modo?

LICINO. —Al menos sobre la base de hacer promesas y de decir que saben, hay una gran abundancia de personas dispuestas a hacer de guías; muchos están ya apostados preparados, diciendo cada uno que son autóctonos de esa ciudad, pero no se ve ni uno solo ni un mismo camino, sino muchos y diferentes y que nada se parecen entre sí. Uno parece llevar al Oeste, el otro al Este, uno al Norte, el otro al Sur; el uno a través de prados y jardines y sombras refrescantes, agradable, sin obstáculos ni dificultades; el otro pedregoso y abrupto, y predice a las claras mucho sol y sed y fatiga. Y sin embargo, se dice que todos esos caminos llevan a la ciudad que es una, aunque finalizan en puntos diametralmente opuestos. Y ahí es donde radica todo mi 26
problema; pues por cualquiera de ellos que acceda, un

hombre al comienzo de cada sendero, apostado a la entrada, un hombre digno de toda confianza, me tiende la mano y me invita a marchar por su senda. Y cada uno de ellos dice que él sólo conoce la dirección exacta y que los demás son erráticos, y que ni ellos han ido allí ni han acompañado a otros que podían guiarles. Y si me acerco al vecino me hace las mismas promesas sobre su camino y echa pestes de los demás. E igual dice el que está junto a él y así todos sucesivamente. Así, la cantidad de caminos y la disparidad entre ellos me desconcierta no poco y me sume en confusión y de un modo muy especial los guías que se extralimitan en sus funciones y que ponderan cada uno lo suyo. No sé a cuál volver mis pasos o por dónde seguir para poder llegar a la ciudad.

27 HERMÓTIMO. —Pero yo te voy a librar de tu confusión. Si hicieras caso a quienes han realizado el trayecto previamente, Licino, no te equivocarías.

LICINO. —¿A quiénes te refieres? ¿A los que fueron por qué camino? ¿O a quién de los guías siguieron? El mismo problema se nos plantea aunque de forma distinta, trasladado de las cosas a los hombres.

HERMÓTIMO. —¿Cómo dices?

LICINO. —Digo que el que volvió sus pasos por la senda de Platón y realizó el camino en su compañía, lo pondrá por la nubes, está clarísimo, y el que siguió la senda de Epicuro, elogiará ese camino, y así cada uno el suyo, y tú el vuestro. Dime, Hermótimo, ¿no es así?

HERMÓTIMO. —Por supuesto.

LICINO. —Pues en modo alguno me has librado de mis dudas, pues por la misma razón no se a quién de los caminantes debo hacer más caso. Efectivamente, veo que cada uno de ellos, tanto el caminante como su guía, no ha experimentado más que un solo camino, y lo elogia y dice que es el único que lleva a la ciudad. Y en verdad no puedo

saber si dicen la verdad. Que ha llegado a un cierto término y que ha visto una ciudad, bueno, puedo concedérselo; pero si ha visto la que debería haber visto, en la que tú y yo desearíamos vivir como ciudadanos, o si teniendo que ir a Corinto ha llegado a Babilonia y cree que ha visto Corinto, eso al menos de momento no lo tengo claro (pues obviamente no todo el que ha visto una ciudad ha visto Corinto, a no ser que Corinto sea la única ciudad). Y lo que me plantea un gran problema es precisamente eso, el saber que inexorablemente uno sólo pueda ser el único camino verdadero. Pues Corinto sólo hay uno y todos los demás caminos llevan a todas partes menos a Corinto a no ser que alguien esté tan chiflado como para creer que el camino que lleva al país de los Hiperbóreos[15] y el que lleva a la India conducen a Corinto.

HERMÓTIMO.—¿Cómo podría ser eso? Cada camino lleva a un sitio diferente.

LICINO.—Así pues, lindo Hermótimo, se precisa no 28 pequeña deliberación para la elección de caminos y guías, y no haremos lo que dice el refrán, «ir a donde nos lleven los pies», porque sin darnos cuenta saldremos por el camino que lleva a Babilonia o a Bactra en vez de por el que lleva a Corinto. Y ni tan siquiera es de recibo echarse en manos del Azar, a ver si por casualidad elegimos el mejor camino, máxime si nos inclinamos por uno cualquiera de los caminos sin previo análisis. Y es posible incluso que suceda eso, y quizás sucedió en algún momento de los tiempos. Pero creo que nosotros en temas de tanta envergadura no debemos arriesgarnos de un modo audaz ni encasillar por completo nuestra esperanza, como dice el refrán, pretendiendo surcar el Egeo o el Jónico sobre un canasto de mimbre;

[15] Míticas regiones situadas por los griegos siempre arriba, al norte del norte por ellos conocido.

entonces no podríamos acusar con razón al Azar si con sus flechas y sus dardos no fuera a dar en la diana de la Verdad, que es lo único cierto entre miles de cosas que son falsas; cosa ésta que ni siquiera estuvo en las manos del arquero homérico, Teucro[16], creo, quien cuando debía haber matado con sus flechas a la paloma, cortó el hilo. Pues es mucho más lógico esperar que sea otra de entre tantas cosas la que resulte herida y caiga fulminada por la flecha que no precisamente ésa, la Verdad. Y el peligro no es insignificante si por desconocimiento vamos a caer en uno de los caminos sin rumbo en vez del que lleva la dirección correcta con la esperanza de que el Azar realice por nosotros una elección mejor; creo que lo captas. Y no es tan fácil darse la vuelta y volver sano y salvo si uno se echa de golpe a merced del viento luego de soltar las amarras; antes bien inexorablemente se deja llevar navegando por el mar, lleno de temores y con la cabeza pesada por el ir y venir de las olas, cuando lo que tenía que haber hecho en un principio era, antes de soltar amarras, subiendo a una atalaya, fijarse a ver si el viento era propicio, favorable para quienes quieren navegar rumbo a Corinto, y, por Zeus, elegir al mejor timonel y una embarcación sólida capaz de resistir semejante oleaje.

29 HERMÓTIMO. — Lo mejor sin lugar a dudas, Licino. Y sé muy bien que si dieras una vuelta en derredor de todos no encontrarías guías mejores ni timoneles más expertos que los estoicos; y si alguna vez quieres llegar a Corinto, los seguirás avanzando por las huellas de Crisipo y de Zenón; de otra forma, imposible.

LICINO. — ¿Ves qué vago es lo que acabas de decir, Hermótimo? Lo mismo podría decir el compañero de

[16] Alusión al pasaje de la *Ilíada* XXIII 867, en uno de los lances de los juegos fúnebres por Patroclo.

camino de Platón o el que ha seguido a Epicuro y los demás, cada uno a su vez, a saber, que no llegaría hasta Corinto si no es en su compañía; así que, o hay que dar crédito a todos ellos, lo cual sería ridículo, o por la misma razón no hay que dárselo a ninguno; y esto es con mucho lo más seguro hasta que no encontremos a quien garantice la Verdad.

Venga; si, como me sucede a mí ahora que ignoro aún 30
quién de todos es el que dice la Verdad, escogiera yo vuestro camino, fiándome de ti que eres mi amigo, pero que no conoces más doctrina que la de los estoicos y que no has andado más que ese único camino; si a continuación alguno de los dioses hicieran recobrar la vida a Platón y a Pitágoras y a Aristóteles y a los demás y colocándose en derredor mío me hicieran preguntas o, por Zeus, incluso me llevaran a juicio acusándome cada uno de arrogancia en estos términos, Licino, fenómeno, ¿en qué experiencia o en qué palabra te basas para tratar mejor que a nosotros a Crisipo o a Zenón, cuando nosotros somos con mucho mayores en edad que ellos, que han nacido ayer y anteayer como quien dice, y no nos has dado ni el turno de palabra ni has puesto a prueba nuestros argumentos? ¿Si ellos se expresaran en esos términos, qué les podría yo contestar? ¿Tal vez me baste con decirles que me convenció Hermótimo, un amigo mío? Pero tal vez podrían replicar —sé que lo harían— en estos términos: Licino, nosotros no conocemos al Hermótimo ese quienquiera que sea, ni él tampoco a nosotros. Conque no deberías subestimarnos ni emitir un juicio de valor desfavorable contra nosotros [17], tú que prestas crédito únicamente a un hombre que sólo ha seguido un camino en el ejercicio de la filosofía, y que

[17] Esa sentencia desfavorable sería el resultado inmediato de un proceso por incomparecencia *erḗme díkē*.

posiblemente ni siquiera lo conoce a fondo. Los legisladores, Licino, no han establecido que los jueces actúen de esta manera, ni que a una parte la escuchen en tanto que a la otra no la dejen decir lo que estima conveniente en su propia defensa, sino el prestar oído de modo semejante a ambas, de forma que cotejando con más facilidad los diversos argumentos puedan discernir lo verdadero y lo falso; y caso de no actuar de este modo la ley da opción a apelar a otro tribunal.

31 Es lógico que se expresen ellos en términos semejantes. O incluso algunos podrían tal vez dirigirse a mí con estas palabras: Licino, supón que un etíope que no ha visto jamás a otros hombres como nosotros, por ejemplo, porque no ha salido nunca de su país, en una reunión de etíopes se reafirmara en sus teorías de que en ningún lugar de la tierra hay hombres blancos o rubios, sino tan sólo exclusivamente negros, ¿le darían crédito los demás? O acaso alguno de los etíopes de más edad podía replicarle: ¿y tú cómo lo sabes? Pues jamás has salido de nuestra tierra y, por Zeus, no sabes cómo son las cosas en otros países. Y desde luego yo diría que el anciano le pregunta con toda la razón del mundo. O ¿qué piensas tú al respecto, Hermótimo?

HERMÓTIMO. — Eso mismo, pues me parece que le increparía con toda la razón del mundo.

LICINO. — Igual yo, Hermótimo. Pero en lo que viene a continuación ya no sé si vas a estar tan de acuerdo. A mí desde luego me parece de cajón.

HERMÓTIMO. — ¿El qué?

32 LICINO. — Pues evidentemente el tipo en cuestión proseguirá y se dirigirá a mí en estos términos: establezcamos, Licino, una comparación: alguien que no conoce más que las teorías de los estoicos, como tu amigo ese, Hermótimo, que nunca ha viajado al mundo de Platón, ni al de Epicuro,

ni al de ningún otro filósofo, si dijera que en esas muchas tierras no hay nada tan hermoso y tan verdadero como las doctrinas de los estoicos, no te parecería que es un osado al manifestar públicamente su opinión sobre todos los temas, cuando no ha conocido más que un solo campo, puesto que no ha puesto jamás el otro pie fuera de Etiopía. ¿Qué respuesta quieres que le dé?

HERMÓTIMO. —La que más se ajusta a la Verdad, por supuesto; que nosotros aprendemos a fondo las doctrinas de los estoicos, porque estimamos lógico concebir la filosofía con arreglo a ellas, pero que no por ello desconocemos las doctrinas de las demás escuelas, pues el maestro también nos las va explicando al tiempo que las echa por tierra con sus teorías.

LICINO. —Y piensas que en ese punto van a estarse 33
calladitos los seguidores de Platón, Pitágoras, Epicuro y los demás y que no van a decirme muertos de risa: ¿qué está haciendo, Licino, tu amigo Hermótimo? ¿Le parece lógico dar crédito a quienes sostienen respecto de nosotros puntos de vista contrarios y cree que nuestras teorías son como quieran decir ellos aunque sean ignorantes u oculten la verdad? Pues si viera a un atleta entrenándose antes de la competición dando patadas al aire, o dando puñetazos en vacío como si golpeara a su rival, ¿por ello iba a proclamarlo, contituyéndose en árbitro, vencedor del certamen? O por el contrario, ¿creerá que esos fogosos ejercicios son fáciles y seguros pues no hay rival alguno, y esperará para proclamarlo vencedor a que se enfrente con un rival y a que lo venza hasta que ese oponente se vea derrotado por completo y no antes? Así que... no vaya a creer Hermótimo que nos va a derrotar a partir de las batallas vanales que sus maestros libran contra nosotros sin estar presentes o que nuestras teorías son tales como para echarse por tierra así como así. Y es que sería algo así como las casitas que

hacen los niños y que, inconsistentes, enseguida las echan abajo o como, por Zeus, quienes se ejercitan en el tiro con arco que atan un manojo de astillas y a continuación las clavan en un palo colocado a no mucha distancia, apuntan y disparan; y si dieran en la diana y atravesaran las astillas, se pondrían a dar gritos al punto como si hubieran hecho algo grande, si es que la flecha lograra traspasar el haz de astillas y salir limpia. Pero no es así como actúan los persas ni los arqueros escitas, sino que, en primer lugar, cuando disparan, en la mayoría de los casos lo hacen moviéndose a lomos del caballo y después piensan que lo lógico es que el blanco también se mueva y no que esté ahí quieto y a la espera de que una flecha le caiga encima, sino que de algún modo intenta escapar a su impacto. Animales salvajes es lo que capturan con sus flechas las más de las veces, y en ocasiones algunas aves. Y si en algún momento desean comprobar la intensidad del impacto, colocan delante un parapeto de madera resistente o un escudo hecho de piel de buey y lo atraviesan, con lo que comprueban que sus saetas pueden traspasar incluso las armas. Dile, pues, a Hermótimo de parte nuestra que sus maestros colocando astillas delante las atraviesan con sus flechas y van diciendo después que han vencido a hombres armados, y que dibujando retratos nuestros la emprenden a puñetazos con ellos y que al derrotarlos, como es natural, creen habernos derrotado a nosotros. Y es que cada uno de nosotros podría replicarles las palabras aquellas que dicen que dijo Aquiles respector de Héctor

pues de mi casco no ven la visera[18].

Eso es lo que dirían todos sin excepción, cada uno por separado.

[18] Véase HOMERO, *Ilíada* XVI 70.

Y Platón, me parece que podría contar alguna de sus 34 anécdotas de Sicilia, que creo que sabe muchas. Por ejemplo, cuentan que a Gelón de Siracusa le olía muy mal la boca y que por espacio de mucho tiempo no fue consciente de ello porque nadie se atrevía a criticar a un tirano, hasta que una mujer extranjera que tuvo relaciones con él tuvo el valor de decírselo. Cuentan que él fue a su mujer y se irritó con ella por no habérselo hecho notar, ella que era quien mejor conocía el mal olor de su aliento, y que ella le suplicó que la perdonara. Aducía que por no haber frecuentado anteriormente compañía ni trato con ningún hombre, creía que la boca de todos los hombres despedía un olor semejante. Así, podría decir Platón algo así como que «Hermótimo, puesto que no tiene trato más que con los estoicos, no sabe cómo son las bocas de los demás». Y Crisipo podría decir lo mismo e incluso ir más lejos si yo lo dejara sin emitir un juicio crítico y fuera a parar a las doctrinas de Platón dando crédito a uno de los que no frecuentan más compañía que la de Platón. En una palabra, afirmo que en la medida en que no está clara una opción en el terreno de la filosofía, la mejor consiste en no hacer ninguna, pues el optar por una supone un cierto desprecio hacia las demás.

HERMÓTIMO. —¡Por Hestia, Licino!, dejemos quietecitos a Platón, Aristóteles, Epicuro y demás filósofos, que no 35 está en mi mano rivalizar con ellos; investiguemos tú y yo, los dos solos por nuestros propios medios a ver si el problema de la filosofía es como yo digo que es. Que en lo que a etíopes o a la mujer de Gelón se refiere, ¿a cuento de qué había que traerlos desde Siracusa para nuestra discusión?

LICINO. —Bien, pues, que se vayan a paseo si te parece que no vienen al caso en la discusión. Habla tú ya, que al parecer vas a decir algo fantástico.

HERMÓTIMO. — Me parece, Licino, que es posible llegar a saber la verdad aprendiendo tan sólo las doctrinas de los estoicos, a partir de ellas, sin llegar a las demás escuelas, examinando cada punto. Fíjate. Si alguien va y te dice a ti solo que dos por dos son cuatro, ¿habrás de ir a informarte de boca de otros matemáticos a ver si hay alguno que dijera que son cinco o siete? ¿O te darás cuenta al instante que ese hombre te está diciendo la verdad?

LICINO. — Al instante, Hermótimo.

HERMÓTIMO. — Entonces ¿por qué te parece imposible que un hombre que no ha tenido trato más que con estoicos, que dicen la verdad, les preste crédito y ya no necesite de los demás para saber que cuatro nunca pueden ser cinco por más que lo afirmen millones de Platones o Pitágoras?

36 LICINO. — No se trata de eso, Hermótimo, pues pones en parangón lo que es del dominio público con lo que está sometido a juicio, que son cosas muy distintas. O si no, di ¿te has encontrado a alguien que diga que multiplicando dos por dos le da cinco o siete?

HERMÓTIMO. — En absoluto, yo al menos no; pues loco estaría quien dijera que no da cuatro.

LICINO. — ¿Y qué? ¿Te has encontrado alguna vez —e intenta, por las Gracias, decir la verdad— a algún estoico o algún epicureo que no difieran en los principios o en los objetivos de sus doctrinas?

HERMÓTIMO. — Nunca jamás.

LICINO. — Pues fíjate, fenómeno, no sea que con tus palabras vengas a engañarme, y más siendo amigo mío. Estamos intentando averiguar quiénes son los que dicen la verdad en esto de la filosofía, y tú te has abalanzado atribuyéndosela a los estoicos, diciendo que ellos son los que dicen que dos por dos son cuatro, sin que esté nada claro que es así. Por la misma regla de tres los epicúreos o los

platónicos podrían sostener ese resultado aduciendo que vosotros decís que da cinco o siete. ¿O no te parece que es eso lo que hacen cuando vosotros sostenéis que el Bien es la Virtud en tanto que los epicúreos dicen que es el Placer? ¿Y cuando vosotros decís que todo es corpóreo en tanto que Platón piensa que existe algo incorpóreo en los seres? Pues tal y como yo decía, tú, de forma arrogante dando por seguros todos los puntos que son susceptibles de discusión, se los atribuyes sin más a los estoicos, en tanto que las demás escuelas lo recaban para sí; así que, entiendo yo, el tema requiere de un examen crítico. Porque si llegara a demostrarse que es patrimonio exclusivo de los estoicos el pensar que dos por dos son cuatro, bien callados pueden estarse los demás. Pero en tanto todos se pelean por el mismo objetivo no hay más remedio que escuchar a todos por igual o saber que va a parecer que estamos emitiendo un juicio parcial.

HERMÓTIMO. — Me parece, Licino, que no comprendes 37
lo que quiero decir.

LICINO. — Entonces deberás expresarte con mayor claridad si es que vas a exponer un punto de vista que no sea igual al mío.

HERMÓTIMO. — Enseguida vas a saber lo que voy a decir. Supongamos que dos personas cualesquiera han entrado al santuario de Asclepio o al de Dioniso, y que ha desaparecido una copa de los rituales sagrados, ¿habrá que registrar a los dos para ver quién es el que oculta la copa en su regazo?

LICINO. — Naturalmente.

HERMÓTIMO. — Uno de los dos lo tiene.

LICINO. — Si ha desaparecido, por supuesto.

HERMÓTIMO. — Y caso de encontrarla en el primer individuo, ya no desnudarás al segundo, porque es de cajón que no la tiene.

LICINO. — De cajón.

HERMÓTIMO. — Y caso de no encontrarla en el regazo del primero, es evidente que el segundo la tiene, con lo que ni lo registrarás porque no hará falta.

LICINO. — Evidente.

HERMÓTIMO. — Pues también nosotros, si encontramos ya la copa en manos de los estoicos, estimaríamos lógico no registrar a los demás, pues tenemos lo que desde antaño buscábamos. ¿O habríamos de tener algún motivo para tomarnos más molestias?

38 LICINO. — Ninguno, caso de encontrarlo. Y máxime en el caso de que luego de haberlo encontrado pudiérais saber que era ese precisamente el que faltaba o en el caso que el objeto sagrado os fuera perfectamente conocido. Pero ahora, amigo, los que acceden al templo no son dos, con lo que ineludiblemente uno de los dos tiene el objeto, sino muchos más, con lo que no está claro dónde está el objeto que falta, sea una copa o una taza o una corona. Pues al menos cada sacerdote dice que es una cosa y no se ponen de acuerdo ni sobre el material de que está hecho; unos dicen que de bronce, otros que de plata, otros que de oro y otros incluso que de estaño. Con lo que no hay más remedio que desnudar a todos los que entran si se quiere encontrar el objeto perdido. Y aunque se le encontrara inmediatamente una copa de oro al primero, habría que desnudar incluso a los demás.

HERMÓTIMO. — ¿Por qué, Licino?

LICINO. — Pues porque no estaría claro que es una copa el objeto perdido; porque aunque todos estuvieran de acuerdo en ese punto, no todos afirman que se trata de la copa de oro. Y si se tuviera constancia exacta de que falta una copa de oro y tú incluso encontraras una copa de oro en manos del primer individuo, no por ello dejarías de registrar a los demás, pues no está claro si la copa en cues-

ción sería la copa de la divinidad. ¿O no crees que hay muchas copas hechas de oro?

HERMÓTIMO. — Sí.

LICINO. — Será menester ir registrando a todos y poner en medio todo lo que se le haya encontrado a cada uno y así deducir a cuál de esos objetos le cuadraría ser propiedad de la Divinidad.

Pues la mayor dificultad radica precisamente en lo 39
siguiente: en que cada una de las personas registradas tiene algo con seguridad —el uno una taza, el otro una copa, el de más allá una guirnalda y, a su vez, cada uno de estos objetos de bronce, de oro, de plata—; y aun así no está claro si lo que cada hombre tiene es objeto sagrado. De modo que es de todo punto imposible precisar a quién le cuadra el nombre de sacrílego. Pues aun en el caso de que todos tuvieran objetos semejantes tampoco estará claro quién es el que ha sustraído el objeto del dios, pues objetos así también pueden ser propiedad particular. Y es sólo una la causa de nuestra ignorancia, creo yo, a saber, que la copa que falta no tiene una inscripción —eso suponiendo que sea una copa lo que falte—; de modo que si se hubiera grabado sobre ella el nombre del dios o el del oferente nos habríamos dado menos trajines y al encontrar la copa con la inscripción habríamos dejado de registrar y de causar molestias a los demás. Por cierto, creo, Hermótimo, que has visto ya en muchas ocasiones competiciones deportivas.

HERMÓTIMO. — Y crees bien; en muchas ocasiones y en muchos lugares.

LICINO. — ¿Y te sentaste alguna vez al lado de quienes otorgan los trofeos?

HERMÓTIMO. — Sí, por Zeus, en las competiciones de Olimpia y recientemente a la izquierda de los helanodicas [19],

[19] Los helanodicas son los jueces nacionales, árbitros supremos de los certámenes de Olimpia.

pues me reservó un asiento entre sus conciudadanos Evándridas de Élide; que andaba yo deseoso de ver de cerca lo que se traen entre manos los árbitros.

LICINO. —¿Sabes, pues, cómo sortean quién tiene que enfrentarse a quién en la lucha o en el pancracio?[20].

HERMÓTIMO. —Pues claro que lo sé.

LICINO. —Naturalmente tú que lo viste más de cerca podrías decirlo mejor que yo.

40 HERMÓTIMO. —Lo antiguo, cuando Heracles era el organizador de los juegos, hojas de laurel...

LICINO. —No me cuentes lo de época antigua, Hermótimo; dime lo que viste recientemente.

HERMÓTIMO. —Hay delante de ellos una urna de plata dedicada al dios. En ella se introducen unas pequeñas fichas que llevan grabada una inscripción, del tamaño de una judía pequeña[21]. Hay dos que tienen marcada una alfa cada una de ellas, otras dos una beta, otras dos la gamma y así sucesivamente si hay más atletas; siempre son dos fichas con la misma letra.

Cada uno de los atletas acude y luego de hacer la plegaria a Zeus mete la mano en la urna y saca una ficha; y a continuación va repitiendo el siguiente la misma operación. Y un vigilante provisto de látigo le sujeta la mano a cada uno impidiéndole leer qué letra es la que ha sacado. Una vez que todos tiene ya su correspondiente letra, el inspector jefe, creo, o uno de los propios helanodicas —ya no recuerdo ese detalle— da vuelta en derredor de los atletas que están de pie en círculo e inspecciona las fichas. Así al que tiene una alfa lo empareja para enfrentarse en la lucha o en el pancracio con el que tiene la otra; al que tiene la

[20] Como parece indicar su etimología se trata de lo más parecido a la lucha libre.

[21] Comienza a partir de aquí una explicación pormenorizada de la forma en que se realizaba el sorteo entre los diversos contrincantes.

beta con el de la beta y así sucesivamente a cada uno con el de su letra correspondiente. Así si son pares los contrincantes 8, 4, 12; y si son impares 5, 7, 9, marca en una sola ficha una letra suelta que no tiene su correspondiente. Y el que saque ésa queda exento y tiene que esperar hasta que compitan los demás, pues no tiene letra correspondiente. Y no es de poca monta la suerte de ese atleta, el esperar descansado a enfrentarse con rivales agotados.

LICINO. —Quieto ahí; eso es justamente lo que me 41
hacía falta. Así que supón que son nueve y que todos han sacado y tienen ya sus fichas. Date una vuelta —quiero hacerte helanodica en vez de espectador— e inspecciona las letras; creo que no serías capaz de saber quién es el que queda exento a no ser que vayas a todos antes y los emparejes.

HERMÓTIMO. —Es imposible descubrir al instante la letra que evidencia quién es el que queda exento; o quizás podría llegar a descubrir la letra, pero sin saber si es ésa; pues de antemano no se ha dicho expresamente que la K o la M o la I corresponda al exento. Así que cuando encuentres la A, irás a buscar al que tiene la otra A y cuando lo hayas encontrado, los emparejas; y después encuentras la B y vas buscando a ver dónde está la otra que le corresponde a la ya encontrada, y así con todos del mismo modo, hasta que no te quede más que el que tiene la letra que no tiene correspondencia.

HERMÓTIMO. —¿Y si dieras con ese en primero o se- 42
gundo lugar, qué harías?

LICINO. —No se trata de lo que haría yo sino tú, que eres el helanodica; me gustaría saber qué es lo que harías; ¿acaso dirás al punto que ése es el exento o no tendrás más remedio que dar una vuelta a ver si en algún lugar se encuentra la letra correspondiente? Como que si no ves las fichas de todos no podrías saber quién es el exento.

HERMÓTIMO. — Fácilmente lo sabría, Licino; al menos en el caso de nueve contrincantes si encuentro la E en primer o segundo lugar sé que quien la tiene es el exento.

LICINO. — ¿Cómo, Hermótimo?

HERMÓTIMO. — De la siguiente manera: dos de ellos tiene la A y de igual modo la B, de los restantes, que son cuatro, unos han sacado la Γ y otros la Δ con lo que se han empleado ya cuatro letras para los atletas que son ocho. Es evidente, pues, que sólo sería impar la letra que viene a continuación, la E, con lo que el que la sacara sería el exento.

LICINO. — ¿Cómo podría elogiar tu inteligencia, Hermótimo? ¿O quieres que te replique cuáles serían mis puntos de vista?

HERMÓTIMO. — Sí, por Zeus, pero no acierto a ver qué réplica lógica puedes darles a los míos.

43 LICINO. — Tú has hablado como si todas las letras se escribieran por orden alfabético, esto es, primero la A y después la B y así sucesivamente hasta que una de ellas completara el número de atletas. Y te concedo que se actúa así en Olimpia. ¿Pero qué sucedería si sacando cinco letras al azar, la X y la Σ y la Z y la K y la Θ escribiéramos por duplicado cuatro de ellas sobre ocho fichas y reserváramos la Z para el noveno contrincante, la que nos indicará precisamente quién es el exento? ¿Qué harías si encontraras la Z al principio? ¿Cómo podrías saber que quien la tiene es el exento sin ir a todos y comprobar que ninguno tiene la correspondiente? No podrías dejarte guiar como ahora, por el orden alfabético.

HERMÓTIMO. — De difícil respuesta la pregunta que me haces.

44 LICINO. — Pues analiza el mismo tema de otra manera. ¿Qué pasaría si no escribiéramos letras sobre las fichas sino algún tipo de rasgos y garabatos como los egipcios que

escriben muchos, en vez de letras, a saber, hombres con cabeza de perros y con cabezas de leones?... Mejor vamos a dejarlo porque se trata de rasgos raros. Supón que vamos a escribir caracteres homogéneos y simples, que se parezcan lo más que se pueda, por ejemplo, dos hombres en dos fichas, dos caballos en otras dos, dos gallos y dos perros, y en la novena, un león. Si la primera con la que te topas es con la ficha que tiene pintado el león, ¿cómo podrías saber cuál es el exento, a no ser que cotejes todos previamente a ver si algún otro tiene un león?

HERMÓTIMO. — No puedo contestarte, Licino.

LICINO. — Evidente, pues, no hay respuesta presentable 45
alguna. Así que si queremos encontrar bien al individuo que tiene la copa sagrada, o al contrincante exento, o a quien nos guiaría mejor hasta la ciudad de Corinto de la que hablábamos, inexorablemente tendremos que llegar a todos y los examinaremos tras registrarlos, despojarlos de sus vestidos y cotejarlos entre sí. E incluso así llegaríamos a saber la verdad con mucha dificultad. Y si alguien quisiera ser mi asesor y mi fiel consejero respecto de la filosofía en el sentido de qué doctrina filosófica debería seguir, tan sólo podría serlo quien conozca lo que predican todas las escuelas filosóficas; pues lo demás serían imperfectos y no podría darles crédito, con una tan sólo que no hubieran experimentado, pues tal vez ésa podría ser la mejor. Y si un hombre por su cuenta y riesgo dijera que es el más hermoso de los hombres, no le daríamos crédito alguno a no ser que supiéramos que ha visto previamente a todos los demás hombres. Quizás sea de verdad un hombre guapo, pero no podría saber si es el más guapo sin haber visto antes a todos los demás. Y a nosotros lo que nos hace falta no es lo bello sino lo más bello. Y si no lo encontramos, pensaremos que no hemos sacado nada en limpio. Pues no nos daremos por satisfechos con encontrar cualquier tipo

de belleza, sino que vamos buscando la belleza suprema que no puede ser más que una sola.

46 HERMÓTIMO. — Cierto.

LICINO. — Pues bien, ¿puedes decirme de alguien que haya recorrido todo el trayecto por la senda de la filosofía y que conociendo las teorías de Pitágoras y Platón y Aristóteles y Crisipo y Epicuro y los demás filósofos haya finalmente optado por una sola senda de entre todas ellas, tras haber comprobado que es la verdadera y haber aprendido por propia experiencia que es la única que lleva directamente a la felicidad? Si encontráramos a un hombre así, dejaríamos de tener problemas.

HERMÓTIMO. — No sería fácil, Licino, encontrar a un hombre así.

47 LICINO. — ¿Qué haremos entonces, Hermótimo? Creo que no deberíamos recatarnos por el hecho de no poder avanzar por buen camino al no disponer en el momento actual de un guía de esas características. Lo más consistente y lo más sólido es que cada uno al principio avance por el sendero de cada opción y examine con atención las teorías que sostienen todas.

HERMÓTIMO. — Por lo visto así parece. Pero, ojo, no vayamos a toparnos con el obstáculo que señalabas un poco antes, en el sentido de que no es fácil volver de nuevo una vez que uno se ha comprometido a sí mismo y ha desplegado sus velas. ¿Cómo sería uno capaz de abordar todos los caminos si se ve, como dices, retenido en el primero?

LICINO. — Te lo voy a explicar. Imitaremos el sistema de Teseo y tomando un hilo de la trágica Ariadna[22] iremos entrando en cada laberinto, de modo que rebobinándolo salgamos sin problemas.

---

[22] Alusión al episodio en que Ariadna proporciona a Teseo un ovillo de lana para poder encontrar el camino de salida del laberinto cretense en el que se hallaba encerrado el Minotauro.

HERMÓTIMO. —¿Y quién sería nuestra Ariadna? ¿Y de dónde sacaremos el ovillo?

LICINO. —Ánimo, amigo; me parece que ya he dado con el punto de apoyo para salir.

HERMÓTIMO. —¿Cuál es?

LICINO. —No es mío lo que voy a decirte, sino de algún sabio: «Sé sobrio y acuérdate de no fiarte de nadie»[23]. Y si no damos crédito así como así a lo que oímos sino que actuamos al modo de los jueces, dejando hablar al que le toca el turno, tal vez podríamos escapar limpiamente de los diversos laberintos.

HERMÓTIMO. —Llevas razón; actuaremos así.

LICINO. —Bien. ¿Por cuál de ellos nos dirigiríamos 48
primero? ¿O eso no supondrá ninguna diferencia? Empecemos por uno cualquiera, por el de Pitágoras, si así lo dispone el Azar. ¿En cuánto tiempo creemos que aprenderemos todas las doctrinas de Pitágoras? Por cierto; no me quites los famosos cinco años de silencio; con esos cinco años, creo que treinta años serán suficientes, y si no, por lo menos veinte.

HERMÓTIMO. —Pongamos veinte.

LICINO. —Así por la misma regla de tres hay que dar otros tantos años a Platón y no menos a Aristóteles.

HERMÓTIMO. —No menos, por supuesto.

LICINO. —Y a Crisipo ya no te voy a preguntar cuántos, pues sé, por haberlo oído de tu boca que a duras penas bastaría con cuarenta.

HERMÓTIMO. —Exactamente.

LICINO. —Y así sucesivamente Epicuro y los demás. Que no les adjudico tantos años lo corroborarías si te pararas a pensar cuántos estoicos, epicureos y platónicos

[23] Frase atribuida a EPICARMO, fr. 250 [edición de KAIBEL], más que un filósofo, un escritor de comedias, natural de Sicilia.

octogenarios reconocen que no conocen todas las teorías de su propia escuela como para decir que no les falta nada para su cabal conocimiento. Y si no lo reconocieran, Crisipo y Aristóteles y Platón sí lo harían, y antes que ellos Sócrates, que no les iba a la zaga, y que pregonaba a los cuatro vientos no que no sabía todo, sino que no sabía nada excepto el hecho mismo de saber que no sabía nada. Así que echemos cálculos desde el principio; estábamos poniéndole veinte a Pitágoras y otros tantos a Platón y así sucesivamente a los demás. ¿Cuánto nos daría el total con que pusiéramos tan sólo diez escuelas filosóficas?

HERMÓTIMO. — Más de doscientos, Licino.

LICINO. — ¿Quieres que quitemos un cuarto para que el total sean cientocincuenta, o incluso la mitad?

49 HERMÓTIMO. — Tú saber mejor; yo sólo veo que unos pocos podrían salir después de haber pasado por todos ellos y ello empezando el mismo día de su nacimiento.

LICINO. — ¿Y qué podría uno hacer, Hermótimo, si el problema está planteado así? ¿Acaso habrá que volver a los puntos en que ya estábamos de acuerdo, a saber, que nadie puede escoger de entre muchos caminos el mejor sin haberlos probado todos? y ¿que quien elige sin experiencia previa va a la búsqueda de la verdad más por adivinación que por juicio crítico? ¿O no era eso lo que estábamos diciendo?

HERMÓTIMO. — Sí.

LICINO. — Pues entonces es de todo punto forzoso el vivir tanto tiempo si queremos hacer una buena elección luego de haberlas probado todas, y luego de elegir dedicarnos a la filosofía y luego de dedicarnos a la filosofía ser felices. Antes de actuar así, estaremos, como dicen, bailando en las tinieblas, y lo primero que caiga en nuestras manos, eso será lo que asumiremos que es el objeto de nuestra búsqueda, por el hecho de no conocer la verdad. Y aunque por algún designio positivo del Azar encontráramos otra

vía y fuéramos a dar a ella no podríamos saber con total seguridad si es aquello lo que andamos buscando. Pues hay muchas que se le parecen, todas con la pretensión de ser la auténticamente verdadera.

HERMÓTIMO. —No sé cómo, Licino, me parece que lo 50
que dices es de todo punto lógico, pero —te voy a decir la verdad— me estás afligiendo no poco con estas explicaciones y toda esta retahíla de detalles que no hacen al caso para nada. Tengo tal vez la impresión de que no ha sido nada bueno para mí el salir de casa y nada más poner el pie en la calle toparme contigo, pues cuando ya estaba cerca de mi esperanza me has puesto en aprietos con tu demostración de que la búsqueda de la verdad es imposible porque requiere tanto años.

LICINO. —Creo, amigo, que sería mucho más justo hacer esos reproches a tu padre, Menécrates, o a tu madre, como se llame —que no sé su nombre—, o antes que a ellos a nuestra propia naturaleza, porque no te hicieron como a Titono[24], de muchos años y larga vida, sino que delimitaron que quien es un hombre no pueda vivir en el caso de máxima duración más de cien años. Yo, tras minucioso examen, en compañía tuya me limito a descubrir las conclusiones que se desprenden de mi argumentación.

HERMÓTIMO. —No es así, sino que adoptas una per- 51
manente actitud de arrogancia insolente y no sé qué te pasa que odias la filosofía y te burlas de los filósofos.

LICINO. —Hermótimo, qué es la verdad podríais decirlo mejor vosotros los sabios, tú y tu maestro. Yo lo único que sé es que la verdad no es totalmente grata a los oídos de

[24] Pintoresco personaje que pidió a los dioses —y lo consiguió— la inmortalidad, olvidando que peor que la muerte es la vejez. Chocheaba hasta el punto de hacerse insoportable a quienes lo rodeaban y fue metamorfoseado en chicharra.

quienes la escuchan, sino que su estima se ve muy superada por la falsedad; ésta presenta un rostro más agradable y por ello resulta más grata; aquélla, por cuanto que no conoce doblez alguna consigo misma, se hace llegar a los hombres con total libertad de expresión y precisamente por ello se enfandan con ella. Mira a ver; tú también te enfadas conmigo porque estoy intentando descubrir la verdad respecto de estos temas en compañía tuya e intentando poner de relieve que los temas que suscitan nuestra pasión no son nada fáciles; es como si te enamoraras de una estatua y creyeras alcanzarla albergando la sospecha de que se tratara de un ser humano y yo, viendo perfectamente que se tratara de piedra o bronce, te hiciera saber, porque te aprecio, que estabas enamorado de algo imposible, y tú entonces creyeras que yo tengo algo contra ti porque no he permitido que sufrieras un engaño fruto de albergar esperanzas contra toda esperanza[25].

52 HERMÓTIMO. —¿Afirmas entonces, Licino, que no debemos dedicarnos a la filosofía sino, como ciudadanos de a pie, pasar la vida entregados al ocio?

LICINO. —¿Y dónde me has oído decir eso? Pues yo no digo que no haya que dedicarse al estudio de la filosofía, sino que puestos a ello son muchos los caminos que afirman llevar a la filosofía y conducir a la Virtud, mas el verdadero no se ve con claridad y es difícil hacer una elección exacta. Pues al ser muchos los que se nos ofrecían, poco a poco se iba poniendo de relieve la imposibilidad de optar por el mejor a no ser en el caso de haberlos experimentado todos, experimento que en cierto modo se me antoja de larga duración. Y tú ¿cómo piensas que sería lógico actuar? Te voy a preguntar otra vez: a quien primero te salga al

[25] El texto griego ofrece en acusativo la paradoja y la paranomasia: *anélpista elpízonta.*

paso ¿a ése seguirás y compartirás con él el estudio de la filosofía y él a su vez te recibirá como agua de mayo[26]?

HERMÓTIMO. — Y ¿qué respuesta podría darte a ti que afirmas que nadie es capaz de emitir un juicio a no ser que viva tantos años como el Fénix y vaya dando tumbos y tanteando a todos sin fiarse de quienes ya han experimentado previamente ni de los muchos que le ofrecen sus elogios y sus testimonios? 53

LICINO. — ¿Quiénes son esos muchos que dices saben y han experimentado todo? Pues con que haya alguien así, con uno me basta y ya no necesito más. Pero si te refieres a quienes no saben, su abundante número me llevará a no fiarme en absoluto en tanto en cuanto se manifiestan sobre todas las doctrinas sin conocer ninguna o a lo sumo una sola.

HERMÓTIMO. — Vamos, que tú eres el único que ha captado la verdad y todos los que se dedican a la filosofía son tontos.

LICINO. — Son falsas tus acusaciones, Hermótimo, al decir que de algún modo me coloco por delante de los demás o me alineo entre los que saben, y ya no te acuerdas de lo que decía, al sostener que no tenía yo un conocimiento de la verdad superior al de los demás sino por el contrario confesar que junto con los demás hombres estaba en el total desconocimiento.

HERMÓTIMO. — Pero Licino, el que haya que acudir a 54
todas las escuelas y poner a prueba lo que dicen y el pensar que este procedimiento de elección es el mejor es tal vez lógico, pero el dedicar tantos años a la experimentación es ridículo, en la medida en que no es posible a partir de

---

[26] Naturalmente se trata de una expresión coloquial castellana que sin embargo recoge la que quiere decir el griego *hérmaion*, algo con lo que uno no contaba y que, sin embargo, viene bien a quien lo encuentra de forma más bien inesperada.

pocos indicios llegar a captarlo todo. Un asunto de esta índole me parece sencillísimo y que no necesita tanta demora. Cuentan que uno de los escultores, Fidias creo, al ver la garra de un león pudo calcular a partir de ella el tamaño del león completo y en consecuencia modelarlo de acuerdo con el tamaño de la garra. Tú también con ver simplemente la mano de una persona, tapando el resto de su cuerpo sabrías de inmediato, creo, que lo que había tapado allí era una persona, aunque no vieras su cuerpo entero. Así, es fácil aprender bien en una fracción de un día lo más importante de las teorías de cada doctrina y para optar por lo mejor no es imprescindible acudir a un examen tan dilatado y tan minucioso, pues basta con juzgar a partir de esos puntos fundamentales.

55 LICINO. — Vaya, vaya, Hermótimo; ¡con qué seguridad acabas de afirmar que se puede conocer el todo a partir de las partes! Yo al menos recuerdo haber oído justamente lo contrario es decir que quien conoce el todo conoce la parte pero que quien solamente conoce la parte no conoce también el todo.

HERMÓTIMO. — Claro.

LICINO. — Y ahora respóndeme. ¿Habría sabido Fidias al ver una garra de león que se trataba de un león caso de no haber visto previamente un león completo? O tú al ver una mano de persona habrías podido sostener que se trataba de una persona sin haber visto o conocido previamente a una persona?... ¿Por qué te callas? ¿O quieres que conteste yo por ti la respuesta incuestionable que no podías darme? Que Fidias se expone a retirarse sin obtener resultado positivo alguno, tras modelar su león a lo tonto; ya se le ve que dice que no tiene nada que ver con Dioniso[27]. ¿O

---

[27] El autor va rizando un tanto el rizo de sus argumentos y trae aquí a colación al poeta trágico Epígenes de Sición a quien el público no per-

qué otra comparación parecida se podría poner? Tanto Fidias como tú no teníais otro procedimiento para conocer las partes que el conocer el todo —me refiero a un hombre y un león—. En la filosofía, por ejemplo, en la de los estoicos, ¿cómo a partir de las partes podrías captar lo demás?, ¿cómo podrías demostrar que es bello?, pues no conoces el todo del que constituyen partes respectivas. Y lo que afir- 56
mas, a saber, que es fácil escuchar lo fundamental de toda doctrina filosófica en una breve fracción de día —como por ejemplo sus fundamentos, sus fines, qué creen que son los dioses, qué es el alma, quiénes afirman que todo es material, quiénes precisan que existe también lo inmaterial, el hecho de que unos proponen el placer, otros lo bello como lo bueno y lo que proporciona la felicidad y cosas por el estilo—, escuchando como digo tales aseveraciones desde luego es fácil y nada trabajoso hacer demostraciones. Pero el saber quién es el que dice la verdad es cuestión no de una fracción de día sino de muchos días. Y si no, ¿qué es lo que les ha pasado para escribir a miembros de cada escuela cientos y miles de libros con la intención de convencer, creo, de que son verdaderas esas pocas cosas que te parecían sencillas y fáciles de aprender? Creo que ahora vas a necesitar un adivino que te oriente para elegir la mejor, a no ser que dejes pasar un tiempo para elegir con exactitud sopesando tú personalmente todos los puntos en conjunto y por separado. Y sería la elección más breve sin complicaciones ni rodeos, si mandaras a buscar al adivino y luego de oír los puntos fundamentales de todas las doctrinas hicieras un sacrificio por cada una de ellas; la Divinidad te liberaría de diez mil problemas si te mostrara en el hígado de la víctima cuál debe ser tu elección. Y si quieres, te voy a proponer 57

donó el que introdujera en el culto de Dioniso temas que tenían muy poco o nada que ver con la divinidad en cuestión.

otro procedimiento menos complicado para que no tengas que ofrendar víctimas ni hacer sacrificios ni recurrir a uno de esos sacerdotes que cobran tan caro; luego de introducir en una urna unas letras con los nombres de cada una de las escuelas filosóficas ordena a un muchacho —a un joven cuyos padres vivan— que se acerque a la urna y que saque la primera letra que le venga a la mano, y en adelante dedícate a la filosofía según la doctrina que el Azar haya dictaminado.

58 HERMÓTIMO. —Eso, Licino, es grotesco e impropio de ti. Dime tú ahora, ¿alguna vez has comprado vino personalmente?

LICINO. —Ya lo creo, un montón de veces.

HERMÓTIMO. —¿Y vas dando vueltas en derredor de los taberneros que hay en la ciudad probando, comparando y cotejando los vinos?

LICINO. —En absoluto.

HERMÓTIMO. —Se deduce, pues, creo, que te llevas el primero con que das que te parece bueno y de calidad.

LICINO. —Sí, por Zeus.

HERMÓTIMO. —¿Y a partir de un simple trago precisas la calidad de todo el vino?

LICINO. —Podría, claro que sí.

HERMÓTIMO. —Si te acercaras a los taberneros y les dijeras: «Como quiero comprar una botella[28] concededme cada uno de vosotros que me beba el tonel entero para luego de apurado llegar a saber quién tiene el mejor vino y dónde tengo que comprarlo; si les dijeras eso, ¿no crees que se burlarían de ti, y que si siguieras dándoles la tabarra quizás te darían una buena ducha de agua?

LICINO. —Creo que me estaría muy bien empleado.

---

[28] Realmente el texto dice una cotila de vino, aproximadamente un cuarto litro.

HERMÓTIMO. — Pues igual sucede en el campo de la filosofía. ¿A cuenta de qué beberse el tonel entero pudiendo saber qué calidad tiene toda con sólo probar un trago?

LICINO. — Qué escurridizo eres, Hermótimo; te me vas 59
escapando de las manos; sólo que me has venido muy bien;
creyendo que te habías escapado has ido a caer a la misma
red.

HERMÓTIMO. — ¿Qué quieres decir?

LICINO. — Pues que luego de tomar una cosa que se define por sí misma y que es de todos conocida, el vino, lo comparas con esas cosas que no se le parecen en nada y respecto de las cuales todos andan llenos de dudas, porque no son claras. Así que yo al menos no puedo decir en qué medida son para ti semejantes la filosofía y el vino como no sean en este único punto: en que los filósofos sirven sus enseñanzas como los taberneros —que mezclan y adulteran las suyas y engañan en el peso—. Examinemos lo que dicen. Afirmas que todo el vino que hay en el tonel es todo igual, lo cual por Zeus no es absurdo, y que si alguien sacara un poco y probara un trago sabría de inmediato de qué calidad es el tonel entero; eso es de cajón y no podría yo replicarte al respecto. Pero fíjate en lo que viene a continuación; la filosofía y los que se dedican a ella, como por ejemplo tu maestro, ¿os dicen todos los días lo mismo respecto de los mismos temas o cada día uno diferente?

HERMÓTIMO. — Es que son muchos temas.

LICINO. — Está clarísimo, amigo, que no te habrías pasado a su lado veinte años como un Ulises cualquiera deambulando y dando bandazos si te hubiera dicho lo mismo, pues te habría bastado con escucharlo una sola vez.

HERMÓTIMO. — Por supuesto. 60

LICINO. — ¿Y de qué modo serías capaz de saberlo todo a partir del primer trago de la primera prueba? Pues no son los mismos temas sino que constantemente se van formu-

lando otras nuevas teorías sobre nuevos temas, no como el vino que era siempre el mismo. Conque, amigo mío, a no ser que te bebas hasta el fondo el tonel entero, los tumbos que vas a dar por ahí borracho son en vano. Pues me parece pura y simplemente que la Divinidad ha ocultado lo bueno de la filosofía en lo más hondo del tonel, bajo el poso mismo, con lo que no habrá más remedio que vaciarlo hasta el final, pues si no, nunca jamás llegarías a descubrir la bebida «nectarosa» de la que hablabas, de la que me pareces estar sediento desde antiguo. Pues tú te haces a la idea de que es una bebida tal que con sólo probar y sorber un trago te harías al instante sabio por completo como dicen que le sucede en Delfos a la Profetisa, que luego de beber del manantial sagrado entra al punto en estado de posesión y da oráculos a quienes se acercan a ella. Pero me parece que no se trata de eso, pues tú, que habías bebido algo más
61 de medio tonel, aún decías que ibas por el principio. Fíjate bien a ver si la filosofía se parece más a lo siguiente: quédate con el tonel y con el tabernero, pero no eches en él vino sino un surtido de semillas, trigo encima y después judías, a continuación cebada y debajo lentejas, a continuación garbanzos y otros cereales variados. Entra en la tienda con la intención de comprar algunos de esos cereales; él —el comerciante— aparta del trigo y te da una muestra en la mano para que lo veas. Pues bien, a la vista de la muestra, ¿podrías decir si también los garbanzos están limpios y las lentejas y las judías no vanas?

HERMÓTIMO. —En absoluto.

LICINO. —Pues por la misma regla de tres no podrías llegar a saber cómo es toda la filosofía por la primera teoría que uno te explique. Pues no sería algo único como el vino con el que la comparas aduciendo que se le parece en el probar. Se ha visto ya que es de índole diversa, por lo que no hace al caso un examen al respecto. El peligro de

comprar un vino malo estriba en dos óbolos, pero el que alguien vaya a echarse a perder en la escoria de la chusma, como tú mismo decías al principio, no es pequeña desgracia. Además el que se empeña en beberse el tonel entero en la idea de comprar una cotila, causaría un perjuicio al tabernero con una cata que demuestra tan gran desconfianza; la filosofía en cambio no podría pasar por una situación semejante, pues aunque te hartaras a beber ni mermaría el tonel ni se vería perjudicado el tabernero, pues, como dice el refrán, cuanto más se saca más lleno está, o al revés, como el tonel de las Danaides, que no almacenaba el agua que echaban dentro, sino que fluía sin parar. Pues aunque quites algo de aquel tonel de la filosofía, lo que queda va creciendo.

Y aún quiero explicarte algo parecido respecto al hecho 62
de probar la filosofía; y no pienses que soy «blasfemo» al respecto si te digo que se parece a un fármaco mortal, como la cicuta o el acónito[29] o algún otro por estilo; ni tan siquiera ellos, pese a su índole mortal, matarían de hecho si alguien se limitara a rascar con la punta de la uña y a probarla; quien se la haya llevado a la boca no morirá si no lo ha hecho en la cantidad, la forma, o con los ingredientes precisos. Tú alegabas en cambio que te bastaba con una cantidad ínfima para conocer la totalidad.

HERMÓTIMO. — De acuerdo, Licino, ¿y qué más? ¿Va a 63
haber que vivir cien años y aguantar todo eso? ¿No habrá tal vez otra forma de dedicarse a la filosofía?

LICINO. — Creo que no, Hermótimo. Y no hay nada extraño en lo que decías al principio, que era verdad, a saber que la vida es breve y la ciencia duradera. Pero ahora no sé qué te pasa, te disgustas porque de la noche a la

[29] El acónito *(akónitos)* es una planta venenosa, perenne con raíz desarrollada y provista de tubérculos que crece en prados y lugares húmedos.

mañana no puedes llegar a ser un Crisipo o un Platón o un Pitágoras.

HERMÓTIMO. — Me estás acusando, Licino, y me llevas a un callejón sin salida sin que yo te haya hecho nada, pura y simplemente por envidia, porque yo iba progresando en mis estudios en tanto que tú, a tus años, te has despreocupado de ti mismo.

LICINO. — ¿Sabes lo que hay que hacer? No me prestes atención como si fuera un coribante, sino deja que diga tonterías; tú en cambio, a tu aire, avanza por el camino y sigue hasta el final de acuerdo con tus primitivas opiniones al respecto.

HERMÓTIMO. — Pero es que tú con tu intransigencia no me dejas elegir antes de probarlo todo.

LICINO. — Puedes tener por seguro que no te voy a decir jamás nada más. Pues cuando me llamas intransigente me parece que estás culpando a un inocente como dice el poeta[30], pues en la medida en que ningún otro argumento puede ser tu aliado para apartar de ti mi intransigencia, me siento ya cohibido. Pero fíjate que mi argumentación podría exponerte ideas mucho más intransigentes, pero tú pasas por ella de largo y tal vez me inculpas.

HERMÓTIMO. — ¿Qué ideas? Pues me quedo estupefacto si se ha quedado algo en el tintero sin decir.

64 LICINO. — Mi argumentación dice que no basta con verlo todo e investigarlo para estar ya en disposición de elegir lo mejor, sino que aún falta lo más importante.

HERMÓTIMO. — ¿Y qué es ello?

LICINO. — Un cierto espíritu crítico, amigo, una cierta capacidad de análisis, una mente ingeniosa y una inteligencia penetrante e imparcial, como la que se requiere para emitir juicios sobre temas de esta índole, o en caso contra-

[30] Alusión a HOMERO, *Ilíada* XI 654.

rio todo cuanto hayamos examinado será en vano. Pues mi argumentación dice que hay que dedicar a un tema de esta índole un tiempo no pequeño y que hay que ponerlo todo encima de la mesa al disponerse a elegir, sin prisas, examinando varias veces los diversos puntos, sin tener en cuenta ni la edad, ni el aspecto, ni la fama por su filosofía, sino actuar como los areopagitas, que dirimen los juicios en la noche y en la oscuridad y dirigiendo sus ojos no a las personas que hablan sino a las palabras que se pronuncian. Entonces ya estarás en disposición de hacer una opción sólida para estudiar la filosofía.

HERMÓTIMO. — Después de la vida, quieres decir. Porque con esas ideas no hay vida humana que dé abasto para abarcar todo, y examinar cada punto detenidamente y luego de examinarlo emitir un juicio, y luego de emitirlo realizar una opción, y luego de realizarla dedicarse a la filosofía. Pues afirmas que éste es el único procedimiento de llegar a descubrir la verdad, y no hay otro.

LICINO. — Y aún estoy dudando si decirte, Hermótimo, 65
que no basta aún con eso, pues me parece aún que nos engañamos a nosotros mismos cuando creemos haber descubierto algo sólido y de hecho no hemos descubierto nada, como los pescadores que muchas veces echan las redes y tiran de ellas al percibir un cierto peso con la esperanza de haber atrapado montones de peces, y luego de tirar fatigosamente de ellas, resulta que todo lo que aparece ante sus ojos es una piedra o una vasija rebozada de arena. Mira a ver no sea que nosotros hayamos sacado en nuestras redes algo semejante.

HERMÓTIMO. — No acierto a comprender qué pretendes con tus redes esas; en cualquier caso me estás envolviendo en ellas.

LICINO. — Intenta, pues, zafarte. Si hay alguien que sepa nadar, ese eres tú, con la ayuda de una divinidad.

Pues aunque fuéramos a todos los filósofos haciendo pruebas y lleváramos a término esa tarea algún día, creo que ni aun así estaría claro si alguno de ellos tiene lo que buscamos o si todos lo desconocen por igual.

HERMÓTIMO. —¿Qué dices? ¿Qué ninguno de ellos lo tiene?

LICINO. —No está claro. ¿O te parece imposible que estén todos engañados y que la Verdad sea otra cosa, algo que no se halla en poder de ninguno de ellos?

66 HERMÓTIMO. —¿Cómo es eso posible?

LICINO. — De la siguiente manera. Suponte que nuestro número «verdadero» es veinte. Que alguien coja veinte habas en la mano y que con ella cerrada vaya y pregunte a diez personas cuántas habas tiene en la mano. Harán los cálculos y dirán el uno siete, el otro cinco, el de más allá treinta, el de más acá diez o quince y así sucesivamente un número cualquiera. Con ello y con todo; ¿es posible que por azar alguno acierte la verdad, o no?

HERMÓTIMO. — Sí.

LICINO. —¿No es entonces imposible que todos vayan diciendo cada uno un número, y que todos ellos sean erróneos y no verdaderos, y que ninguno de ellos diga que el individuo en cuestión tiene veinte habas? ¿O qué dices al respecto?

HERMÓTIMO. — Que no es imposible.

LICINO. —Pues de la misma forma todos los que se dedican a la filosofía buscan la felicidad, a ver en qué consiste, y cada uno dice que en algo diferente; uno afirma que en el placer, otro en la belleza y así sucesivamente en cosas diferentes. Y es probable que la felicidad sea alguna de esas cosas pero no es improbable que sea algo distinto de todas ellas. Y me parece que hemos ido al revés de como debíamos, que antes de encontrar el principio hemos ido a toda prisa al punto final. Deberíamos haber puesto primero de

relieve que eramos conocedores de la Verdad y que alguno de quienes se dedican a la filosofía la conoce con exactitud, y acto seguido investigar a quién de ellos debería darse crédito.

HERMÓTIMO. —De manera, Licino, que lo que estás diciendo es que ni aun avanzando por la senda de toda la filosofía seríamos capaces de alcanzar totalmente la Verdad.

LICINO. —No me preguntes a mí, amigo, sino al argumento mismo otra vez. Y tal vez te respondería que no podríamos siquiera, dado que no está claro si la Verdad es una de las cosas que los filósofos dicen.

HERMÓTIMO. —Pues por lo que dices no llegaremos a 67
descubrirla ni a dedicarnos a la filosofía y no nos quedaría más remedio que llevar una vida ramplona al margen de la filosofía. Pues de tus teorías se deduce que es imposible dedicarse al estudio de la filosofía, que es inalcanzable para una persona normal. Aduces que quien se dispone a abordar el estudio de la filosofía debe elegir primero la mejor clase de filosofía, y te parece que la opción sólo puede ser exacta si tras haber recorrido todo tipo de escuelas optamos por la más auténtica. Calculando el número de años suficientes para cada una, la tarea desborda todo límite y se extiende a otras generaciones de modo que la verdad es cosa que va más allá de la vida de un individuo. Y para colmo estás intentando demostrar que ni tan siquiera eso es indubitable cuando dices que no está claro si se ha llegado a descubrir la verdad entre quienes desde antaño se dedican al estudio de la filosofía o si no.

LICINO. —¿Y cómo podrías tú, Hermótimo, afirmar bajo juramento que realmente se ha llegado a descubrir entre ellos? Yo al menos no me atrevería a jurarlo. ¿Y cuántos puntos he dejado de lado a propósito, que necesitarían también un examen dilatado?

HERMÓTIMO. —¿Cuáles? 68

LICINO. —¿No oyes a alguno de los estoicos o de los epicúreos o de los platónicos que andan diciendo que algunos de ellos conocen todas las teorías y que algunos no, aunque en otros puntos son dignos de todo crédito?

HERMÓTIMO. —Ciertamente sí.

LICINO. —¿Y no te parece tarea ardua el distinguir a los que saben y el separarlos de los que no saben pero andan diciendo que sí que saben?

HERMÓTIMO. —Ya lo creo.

LICINO. —Será menester entonces si quieres conocer al mejor de los estoicos que acudas y pongas a prueba si no a todos sí al menos a la mayoría de ellos y que tomes por maestro al mejor, ejercitándote previamente y adquiriendo la capacidad para opinar sobre esos temas, no sea que sin darte cuenta vayas a haber elegido al peor. Conque fíjate cuánto tiempo se necesita para ello, punto que dejé de lado deliberadamente temiendo que te disgustaras. Y en temas de esta índole creo que es lo más importante y lo más necesario y lo único, me refiero a temas poco claros y dudosos. Y esa es la única esperanza fidedigna y sólida de cara a la verdad y a su búsqueda y que no es otra sino el hecho de que esté en tu mano el poder discernir y separar lo falso de lo verdadero y como los expertos en plata distinguir las piezas de metal genuino y auténtico de las imitaciones. Si has adquirido esa capacidad y esa destreza puedes acometer el examen de sus argumentos. Si no, que te quede bien claro que nada te librará de ser arrastrado por la nariz [31] o de dejarte llevar por una rama florida que te pongan delante como a las ovejas. Te asemejarás al agua derramada sobre una mesa en la medida en que irás a dar donde uno te lleve con la punta de su dedo o, por Zeus, a un junco que ha

[31] Expresión proverbial en Luciano para dar a entender que lo toman a uno por tonto y lo manejan a su antojo.

crecido a la orilla de un río y que se dobla a cualquier soplo del viento y que por débil que sople la brisa lo bambolea. Conque si encuentras un maestro que tenga un 69
cierto conocimiento del arte de la demostración y de la elucidación de temas dudosos y que te transmita sus conocimientos, dejarás por completo de tener problemas. Al punto se te pondrá de relieve lo mejor y con este arte de la demostración lo verdadero y lo falso se verán sometidos a examen y tú luego de realizar la opción más sólida y de emitir tus juicios te dedicarás a la filosofía y en posesión de la archideseada felicidad pasarás la vida en su compañía con todos los bienes de golpe.

HERMÓTIMO. — Bien, Licino. Lo que estás diciendo es, con mucho, mejor y está lleno de no pequeña esperanza. A lo que parece debemos buscar un hombre tal que nos haga capaces de «diagnosticar» y de discernir y de demostrar en el más alto grado. De modo que lo que sigue ya es fácil, sin complicaciones y no va a requerir mucho tiempo. Y yo te doy ya las gracias por habernos descubierto este camino, breve y el mejor.

LICINO. — Pues no harías bien en darme aún las gracias. Pues no te he descubierto nada que te ponga más cerca de tu esperanza. Y de hecho estamos mucho más lejos de lo que estábamos antes, y como dice el refrán «luego de muchos pesares seguimos igual».

HERMÓTIMO. — ¿Y cómo dices eso? Me da la impresión de que vas a decirme algo triste y descorazonador?

LICINO. — Pues aunque encontremos a alguien com- 70
prometido con el conocimiento de la demostración y con el enseñarla a otro, creo que no nos fiaremos de él instantáneamente sino que iremos a buscar a otra persona capaz de precisar si el hombre en cuestión dice la verdad. Y aunque fuéramos a dar con este último seguimos sin tener claro si el árbitro en cuestión sabe distinguir a quien tiene un juicio

correcto o no, con lo que hará falta también ponerle otro árbitro a él. Y a su vez, ¿cómo podríamos nosotros ser capaces de discernir a quién puede ser el mejor juez?, ¿ves hasta dónde se extiende el problema y que no tiene límites y que no se le puede detener ni comprimir? Pues ya verás que cuantas demostraciones puedas encontrar están sujetas a dudas y no ofrecen seguridad. La mayoría de ellas nos impulsan a creer que sabemos por medio de otros argumentos igualmente sujetos a duda, y el resto, adaptando los aspectos menos claros a los que están totalmente claros y que no tienen nada en común, andan diciendo sin embargo que los unos son las demostraciones de los otros, como si alguien creyera demostrar que existen los dioses porque se ven sus altares. Así, Hermótimo, no sé cómo, al igual que quienes corren en círculo, hemos vuelto a dar al punto de partida y al problema inicial.

71 HERMÓTIMO.—¡Ay lo que me has hecho, Licino! Me has hecho ver que mi tesoro eran trozos de carbón y que he echado a perder tantos años y tanto trabajo para nada.

LICINO.—Pues te disgustarás mucho menos, Hermótimo, si te paras a pensar que no eres el único que quedas al margen de las buenas esperanzas, sino que todos los que se dedican a la filosofía luchan, por así decir, por la sombra de un burro[32]. Pues ¿quién sería capaz de avanzar por todos aquellos caminos que yo mencionaba? Que es imposible lo afirmas tú incluso. Ahora me parece que actúas como si alguien llorara y culpara al Azar por no poder subir al cielo o por no poder cruzar buceando, después de zambullirse en el mar, desde Sicilia a Chipre o porque no se

[32] Luciano nos habla aquí del enfrentamiento «por la sombra de un burro», en expresión que recuerda el pasaje de las *Avispas* de ARISTÓFANES, cuando Filocleón intenta escapar bajo el vientre de un burro del cerco al que lo han sometido su hijo y sus criados.

levanta con alas que le lleven en el mismo día desde Grecia hasta la India. La culpa de su pena radica, creo, en que ha albergado esperanzas, bien luego de tener un sueño en ese sentido, bien que él mismo se lo ha imaginado en su mente sin haberse parado a pensar previamente si sus súplicas eran asequibles y conformes a la naturaleza humana. Y a ti también, amigo mío, que andabas sumido en muchos sueños fantásticos, el argumento te ha despertado del sueño de golpe y te ha hecho salirte de él. Así que te irritas con él al tiempo que abres los ojos a duras penas y te desembarazas con dificultad del sueño por causa del placer que te proporciona lo que has visto. Igual les sucede a quienes imaginan su propia dicha ficticia, nadando en la riqueza, desenterrando tesoros, detentando el poder y felices en otros aspectos como los que fácilmente otorga la «Diosa Deseo» que es generosa y a nadie lleva la contraria tanto si quieres tener alas como tener el tamaño de un coloso o descubrir montañas totalmente de oro. Y si por casualidad el criado interrumpe sus imaginaciones acercándose y preguntando por alguna de las cosas cotidianas, como por ejemplo de dónde van a sacar el dinero para comprar el pan o qué es lo que debe decirle al casero que lleva un tiempo largo esperando a cobrar el alquiler, se enfada con él por haberle apartado de todas esas maravillas con una pregunta enojosa y por poco si le pega un mordisco en la nariz al pobre chico.

Pero a ti, querido, no te vaya a pasar lo mismo con- 72
migo, si yo, que soy tu amigo, no me resigno a verte pasar la vida entera desenterrando tesoros, volando, imaginando visiones extranaturales y albergando esperanzas totalmente absurdas, sumido en un sueño placentero tal vez, pero sueño al fin y al cabo, sino que considero lógico que lo interrumpas y te levantes a hacer alguna de las tareas imprescindibles de cada día y tengas la mente puesta en ese

tipo de actividades corrientes, algo que te acompañará para el resto de tu vida. Porque lo que hacías y planeabas no difiere mucho de los hipocentauros y las Quimeras y las Gorgonas y de cuantas imágenes modelan sueños y poetas y pintores con su libertad, que no han existido nunca ni pueden existir. Y sin embargo, la mayor parte de la gente cree en ellos y quedan fascinados al ver o al oír cosas de esta índole por ser extrañas y absurdas.

73 Tú también habrás oído a un escritor contar que existe una mujer de belleza excepcional por encima de las propias Gracias o de la propia Afrodita Urania[33], y sin analizar antes si dice la verdad y si existe en algún punto de la tierra esa mujer, te enamoraste al punto de ella como dicen que Medea se enamoró de Jasón, a raíz de un sueño. Y lo que más te movió a enamorarte a ti y a todos los que se han enamorado de la misma imagen que tú era precisamente lo siguiente —al menos a mí me da la impresión— el hecho de que el que hablaba de la mujer en cuestión una vez que se había granjeado la confianza de que decía la verdad añadía detalles. Pues en efecto en eso os fijábais únicamente y por ello en cuanto le disteis el primer punto flaco os llevó de la nariz y os condujo hasta la mujer amada por el que él decía ser el camino recto. Lo que seguía después, creo, era fácil, y ninguno de vosotros volviéndose a la entrada se paraba a pensar si era la verdadera o si no se había dado cuenta de que no debería haber entrado por ahí, sino que seguía tras las huellas de quienes habían realizado el trayecto previamente como siguen las ovejas a quienes las guía, pese a que al filo de la entrada deberías haber analizado al principio si

[33] El sobrenombre de Urania aplicado a Afrodita hace mención a los orígenes o nacimiento de la diosa: el semen que la engendró pertenecía a Urano, que al ser castrado por su hijo Crono, lo dejó caer al mar; de las espumas así fecundadas nació Afrodita. Un templo dedicado precisamente a Afrodita Urania estaba erigido junto al Teseíon en el Ágora de Atenas.

debías adentrarte por él. Y te enterarías con mayor claridad 74
de lo que te estoy diciendo si te paras a observar el siguiente ejemplo. Supongamos que a uno de estos poetas cuya osadía no tiene límites le da por decir que hubo una vez un hombre con tres cabezas y seis manos y que tú admites esto sin problemas, sin pararte a pensar si ello es posible, simplemente fiándote de él; inmediatamente iría añadiendo el resto al detalle, así, que tenía seis ojos, seis orejas, tres voces que procedían de tres bocas, que comía por tres bocas y que tenía treinta dedos, no como cada uno de nosotros diez entre las dos manos. Y si tenía que ir a la guerra, tres manos tenían cada una un tipo de escudo —ligero, alargado o redondo[34]— y las otras tres llevaban la una un hacha, la otra una lanza y la otra una espada. Y ¿quién podría desconfiar del poeta que cuenta eso? Detalles en efecto que cuadran al principio respecto del cual había que haberse parado a analizar si era de recibo y digno de crédito. Y admitiendo eso, el resto viene por sí solo y no habrá quien lo pare y no será fácil el no darle crédito pues es consecuente y semejante al punto de partida con el que se estaba de acuerdo. Esto mismo os ha sucedido a vosotros, llevados por el deseo y el entusiasmo no habéis analizado cuáles son las condiciones de cada acceso. Y avanzáis llevados por lo accesorio que viene detrás sin pararos a pensar que todo eso puede ser falso. Igual que si alguien dijera que dos por cinco son siete y tú le dieras crédito sin hacer la cuenta por ti mismo; inmediatamente añadiría que cuatro por cinco son catorce y así sucesivamente hasta donde quieras. Así opera también la maravillosa geometría

[34] El griego emplea tres palabras distintas para designar otros tantos tipos de escudos: *péltē,* escudo ligero que da nombre, «peltasta», al guerrero que lo lleva; *gérron,* escudo de cuerpo entero hecho de materiales diversos no necesariamente metálicos; *aspís,* el término más corriente para designar el escudo más habitual.

—que al principio nos «postula» postulados[35] un tanto absurdos, y nos exige que estemos de acuerdo con ella en cosas que no pueden sostenerse— como, por ejemplo, puntos sin partes, líneas sin planos y cosas por el estilo, y sobre esos cimientos en ruinas levanta semejantes edificios y aduce demostrar verdades, pese a partir de un principio falso.

75 Por la misma razón vosotros también al admitir los principios de cada escuela filosófica dais crédito a lo que de ellos se desprende y consideráis señal de la verdad su consecuencia, que de hecho es falsa. Entonces algunos de vosotros morís sumidos en esperanzas antes de ver la verdad y de condenar a quienes os engañan; otros aunque se percatan de que han sido engañados cuando son viejos, vacilan en volver, avergonzados de tener que confesar a sus años que no comprendieron que tenían entre manos asunto de niños. Así que por vergüenza permanecen en ellos y se deshacen en elogios para con su situación presente al tiempo que llevan a los mismos derroteros a todos los que pueden, a fin no sólo de no ser ellos solos las únicas víctimas de engaño, sino también de tener el consuelo de que a otros muchos les sucede lo mismo que a ellos. Y aun se percantan de lo siguiente: que si dicen la verdad ya no serán respetados y colmados de honores en la misma medida que ahora. Y claro, pese a saberla no estarían dispuestos a decirla de buen grado, pues al caer de semejantes alturas pasarán a tener el mismo rango que los demás. Y aún podrías tropezarte con unos pocos que en un alarde de valentía tendrían la osadía de decir que se han visto engañados y de disuadir a otros que están pasando por la misma experiencia. Si te tropezaras con un tipo así, llámalo

[35] Hemos mantenido en la traducción el acusativo interno etimológico griego: *aitēmata aitēsasa,* «postulando postulados».

amigo de la verdad, honesto, justo y si quieres filósofo; para él y sólo para él no voy a escatimar el nombre, los demás o no conocen en absoluto la verdad y creen que lo saben, o aun sabiéndola la esconden bajo un manto de cobardía, de vergüenza y de querer recibir honores.

Así que, por Atenea, todo lo que he dicho vamos a 76
dejarlo ahí tirado en el pozo del olvido como todo lo que aconteció antes del arcontado de Euclides[36]. Suponiendo que la doctrina filosófica de los estoicos y no otra cualquiera es la correcta, veamos si es asequible y posible o si cuantos se dirigen a ella se toman un trabajo vano. Yo al menos oigo unas promesas fantásticas en el sentido de qué clase de felicidad alcanzarán los que lleguen a las alturas, y de que sólo ellos captándolo todo poseerán el auténtico bien. Lo que viene después, lo sabes tú mejor si es que te has tropezado con un estoico de esa índole, de los que han llegado al culmen del estoicismo, que no se afligen ni se dejan llevar por el placer, que no se irritan, que están por encima de la envidia, que desprecia la riqueza, que es plenamente feliz, en una palabra; tal cual debe ser la norma exacta y la pauta de una vida virtuosa —pues quien carece lo más mínimo de cualquiera de esos aspectos es imperfecto aunque tenga de sobra de otros—; y si no es así, aún no es feliz.

HERMÓTIMO. — No conozco a ningún hombre así. 77

LICINO. — Bien, Hermótimo, pues por lo menos no te engañas deliberadamente. ¿En qué pones tus ojos mientras te dedicas al estudio de la filosofía que no ves ni a tu maestro ni al de él ni a su predecesor, ni aunque te remontaras diez generaciones atrás, a ninguno de ellos que haya resul-

[36] Alusión a la amnistía que tuvo lugar en el umbral del 402 a. C., cuando se restableció la democracia en Atenas tras el régimen oligárquico impuesto por Esparta a raíz de su victoria en la Guerra del Peloponeso.

tado verdaderamente sabio y por ello feliz? Y no sería correcto por tu parte afirmar que te bastaría con estar cerca de la felicidad, pues no te reportaría utilidad alguna. Igualmente fuera del umbral y al aire libre están el que se presenta pegado a la puerta y el que está lejos; la diferencia estribaría en que el primero estaría más irritado al ver desde cerca aquello de lo que se ve privado. Así que para llegar a estar cerca de la felicidad —eso te lo voy a conceder— te das semejantes tutes y pasas tan malos ratos y se te ha pasado corriendo a tu lado tanto tiempo de la vida en el letargo y la fatiga y con la cabeza gacha en pleno insomnio. Y otra vez vas a ponerte a pasar fatigas otros veinte años por lo menos, para que al llegar a los ochenta —si es que alguien puede garantizarte que los vivirás— te sigas contando aún en la nómina de quienes no son todavía felices, salvo que creas que eres el único que va a alcanzar y a atrapar en su búsqueda lo que otros muchos hombres mejores y con mucho más veloces no pudieron conseguir antes que tú pese a que lo persiguieron con ahínco.

78 Pero cógelo tú también, si te parece, sujétalo y manténlo. Lo primero de todo no veo cuál sería el bien que se podría suponer capaz de compensar semejantes trajines. ¿Y cuánto tiempo te quedará para disfrutar de él, viejo ya y pasado de rosca para todo placer, con un pie como dicen en la tumba? A no ser, fenómeno, que te estés entrenando para la otra vida a fin de vivirla mejor cuando llegues allí, sabiendo de qué modo hay que vivir; es como si alguien se preparara y se dispusiera a darse el mejor banquete durante tanto tiempo que sin darse cuenta está ya muerto de hambre.

79 Mas creo que no has llegado a captar plenamente que la virtud radica en las actuaciones como, por ejemplo, en el hecho de llevar a cabo acciones justas, sabias y esforzadas, en tanto que vosotros —y cuando digo vosotros me refiero

a los más distinguidos de los filósofos—, desentendiéndoos de ello, os afanáis en inventar y componer lamentables discursos y silogismos y aporías; y dedicados a ellos pasáis la mayor parte de la vida, y quien destaca en esos menesteres os parece «el vencedor glorioso». Por cosas así, creo, admiráis al maestro, un hombre viejo que pone en apuros a sus interlocutores y sabe cómo hay que preguntar y camelar y engatusar y meter a uno en un callejón sin salida. Y desperdiciando el fruto —que era lo relativo a los hechos— os afanáis por la corteza arrojándoos mutuamente las hojas en el transcurso de vuestras discusiones. ¿O es que es otra cosa lo que hacéis, Hermótimo, desde que sale el sol hasta que anochece?

HERMÓTIMO. —Qué va; eso justamente.

LICINO. —¿No podría, pues, alguien decir con toda razón que cazáis la sombra dejando el cuerpo o la muda de la serpiente desentendiéndoos del reptil?

Actuáis igual que si uno echando agua en un mortero la majara con su mango de hierro creyendo hacer algo necesario y de provecho sin saber que aunque molieras con los brazos caídos, como dicen, «el agua sigue siendo agua».

Y déjame aún que te pregunte si al margen de los dis- 80
cursos querías parecerte en las otras facetas a tu maestro,
igual de irritable, igual de mezquino, igual de pendenciero,
e igual de amigo del placer, sí, por Zeus, por más que no le
dé esa impresión a la mayoría de la gente. ¿Por qué callas,
Hermótimo? ¿Quieres que te cuente lo que oí el otro día de
un hombre ya mayor que hablaba a favor de la filosofía, a
quien se acercan muchos jóvenes ansiosos de sabiduría? Al
tiempo que requería sus honorarios a cada uno de los
alumnos se afligía diciendo que estaba en situación deu-
dora y que se le había pasado el plazo, que había vencido
dieciséis días antes, el último día del mes; así decía lo acor-
dado. Y mientras andaba en estos lamentos se acerco el tío 81

de un joven, un hombre del campo, un tipo de a pie para vuestros asuntos, y le dijo: «Deja ya, buen hombre, de decir que has sido víctima de una gran ofensa, porque te hemos comprado unos discursos y aún no te hemos pagado. Aún sigues teniendo lo que nos has vendido, pues no ha disminuido el caudal de tus enseñanzas. Y en otros aspectos por lo que te mandé al jovencito con gran interés, no ha mejorado en absoluto por tu actuación. Llevándose a rastras a la hija de mi vecino Equécrates que era virgen, la violó y hubiera sido demandado por ese acto de violencia de no haber yo pagado en recompensa por la ofensa un talento a Equécrates, que es hombre pobre. El otro día le sacudió a su madre porque le quitó una jarra que llevaba escondida bajo el manto, que sería su aportación a escote, me imagino, al banquete. Pues en lo que a mal genio, carácter, desvergüenza, osadía y embuste se refiere era con diferencia mejor antes que ahora. Y eso es lo que me gustaría que hubiera sacado en limpio de su trato contigo más que todas esas cosas que sabe y que nos cuenta todos los días —puñetera la falta que nos hace— a la hora de comer; así que si un cocodrilo se llevó a un muchacho [37], pero que prometía devolverlo si el padre contestaba no sé el qué, o que es de todo punto forzoso que cuando es de día no sea de noche. Y algunas veces, el tío va y nos pone cuernos al tiempo que organiza un galimatías con las palabras. Nosotros nos reímos de todo eso sobre todo cuando yergue las orejas y hace prácticas explicándose a sí mismo condiciones, constataciones, comprensiones e imaginaciones y toda una serie de palabrejas por el estilo. Le oímos decir que la Divinidad no está en el Cielo sino que suele hacerse presente por

[37] Tal vez sea interesante para el lector que desee arrojar algo de luz sobre este pasaje y comprender a qué alude Licino cuando habla del «cocodrilo» que llevó al muchacho, de «condiciones, constataciones», etc., véase al respecto, LUCIANO, *Subasta de vidas* 27 (B.C.G., núm. 113, 1988).

doquier, árboles, rocas y animales, hasta en lo más insignificante. Y cuando su madre le pregunta por qué dice esas tonterías, se ríe de ella y le dice: "Si llego a aprender perfectamente estas tonterías nada me impedirá ser el único rico, el único rey, en tanto que los demás seréis esclavos y escoria comparados conmigo"».

Eso es lo que dijo el hombre en cuestión. Fíjate ahora 82
la réplica que le dio el filósofo, Hermótimo, propia de un hombre mayor: «Pues si ese joven no hubiera venido a mí, ¿no crees que habría llevado a cabo acciones con diferencia mucho peores, o que, por Zeus, incluso habría sido entregado al verdugo? La filosofía y su respeto por ella le ha echado como una especie de freno y por eso es ahora más comedido e incluso soportable. Pues supone un cierto baldón para él el aparecer como indigno de ese traje y de ese nombre, cosas que lo acompañan y actúan como maestras suyas. Así que considero justo cobraros los honorarios, si no por los aspectos en que no lo he mejorado, sí al menos por todo lo que ha dejado sin hacer llevado por su respeto a la filosofía. Porque incluso las nodrizas suelen decir respecto de los niños cosas tales como que deben ir a la escuela, pues aunque no sean aún capaces de aprender nada bueno, por lo menos mientras están allí no hacen ninguna travesura. En lo que a mí respecta creo que he cumplido sobradamente en las demás facetas; ven mañana si quieres con alguno de quienes conocen nuestras doctrinas y verás cómo le pregunta y le responde, cuántas cosas ha aprendido y cuántos libros ha leído ya sobre axiomas, silogismos, captaciones, propiedades y temas de lo más variado. Si ha pegado a su madre o ha violado a una joven, ¿a mí qué? No me nombrasteis tutor suyo»[38].

---

[38] Por «tutor» he traducido el término griego *paidagōgós,* que ha dado el español pedagogo, que era en sentido estrictamente etimológico quien acompañaba al niño a la escuela y a otras actividades.

83 Eso es lo que decía un hombre mayor en defensa de la filosofía. Tú también, Hermótimo, ¿podrías decir que bastaría con estudiar filosofía aunque sólo fuera para no hacer travesuras? ¿O entendemos que merece la pena dedicarse a ella desde el principio a la búsqueda de otras esperanzas, y no sólo para que en nuestros paseos resultemos más vistosos que los ciudadanos de a pie? ¿Por qué no respondes tampoco a esto?

HERMÓTIMO.—¿Por qué sino porque me falta poco para llorar? Tu argumentación que es verdadera me ha llegado hasta tal punto que me lamento al pensar cuánto tiempo, pobre de mí, he malgastado y además qué suma no pequeña de dinero he tenido que pagar por todos mis esfuerzos. Ahora, como quien recobrar la sobriedad luego de una borrachera veo cuáles son las cosas de que estaba enamorado y cuántos pesares he padecido por ellas.

84 LICINO.—¿Y de qué te sirve llorar, amigo? Muy sensata es la fábula aquella que contaba, creo, Esopo. Decía que un hombre sentado en la orilla del mar, al filo del rompeolas contaba las olas. Y que al equivocarse se disgustaba y se afligía hasta que vino a su lado la zorra y le dijo: ¿Por qué te afliges, amigo, por quienes se ha ido, cuando lo que hay que hacer es despreocuparse de ellas y empezar a contar a partir de aquí? Igual tú, si te parece, de cara al futuro llevarías una vida mejor si admitieras el vivir con los demás y compartieras los problemas ciudadanos con la mayoría, y sin esperanzas absurdas ni rimbombantes; y no te avergonzarás, si tienes dos dedos de frente, por el hecho de, siendo mayor, cambiar tus enseñanzas y cambiar de rumbo hacia
85 lo mejor. Y todo cuanto dije, amigo, no creas que lo he preparado contra la «Estoa» o que lo he formulado llevado de una cierta animosidad contra los estoicos, mi argumento es común para todos. Pues te habría dicho lo mismo si hubieras optado por la escuela de Platón o de Aristóte-

les, condenando a los demás sin juicio previo en un proceso por incomparecencia. Ahora bien, como tus preferencias eran por los estoicos mi argumentación ha podido dar la impresión de ir dirigida contra la Estoa sin que yo tuviera ningún prejuicio especial contra ella.

HERMÓTIMO. — Llevas razón. Me voy, precisamente a 86
eso, a hacer un cambio incluso de porte externo. Al menos no tardarás en verme sin esta barba espesa y poblada, y sin castigar mi forma de vida, sino que todo será libre y sin ataduras. Quizás hasta me pondría un manto púrpura para que vieran todos que ya no tengo nada que ver con estas chifladuras. Ojalá pudiera vomitar todo lo que he oído de sus bocas. Y, sábelo bien, no vacilaría en beber eléboro pero por la razón opuesta a la de Crisipo —para no tener ya en la mente lo que dice—. Y no son pocas las gracias que debo darte, Licino, porque cuando estaba siendo arrastrado por el remolino de un abrupto torrente, entregado a él y dejándome llevar con la corriente por sus aguas te pusiste a mi lado y tiraste de mí para arriba apareciendo como el «Deus ex machina» de las tragedias. Creo que no carecería de razón que me afeitara la cabeza como los hombres libres que se salvan de un naufragio en agradecimiento por la salvación, luego de haberme quitado de los ojos una espesa tiniebla. Y, si en el futuro me encuentro paseando, aunque sea sin querer, a un filósofo, me daré media vuelta y me apartaré de él como de los perros rabiosos.

71

AL QUE DIJO: «ERES UN PROMETEO EN TUS DISCURSOS» *

Cuatro páginas fundamentales e imprescindibles para entender el quehacer literario de Luciano. Aquí no hay diálogo ni interlocutor conocido que se cite por su nombre, aunque el comienzo del texto implica obviamente su existencia. A ese interlocutor desconocido, Luciano le explica una vez más su técnica de composición literaria. Contaminación, trasposición, innovación, de algún modo tal y como se indica en el volumen introductorio a nuestro autor, son perfectamente explicadas por Luciano. Acepta que se le compare con Prometeo en un alarde de modestia en cuanto que se trata de trabajos «de barro», inconsistentes, frágiles; pero el interlocutor parece querer equipararlo a Prometeo en cuanto a su capacidad para innovar sin partir de un modelo previo, al igual que el Titán que forjó modelos humanos precisos aunque eso sí, carentes de la vida que hubo de insuflarles Atenea. Luciano no quiere que se le considere un creador *ex nihilo,* sin modelo previo. Y matiza el concepto de originalidad. Las innovaciones por el puro y simple placer de llamar la atención poniendo el acento sobre los elementos novedosos no garantizan el éxito y no surten

* «Eres un Prometeo en tus escritos, o en tus obras», y no necesariamente en tus palabras o en tus discursos. Esa parece ser la traducción que le cuadra a este trabajo de Luciano. Ateniéndonos, no obstante, a las normas de la Colección hemos respetado la traducción del Dr. Alsina en su «Introducción general» a Luciano del volumen núm. 42, pág. 29.

muchas veces el efecto apetecido. Luciano apuesta en primer lugar por el modelo, aquí doble, que se maneja, a saber diálogo y comedia. En segundo lugar, pone el acento no en el qué se mezcla, sino en el cómo se realiza esa mezcla; en efecto, saber armonizar géneros tan distintos como la comedia y el diálogo sin engañar a los lectores no es tarea fácil. En ese sentido y sólo en ese, y con toda una serie de reservas y matices, Luciano puede acceder a que su interlocutor lo compare con Prometeo.

¿Conque afirmas que soy Prometeo[1]? Si con ello quie- 1
res decir, buen hombre, que mis obras son tambien de barro, comprendo la comparación y afirmo que me parezco a él, sin resistirme a que me llamen «modelador de barro», por más que mi barro sea de inferior calidad, como el de cualquier cruce de caminos, un cieno, prácticamente. Pero si estás sobrevalorando mis discursos en la idea de que están perfectamente elaborados y les asignas el nombre del más sabio de los Titanes, ¡ojo!, no sea que alguien diga que hay ironía y una cierta mofa «ática», inherente a dicho elogio. Porque, ¿de dónde sacas que mi discurso está bien elaborado? ¿Qué excepcional sabiduría o «previsión prometeica»[2] hay en mis escritos? Pues me conformo con que no te parezcan ni muy terrenales[3] ni perfectamente dignos del

[1] Prometeo, el titán más ingenioso y más sabio, robó el fuego que era privativo de los dioses para dárselo a los hombres en un gesto de suma audacia que tuvo el correspondiente castigo por parte de los dioses. Encadenado a una roca, un águila venía a punzarle el hígado. Ése es el momento recogido por Esquilo para escribir su *Prometeo encadenado.*

[2] El autor juega con la etimología de Prometeo, el que prevé, el que toma precauciones antes de obrar frente a Epimeteo, el que hace cálculos a remolque de los acontecimientos.

[3] El término «terrenales» creo que se ajusta exactamente al término griego *gēinós;* obviamente por terrenales debemos entender aquí «vulgares».

Cáucaso. Pues, ¿con cuánta más razón podríais compararnos a Prometeo vosotros, cuantos alcanzáis fama en los tribunales haciendo debates de verdad? Al menos vuestras obras son de verdad algo vivo y que respira, y, sí, por Zeus, su calor es el del fuego; también eso procedería de Prometeo con una diferencia tan sólo, a saber, que las obras que modeláis muchos de vosotros no son de barro sino de oro.

2 Nosotros que comparecemos en público y que celebramos nuestras sesiones tal como son, damos a ver algunos modelos, pero todo en barro, como decía antes, un modelado al modo del de los fabricantes de muñecos. En lo demás ni hay movimientos ni síntoma de respiración alguno, sino que el asunto consiste en una diversión y un pasatiempo de otra índole. De modo que se me ocurre pensar si tal vez dices que soy un Prometeo en el mismo sentido que lo decía el poeta cómico respecto de Cleón. Decían, ya sabes, de él:

Cleón es un Prometeo a toro pasado[4].

Los atenienses auténticos solían llamar «Prometeos» a los fabricantes de vasijas, a los trabajadores de los hornos y a cuantos trabajaban con el barro, burlándose de la arcilla, o también, creo, de la cocción al fuego de los diversos artículos. Si para ti eso es ser un Prometeo, has dado en la diana en un alarde de ingenio «ático» porque nuestras obras son tan frágiles como las vasijas de aquéllos, y con que alguien les tire una piedrecita las rompe todas.

3 Desde luego alguien podría consolarme diciendo que no me comparó a Prometeo en esos aspectos, sino más bien elogiando el factor novedoso, sin imitar un modelo ya exis-

[4] La cita literal está tomada del cómico Éupolis, fr. 456 [edición de Kock], y alude a las críticas recibidas por el demagogo ateniense en relación con sus vacilaciones tácticas durante la Guerra del Peloponeso.

tente, como aquel, que no existiendo hasta entonces seres humanos, los imaginó y los modeló, dándoles las formas que ahora tienen las criaturas y preparándolas de modo que pudieran moverse y resultar gratas a la vista. En una palabra, él era el «arquitecto» aunque contaba con la ayuda de Atenea, que infundió su soplo al barro e hizo que los modelos cobraran vida. Eso es, pues, lo que podría decir interpretando tus palabras en el mejor sentido posible, y quizás era esa la intención que se desprendía de tus palabras. Yo no me doy por satisfecho si paso por ser innovador sin que nadie pueda decir que no he tenido un modelo más antiguo de quien sentirme descendiente. Pero si no resultara airoso, me avergonzaría, tenlo por seguro, y de un pisotón lo destruiría. Pues para mí, al menos, la originalidad de poco le serviría, si su modelado es feo, para salvarse de la rotura. Pues si yo no pensara así, deberían despedazarme dieciséis buitres, por no comprender cuánto más feas son las cosas de esa índole si además son originales.

Ptolomeo, el hijo de Lago, introdujo dos novedades en 4
Egipto: un camello de Bactria totalmente negro y un hombre de dos colores, con una de sus mitades negra del todo y la otra blanca hasta la exageración, con los colores por igual repartidos. Y agrupando a los egipcios en el teatro les iba mostrando toda una amplia serie de espectáculos y, por último, el camello y el hombre semi-blanco, creyendo que al verlos quedarían impresionados. Ellos, al ver el camello, se asustaron y por poco, levantándose de un brinco, echan a correr; y eso que todo el animal estaba adornado con dorados, su lomo cubierto con manto de púrpura marina y la brida era de piedras preciosas, joya de algún Darío o Cambises, o el propio Ciro. Por lo que se refiere al hombre, la mayoría se reía, aunque algunos experimentaban la repugnancia propia de quien está ante un monstruo. Así

que Ptolomeo comprendiendo que no iba a gozar de su aplauso y que la novedad no contaba con la admiración de los egipcios, quienes por cierto tenían en más estima antes que ella lo armonioso y lo bonito, se deshizo de ellos y ya nos los estimaba como antes. El camello murió sin que nadie cuidará de él, y al hombre de dos colores se lo regaló a Tespis, el flautista, para que tocara la flauta con él en los banquetes.

5 Temo que mi obra sea un camello entre los egipcios, del que los hombres admiran aún la brida y la albarda de púrpura, pues ni tan siquiera la combinación de los dos géneros más hermosos, el diálogo y la comedia, ni siquiera eso, bastaría para su belleza externa si el ajuste carece de armonía y de proporción. Pues es posible que la composición a partir de dos elementos hermosos resulte monstruosa, como por poner un ejemplo corriente, el hipocentauro. Difícilmente podría uno decir que un ser así es un animal manso, sino más bien monstruoso al menos si hay que dejarse guiar por los dibujantes que pintan sus excesos y sus asesinatos. Entonces ¿qué?, ¿es que no puede resultar hermoso algo formado a partir de dos cosas excelentes, como por ejemplo la dulcísima bebida que resulta de mezclar el vino y la miel? Yo desde luego afirmo rotundamente que sí. No puedo sostener que en el caso de mis dos elementos sea así, pues temo que la mezcla ha destruido la
6 belleza de cada uno de los dos por separado. No eran compatibles ni amigos desde un principio el diálogo y la comedia. El primero se realizaba en casa consigo mismo y en largos paseos en compañía de pocas personas; la segunda, entregándose a Dioniso, le acompañaba en el teatro, jugaba con él, hacía reír y compartía sus burlas y se acomodaba al ritmo de la flauta en ocasiones y cabalgaba generalmente a lomos de anapestos, y en muchas ocasiones se burlaba de los compañeros del diálogo llamándolos «pensadores» y

«charlatanes que se van por las ramas» y cosas por el estilo. Se habría realizado precisamente con esa única intención, a saber la de burlarse de esas gentes e impregnarlos de la «libertad dionisíaca»; y así los presentaba unas veces bamboleándose por los aires en compañía de las nubes y otras midiendo saltos de pulgas, ¡vamos, «sutilezas celestes[5]»! El diálogo, por contra, daba un mayor empaque a las disquisiciones de los filósofos respecto de la naturaleza y de la virtud. De modo que, por decirlo al modo de los músicos, del punto más agudo al más grave había dos octavas[6] de diferencia. Nosotros[7] no obstante tuvimos la osadía de combinar las cosas que son de esa índole tal como son y de armonizarlas, pese a su escasa facilidad para adaptarse y a su resistencia para convivir con comodidad.

Temo, sin embargo, volver a parecerme de algún modo 7
a tu Prometeo también en este punto, por haber mezclado lo femenino y lo masculino y tener que sufrir en consecuencia el castigo correspondiente, o que más bien me asemeje en otro aspecto, a saber, al haber engañado quizás a mi auditorio y haberles dado huesos envueltos en grasa, esto es, chirigotas de comedia recubiertas de filosofía solemne[8]. Y en lo que al robo se refiere —es también la divinidad del robo— ¡nada! eso es lo único que no podría

[5] Alusión evidente a ARISTÓFANES, *Nubes* 144 y sigs., comedia, en la que se traza una imagen extravagante de Sócrates y sus discípulos en el «Frontisterion» o escuela a la que acude el protagonista Estrepsíades.

[6] Quien tenga unas mínimas nociones de música calibrará la enorme amplitud existente entre el «do» más grave de la primera octava y el «si» más agudo de la segunda.

[7] Curioso plural de modestia el que emplea Luciano a lo largo de todo el opúsculo, que aquí llama más poderosamente nuestra atención.

[8] Otra interesante alusión a un suceso del mito de Prometeo que intenta engañar a Zeus, dándole huesos recubiertos de grasa. Oportunamente lo ha traído a colación Luciano pensando que pudiera dar gato por liebre a sus lectores.

encontrarse en nuestros escritos. Porque... ¿a quién podríamos robar? Bueno... a no ser que alguien, sin yo darme cuenta, haya compuesto por su cuenta «hipocampos» y «tragélafos» de esa índole. Y... ¿qué podría sucederme? Pues no tengo más remedio que permanecer en los términos que elegí de una vez por todas. Porque... el cambiar de planes es obra de Epimeteo, no de Prometeo.

72

EL ALCIÓN O SOBRE LAS METAMORFOSIS *

Curioso y enigmático a la par que hermoso este brevísimo opúsculo llegado a nosotros con el título de *Alción*. La tradición nos lo ha legado en códices de Platón y de Luciano. Si hemos de hacer caso del testimonio de Diógenes Laercio, III 62, la atribución de este texto de Platón es de todo punto falsa, pero tampoco la asigna a Luciano sino que dice que es atribuida a un tal León por Favorino. Sobre la vida del tal León, inclinación filosófica y fechas, véase Macleod, VIII (Loeb), págs. 303-305. Pero dejando a un lado los por otra parte interesantes problemas de autenticidad y de autoría, lo cierto es que el diálogo entre Sócrates y Querefonte está lejos de la enjundia, la densidad y la profundidad de los auténticos diálogos platónicos llamados «socráticos» como de la vivacidad, el ingenio y la acritud de los auténticos diálogos lucianescos. De ahí las dificultades para establecer con certeza una autoría que personalmente nos parece no cuadra ni a Platón ni a Luciano.

QUEREFONTE.—¿Qué sonido ha llegado a nuestros 1
oídos, Sócrates, desde lejos, procedente del litoral y del acantilado aquél? ¡Qué agradable a los oídos! ¿Qué animal

* M. D. MACLEOD, edición de la Oxford University Press, tomo IV, página 12, apunta una bibliografía en relación con los partidarios de su atribución a Luciano —él se cuenta obviamente entre ellos— y a Platón.

es el que emite ese sonido? Porque los seres que pasan su vida bajo el agua no tienen voz.

SÓCRATES. — Se trata de un ave marina, Querefonte, llamada alción, que destaca por sus llantos y lamentos, de la que los hombres cuentan una vieja historia[1]. Dicen que una mujer, hija de Eolo, a su vez hijo de Heleno, lloró con tristeza y con nostalgia de cariño la muerte de su esposo legítimo, Ceix el Traquinio, hijo de Astro de la Mañana, hermoso hijo en verdad de hermoso padre. Mas que después y por designio divino convertida en ave volaba en derredor de los mares en busca de aquél, pues luego de haber dado mis vueltas por la tierra no era capaz de encontrarlo.

2 QUEREFONTE. — ¿Es el alción a quien te refieres? No había escuchado nunca antes su voz y me ha resultado extraña; en verdad es lastimero el canto que emite el animal. Y ¿qué tamaño tiene, Sócrates?

SÓCRATES. — No es grande. Por el inmenso amor a su marido los dioses la honraron sobremanera. Pues durante el tiempo de su cría el Universo tiene los llamados «días del alción»[2] en mitad del invierno, que se diferencian por su bonanza, de los que el día de hoy es un ejemplo perfecto. ¿No ves qué raso está el cielo, y que todo el mar, sin olas, en total bonanza, parece, por así decir, un espejo?

QUEREFONTE. — Llevas razón. Hoy desde luego hace un auténtico día del alción y ayer lo hizo prácticamente

[1] Estas líneas nos traen a la memoria las de la *Ilíada* IX 561-564, las de OVIDIO, *Metamorfosis* XI 410-748, y los relatos en prosa de APOLODORO, *Biblioteca* I 7, 4, así como de LUCIANO, *Historias verdaderas* I 31 y II 40.

[2] Este pasaje nos lleva igualmente a hacer memoria de unos hermosos versos de ALCMÁN, 94D, y SIMÓNIDES, 20D, en los que se hace mención a los llamados «días del alción» como paradigma y prototipo de bonanza en la mar.

igual. Mas... por los dioses, ¿puede uno creer de los antiguos, Sócrates, que de unas aves surjan unas mujeres o al revés, de unas mujeres unas aves? Una cosa así desde luego parece de todo punto imposible.

SÓCRATES. —Querido Querefonte, miopes jueces, me 3
parece, somos nosotros de lo posible y lo posible. Conjeturamos según la capacidad humana, que es mala conocedora, poco digna de crédito, y prácticamente ciega. Pues a partir de las facilidades nos surgen muchas dificultades, y de lo eludible lo ineludible, con frecuencia por inexperiencia, con frecuencia por ingenuidad de nuestras mentes. Pues, en realidad, todo hombre parece ser un niño, hasta el más viejo, porque, en efecto, el tiempo de la vida es muy breve e insignificante con respecto a la eternidad. Y además, amigo, ¿cómo podrían decir si cosas de esa índole son posibles o imposibles quienes desconocen las capacidades de los dioses y de los espíritus[3] o las de la naturaleza en su totalidad? ¿Viste, Querefonte, qué tormenta hubo al tercer día? A cualquier observador le habría entrado miedo de aquellos truenos y relámpagos y de la inusitada fuerza de los vientos. Alguien podría haber sospechado que la tierra entera iba a venirse abajo.

Pero al cabo de poco tiempo se instaló una bonanza 4
formidable que se mantiene hasta ahora. ¿Cuál de estas dos cosas crees que es empresa de más envergadura e importancia, el que se produzca este buen tiempo a partir de aquella borrasca y aquel temporal, y que todo el Universo disfrute de bonanza o el que una mujer pueda metamorfosearse en ave? Algo de este tipo es lo que saben modelar

[3] Una vez más tropezamos con la dificultad de traducir el término griego *daímon,* aquí junto a *theós.* No nos convence «espíritus», pero tampoco «genios», o «duendes» como a veces parecería oportuno traducirlo. Creemos no obstante que aquí «espíritus» es el menos inapropiado.

nuestros niños en sus juegos cuando cogen barro o cera, y a partir del mismo molde muchas veces lo transforman en formas muy distintas según sus ocurrencias. Conque a una deidad que tiene una autoridad mayor e inexplicable en comparación con nuestras capacidades le resultan quizás sencillas empresas de esa índole e incluso más difíciles. Pues el firmamento entero ¿en qué medida te atreverías a afirmar que es superior a ti?

5 QUEREFONTE. —¿Quién, de los humanos, Sócrates, podría pensar o incluso precisar algo al respecto de temas de esa índole? Es imposible decir nada.

SÓCRATES. —¿Es que no vemos la gran diferencia respecto a las capacidades e incapacidades de los hombres cuando se comparan entre sí? Pues en efecto la edad de los adultos con respecto a la de los bebés recién nacidos, que no tienen más que cinco o diez días, tiene una enorme diferencia en lo referente a capacidades e incapacidades en prácticamente todas las acciones a lo largo de la vida, y sus destrezas son muy diversas, así como las actividades que su cuerpo y su espíritu pueden llevar a cabo. Todo eso, como dije, a los niños pequeños no se les puede ni tan siquiera pasar por la cabeza.

6 Y es imposible calibrar la fortaleza de un hombre hecho y derecho cuán superior es con respecto a la de los niños. Pues un hombre solo fácilmente superaría a un montón de ellos. Ya que en efecto la edad, sin medios ni recursos de ningún tipo, acompaña al hombre desde el principio según la naturaleza. Pues cuando un hombre, a lo que parece, difiere en tan gran medida de otro hombre, ¿qué pensáramos que pueda parecerles el firmamento entero con respecto a nuestras capacidades a quienes logran contemplar fenómenos semejantes? Tal vez parecerá verosímil a la mayoría que en la medida en que el Universo es superior en tamaño a los cuerpos de Sócrates y Querefonte, en esa

misma medida y de modo análogo, su energía, inteligencia y designio difieren de nuestra disposición.

Pues tanto a ti como a mí y a otros muchos como tú y 7
como yo hay muchas cosas que nos resultan imposibles y que sin embargo resultan fáciles para los demás. Porque incluso tocar la flauta para los que no saben o leer y escribir para los analfabetos, hasta que dejen a un lado su ignorancia, no es tarea más imposible que el metamorfosear a las aves en mujeres o a las mujeres en aves. Pues la naturaleza, apartando primero en un panal a un animal sin patas, sin alas, proveyéndolo después de unos pies y unas alas, deslumbrante de belleza, variedad y matices de colores, nos dio a ver a la abeja, sabia trabajadora de la divina miel, y de huevos que no tienen voz ni alma modela muchas clases de seres alados y de animales terrestres y acuáticos, utilizando, como dijo alguien, las artes sagradas del éter inmenso.

Y respecto de las capacidades de los inmortales que son 8
enormes, nosotros que somos mortales e insignificantes, que no podemos ver ni de lejos lo grande ni lo pequeño, incapaces como somos de controlar la mayor parte de lo que nos sucede, ni tan siquiera podríamos hablar con seguridad ni de los alciones ni de los ruiseñores. Tal cual me la legaron mis padres entregaré a mis hijos la fama de los mitos respectos de tus cantos, ave de trenos melodiosos, y cantaré tu amor devoto y ardiente por tu esposo muchas veces a mis mujeres Jantipa y Mirto[4] contando entre otras cosas la estima que gozaste de parte de los dioses. ¿A que tú también vas a hacer lo mismo, Querefonte?

QUEREFONTE. — Por lo menos conviene, Sócrates, que

[4] Jantipa y Mirto aparecen citadas aquí como las mujeres de Sócrates. Véase el testimonio de PLUTARCO, *Arist.* 27, DIÓGENES LAERCIO, II 26, y ATENEO, XIII 556a. Quizás esta alusión a Mirto sea muy indicativa de que no se trata de una obra de Platón (cf. MACLEOD, VIII (Loeb), pág. 316).

las palabras pronunciadas por ti tengan una doble invitación a la convivencia tanto de maridos como de mujeres.

SÓCRATES. — Pues bien; tras despedirnos de Alción es ya hora de dirigirnos a la ciudad desde el Falero.

QUEREFONTE. — De acuerdo; hagámoslo así.

73

EL BARCO O LOS DESEOS

Difícil será que alguien pueda poner en duda que éste es un diálogo auténticamente lucianesco. Una historia ingeniosa y divertida con un sorprendente final en clave de humor punzante y ácido. La llegada al Pireo de un formidable barco procedente de Egipto da pie para una especie de cuento de las *Mil y una noches*. Viendo el barco tres amigos, y Licino cuatro, dejan volar la imaginación y hacen una supuesta plegaria a los dioses pidiéndoles unos deseos inverosímiles: el primero quiere toda la riqueza del mundo; el segundo hacerse con un ejército poderoso e invencible y llegar a ser rey por sus medios, sin heredar el trono; el tercero, más sutil..., quiere volar y ser invencible; Licino, por fin, desea... no desear nada, pues está feliz con lo que tiene y le basta con poder reírse de los deseos de sus propios amigos. Una vez más, como se ve, el pensamiento de Luciano está a mitad de camino entre el cinismo y el escepticismo adobado aquí con unos maravillosos polvos de fantasía.

LICINO. —¿No decía yo que antes pasan los buitres de 1
largo ante un cadáver en descomposición tendido a la intemperie que Timolao haga lo propio ante algún espectáculo portentoso aunque para ello tuviera que ir a todo correr hasta Corinto? Hasta ese extremo llega tu afición y tu interés en ese tipo de temas.

TIMOLAO. —¿Pues qué debía hacer, Licino, con tiempo

libre a mi disposición al enterarme de que una embarcación de tamaño enorme y descomunal ha atracado en el Pireo con uno de los cargamentos de trigo que van desde Egipto a Italia a bordo? Creo que vosotros dos, tú y Samipo, aquí presentes, habréis venido desde la ciudad exclusivamente para ver el barco.

LICINO. — Pues sí, por Zeus, y también venía con nosotros Adimanto del demo de Mirrinunte, pero no sé dónde anda ahora perdido entre el gentío de curiosos. Al menos hasta llegar al barco íbamos juntos, y al subir a bordo tú, me parece, Samipo, ibas delante y detrás iba Adimanto y a continuación yo que lo llevaba cogido con las dos manos, pues él cruzó la pasarela agarrado a mí, que llevaba calzado mientras él iba descalzo, pero desde ese momento ya no lo he vuelto a ver ni a bordo ni luego al volver.

2 SAMIPO. — ¿Sabes, Licino, en dónde nos dejó? Creo que cuando salió de su garito el apuesto muchacho aquel, el del vestido impoluto y el pelo recogido por detrás cayendo a ambos lados de la frente. Al menos si conozco a Adimanto, creo, al ver tan lindo espectáculo, ha mandado a paseo al armador egipcio que nos estaba enseñando su barco y se ha quedado aquí plantado llorando como de costumbre; que el hombre este tiene el lagrimero abierto cuando de lances amoroso se trata.

LICINO. — Pues el mocito de marras no me parece tan guapo, Samipo, como para impresionar a Adimanto, a quien acompañan tantos hermosos jóvenes atenienses, todos ellos libres, de conversación amena, que respiran el aire de las palestras, ante quienes no sería vergonzoso ponerse a llorar. El mozo ese, en cambio, además de ser moreno de piel y de labios prominentes, tiene unas piernas raquíticas. Y además hablaba como de un tirón, sin parar y a toda velocidad, en griego sí, aunque el acento y la entonación apuntaban a su país de origen, y además su cabellera pei-

nada hacia atrás y la coleta que le recoge el pelo denota a las claras que no es un ciudadano libre.

TIMOLAO. — El pelo así, Licino, es señal de noble cuna 3 en Egipto; en efecto, todos los niños libres llevan el pelo recogido hasta que llegan a la adolescencia, al revés que nuestros antepasados a quienes parecía síntoma de distinción que los ancianos se peinaran con el pelo recogido y abrochado con una horquilla de oro en forma de cigarra.

SAMIPO. — Muy bien, Timolao, que nos estás recordando el pasaje de Tucídides en su proemio donde hablando de nuestro lujo de antaño cita el de los jónicos cuando salieron en expedición para fundar juntos colonias [1].

LICINO. — Pero, Samipo, ahora me acabo de acordar 4 de dónde nos dejó Adimanto, cuando nos quedamos plantados junto al mástil un buen rato mirando hacia arriba contando las capas de cuero [2] al tiempo que veíamos, pasmados, trepar al marinero por entre los obenques y a continuación correr sin problemas sobre la antena del navío arriba agarrado a los cordajes.

SAMIPO. — Llevas razón. ¿Qué debemos hacer, pues?, ¿esperarle ansiosamente aquí? ¿O quieres mejor que vuelva al barco?

TIMOLAO. — ¡De ninguna manera! Sigamos nuestro curso; a lo mejor ha pasado de largo entre nostros como huyendo a todo correr en dirección a la ciudad, dado que no pudo ya encontrarnos. Y si no... ¡bueno!, Adimanto ya conoce el camino y no hay temor de que se desoriente al quedarse sin nosotros.

LICINO. — Fijaos, no resulte feo que nos marchemos dejando abandonado a un amigo. Pero en fin, sigamos andando, si es que eso es lo que le parece bien a Samipo.

---

[1] Efectivamente, así lo hace TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 6, 3.

[2] El texto griego parece inequívoco: *epibolás, byrsôn.*

5 SAMIPO. — Muy requetebién me parece, a ver si aún pillamos abierta la palestra. Por cierto, ¡qué barco tan enorme! El armador decía que tenía ciento veinte codos de largo[3], y de ancho más de un cuarto, y desde la cubierta hasta el fondo, por donde es más profundo, por la sentina, veintinueve. Y ¡hay que ver qué mástil tal alto! ¡Vaya antena que tiene! ¡Hay que ver con qué cable se sujeta! Y la popa está ligeramente arqueada sobre una pequeña oca de oro, y de igual modo en la parte contraria la proa se yergue proyectándose al frente con Isis a cada lado, de donde le viene el nombre al barco. Y los demás adornos, los dibujos y el emblema de la gavia reluciente como el fuego, y las anclas y los cabrestantes, y los cables y los camarotes de popa, todo ello me ha parecido maravilloso.
6 Y a cualquiera podría parecerle la dotación de marinos la de un ejército de tierra. Contaban además que transportaba tanto trigo como para alimentar a todos los habitantes del Ática durante un año. Y todo eso lo sacaba a flote un hombrecillo de tres al cuarto, ya mayor, al frente de timones de enorme envergadura bajo una fina caña; me lo presentaron señalándole con el dedo, un hombre con greñas, Herón, creo, se llamaba.

TIMOLAO. — Su destreza al timón es impresionante, según contaban sin cesar los que iban a bordo; conoce el

---

[3] Curiosa forma de medir el barco en sus tres dimensiones. Con las salvedades propias del caso, ciento veinte codos equivale aproximadamente a 42 × 120, unos 50 metros; el cuarto parece referirse a la cuarta parte de 120 codos, esto es, 30 codos —algo más, es decir, 12,6 metros—, y de alto en la zona de mayor profundidad 29 codos, esto es, unos 12 metros. Sobre los detalles de este navío Isis y sobre su recorrido siguen siendo aún de sumo interés dos trabajos ya antiguos de L. CASSEN, en *Transactions of the American Philological Association*, vol. 81, 1950, y B. S. J. ISSERLIN, en *T.A.P.A.*, vol. 86, 1955, en los que se sostienen puntos de vista diferentes. Más recientemente, G. W. HOUSTON, «Lucian's Navigium and the Dimensions of the Isis», *AJPh* 108 (1987), 444-450.

mundo del mar mejor que Proteo. ¿Habéis oído cómo condujo el barco hasta aquí, qué les sucedió o quiénes iban a bordo en el transcurso de la travesía, o cómo un astro los salvó? 7

LICINO. — No lo hemos oído, Timolao, pero gustosamente lo escucharíamos.

TIMOLAO. — Me lo iba explicando el armador mismo, una buena persona, de trato agradable. Dijo que tras levar anclas desde Faro con viento no violento, al cabo de siete días vieron el Acamanto, pero que después un Céfiro que soplaba de cara los había desviado de su rumbo hasta Sidón. Desde allí con una enorme tempestad, habían llegado al cabo de diez días hasta Quelidonia pasando por Aulón, y allí casi se ahogan todos[4]. Sé, por haber navegado yo 8
antes por Quelidonia, el tamaño que tienen las olas en esa región, sobre todo cuando sopla el Ábrego reforzado con viento del Sur. Por allí precisamente se dividen el Mar de Panfilia del Mar de Licia, y el remolino de olas como dividido por muchas corrientes en derredor del arrecife —las rocas están lisas y cortantes por efecto de la erosión del agua— hace el romper de las olas sobrecogedor, con un eco enorme, y la ola es muchas veces del mismo tamaño que el rompeolas. El armador me iba contando que eso 9
mismo les había sucedido encima en plena noche y con una bruma total. Mas que sin embargo los dioses, conmovidos ante sus lamentos, habían dado a ver fuego desde Lidia para que pudieran ver la zona aquella y que uno de los Dioscuros había puesto una estrella brillante sobre la cabecera del mástil[5] y había enderezado el rumbo de la nave,

[4] La localización geográfica, el itinerario del barco en cuestión, también han sido estudiados por L. Cassen en el artículo citado. La región llamada Quelidonia está situada, según el propio autor del relato, en donde se separan los mares de Licia y Panfilia.

[5] Se trata del fenómeno conocido como fuego de San Telmo, que los

desviándola por la izquierda mar adentro cuando ya se adentraba en el precipicio. A partir de ahí y fuera por completo de su rumbo, navegaron por el Egeo y setenta días después de salir de Egipto, con los vientos etesios de cara anclaron ayer en el Pireo luego de ser arrastrados tan al Sur, ellos que deberían haber dejado Creta a la derecha y remontando el Cabo Malea, estar ya en Italia.

LICINO. —¡Vaya un timonel fantástico, por Zeus, el Herón de quien hablas, que debe ser de la quinta de
10 Nereo[6], que se desvió tanto de su rumbo! Pero ¿qué es eso?, ¿no es Adimanto aquel de allí?

TIMOLAO. —Claro que es, Adimanto en persona. Vamos a darle una voz. ¡Eh, Adimanto! ¡A ti, te digo, al de Mirrinunte, el hijo de Estrómbico!

LICINO. —Una de dos, o está enfadado con nosotros o está sordo. Es Adimanto y no otro; lo estoy viendo ya con toda claridad, su manto, su forma de andar, y su afeitado. Vamos a avivar el paso para pillarlo; a ver si ni cogiéndote
11 del manto te vamos a hacer volver, Adimanto, y no nos vas a oír por más que te estamos llamando; al parecer estás absorto en relación con algún asunto de importancia, al que sin duda andas dando vueltas.

ADIMANTO. —No es nada de importancia; mientras iba andando me vino a la cabeza una idea nueva que me obligó a hacer caso omiso a vuestra voces, absorto como estaba en plena reflexión.

LICINO. —¿Qué idea es esa? No te recates en hablar, salvo que sea algo de lo que no se puede decir en los misterios. Sabes que en verdad hemos sido «iniciados» y en consecuencia hemos aprendido a guardar silencio[7].

---

antiguos griegos vinculaban a los Dioscuros, figuras benefactoras para los marinos de los diversos avatares de su navegación.

[6] El famoso anciano del mar.

[7] Encontramos aquí como en otras obras de este mismo volumen el

ADIMANTO. —Pues es que... me da vergüenza decíroslo; os parecerá que se trata de una ocurrencia infantil.

LICINO. —¿Es algo que tenga que ver con el amor? Ni tan siquiera ese tema ibas a revelarlo a unos profanos, sino a quienes a la luz de una brillante antorcha hemos sido también iniciados.

ADIMANTO. —No es nada de esa índole, amigo mío, es 12
que iba imaginándome una cierta riqueza, la que la mayoría llaman «éxtasis vanal»[8], y me pillasteis en el punto culminante del lujo y la abundancia.

LICINO. —Entonces es facilísimo; «común es el Destino»[9], dice el adagio; pon aquí delante de nosotros tu riqueza, que los amigos de Adimanto bien merecen gozar de una parte de ese lujo.

ADIMANTO. —Nada más subir a bordo me separé de vosotros, tras traerte aquí, Licino, sano y salvo sin titubear. Andaba yo midiendo el grosor de ancla, cuando no sé dónde diablos os metisteis. Sin embargo, al verlo todo le 13
pregunté a uno de los marineros cuánto le reporta la nave al dueño, tirando por lo alto, en un año. El marinero me contestó que, tirando por lo bajo, unos doce talentos[10]. Desde entonces dejándome llevar, hacía cálculos sobre la buena vida que me iba a dar, si alguno de los dioses hiciera que la nave fuera mía, haciendo favores a los amigos, y

término *apórrēta* de los misterios eleusinos: lo que no se puede decir ni divulgar.

[8] Difícil traducir *kenè makaría,* literalmente «vacía dicha», o si se prefiere «dichosa vaciedad»; éxtasis es tal vez exagerado, pero en *makários* late una noción de felicidad muy duradera y en grado sumo.

[9] Aquí el destino se vincula al nombre de Hermes, divinidad que protegía a los caminantes, y cuyas estatuas se hallaban en las encrucijadas de caminos. Esta divinidad está vinculada a la idea de buena suerte, de hallazgo de algo bueno, de conseguir algo sin esfuerzo, por pura suerte.

[10] Doce talentos debía de ser un considerable capital en época de Luciano a juzgar por la cantidad de bienes que podían adquirirse con ellos.

navegando por la orilla en ella unas veces yo y otras mandando a mis criados. Y además con los doce talentos a los que aludía el marinero me habría construido ya una casa en un sitio formidable, un poco más arriba del Pórtico de las Pinturas [11], dejando mi casa a orillas de Iliso, y habría comprado criados, vestidos, carruajes y caballos. Y ahora mismo ya iba navegando entre la envidia y la admiración de todos los pasajeros y el temor de la tripulación; en una palabra, como si fuera un auténtico rey. Y andaba yo aún ordenando mis ideas por la nave, con los ojos puestos en el puerto a lo lejos, cuando, Licino, poniéndote a mi lado hundiste mi riqueza y echaste a pique mi barco que navegaba bien con el viento de cola de mi plegaria.

14 LICINO. — Pues hazme preso, buen hombre, y llévame a que comparezca ante el general como si fuera un pirata o un bandido de los mares, causante de tal naufragio, y ello en tierra, en el trayecto que va del Pireo al corazón de la ciudad. Pero mira cómo voy a compensarte del revés. Ten ya cinco barcos, si quieres, más bonitos y más grandes que el egipcio, y —lo más importante—, que no puedan hundirse y, por ejemplo, que transporten cinco veces (cada año) la carga de trigo desde Egipto, y es evidente que tú el mejor de los navieros, entonces nos resultarás insoportable, porque si siendo dueño y señor de ese barco que está ahí tan solo, no has hecho ni puñetero caso a nuestras voces, si poseyeras cinco además de ése con tres mástiles e indestructibles, está más claro que el agua que ni verías a los amigos. Así que... ¡buen viaje, amigo!, que nosotros nos vamos a quedar sentaditos en el Pireo preguntando a quie-

[11] No tenía un pelo de tonto el tal Adimanto al escoger emplazamiento para su hipotética casa, en el lado norte del Ágora de Atenas por donde hoy discurre la única línea de metro de Atenas, enclave de la *Stoà Poikílē,* famosa por las llamativas pinturas que la decoraban.

nes vienen de Egipto o Italia si por casualidad alguno ha visto al Isis, el gran barco de Adimanto.

ADIMANTO. —¿Lo ves? Por eso me resistía a contaros 15
lo que me pasaba por la cabeza, seguro de que mi súplica sería ridiculizada y objeto de burla. Así que aquí me quedo un ratito hasta que os vayáis, y entonces me haré a la mar de nuevo a bordo de mi nave; pues es mucho mejor charlar con los marineros que ser blanco de vuestras burlas.

LICINO. —De ninguna manera hagas eso, que estamos dispuestos a embarcar contigo y a quedarnos aquí.

ADIMANTO. —Entonces voy a embarcar yo primero y voy a quitar la pasarela.

LICINO. —Bueno; pues entonces nos tocará acercarnos a nado a ti. Porque ¿no crees que es fácil para ti adquirir barcos de estas proporciones, sin comprarlos ni fabricarlos en tanto que nosotros no vamos a pedir a los dioses que nos concedan poder avanzar a nado sin cansarnos muchos estadios? Por cierto, que anteayer, sabes de sobra, en qué clase de barquichuela íbamos rumbo a Egina para la fiesta de Hécate todos los amigos en grupo, previo pago de cuatro óbolos [12], y no ibas enfadado con nosotros, tus compañeros de travesía; y ahora, en cambio, ¿te cabreas si subimos a bordo contigo y embarcando antes que nosotros vas y retiras la pasarela? Te has dado un atracón de pan de

[12] A modo de curiosidad un tanto anecdótica digamos que la tarifa Pireo-Egina no parece haberse encarecido en exceso desde época de Luciano, pues 4 óbolos de entonces —obviamente ya no eran los 3 que instituyó Cleón como dieta para los asistentes de los jurados populares— no difieren excesivamente de los 1.000 dracmas que cuesta un billete de ida y vuelta en pleno 1992. En otro orden de cosas, nótese que Hécate, personaje un tanto enigmático y de difícil tipificación dentro del océano del mundo subterráneo recibe aquí el nombre de Enodia, en alusión también a sus relaciones con los caminantes. Para mayor detalle véase la nota 5 a los *Diálogos de los muertos*.

cebada y no te has escupido en el pecho y no sabes quién eres y te dedicas a armar un barco. Hasta tal punto te ha sacado de tus cabales la casa edificada en el paraje más bonito de la ciudad y la corte de acólitos. Pero, amigo mío, por Isis, acuérdate de traernos de Egipto los pescados del Nilo tan finos escabechados o perfumes de Canopo o un ibis de Menfis, y si la nave pudiera transportarla, una de las pirámides.

16 TIMOLAO. — Basta de cachondeo, Licino. ¿No ves que has hecho ponerse colorado a Adimanto hundiendo su barca con tanta risa, hasta el punto de llenarla de agua a rebosar y que ya no puede hacer frente al chorro que le viene encima? Bien; puesto que aún nos queda mucho trecho hasta llegar al corazón de la ciudad, dividamos el trayecto en cuatro partes y pidamos a los dioses cada uno de nosotros lo que le parezca a lo largo de los estadios que le correspondan a cada cual. Así no notaremos el cansancio y al mismo tiempo disfrutaremos como si cayéramos en un sueño gratísimo elegido por nosotros, que, en la medida en que queramos, nos hará mucho bien. De cada uno depende la medida de su deseo, y los dioses, suponemos, le concederán todo aunque sea por naturaleza inviable. Pero lo más importante; se ha de poner de relieve quién es el que hará mejor uso de su riqueza y su deseo y, en consecuencia, qué clase de hombre sería caso de llegar a enriquecerse.

17 SAMIPO. — Timolao, estoy de acuerdo contigo, y cuando sea el momento pediré lo que deseo. Y, no hay ni que preguntar si Adimanto quiere, pues tiene ya uno de los dos pies en la nave. Pero hay que ver el parecer de Licino.

LICINO. — Pues si eso es lo mejor..., vamos a enriquecernos, no parezca que miro con envidia la prosperidad de los demás.

ADIMANTO. — Bien, ¿quién va a empezar?

LICINO. — Tú, Adimanto, y a continuación Samipo,

después Timolao y yo, cuando falte como medio estadio para llegar al Dipilón, formularé mi deseo, aunque pase corriendo a todo correr.

18 ADIMANTO.—Pues no voy a desertar ahora de mi nave, sino que como se me permite, voy a añadir algo a mis deseos. ¡Que Hermes el que otorga las ganancias, me lo conceda todo! Que sea mío el barco y todo lo que hay en el él, incluida la carga, los mercaderes, las mujeres y los marineros.

SAMIPO.—Se te ha olvidado otra cosa que llevas contigo en el barco, la que más placer te pueda proporcionar.

ADIMANTO.—Al muchacho de pelo largo te refieres, Samipo. ¡Que sea mío él también! ¡Y que cuanto trigo hay dentro del barco se convierta todo en oro, todo un montón de daricos![13].

19 LICINO.—¿Qué es eso, Adimanto? Se te va a hundir el barco, pues no es igual el peso de los granos de trigo que el de su equivalente en número de monedas de oro.

ADIMANTO.—No te dé envidia, Licino; cuando sea el turno de formular tu deseo, ve y coge el Parnes[14] que se ve allí si quieres, todo de oro, que yo no diré ni pío.

TIMOLAO.—Te he hecho esa observación en aras de tu seguridad, no fuera que con el oro perecieran todos. Y tu deseo es moderado aunque tu apuesto mozo se ahogará, pobrecillo, si no sabe nadar.

ADIMANTO.—Tranquilo, Licino, los delfines lo llevarán a nado a lomos suyos hasta tierra firme. ¿O piensas que luego de haber salvado ellos a un citarodo en pago a su canto y de haber transportado de igual modo el cadáver de

[13] Monedas de oro de procedencia persa.

[14] El monte Parnes en el Ática, cercano a Atenas, que hoy aún conserva rincones llenos de encanto.

otro muchacho hasta el istmo va a faltarle al servidor recién comprado de Adimanto un delfín que lo ame? [15].

ADIMANTO. —¿Vas a imitar tú también, Timolao, a Licino, y a venir encima con más chirigotas, máxime siendo tú el promotor de esta idea?

20 TIMOLAO. — Mejor sería que formularas un deseo más verosímil, descubrir, por ejemplo, un tesoro bajo tu cama, para que de ese modo no tuvieras problemas al tener que transportar el oro desde el barco hasta el corazón de la ciudad.

ADIMANTO. — Llevas razón. ¡Desentiérrese también un tesoro escondido bajo el Hermes de piedra que hay en mi patio, mil medimmos en monedas de oro. Y acto seguido, como dice Hesíodo [16], lo primero una casa para que pueda vivir con máximo confort. Y todo el arrabal ya lo he comprado con excepción de los pasajes pedregosos y los tomillares, y lo que hay en Eleusis pegado al mar y unas pocas tierras en derredor del istmo por si es caso ir a los Juegos, y la llanura de Sición en una palabra, si hay en algún lugar en Grecia algún paraje con buena umbría o un buen regadío o un paraje con buenos frutales, todo él en poco tiempo será de Adimanto. Tenga yo plato de oro en que comer, y copas no de poco peso como las de Equécrates, sino de dos talentos de peso cada una.

21 LICINO. — Y ¿cómo extenderá el escanciador una copa tan pesada llena? O ¿cómo vas a tomarla de sus manos sin esfuerzo, siendo no una copa sino un peso digno de la roca de Sísifo?

ADIMANTO. — ¡Hombre! No deshagas mis deseos. Que yo voy a hacer además de oro todas las mesas, y los diva-

[15] Alusión a la historia de Arión y Melicertes ya tratada por Luciano dentro de este mismo volumen en los *Diálogos marinos*, «Poseidón y los delfines».

[16] HESÍODO, *Trabajos y Días* 405.

nes de oro, y si no te callas... a los sirvientes mismos también.

LICINO. — Pues mira a ver, no vaya a pasarte como a Midas, que se te convierta el pan y la bebida en oro y, pobre de ti, te mueras de hambre eso sí, nadando en la abundancia.

ADIMANTO. — Dentro de un poco, te acomodas tus asuntos de un modo más convincente cuando te toque pedir tu deseo. Pero además de todo eso mi vestido será de púr- 22
pura y la vida lo más muelle que pueda, mi sueño sobre el lecho más suave; oleadas de amigos que vendrán a pedir favores, todos echándose al suelo y postrándose de rodillas; algunos de los cuales pasearán ante las puertas de mi casa desde el amanecer, entre ellos los ricos Cleéneto y Demócrates, a quienes siete porteros bien plantados, bárbaros de estatura descomunal, les darán con la puerta en las narices cuando entren exigiendo que se les reciba antes que a los demás, tal y como hacen ellos ahora por cierto.

Yo en cambio, cuando me parezca, asomándome como el sol, ni siquiera los miraré y si hay algún pobre —como lo era yo antes del tesoro— me mostraré generoso con él y le invitaré a que asista aseado a la hora del banquete. Los demás, en cambio, se apelotonarán, los ricos, viendo mis carruajes, caballos y hermosos muchachos tantos como dos mil, la flor y nata de cada edad. Después, banquetes en 23
vajilla de oro —que la plata es barata y no va conmigo—, salazones de Iberia, vino de Italia, aceite de Iberia también, y compacta miel de nuestra tierra, manjares de todas partes, jabalíes, liebres y variedad de aves: faisán de Fasis, pavo real de la India, y gallo de Numidia [17]. Y cocineros

[17] Sabrosos manjares nos ilustran sobre ciertos productos renombrados por antonomasia en diversos lugares de la tierra. Llama especialmente la atención que sean proverbales de Iberia los salazones y el aceite, así como la pintada o gallina de Guinea que se alude al final de esta

expertos en dulces y salsas preparando cada plato con esmero. Y si, pidiendo una copa o una taza, brindo con alguien, ¡que se lleve la copa si quiere (el que brinda con-
24 migo)! Y los ricos de ahora comparados conmigo son todos sin excepción unos «Iros»[18], y Diónico ya no hará gala de la procesión de su vajilla o de su taza de plata máxime después de ver a mis criados utilizar la plata con tanta profusión. Y para la ciudad, éstas serían mis disposiciones: los subsidios, cien dracmas al mes a cada ciudadano, y para cada meteco, la mitad; y para el público en general, teatro y baños para embellecer la ciudad y hacer que llegue el mar hasta cerca de Dipilón por medio de un gran canal que traiga agua instalando allí un puerto de
25 modo que mi barco fondee cerca y sea visible desde el Cerámico. Y respecto a vosotros mis amigos, encargaría a mi administrador que apartara y calculara veinte medimnos de oro fino, para Timolao cinco quénices, y para Licino un quénice[19], pero ese mondo y lirondo, porque es un charlatán y se burla de mis deseos. Esa clase de vida es la que yo querría vivir, rico hasta la exageración, nadando en la abundancia y disfrutando a fondo de todos los placeres. He dicho. ¡Ojalá que Hermes tuviera a bien concederme todo eso!

26 LICINO. —¿Sabes, Adimanto, que toda esa riqueza pende por completo de un delgado hilo, y que si se rompe, se va todo al garete y tu tesoro se quedará reducido a cenizas?

ADIMANTO. —¿Qué quieres decir, Licino?

LICINO. — Pues que no está claro, amigo, cuánto tiempo

relación. Varios de esos manjares aparecen aludidos en PETRONIO, *Satiricón* 93, 1, 2; MARCIAL, III 58, 15-16; JUVENAL, XI 139-43.

[18] Nombre del famoso mendigo de la *Odisea*, citado entre otros lugares en XVIII 6.

[19] Medidas de capacidad; el quénice equivalía a unos 1.095 mililitros; el medimno a una fanega, aproximadamente unos 52 litros.

vivirás instalado en la riqueza. ¿Quién sabe si cuando tengas aún a tu lado la mesa de oro, antes de poner encima tu mano, y gustar el pavo o la gallina de Numidia, te irás al otro barrio tras exhalar el diminuto soplo de la vida dejando todo a buitres y cuervos? ¿O quieres que te vaya enumerando toda una serie de personajes que murieron enseguida antes de disfrutar de su riqueza, así como toda otra serie de personas que vivían despojados de sus bienes por un cierto espíritu malicioso respecto de ese tipo de cosas? Conoces de oídas la historia de Creso y Polícrates[20], mucho más ricos que tú y que sin embargo se quedaron sin todos sus bienes en un abrir y cerrar de ojos. Pero en fin, 27
dejémoslos estar; ¿crees que vas a tener garantizada la buena salud? ¿O no ves que muchos ricos viven una existencia desgraciada por causa de los achaques, unos sin poder andar, otros ciegos y otros con dolores internos? Que no elegirías dos veces el ser rico si tanta riqueza lleva aparejada el que le suceda a uno lo que al acaudalado Fanómaco, a saber, el afeminarse, lo sé bien, aunque pretendas negarlo. Y paso por alto cuantas conspiraciones, asaltos, envidias y odios de parte de la gente lleva aparejada la riqueza. ¿Estás viendo de qué clase de problemas es causa el tesoro de marras?

ADIMANTO. — Siempre te estás metiendo conmigo, Licino; así que no vas a pillar ni tan siquiera el quénice mondo y lirondo, pues estás poniendo pegas a mi deseo hasta el final.

LICINO. — Eso, como la mayoría de los ricos, que te desdices y te retractas de lo prometido. Pero en fin; es ya hora de que expongas tu deseo, Samipo.

SAMIPO. — Yo soy hombre de tierra adentro, arcadio, 28

[20] El famoso rey de Lidia y el tirano de Samos, respectivamente, de los que se ocupa abundantemente Heródoto en sus *Historias*, en especial del primero, a lo largo de todo el libro I.

de Mantinea, según sabéis, y no voy a pedir tener una nave que no podría enseñar a mis conciudadanos, ni voy a molestar a los dioses pidiendo un tesoro calculado en oro. Pues los dioses lo pueden todo hasta lo que parece ser excepcional, y la ley del deseo que propuso Timolao dice que no hay que vacilar en pedir en la idea de que los dioses no van a negar lo que les pidamos. Pues bien; yo pido llegar a ser rey, no como Alejandro, el hijo de Filipo, o Ptolomeo o Mitrídates o cualquier otro que haya ejercido el reinado heredando el trono de su padre; antes bien, arrancando del pillaje, tenga yo a mi lado unos treinta compañeros de fiar con buenos bríos, a los que poco a poco se vayan añadiendo más hasta ser trescientos, y luego mil y al cabo de no mucho tiempo diez mil hasta completar unos cin-
29 cuenta mil hoplitas y unos cinco mil jinetes. Y seré elegido por votación popular a mano alzada jefe de todos ellos, siendo a sus ojos el mejor caudillo y administrador. Y éste justamente será el factor que hará mi reino superior al de los otros reyes, a saber, el mandar siendo elegido por el ejército por mis cualidades, sin ser heredero de otro que haya trabajado para el reino; una cosa así se asemejaría al tesoro de Adimanto, y la cuestión no es igual de agradable cuando alguien sabe que ha alcanzado el poder por su propio esfuerzo.

LICINO.—¡Vaya, vaya, Samipo! No es cosa de poca monta; antes bien has pedido el fundamental de todos los bienes, tener mando sobre semejante batallón tras ser elegido el mejor por un grupo de cincuenta mil. ¡Vaya rey y general de categoría que nos ha criado Mantinea sin saberlo! Pues nada hombre; ejerce como rey y acaudilla a los ejércitos y organiza tu caballería y tu batallón de hombres aguerridos. Pero me gustaría saber siendo tantos como sois a dónde vais a ir, desde Arcadia o quiénes son los pobrecillos a quienes vais a atacar primero.

SAMIPO. —Escucha, Licino, o mejor si te apetece , ven, 30
acompáñanos, que te voy a presentar como comandante de caballería de unos cincuenta mil hombres.

LICINO. —Te doy las gracias, oh Rey, por el honor con el que me distingues e inclinando la cabeza al modo persa me postro ante ti con mis manos vueltas detrás de la espalda honrando la tiara recta y la diadema[21]. Pero, haz comandante de caballería a alguno de estos hombres aguerridos; que yo soy espantosamente malo en asuntos de corceles y ni siquiera he montado a caballo antes en mi vida. Temo que cuando el trompeta dé la señal me caiga al suelo y en el tumulto me vea aplastado por semejante cantidad de armas, o que el caballo, lleno de brío me lleve mordiendo las bridas en medio de los enemigos o que me tengan que atar a la silla si quiero seguir arriba sujetando las riendas.

ADIMANTO. —Yo me pondré al frente de tus jinetes, 31
Samipo. Que Licino ocupe el ala derecha; pues justo sería que recibiera de ti lo más importante, pues te obsequié con una buena cantidad de medimnos de oro fino.

SAMIPO. —Preguntemos directamente a los jinetes. Adimanto, si aceptarán que seas tú su comandante. ¡Quienes estén de acuerdo, jinetes, en que Adimanto sea vuestro comandante que levanten la mano!

ADIMANTO. —Todos, no lo ves, Samipo, lo han aprobado por unanimidad.

SAMIPO. —Bien, pues ponte al frente de la caballería, y que Licino ocupe el ala derecha. Y Timolao tendrá que colocarse a la izquierda. Yo en el medio, según acostum-
bran los reyes persas cuando comparecen con sus tropas. Y 32
¡avancemos ya contra Corinto por la región montañosa

[21] Resulta especialmente cómico notar la rechifla con la que se toma Licino el deseo de Samipo.

luego de hacer una plegaria al Zeus Regio! Y después que hayamos conquistado todo el territorio griego —nadie va a plantarnos cara siendo todos los que somos con las armas que tenemos, sino que los venceremos de corrido— subiendo a bordo de las trirremes y embarcando a los caballos en las naves cargueras —tenemos preparados en Cencreas trigo suficiente y embarcaciones de sobra y todo cuanto hace falta— surquemos el Egeo rumbo a Jonia; acto seguido tras hacer allí un sacrificio a Artemis, tomemos fácilmente las ciudades aledañas que carecen de murallas y dejando en ellas unos arcontes avancemos sobre Siria atravesando Caria y después sobre Licia y Panfilia y Pisidia, la Cilicia costera y la montañosa hasta llegar al Éufrates.

33 LICINO. —A mí, oh Rey, si te parece, déjame como sátrapa de Grecia; pues soy cobarde y no aguantaría de buen grado estar lejos de las cosas de mi tierra. Y tú pareces conducir contra armenios y partos huestes belicosas y un cuerpo de arqueros certeros. Así que entrégale a otro el flanco derecho y déjame a mí como a un Antípatro cualquiera en Grecia, no vaya a ser que alguien me acierte, pobre de mí, disparándome con su flecha en partes al descubierto de mi cuerpo mientras estoy al frente de una de tus falanges en derredor de Susa o de Bactra.

SAMIPO. —Te estás «escaqueando» del alistamiento[22], porque eres un cobarde. Y la ley dice que a quien deserta estando en filas hay que cortarle la cabeza. Pero puesto que estamos ya en el Éufrates y las orillas del río están unidas por un puente y todo está asegurado en la retaguardia y los prefectos puestos sobre cada pueblo tienen todo bajo control, y otros mientras tanto marchan a conquistar para vosotros Fenicia y Palestina, tú el primero, Licino, cruza

[22] Visto el tono en el que discurre la conversación me ha parecido oportuno mantener ese término del argot del servicio militar que recoge al dedillo el *apodidráskeis tòn katálogon.*

conduciendo el flanco derecho, y a continuación yo, y detrás de mí Timolao. Y detrás de todos conduce tú la caballería, Adimanto. Ningún enemigo me ha hecho frente 34
por toda Mesopotamia, sino que se han entregado ellos, sus hombres, y su fortalezas de buen grado, y llegando de improviso a las puertas de Babilonia atravesamos sus murallas, nos introdujimos en la ciudad y la tomamos. El rey, que se hallaba ocupado en Ctesifonte, tuvo noticias de nuestra incursión; entonces acercándose a Seleucia manda llamar y prepara cuantos más jinetes, arqueros y honderos sea posible reclutar. Y los exploradores informan de que se ha reclutado un contingente de en torno a un millón, de los que doscientos mil son arqueros a caballo, y eso que aún no han llegado el pueblo armenio ni los que habitan a orillas del Mar Caspio ni los procedentes de Bactra, sino sólo de las regiones cercanas y aledañas al imperio. Así de fácil logró reclutar un contingente tan numeroso. En fin; es momento de estudiar qué debemos hacer.

ADIMANTO.—Yo digo que conviene que vosotros, la 35
infantería, os apartéis del camino de Ctesifonte y que nosotros, la caballería, nos quedemos aquí defendiendo Babilonia.

SAMIPO.—¿Tú también, Adimanto, das un paso atrás como un cobarde, cuando está cerca el peligro? ¿Qué te parece a ti, Timolao?

TIMOLAO.—Que hay que marchar con todo el ejército contra los enemigos sin esperar hasta que estén mejor pertrechados con el añadido de los aliados procedentes de todas partes; antes bien, ahora que los enemigos están aún de camino, ataquémoslos.

SAMIPO.—Llevas razón. ¿Y tú, Licino, cuál es tu parecer?

LICINO.—Te lo voy a decir. Puesto que estamos cansados, ya que llevamos un rato andando sin parar desde que

salimos de madrugada hacia el Pireo y llevamos recorridos ya treinta estadios y el sol aprieta, porque es ya casi mediodía, sentémonos a descansar allí a la sombra del olivo, sobre la columna que está al revés, y cuando nos hayamos recuperado, concluiremos el trayecto que nos queda hasta la ciudad.

SAMIPO. —¡Hombre de dios!, ¿te parece que estás en Atenas cuando te hallas en la llanura aledaña a Babilonia, a los muros de la ciudad rodeado de miles de soldados y reflexionando sobre la guerra?

LICINO. — Me lo has recordado; creía que estaba sobrio y que la opinión que te estaba expresando era real y no un sueño.

36 SAMIPO. —Prosigamos, pues, si te parece. Así que...: ¡sed hombres valientes en los peligros y no traicionéis el espíritu de la patria! Ya se nos vienen encima los enemigos; que la contraseña sea «Enialio»[23]. Vosotros, cuando el trompeta dé la señal, al grito de guerra y entrechocando las lanzas contra los escudos apresuraos a mezclaros con los enemigos y meteros entre sus flechas sin dar opción siquiera a que sus golpes nos alçancen. Y una vez que hemos trabado ya combate el flanco izquierdo y Timolao han hecho huir a quienes se han enfrentado a ellos, que son medos; el mío está aún nivelado, son persas y el rey está con ellos, la caballería entera de los bárbaros acosa por nuestro flanco derecho, así que que, ¡Licino, pórtate como un valiente y anima a quienes están contigo a resistir el envite!

37 LICINO. —¡Qué mala suerte! Todos los jinetes se me echan encima y al parecer yo soy el único que está a tiro para ser atacado. Ahora que me parece que si me atacan

[23] Advocación con la que se designaba a Ares, dios de la guerra; el término parece rastrearse ya en las tablillas micénicas, así en la KNV 52+5 bis+8285.

con violencia voy a desertar y a largarme a toda prisa a la palestra dejándoos aquí enfrascados todavía en vuestra guerra.

SAMIPO. —De ninguna manera, pues ya ceden ante tu contraataque. Yo, según ves, voy a enfrentarme al rey en duelo singular; me está desafiando y sería vergonzoso no aceptar el reto.

LICINO. —Sí, por Zeus, y enseguida te herirá, aunque es muy de reyes el ser herido luchando por el imperio.

SAMIPO. —Llevas razón. Es una herida superficial y en una parte del cuerpo que no se ve, con lo que la cicatriz no se afeará después. Pero, por cierto, ¿ves cómo acosándole de un solo golpe lo alcancé a él y al caballo lanzando mi jabalina? Y a continuación cortándole la cabeza y quitándole la diadema he pasado a convertirme en rey ante quien todos se postran. ¡Que se postren ante mi los bárbaros! A 38
vosotros os gobernaré según la ley de los griegos, con el título de único caudillo. Y además fijaos cuántas ciudades voy a fundar a las que voy a dar mi nombre, cuántas voy a destruir tras tomarlas por la fuerza, cuantas se insolenten contra mi imperio. Y de todos perseguiré fundamentalmente al rico Cidias, que siendo mi vecino me ha sacado de mis tierras metiéndose poco a poco en mis lindes.

LICINO. —Basta ya, Samipo, que es momento, luego de 39
haber librado batalla de tal envergadura en Babilonia, de celebrar el triunfo; tu imperio es, creo, de seis estadios. Pero es el turno de Timolao para pedir el deseo que quiera.

SAMIPO. —De acuerdo, Licino, pero ¿qué te parece mi petición?

LICINO. —Pues me parece, con mucho, ¡oh el más formidable de los reyes!, más trabajosa y violenta que la de Adimanto; por lo menos él vivía en el lujo bebiendo con sus compañeros de festín en copas de dos talentos de oro, mientras que tú resultabas herido en combate singular y

andabas lleno de temores y preocupaciones por la noche y de día. Y no sólo debías tener los temores propios de los enemigos sino mil conspiraciones, envidia de quienes están contigo, odio y adulación, sin ningún amigo de verdad, sino que todos parecerán estar a bien contigo o bien por miedo o por esperanza. Y de tus placeres no disfrutarás ni en sueños, solamente la fachada, a saber: púrpura bordada en oro, cinta blanca por la frente, escuderos escoltándote, pero por lo demás un trabajo inaguantable y poco disfrute. Además hay que hacer tratos con quienes vienen de parte de los enemigos o administrar justicia o enviar órdenes a los súbditos, y lo mismo hace deserción un pueblo que atacan otros de fuera del imperio. Así que hay que temerlo todo y sospecharlo todo: en una palabra que serás conside-
40 rado feliz por todos menos por ti mismo. Y aún otra cosa; ¿cómo no es humillante esto, a saber, que tengas las mismas enfermedades que el vulgo y que la fiebre no te reconozca como rey, ni que la muerte tema a tus escuderos, sino que, apostada a tu vera cuando le venga en gana te lleve entre gemidos sin respetar tu tierra? Tú entonces, tan encumbrado como estás, desplomándote y arrancado de tu trono real, marcharás por la misma senda que la mayoría de la gente, empujado con igualdad de honores entre el rebaño de los muertos, dejando tras de ti sobre tierra un túmulo clavado, y una gran estela o una pirámide con inscripciones en los ángulos, distinciones tardías e imperceptibles por ti. Y aquellas efigies y templos que las ciudades erigieron adulándote, y tu gran nombre al cabo de poco tiempo desaparecerán y se difuminarán sin que nadie haga ya caso de ellas. Y aun cuando todo siguiera en pie, ¿qué goce podría sacar quien ya no puede ser consciente de ello? ¿Ves qué temores, preocupaciones y fatigas vas a tener en vida y lo que va a quedar después de tu marcha?

41 Pero en fin, Timolao; te toca pedir a ti, y a ver si estás

por encima de ellos, como le cuadra a un hombre inteligente y que sabe aprovechar las situaciones.

TIMOLAO. — Fíjate a ver, Licino, si voy a pedir algún deseo censurable o que alguien pudiera enmendar; a saber, oro, tesoros, medimnos de monedas, reinos, guerras y temores por un imperio, cosas todas que tú con razón censuraste; no son cosas seguras, llevan inherentes muchas conspiraciones y lo desagradable de ellas sería mayor que
lo agradable. Yo quiero que Hermes venga a mi encuentro 42
y me dé varios anillos que tengan poderes; uno para que mi cuerpo esté siempre sano y vigoroso; otro para ser invisible —como el anillo de Giges[24]— a los de mi alrededor, y otro para superar a miles de hombres y que yo sólo pudiera levantar con facilidad pesos que ni diez mil hombres podrían mover, y aún más... volar elevándome sobre la tierra; tenga yo también un anillo para esto. Y arrastrar al sueño a quienes quiera y abrir toda puerta a que me acerque soltando el barrote y descorriendo el cerrojo; que esas dos
cosas me las pueda también otro anillo. y sobre todo, 43
tenga yo otro más, el más grato, que me haga ser blanco amoroso de todos los mozos y mujeres y gentes todas, sin que haya nadie que no desee mi amor, estando en bocas y anhelos de todos, hasta el punto de que muchas mujeres que no soporten la pasión se ahorquen y que los jovencitos pierdan el seso por mí y piensen que son felices tan sólo con que yo les dirija la mirada, y si los miro por encima del hombro, en cambio, se mueran; en resumen; esté yo por
encima de Jacinto o Hilas o Faón de Quíos[25]. Y todo esto 44
téngalo yo no por poco tiempo ni a lo largo de una vida de duración normal, sino que viva mil años desechando cons-

[24] La historia del famoso anillo de Giges la narra Platón en el libro II de la *República* 359d y sigs.

[25] Los dos primeros, paradigmas de belleza en la mitología griega; sobre Faón de Quíos, cf. *infra,* nota 68 a los *Diálogos de los muertos.*

tantemente mi edad más o menos cada diecisiete años como las serpientes. Estando, así, no me hará falta nada. Y todo lo de los demás sería mío por cuanto que podría abrir las puertas, hacer dormir a los guardianes y entrar sin ser visto. Y si hay algo especial digno de verse en el Indo o en los Hiperbóreos, o alguna cosa que merezca la pena comprar o cualquier manjar o bebida especialmente buena, no tendría que encargarla, pues yo mismo, yendo en vuelo a buscarlas gozaría de todo ello hasta la saciedad. Y aunque el Grifo, esa bestia alada, o el Fénix, ave de las Indias, pudieran no ser vistas por los demás, yo hasta eso mismo vería; sería el único en conocer las fuentes del Nilo, y cuanta parte de la tierra está deshabitada, y si algunos antípodas nuestros pueblan la mitad meridional de la tierra. Y aún más, conocería fácilmente la naturaleza de las estrellas y de la luna y del propio sol, siendo insensible al fuego y lo más grato de todo: en el mismo día anunciar en Babilonia quién ha vencido en los Juegos de Olimpia, y desayunar, si me pilla allí, en Siria, y cenar en Italia. Y si tuviera algún enemigo, rechazarlo sin ser visto a base de lanzarle una piedra a la cabeza y así partirle el cráneo, y a los amigos en cambio favorecerlos derramando oro sobre ellos mientras duermen.

Y si hubiera alguien altanero o algún tirano rico e insolente, lo levantaría unos veinte estadios y lo dejaría caer por los barrancos. Y a mis muchachos podría cortejarles sin traba alguna, pues entraría en sus casas sin que me vieran y haría dormir a todos salvo a ellos solos. ¿Y qué tal estaría esto, a saber, observar a los contendientes suspendido por los aires fuera del radio de acción de sus flechas? Incluso si me pareciera oportuno, aliándome con los perdedores, durmiendo a los vencedores, proporcionaría la victoria a los que huyen puestos en fuga desde el punto en el que han sido derrotados. En resumen; convertiría la vida

de los hombres en juego; todo sería mío y pasaría por ser un dios a ojos de los demás. Ésta es la máxima felicidad que no puede ser echada a perder y contra la que no se puede conspirar, sobre todo acompañada de salud en el curso de una larga vida. ¿Qué podrías reprocharle, Licino, 45
a mi deseo?

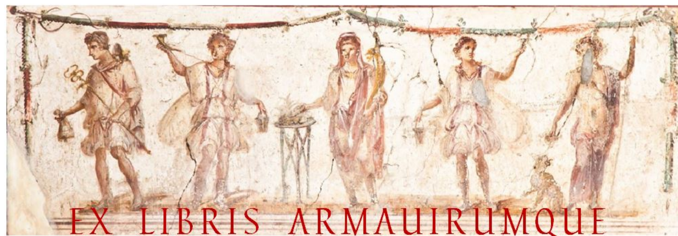
LICINO. —Nada, Timolao; pues no es nada seguro enfrentarse a un hombre alado con una fuerza superior a la de diez mil hombres. Ahora bien, voy a preguntarte lo siguiente: ¿has visto entre tantos pueblos cuantos sobrevolaste a algún otro anciano ya tan fuera de sus cabales, dejándose llevar por un pequeño anillo, capaz de mover montañas enteras con la punta de su dedo, objeto amoroso de todos, y eso siendo calvo y chato? Pero dime aún, ¿por qué no puede lograr todo eso para ti un solo anillo sino que has de ir por ahí con la izquierda abrumada por el peso de tantos anillos, uno en cada dedo? Su número es excesivo, y habrá que ponerle alguno a la mano derecha. Y desde luego hay uno que debes ponerte con máxima urgencia, a saber el que, una vez ceñido en torno a tu dedo, ponga fin a tanta tontería y te suene los mocos de tus delirios. ¿O tal vez bastará para ello un buen trago de eléboro más puro?[26].

TIMOLAO. —Bueno, Licino, formula ya un deseo tú 46
también, para que sepamos qué es lo que vas a pedir, algo que no pueda censurarse ni hacerse añicos, tú que tanto te metes con los demás.

LICINO. — Pues a mí no me hace falta deseo alguno; ya hemos llegado a Dipilón y el fenomenal Samipo está luchando en combate singular en derredor de Babilonia, y

[26] Sobre las propiedades de una infusión de eléboro para calmar los nervios al modo en que hoy se emplea la tila, Luciano ofrece abundantes citas. A modo de ejemplo véase *Anacarsis* 39.

tú, Timolao, desayunando en Siria y cenando en Italia. Y habéis hecho bien de consumir los estadios que me correspondían. Además yo no aceptaría siendo rico por un breve lapso de tiempo enfadarme luego teniendo que comer un pedazo de pan mondo y lirondo, tal y como os sucederá a vosotros al cabo de un tiempo, una vez que vuestra felicidad y abundante riqueza se haya evaporado y, desandando el camino de vuestros tesoros y diademas, cual si despertarais de un grato sueño, hayáis encontrado que lo que hay en vuestras casas no se le parece en absoluto; como los actores de tragedias que luego de representar el papel del rey salen del teatro muertos de hambre la mayoría y eso que poco antes eran «Agamenones» o «Creontes». Así que, como es natural, os entristeceréis y os disgustaréis con respecto a lo que tenéis en casa, en especial tú, Timolao, cuando tengas que sufrir en tus carnes lo mismo que Ícaro, y al derretirse las alas, caigas del cielo de golpe, tengas que pisar el suelo, luego de perder todos aquellos anillos que se escurrirán de tus dedos. A mí, frente a todos los tesoros y la mismísima Babilonia, me basta con lo siguiente: reírme gustoso de lo que habéis pedido, y eso que sois de los que van haciendo elogios de la filosofía.



74

OCIPO

Luego de haber abierto este volumen con la divertidísima *Podagra* o *Gota*, este *Ocipo* o *«Veloz-Pie»* poco o nada es capaz de decirnos: mismos personajes, carencia total de lo que podríamos llamar cierta «tensión dramática»; interesa, a modo de cuadro o «tableau», el momento, la instantánea en que el personaje que ha contraído la gota percibe los síntomas de la enfermedad y no se atreve a decirlos abiertamente a su médico. Tras una serie de largas y rodeos se descubre la verdad y poco es lo que puede hacer el médico como no sea dejarlo en manos de sus criados que siendo mayores en edad resultan ser paradójicamente su mejor punto de apoyo. Nuevo pretexto, pues, para realizar una sátira de los jóvenes acaudalados que se daban a la buena vida y que acababan siendo víctimas de la enfermedad y auténticos peleles en manos de sus criados. Aunque con cierta gracia, se trata de una sátira en tono menor. Se han suscitado también discusiones sobre la posible autoría de Acacio. Véase al respecto Macleod, VIII (Loeb), pág. 320 y sigs.

Ocipo fue hijo de Podalirio y de Astasia[1], destacaba por su belleza y su fuerza, pues no descuidaba ni las activi-

[1] Parte de la comicidad de esta parodia radica en los nombres que se les da a los personajes. El propio nombre del protagonista aquejado de gota es paradójicamente *ōký-Pous,* «Veloz-pie», al que se hace descender

dades deportivas ni la caza. Y muchas veces, al ver a quienes eran víctimas de la inflexible gota se burlaba de ellos diciendo que al fin y al cabo esto no era nada. Se enfada la diosa y corre por sus pies. Y como quiera que él llevaba la enfermedad con entereza y como sin darle importancia, la diosa, cuando estaba acostado, se apodera de él por completo.

Los personajes del drama: Podagra, «Ocipo», Criado, Médico (Dolor, Mensajero). La escena del drama se sitúa en Tebas. El coro lo componen gotosos del lugar que delatan la enfermedad de Ocipo. El drama es muy divertido.

PODAGRA. — Espantosa y maldita Gota me llaman los mortales, para los hombres sufrimiento espantoso; atenazo sus pies con nerviosos lazos, al tiempo que corro por las articulaciones sin previo aviso. Y me río de quienes son *por mí* golpeados con fuerza, y no dicen la verdad de su desgracia, sino que se ejercitan en vanos pretextos. Pues con boca engañosa cada uno a sí mismo se engaña y dice a sus amigos que anda con paso tembloroso y que tropieza, sin explicar la causa. Y lo que no dice con la idea de que no se den cuenta los demás, el tiempo que implacable se desliza lo delata aunque no quiera. Y doblegado entonces, al tiempo que me llama por mi nombre en procesión triunfal en volandas lo llevan todos su amigos. Y es el Dolor compañero de acción de las desgracias, pues yo sola sin él no soy nada. Así que me molesta y me llega a las entrañas, que contra el Dolor, que es la causa de males para todos, nadie lanza duros insultos, sino que envían contra mí nefastas maldiciones como si albergaran la esperanza de evitar mi cadena. Pero ¿por qué ando con estas bobadas y

---

de Podalirio, hijo de Asclepio, cuyo nombre comienza también por la raíz de pie, y de Astasia, «falta de equilibrio», «carente de estabilidad», literalmente.

no digo por qué razón me hago presente sin aguantar mi ira? Pues noble Dolón[2], el osado Ocipo anda contra nosotros maquinando y dice que no soy nada. Mas yo como mujer mordida por la ira le he devuelto en venganza un mordisco incurable y certero cual suele ser costumbre mía yendo a parar a los nudillos de los pies.

Y ocupa ya el Dolor su débil franja y perfora su pie por debajo con punzadas. Y él como si lo lacerara una herida fruto de la carrera o la palestra, despista a un pobre viejo pedagogo. Y dejando la huella de su pie cojitranco el pobre desgraciado va y sale de su casa. ¿De dónde le llegaba hasta sus pies ese dolor terrible, sin herida, que no permite andar ni estar de pie? Estiro el nervio como un arquero lanza una flecha y le obliga a decir: «Con el tiempo se doblega el último de los males».

CRIADO. —Arriba, hijo, levántate, no te vayas a caer, cojo como estás y me tires al suelo.

OCIPO. —¡Ay! Me agarro sin peso, sigo tus instrucciones y apoyo mi pie dolorido y aguanto, pues para un joven es un baldón en las caídas recibir la ayuda de un criado incapaz, gruñón y viejo.

CRIADO. —No me, no me, tonto, no me vengas con insultos[3], ni presumas de joven sabiendo que en las necesidades todo viejo es un joven. Hazme caso; podría retirarte mi apoyo: «aunque viejo en pie yo me mantendría, en tanto que tú, joven, caes a tierra»[4].

[2] Dolón es un troyano hijo del heraldo Eumedes. No era muy alto pero sí «rápido en la carrera», cf. *Ilíada* X 316. Al decir «noble Dolón», Podagra hace referencia tanto al nombre y cualidades de Ocipo como a sus asechanzas y a su final.

[3] Absolutamente necesario ha sido reflejar en nuestra traducción el innegable efecto cómico del texto griego que se inicia con una prohibición *mḗ, mḗ ti taũta mõré, mḗ me kertómei.*

[4] El verso tiene ecos de EURÍPIDES, *Medea* 1170.

OCIPO. — Si te resbalas, te has caído, de viejo que eres, sin que ello te cause pesar pues las ganas acompañan a los viejos, pero a la hora de actuar no están ya a tono[5].

CRIADO. — ¿A qué me vienes con camelos, y no dices de qué modo te ha llegado el dolor a la planta del pie?

OCIPO. — Haciendo deporte, al intentar hacer un «sprint» he forzado demasiado el pie y me ha sobrevenido un dolor.

CRIADO. — Pues vuelve atrás, como dijo uno, que estaba sentado y se arrancaba los pelos de la barba a pesar de que tenía buena mata de pelo en los sobacos.

OCIPO. — Bueno... pues en la lucha de palestra, al querer lanzar un ataque, recibí un golpe. Créemelo.

CRIADO. — ¿Qué clase de soldado estás hecho, que lanzas un ataque y te dan un golpe? Andas con rodeos y no dices la verdad. Nosotros usábamos el mismo cuento cuando no decíamos a nuestros amigos la verdad. Pero ahora ya ves que todos lo han descubierto; el dolor da vueltas y te retuerce finamente.

MÉDICO. — ¿Dónde, dónde encontraré al famoso «Ocipo», amigos, el que tiene el pie dolorido y el paso cojitranco? Pues yo, que soy doctor, estaba oyendo de boca de un amigo que sufre terriblemente con sufrimiento insoportable. Pero es ése, cerca de mis ojos, tumbado boca arriba en una camilla. Por los dioses te saludo a ti y a tu sufrimiento. ¿Qué pasa? Dímelo pronto, Ocipo, pues si lo supiera enseguida, quizás daría con el terrible daño y te curaría la desgracia del dolor.

OCIPO. — Ya me ves, Salvador, otra vez Salvador, que tienes, Salvador, nombre de Trompeta[6], el terrible dolor

[5] El texto griego distingue entre la *prothymía,* que hemos traducido por ganas y la *práxis* que no siempre puede seguir a la anterior.

[6] Por tres veces repite Ocipo el término *Sōtḗr,* «salvador», dirigido a su médico; con respecto al nombre de trompeta, sería una extraña metonimia, pues parece tratarse de un apelativo dado a Atenea, si hemos de

que está mordiendo el pie de mala manera y voy andando con paso vacilante y trabajoso.

MÉDICO. —¿De dónde viene el dolor? Indícamelo, o ¿de qué modo? El médico si sabe la verdad con seguridad, procede mejor, pero si no la sabe, se equivoca.

OCIPO. — Haciendo una carrera y ejercicios gimnásticos recibí un golpe de mis compañeros.

MÉDICO. —¿Cómo no aparece un cardenal repugnante en el sitio y no tiene algún emplaste?

OCIPO. — No soporto las ataduras de las vendas, belleza inútil, hermosa para muchos.

MÉDICO. —¿Qué te parece entonces? ¿Te doy una friega? Conviene que sepas que si te pones en mis manos te vaciaré la mayor parte de la sangre con los cortes del bisturí.

OCIPO. — Actúa si puedes encontrar algún procedimiento nuevo, para que se pase inmediatamente este terrible dolor de pies.

MÉDICO. — Mira; aquí llevo un bisturí de hierro y cobre, punzante, sediento de sangre, semicircular.

OCIPO. — Ay, ay.

CRIADO. — Salvador, ¿qué haces? A ver si no vas a dar con la salvación. ¿Te atreves a echarle encima un dolor generado por el hierro? Sin saber nada añades a sus pies una desgracia. Pues las palabras que has oído, son mentira. No recibió el golpe haciendo ejercicio en la palestra o en la carrera, según dice. Así que por lo menos, escúchame a mí. Al principio vino sano a casa, pero luego de comer y beber mucho el desdichado cayendo a plomo en la cama duerme solo. Después despertándose por la noche, se puso a dar gritos como si un demonio lo golpeara, y nos hizo a todos presa del miedo. Y dijo: «¡ay de mí!, ¿de dónde tengo este

dar crédito al infatigable PAUSANIAS, II 21, 3. Ver también ARISTÓFANES, *Ranas* 379.

puñetero dolor? Quizás un demonio se ha adueñado de mí y me ha hecho polvo el pie». Y encima de noche, solo, incorporado en la cama se lamenta por su pie cual Ceix[7]. Y cuando el gallo anunció el día con su canto vino a mí tendiéndome amarga mano y lamentándose y ardiendo de fiebre me dijo que estaba enfermo del pie. Lo que te dijo antes era todo mentira, pues estaba ocultando los terribles misterios de la enfermedad.

OCIPO. —Un viejo se arma siempre de palabras y anda jactándose de todo por insignificantes que sean sus fuerzas, pues el que tiene dolores y anda mintiendo a los amigos, se parece a quien tiene hambre y mastica goma[8].

MÉDICO. —Nos estás despitando a todos, y vas dando tumbos con las palabras; dices que andas mal pero no dices de qué.

OCIPO. —¿Cómo te voy a decir la desgracia de mi sufrimiento? Sufriendo no sé nada excepto que me duele.

MÉDICO. —Cuando a alguien sin motivo le duele el pie, finge después las vanas historias que quiere, sabiendo el terrible mal al que está uncido. Y ahora te duele al máximo un pie solo; cuando te duela el otro llorarás y gemirás. Quiero decirte una cosa, eso es lo que es, si quieres como si no.

OCIPO. —¿Pues de qué se trata, y cómo se llama?

MÉDICO. —Tiene un nombre cargado de doble sufrimiento.

OCIPO. —Ay de mí. ¿Qué es? Habla, anciano, te lo ruego.

---

[7] Alusión a la historia de Ceix y Alción que hemos explicado ya al tratar el opúsculo núm. 72, que lleva por título *Alción*.

[8] Curiosa constatación que evidencia la costumbre de mascar goma —*mastíchēn masōméno*—, corriente entre ciertos sectores de griegos con el objetivo primordial de mejorar el aliento.

MÉDICO. — Tiene su inicio a partir del sitio donde te duele.

OCIPO. — Tiene al principio el nombre de pie, ¿no es eso?

MÉDICO. — Pues añádele al final una terrible «presa»[9].

OCIPO. — ¿Y cómo ha hecho presa en mí, que soy aún joven?

MÉDICO. — Es terrible y no perdona a nadie.

OCIPO. — Salvador, ¿qué dices? ¿Por qué a mí?

MÉDICO. — Déjame un momento, que me estoy mareando por tu culpa.

OCIPO. — ¿Qué terrible mal es o qué me ha sucedido?

MÉDICO. — Has ido a dar a un terrible dolor que no abandonará tu pie.

OCIPO. — ¿Así que tendré que afrontar la vida con cojera prematura?

MÉDICO. — Aunque estés cojo, no es nada, no temas.

OCIPO. — ¿Qué es peor...?

MÉDICO. — Quedarte preso de ambos pies, eso es lo que te espera.

OCIPO. — ¡Ay de mí! ¿De dónde me vino este nuevo dolor, a través del otro pie, que comparte su mal con el otro? ¿O cómo al intentar dar un paso me quedo todo rígido? Me da mucho miedo mover de postura el pie como un bebé asustado. Pero por los dioses te suplico, Salvador; si tu arte puede, cúranos sin escatimar esfuerzos, y si no... me voy al otro barrio. Pues sin que se note sufro asaeteado de dolor en ambos pies.

MÉDICO. — Dejando a un lado las digresiones de los médicos que se limitan a acompañar al enfermo, pero que no saben el remedio de hecho, voy a decírtelo a ti, mi

[9] Se trata de la etimología de «Podagra», la Gota, literalmente «Presa-Pie».

paciente, todo en dos palabras. Primero, has llegado a un pozo inevitable de males, pues no calzaste tu pie con calzado de hierro, castigo ejemplar para los malhechores, sino con un calzado terrible y oculto a todos, de cuyo peso no podría liberarte la naturaleza de los hombres.

OCIPO. —¡Ay, ay, ay de mí, ay de mí! ¿De dónde me perfora el pie un dolor oculto? Coged mis manos antes de que me caiga, como los sátiros que a las bacantes cogen por los brazos.

CRIADO. —Soy viejo, pero ea, voy a hacerte caso, y anciano como soy a ti, joven, voy a llevarte de la mano.

75

EL CÍNICO

«El mundo entero es mi casa, y en cualquier lugar de la tierra tengo mi cama». Esta frase pronunciada por el filósofo cínico que dialoga con nuestro conocido Licino, resume el contenido de esta pieza que parece llevar el sello del auténtico estilo de Luciano, pese a que son pocos los editores que la asumen como genuinamente lucianesca. Toda una sátira contra lo que hoy llamamos la sociedad de consumo, en la que la disposición del interlocutor cínico se refuerza frente a la pobreza de argumentos, la escasez de ideas y la lentitud de reflejos de Licino, que parece no ser el mismo personaje incisivo y agudo que encontramos con este nombre en otros diálogos. La opinión de Macleod, quien sigue a Fritzsche, es que esta obra la escribió algún cínico en respuesta a las críticas de Luciano hacia esa secta. Fritzsche, por su parte, sugiere que la obra fue escrita en época de Juliano el Apóstata.

LICINO. — Oye tú, ¿a cuento de qué llevas barba y melena y en cambio vas sin túnica[1]? ¿Por qué te das a ver desnudo y descalzo luego de optar por un tipo de vida propio de vagabundos y marginados, que les cuadra más a los animales? ¿Por qué tratas tu cuerpo siempre a contrapelo 1

[1] El filósofo cínico en vez de llevar el *chitón* o túnica iba provisto del famoso capote raído *(tribónion)* al que se alude con frecuencia en las obras de Luciano, p. ej., *Subasta de vidas* 8.

de los demás, y vas dando tumbos de acá para allá, dispuesto a acostarte en el duro suelo, y llevas ese capotillo que da asco lo poco fino, lo áspero y descolorido que es?

CÍNICO. — Ni siquiera me hace falta; es algo que puede
2 comprarse con máxima facilidad y no da problemas a su dueño; con eso me arreglo. Y tú, por los dioses, dime ¿no piensas que en el lujo hay mucho vicio?

LICINO. — Ya lo creo que sí.

CÍNICO. — ¿Y en la austeridad, por el contrario, virtud?

LICINO. — Claro que sí.

CÍNICO. — ¿Entonces, por qué si llevo una vida mucho más austera que la mayoría que viven en el despilfarro te metes conmigo en lugar de con ellos?

LICINO. — Porque, por Zeus, no me parece que lleves una vida más austera que los demás, sino más menesterosa, o mejor pobre e indigente del todo, pues en poco te diferencias de los mendigos que van pidiendo para poder comer.

3 CÍNICO. — Puesto que la discusión ha llegado a este punto, ¿quieres que veamos qué es lo indigente y qué es lo suficiente?[2].

LICINO. — Si te parece, de acuerdo.

CÍNICO. — Lo suficiente sería para cada uno lo que le llega para cubrir sus necesidades, ¿o no?

LICINO. — De acuerdo, sí.

CÍNICO. — ¿Y lo indigente lo que implica que se carece hasta de lo necesario y que en consecuencia no alcanza a cubrir lo que uno necesita?

LICINO. — Sí.

CÍNICO. — Pues entonces no hay nada de indigencia en mí, pues lo que tengo satisface mis necesidades.

[2] Hemos mantenido «lo indigente» *(tò endeés),* que podría muy bien sustituirse por «la indigencia» y los suficiente *(tò hikanón)* que tal vez se sustituiría igual de bien por «la suficiencia».

LICINO. —¿Cómo dices? 4

CÍNICO. — Vamos a ver; si te fijas en algo que resulta ser imprescindible, como por ejemplo una casa; ¿no es acaso una cierta protección?

LICINO. — Sí.

CÍNICO. —¿Pues qué? ¿El vestido para qué es? ¿No es también para dar esa cierta protección?

LICINO. — Sí.

CÍNICO. —¿Y a cuenta de qué, por los dioses, necesitamos de esa protección? ¿No será para que esté mejor quien resulte protegido?

LICINO. — Me parece que sí.

CÍNICO. —¿Te parece acaso que mis pies están en peor estado?

LICINO. — No lo sé.

CÍNICO. — Enseguida lo vas a saber; ¿cuál es la función de los pies?

LICINO. — Andar.

CÍNICO. —¿Y te parece que están mis pies peor para andar que los de la mayoría?

LICINO. — Eso quizás no.

CÍNICO. — Por lo tanto no están peor si no cumplen peor su función.

LICINO. — Tal vez.

CÍNICO. —¿Y qué? ¿Acaso el resto de mi cuerpo está peor? Pues de ser así también sería inferior en fuerza ya que el vigor es una virtud del cuerpo. ¿Es mi cuerpo acaso más débil?

LICINO. — No da esa impresión.

CÍNICO. — La impresión que daría es que ni mis pies ni el resto de mi cuerpo necesitan protección, pues si no la tuvieran su estado sería bastante deficiente. La necesidad es un mal generalizado que empeora las cosas a las que se

adosa. Y por cierto, mi cuerpo no parece estar peor alimentado por alimentarse de lo primero que le cae.

LICINO. — Ya se ve.

CÍNICO. — Pues no estaría de buen ver si estuviera mal alimentado, pues una alimentación mala estropea el cuerpo.

LICINO. — Así es.

5 CÍNICO. — Entonces, así las cosas, ¿por qué me denostas y te metes con la vida que llevo diciendo que es lamentable?

LICINO. — Porque, por Zeus, habiendo puesto a nuestra disposición la Naturaleza a la que tanto honras y los dioses la tierra en abundancia y habiéndonos concedido abundantes bienes que proceden de ella de modo que tengamos de todo en abundancia y no sólo para cubrir las necesidades sino también para disfrutar, tú estás al margen de todo eso y no participas en nada de ello en mayor medida que los animales. Pues bebes agua como las bestias, te alimentas a salto de mata como los perros y no tienes un lecho mejor que el de los perros; pues te basta un manojo de yerbas igual que a ellos. Y aunque lleves manto no es más aparente que el de un mendigo. Y si crees que estás en tu sano juicio por contentarte con ello, la divinidad por lo visto no obró bien cuando hizo que las ovejas tuvieran vellones de lana, y además a las viñas dar dulces caldos, y encima toda la formidable variedad de productos, aceite, miel y demás bienes para que pudiéramos tener una alimentación variada, bebida agradable, tener dinero, tener una cama blanda, tener casas bonitas y todo lo demás maravillosamente organizado. E incluso los productos de las artes son también regalos de los dioses. Y la vida sin nada de todo eso es lamentable, sobre todo si uno se ve privado por parte de otro hombre, como quienes están en la cárcel. Pero el privarse uno a sí mismo de todos esos bienes es mucho más lamentable, es una palpable chifladura.

6 CÍNICO. — Tal vez lleves razón. Pero dime lo siguiente:

un hombre rico, ampliamente generoso y desprendido, invita a su casa a comer a muchas personas de los tipos más diversos, unos enfermos, otros en plena salud. Supón que alguien al servírsele muchos y muy variados manjares, se abalanzara sobre ellos y se los zampara todos, no sólo los que tiene al alcance de su mano, incluso los que están más alejados de él, especialmente preparados para los enfermos, él que está más sano que un roble, pero que no tiene más que un solo estómago de forma que él, que necesita poco para alimentarse, está al borde de reventar por darse una atracón; ¿un tipo así cómo te parece que es? ¿Acaso prudente?

LICINO. — Desde luego que no.

CÍNICO. — ¿Cómo entonces? ¿Sensato?

LICINO. — Tampoco.

CÍNICO. — ¿Pues qué? Un hombre que toma parte en la 7
misma mesa no hace caso de la cantidad ni de la variedad y se limita a coger uno de los manjares que tiene más a mano y que le basta para cubrir sus necesidades; si se limitara a comer con educación y moderación sin fijarse en los demás, ¿no te parece que un tipo así es más sensato y mejor que el otro?

LICINO. — Claro que sí.

CÍNICO. — ¿Comprendes, o tengo que seguir hablando?

LICINO. — ¿El qué?

CÍNICO. — Pues que la divinidad se asemeja al buen anfitrión y ha puesto sobre la mesa abundantes, variados y distintos manjares que se adapten a todos; unos para los que están sanos, otros para los enfermos, unos para los fuertes, otros para los débiles, no para que todos utilicemos todos, sino para que cada uno los utilice de acuerdo con las necesidades que por a, por b, o por c tenga.

Vosotros os parecéis al comensal que sin hartura y sin 8
mesura se abalanzaba sobre todos los manjares, pues esti-

máis que hay que gastarlo todo, lo que tenéis en casa y lo que viene de fuera, pensando que no bastan para abasteceros vuestro mar ni vuestra tierra, sino que importando los placeres de los confines de la tierra, valoráis más lo que es de fuera que lo local y lo caro más que lo barato, y lo que es difícil de conseguir más que lo que es fácil; en una palabra, que preferís tener mil problemas por afán de tener más y más antes que vivir sin preocupaciones. Todas esas cosas que os dan tanta fama y tanta felicidad, de las que tanto presumís no os llegan sino a expensas de una enorme desgracia y preocupación. Fíjate, por ejemplo, en el ansiado oro, fíjate en la plata, fíjate en las casas lujosas, fíjate en los vestidos bien acabados, fíjate en todo lo que eso comporta; cuántos problemas, cuántos pesares, cuántos riesgos incluso cuánta sangre, cuánta muerte y cuánta corrupción de las personas. Y no sólo porque por ir en pos de ellos perecen muchos hombres en el mar y porque en su búsqueda y su elaboración pasan por muy malos ratos, sino también porque se convierten en objeto de peleas y por ellos maniobráis unos contra otros, amigos contra amigos, hijos contra padres y esposas contra maridos. Creo, que por oro traicionó Erifile a su marido[3].

9 Y así sucede todo, que los mantos adornados no pueden daros un abrigo mayor, ni las casas con tejados de oro pueden daros un cobijo mayor, ni las copas de oro o plata pueden daros una bebida mejor, ni los lechos de marfil pueden daros un sueño más grato, sino que con frecuencia

[3] Alusión al famoso collar de Erifile, esposa de Anfiarao, madre de Alcmeón. Tanto el marido como el hijo se vieron forzados por su madre a participar en la expedición de los Siete contra Tebas y de los Epígonos, respectivamente. Polinices y su hijo Tersandro sobornaron sucesivamente a Erifile con el collar de Harmonia para que presionara a ambos a entrar en la contienda. Anfiarao murió pero Alcmeón dio muerte a su madre y consagró el collar a Apolo en el santuario de Delfos.

verás a los «felices» sobre su lecho de marfil o en sus lujosos divanes sin poder conciliar el sueño. Y toda clase de aderezos a las comidas no añaden alimento, sino que estropean el cuerpo y crean en él enfermedades. ¿Qué me dices a 10
eso? ¿Y hay que hacer mención de cuánto hacen y sufren los hombres por los asuntos del sexo?[4]. Sería muy fácil curar esa pasión si no llevara implícita un afán de lujo. Y para satisfacerla no les basta ya a los hombres la locura y la corrupción sino que invierten ya el uso de las cosas y utilizan cada una de ellas para algo que no es lo natural, como si alguien, quisiera usar una litera en vez de un carro como si fuera tal.

LICINO. —¿Y quién hay que obre así?

CÍNICO. —Vosotros, los que utilizáis a los hombres como si fueran animales de carga, y les hacéis llevar sobre sus cuellos las literas como si fueran carros, y allí arriba os tumbáis en actitud voluptuosa y desde allí lleváis las riendas de los hombres como si fueran burros, al tiempo que les mandáis ir por aquí y no por acá; y los que más actuáis así, sois tenidos por los más dichosos. Y los que no se con- 11
forman con alimentarse de carne sola sino que andan ingeniándose salsas para acompañarlas, como hacen por ejemplo los que guisan con tinta de la sepia, ¿no crees que hacen también ellos un uso *contra naturam* de los bienes proporcionados por la divinidad?

LICINO. —Sí, por Zeus; la carne de la sepia puede utilizarse para teñir y no sólo para comer.

CÍNICO. —Pero su finalidad primordial no es esa. Ahora que también uno podría, si se ve forzado, utilizar una crátera como cacerola, aunque no es esa su función. Pero ¿cómo podría alguien explicar toda la desdicha de estas gentes? Porque es enorme. Y tú me echas en cara el que no

[4] *Aphrodisíōn héneka;* el texto griego es claro al respecto.

quiero participar de ella. Vivo exactamente igual que el hombre moderado de que hablábamos, apañándome con lo que tengo a mano y con lo más barato sin dejarme llevar por manjares variados y exóticos.

12 Y aún más, si te parece que vivo como los animales porque mis necesidades son cortas y mi consumo reducido, hasta los propios dioses están expuestos a ser inferiores a los animales —al menos según tus teorías—. Pues no necesitan nada. Mas para que aprendas con total exactitud en qué radica exactamente el necesitar mucho o poco fíjate que los niños necesitan más cosas que los adultos, las mujeres más que los hombres, los enfermos más que los sanos; en resumen que por doquier el inferior tiene más necesidades que el superior. Por ello los dioses no necesitan nada, y los que más cerca están de ellos son los que menos necesitan.

13 ¿O piensas que Heracles, el mejor de todos los hombres, hombre divino y con toda la razón considerado como un dios anduvo dando tumbos por ahí desnudo por su mal fario con una piel de león tan sólo y sin tener ninguna de vuestras necesidades? No era un desgraciado él que apartó los males incluso de los otros hombres; no era un pobre él que dominó tierra y mar. Todas las empresas que abordó las iba coronando con éxito y nunca topó con nadie igual o superior a él justamente hasta que se alejó de los hombres. ¿O te parece que no podía proporcionarse ropas y calzados y que por ello iba por ahí de esa guisa? No puede afirmarse una cosa así; lo que pasa es que era dueño de sí, y quería dominarse y no quería caer en el lujo[5]. ¿Y Teseo, su alumno, no era rey de todos los atenienses, hijo de Posei-

---

[5] Realmente debíamos decir: tenía la voluntad decidida de no caer en el lujo, pues el texto ha empleado *eboúleto* frente a *éthele* de la frase anterior.

dón, y —según dicen—, el mejor de los de su tiempo? Pues, 14
sin embargo, también él quiso ir descalzo y andar desnudo y se complació en llevar barba y pelo largo; y no sólo él, sino también todos los hombres de antaño. Eran mejores que vosotros y ni uno sólo de ellos se habría resistido a la navaja menos que un león. Pues pensaban que la blandura y finura de carnes cuadraba a las mujeres, y, en cambio, ellos querían darse a ver como hombres que eran, y pensaban que la barba era un distintivo de varón como las crines de los caballos y la melena de los leones, a los que la divinidad dio un añadido para distinguirlos y destacarlos; por ello concedió como algo específico la barba a los hombres. Yo envidio a aquellos hombres de antaño y quiero imitarlos. A los hombres de ahora, no los envidio por la fantástica felicidad que tienen en lo que a comidas y vestidos se refiere máxime cuando se dedican a alisar y a depilar una parte de su cuerpo sin dejar ni tan siquiera que sus partes pudendas sigan manteniendo su estado natural.

Y presumo de que mis pies no se diferencian de las 15
herraduras de los caballos, como dicen que eran los del centauro Quirón, y de que no preciso mantas como los leones, ni necesito alimento exquisito en mayor medida que los perros. Bástame con tener por cama la tierra entera y con tener por casa el mundo y con elegir por alimento el que más fácilmente pueda conseguir. Ni yo ni mis amigos necesitamos para nada de oro y plata; para los hombres se originan a raíz de la pasión por poseerlos todo tipo de desgracias, revoluciones y guerras y conspiraciones y asesinatos. Y todo eso tiene sus orígenes en la pasión por tener más y más. Mas, aléjese esa pasión de nosotros, no me deje yo llevar jamás por la ambición y pueda yo arreglármelas en la escasez.

Esas son nuestras teorías que desde luego suenan muy 16
distintas de las cavilaciones de la gente. Y no hay que

extrañarse de que nuestras pintas sean distintas si también nuestra opción es en igual manera distinta. Me llama la atención cómo te imaginas el traje y el porte de un citarodo, y el porte, sí por Zeus, de un flautista, y el vestido de un actor de tragedias, y en cambio ya no te imaginas el traje y el porte de un hombre bueno, sino que crees que le cuadra llevar el mismo que el resto de la gente aunque sea malo. Pues si los hombres buenos debieran tener un único vestido que les identificara, ¿cuál les cuadraría mejor que el de la máxima desvergüenza, propio de los tipos desenfrenados y que es por cierto el que más ansiosamente suplicarían ellos tener?

17 Así pues, mi pinta es ésta; estar sucio, ser peludo, tener capote, llevar el pelo largo, ir descalzo. La vuestra es como la de los maricones y nadie podría distinguiros ni por el color de los mantos ni por su suavidad ni por la cantidad de tuniquillas ni por las capas ni por el calzado ni por el arreglo del pelo ni por el perfume. Pues desde luego oléis ya casi como ellos, vosotros, los hombres felices. ¿Qué se podría dar por un hombre que huele como un maricón? Desde luego resistís las fatigas no más que ellos y los placeres no menos que ellos. Y coméis lo mismo, dormís igual y andáis igual. Claro que no querríais tanto andar cuanto que os llevaran como fardos, a unos los hombres, a otros los mulos. A mí me llevan mis pies a donde necesite ir. Y soy capaz de hacer frente al frío y de aguantar el calor y de no sentir aversión a las obras de los dioses porque soy desgraciado, en tanto que vosotros precisamente por la felicidad en que vivís no estáis contentos con nada de lo que pasa, criticáis todo y no queréis apañaros con lo que tenéis, sino que andáis echando de menos lo que no tenéis. Y así, en invierno pedís verano, en verano, invierno, cuando hace calor, frío, y cuando hace frío, calor, como los que están enfermos que nunca están contentos y están siempre que-

jándose; pero la causa de su actitud es la enfermedad y de la vuestra el carácter.

Y encima os dedicáis a cambiarnos y a enderezar nuestra vida en la idea de que muchas veces no nos aconsejan bien respecto de lo que hacemos, sin pararos a pensar respecto de vuestros propios hechos, sin llevar a cabo ninguno de ellos de acuerdo con la reflexión o con el juicio, sino con la costumbre y el deseo. Pues desde luego en nada diferís de quienes son arrastrados por un torrente. Esos, adonde los lleva la corriente, allí que van y vosotros adonde os llevan las pasiones. Os sucede poco más o menos lo que dicen que les pasa a quienes montan sobre un caballo desbocado; que el caballo tira de él y se lo va llevando. Y él ya no puede echar pie a tierra porque el caballo no para de correr. Y si se encontrara a alguien y le preguntara a dónde va, le diría, «A donde éste decida —señalando al caballo—». Igual vosotros; si alguien os pregunta a dónde os dejáis llevar, si quisiérais responder la verdad diríais pura y simplemente que adonde os lleven la fama y los placeres unas veces; otras veces, adonde os lleve la avaricia; unas veces el carácter, otras el miedo, otras algo parecido parece tirar de vosotros. Pues os dejáis llevar a lomos no de uno sino de muchos caballos en diferentes ocasiones a diferentes sitios, pero eso sí, todos desbocados. Y desde luego os llevan a precipicios y barrancos; y antes de caer no tenéis ni idea de lo que va a sucederos. 18

Y el capotillo ese del que os burláis y la melena y mi porte, tiene tal fuerza que me permite vivir con tranquilidad, haciendo lo que quiero y estando con quienes quiero. Y claro, por mis pintas ninguno de los hombres incultos e ignorantes querrían acercarse a mí, y los afeminados se dan la vuelta a distancia incluso. Se me acercan los más listos, los más discretos y los más ansiosos de virtud; esos son sobre todo quienes se me acercan, y con su compañía dis- 19

fruto. Y no presto atención a las puertas de los que se llaman felices, pues considero lujo sus coronas de oro y su púrpura y me río de ellos. Y para que aprendas respecto del porte externo cómo les cuadra no sólo a los hombres buenos sino también a los dioses —aunque te burles al respecto— observa con detenimiento las estatuas de los dioses a ver a quién se parecen más si a vosotros o a mí. Y no te limites a observar sólo las de los griegos; date una vuelta por ahí y mira los templos de los que no son griegos; a ver si las divinidades tienen el pelo largo y barba como yo o si los han modelado y pintado afeitados como vosotros. Y verás que la mayoría no lleva túnica, igual que yo. ¿Tendrás aún, pues, la osadía de decir respecto de mi porte externo que es despreciable cuando es evidente que les cuadra incluso a los dioses?

DIÁLOGOS *

Los *Diálogos de los muertos* inauguran la serie que se conoce con el nombre de «Diálogos» de Luciano por antonomasia. Le siguen los *Diálogos marinos,* los *Diálogos de los dioses* y los *Diálogos de las heteras.* El propio título griego es inequívoco, *diálogo,* además, único en la obra de Luciano. De ahí que aun cuando la mayoría de sus opúsculos presentan forma dialogada se reserve la etiqueta de diálogos para estos cuatro conjuntos que se dividen a su vez en pequeños cuadros. Por su propia índole, pues, estas obras constituyen un todo que con frecuencia se ofrece a los lectores desgajado del resto de la producción lucianesca. Y aunque sin duda son numerosas las afinidades entre los diversos tipos de diálogos, las diferencias son también notables y no siempre han sido puestas de relieve. Se diría que Luciano ha querido criticar más que nunca el mundo entero: cielo *—Diálogos de los dioses—,* tierra *—Diálogos de las heteras—,* mar *—Diálogos*

* Estas ideas fueron desarrolladas en la comunicación presentada por nosotros al *Simposio de la Sección Catalana de la SEEC,* celebrado en Tarragona el 29 y 30 de noviembre de 1990, bajo el título «Algunas observaciones sobre el humor de Luciano». En el momento de redactar esta nota se hallan en curso de publicación dentro del volumen correspondiente de las *Actas* del mismo.

La aportación más reciente en lengua castellana es la tesis doctoral de Jesús Ureña Bracero hoy en curso de publicación, cuyo título es el siguiente: *El diálogo de Luciano: ejecución, naturaleza, composición y procedimientos de humor.* Se cita bibliografía abundante y actualizada.

marinos— y el propio mundo del más allá —*Diálogos de los muertos*—, son los escenarios en los que transcurre la acción imaginaria de esos diálogos. Y no pensamos que se deba al azar. Deliberadamente, creemos, Luciano presenta una auténtica cosmovisión integral en clave de humor que va del *sfumatto* de la sonrisa a la carcajada del astracán pasando por el siempre difícil e incomparable arte del esperpento. El procedimiento empleado por Luciano a la hora de construir cada uno de los cuatro tipos de diálogos es muy distinto, según explicaremos más adelante. En esa dirección orientaremos, pues, las introducciones que siguen, pues, en la mayoría de los grandes prólogos o traducciones de los «Diálogos» esta circunstancia no suele aparecer señalada con el suficiente énfasis. Y a nosotros nos parece de importancia capital. La técnica empleada para producir la risa en el lector es muy distinta según se trate de los *Diálogos marinos,* por ejemplo, o de los *Diálogos de los dioses.*

El humor de Luciano, en contra de lo que a veces pueda pensarse, no es homogéneo ni uniforme. Los procedimientos son muy variados; y no hace falta salir de los «Diálogos» para comprobarlo. Los *Diálogos de las heteras* discurren siempre exclusiva y únicamente por el plano de la caricatura, que no es sino una deformación por exageración de esa realidad: nombres parlantes, madres casamenteras, muchachas desequilibradas y a veces un tanto histéricas, militares fanfarrones, pintadas de amor, incluso, por las paredes. Pero no hay cambio de plano. Es la realidad que circunda a Luciano, quien, eso sí, ha decidido ir a fijarse en un conjunto un tanto singular, las heteras y todo el entorno que las rodea; la exageración lleva a la caricatura y la caricatura en cadena provoca la risa en el lector.

Los *Diálogos marinos* discurren siempre exclusiva y únicamente por el plano de la irrealidad, como otras tantas piezas lucianescas. Se diría que en este mar y en estos ríos —porque también hay historias que tiene que ver con fuentes y ríos— todo es fantasía. La imaginación del autor unida a la que subyace en el relato mítico permite que los Tritones y Nereidas hablen, que Galatea se exprese como una persona corriente y moliente, que los ríos se enamoren de mujeres y que los propios vientos sean

testigos escépticos, pero no mudos, de ciertas escenas que ven pasar ante sus ojos. Pero insistimos en que una vez instalado en la irrealidad, Luciano no la abandona. Sucede que esa irrealidad debe leerse desde la butaca de la realidad, desde donde, naturalmente, esa fantasía del mito matizada y recreada por Luciano resulta a ojos del lector casi siempre disparatada y absurda. Pero se trata de un humor sin acidez, sin acritud, que se sitúa en la línea crítica del mito que tanto le gusta a Luciano.

Crítica que alcanza su punto culminante en los *Diálogos de los dioses*. Aquí las tornas cambian y de la sonrisa se pasa a la carcajada: ¿cómo?, ¿por qué? Simplemente porque Luciano ha cambiado de procedimiento. Partiendo del mito —la irrealidad— se inserta en él a un personaje de ese mito que ve los distintos hechos del relato con los ojos de la realidad. La gran mayoría por no decir la totalidad de los personajes que hacen uso de la palabra son dioses, pero la mitad de ellos hablan, piensa y analizan las situaciones como si fueran auténticos mortales. Dicho de otro modo, realidad e irrealidad se superponen constantemente. Y obviamente el relato irreal del mito reflejado en el espejo de la realidad aboca irremediablemente al esperpento. Porque creo que sólo de esperpéntico puede clasificarse al Zeus todopoderoso que no puede recibir visitas porque... está dando a luz a una apuesta, hermosa y crecida moza. Son con frecuencia Hefesto y Hermes, unas deidades de segunda fila y mal cartel en el Olimpo, quienes se sitúan en el prisma de lo real, lo cerebral, lo razonable. El resultado de operar con dos planos —realidad e irrealidad— se traduce en contrastes abismales y en constantes disparates. Y bajo ese humor late un trasfondo crítico implacable y duro. Nada menos que todo el acervo del mito, auténtica biblia del pueblo griego, se pone en cuarentena; y es, ante todo y sobre todo, el todopoderoso Zeus el blanco predilecto de los dardos lucianescos.

Pues bien, todo esto no es nada en comparación con lo que encontramos en los *Diálogos de los muertos*. En ellos asistimos a una trasposición y contaminación permanente de los dos planos; la realidad, la vida, el «más acá» de un lado y la irrealidad, el Hades, el más allá, de otro. Cuando la vida en el Hades se plantea como la vida en la tierra, no solamente está entrando en juego la

imaginación del autor, sino que con los pies en la realidad conocida se ponen los ojos en la irrealidad desconocida que de algún modo se pretende hacer prolongación o mejor recreación de la realidad. Cuando un personaje del mundo subterráneo lleva a cabo la operación contraria y se produce el encuentro entre quien viene de la muerte y quien va a ella, se realizan caricaturas de fantasía utópicas, el genio de Luciano llega entonces al cenit, cuando la realidad e irrealidad se mezclan y se caricaturizan desde una doble perspectiva. Porque, primero, hay que imaginar el Hades y presentarlo como algo real. Después, hay que seguir imaginando que los hombres al morir bajan a ese Hades recreado con la mentalidad que tenían en la vida. Para colmo, alguien —Menipo o Diógenes, generalmente— está ya «adaptado» en su supuesta realidad cotidiana postmortuoria a la vida allí. Se producirá, pues, en un marco imaginado como una nueva realidad un contraste entre quienes están en él como pez en el agua y quienes vienen del mundo de verdad con ideas y esquemas mentales que aquí no funcionan y que están destinados al fracaso. El efecto logrado por el autor al realizar esa doble pirueta es incomparable. Y el lector al tiempo que se ríe a mandíbula batiente se ve obligado a reflexionar, por cuanto que esa formidable y refinada técnica literaria se pone al servicio de una idea fundamental: no vale la pena afanarse en la vida porque la muerte iguala a todos los hombres sin excepción; un postulado que ya Luciano había expuesto en otras obras aunque nunca con la insistencia, la intensidad y el énfasis con que lo hace aquí. Como se ve, pues, toda una gama de situaciones, de técnicas, reflejo del ingenio absolutamente genial del «sirio» de Samosata, que alcanza aquí posiblemente su máximo exponente.

76

DIÁLOGOS DE LOS MUERTOS

Los *Diálogos de los muertos* están en la edición de Macleod en un orden que no es el que siguen las ediciones más al uso y que, sin embargo, es el que presentaba la edición del propio Macleod en Loeb, que, en consecuencia, se mantiene aquí también.

El primer tercio —hasta el diálogo núm. 11— está marcado por una característica común: la intervención de Menipo, que lo mismo se dedica a criticar el entorno del mundo subterráneo en animadas tertulias con sus moradores habituales —Cerbero, Hermes, Éaco— que a arremeter contra Tiresias o contra Trofonio, adivinos cuyo arte no les ha servido para evitar su propia muerte. Entre medias, la propia Helena de Troya ha sido puesta como hoja de perejil: tantas vidas humanas desperdiciadas para esta calavera monda y lironda como las demás. Nada menos que las gestas de Troya, pues, ridiculizadas, satirizadas en una estampa inmortal. A continuación les toca el turno a Filipo y a su hijo Alejandro. Y Menipo desaparece de la escena para dejar su sitio nada menos que a Diógenes, quien se encarga de desmitificar las figuras de tan emblemáticos personajes.

Los diálogos 14-19 ponen en solfa a personajes contemporáneos de Luciano; se trata de los cazadores de herencias, y los ricachones avaros que atesoran y amontonan riquezas tras las que se abalanzan jóvenes sin escrúpulos. El diálogo 10 presenta un variopinto coro de muertos que aguardan turno para cruzar la laguna. El tiempo de la espera y la travesía se aprovechan para ir pasando revista a varios contingentes de personas que gozan de buena reputación en la tierra; concretamente gobernantes —el

poder político—, deportistas —la fuerza física— y filósofos —la inteligencia— van a dar al mismo cajón de huesos y calaveras, donde ni sus disposiciones, sus ejercicios o sus razonamientos sirven absolutamente para nada. La *isonomía* del Hades es implacable.

La última década es más variada en lo tocante a personajes y motivos. El desfile resulta así variopinto y sorprendente: Agamenón y Áyax, Alejandro Magno, Aníbal y Escipión ¡rivalizan en el Hades!, una vez que la muerte los ha igualado a todos en el cero absoluto; a Mausolo poco le va a aprovechar su incomparable sepulcro, yacer bajo un montón de tierra mezclada al buen tuntún con cuatro guijarros y tres florecillas silvestres más o menos marchitas es exactamente igual. Protesilao pertenece a la extrañísima y rara casta de los privilegiados que tienen permiso para regresar a la tierra; Plutón ya se encarga de recordárselo insistente y machaconamente. Al fin y al cabo, todo cuanto muere y da prestigio a la raza humana en la tierra —el poder, los honores y triunfos militares, las victorias en cualquier competición, las riquezas, la belleza— se ve absolutamente aniquilado en el momento mismo de la muerte. Lo mejor, pues, es vivir con desapego a todo eso que los hombres tanto se afanan en conseguir para en consecuencia llevar en el mundo subterráneo una existencia relajada y feliz... como Menipo o el propio Diógenes, que se presentan como los modelos que deberían ser imitados por toda la Humanidad.

1 (1)
DIÓGENES Y PÓLUX

1 DIÓGENES. —Te voy a encargar, Pólux[1], que en cuanto hayas vuelto a subir ahí arriba —pues te toca, creo, revivir

[1] Pólux, hermano de Cástor, hijo de Zeus y Leda, pasaba al igual que su hermano un día en la tierra y otro en el cielo. En el caso de Pólux, fruto de una renuncia voluntaria a la inmortalidad que no le fue otorgada a Cástor.

mañana—, si ves por algún sitio a Menipo el perro —bien podrías encontrarlo en Corinto por el Craneo[2] o en el Liceo, burlándose de los filósofos que discuten entre sí— le digas lo siguiente: «Menipo[3], te invita Diógenes, por si estás ya harto de burlarte de cuanto sucede sobre la faz de la tierra, a acudir aquí para que te rías a mandíbula batiente. Que allí[4] tu burla al fin y al cabo tiene el beneficio de la duda, y es muy corriente el '¿Quién sabe con certeza lo que hay después de la vida?'. Aquí en cambio no dejarás de reír a mandíbula batiente exactamente igual que yo ahora, máxime cuando veas a ricos y sátrapas y tiranos mondos y lirondos, reconocibles tan sólo por sus lamentos y lo fofos y descastados que están, recordando los avatares de su vida en la tierra».

Dile esto y además que acuda con la alforja bien repleta de altramuces, y si encuentra en la encrucijada de Hécate manjares por el suelo o un huevo del sacrificio expiatorio o algo por el estilo, que lo traiga[5].

---

[2] El Craneo es un gimnasio de Corinto, del que quedan escasos vestigios hoy en día, fuera del recinto del lugar arqueológico en el que sí pueden identificarse templos, fuentes, almacenes, etc.

[3] El texto presenta una completiva con *hóti* que choca con el estilo directo que emplea Diógenes. Hemos eliminado en nuestra traducción la conjunción «que», correspondiente al *hóti* griego, dejando el encargo con estilo directo.

[4] Los adverbios aquí y allí —*entháde* y *ekeî*— serán traducidos a lo largo de los *Diálogos de los muertos* por el Hades y la tierra, respectivamente, en función del hablante sin que hagamos mención específica en el texto.

[5] Hécate es un personaje divino en sus orígenes un tanto misteriosos. Con el paso del tiempo queda vinculada a la magia y al mundo de las sombras. La leyenda cuenta que se aparece a quienes tienen relación con los hechizos en forma de yegua o de perra. Preside las encrucijadas —de ahí su nombre de Enodia— en las que se levantan sus estatuas en forma de mujer de triple cuerpo o de tres cabezas.

2 PÓLUX. — Voy a darle tu recado, Diógenes, pero para poder conocerlo con exactitud, ¿qué pintas tiene?

DIÓGENES. — Viejo, calvo, capotillo raído, desplegado al viento, todo un mosaico hecho de remiendos de harapos[6]; no para de reírse y de tomar el pelo especialmente a los filósofos esos petulantes.

PÓLUX. — Con esas señas será fácil encontrarlo.

DIÓGENES. — ¿Me dejas que te dé un encargo para esos mismos filósofos que acabo de mencionar?

PÓLUX. — Dime, que no me supone molestia alguna.

DIÓGENES. — Pues diles al oído que se dejen de bobadas, de enzarzarse en discusiones sobre todo lo habido y por haber, de ponerse cuernos unos a otros, de crear acertijos y de ejercitar su inteligencia a base de hacer preguntas de índole tal que no se pueden contestar[7].

PÓLUX. — Pero van a decir que yo, ignorante e inculto, censuro su sapiencia.

DIÓGENES. — Pues les dices de mi parte que se vayan a hacer puñetas.

PÓLUX. — Les daré también ese recado, Diógenes.

3 DIÓGENES. — Y a los ricos, Polukito querido, dales de mi parte el siguiente recado: «¿Por qué guardáis, necios, el

---

[6] La descripción ya proverbial de Menipo alcanza aquí su perfección; con vivacidad, sin emplear artículo alguno, se traza un retrato del cínico que es todo un poema. Recuérdese que previamente se había jugado con el equívoco del término griego *kýōn,* «perro» en sentido literal del que deriva el término cínico.

[7] Conviene matizar lo referente a los cuernos de los filósofos y a los acertijos. Alude a la desmedida afición de ciertas escuelas filosóficas a una serie de falsos silogismos que vienen a ser juegos de palabras. En el que nos ocupa se formula así: «Lo que no has perdido, lo tienes; no has perdido los cuernos, luego los tienes». En el caso de los acertijos el texto griego alude al famoso de los cocodrilos que ha sido explicado por nosotros en el tomo 113 (págs. 45 y 46) de esta colección, referido a otras obras de Luciano.

oro? ¿A cuenta de qué os torturáis calculando los intereses y apilando talentos si al cabo de poco tiempo tendréis que acudir aquí con un óbolo mondo y lirondo»?

PÓLUX. — Se les dirá esto también a ésos.

DIÓGENES. — ¡Ah! Diles también a los guapos y a los macizos, a Megilo el corintio y a Damóxeno el luchador, que entre nosotros no hay rubia cabellera ni ojos claros ni oscuros, ni tez sonrosada del rostro, ni músculos tensos ni espaldas fornidas, sino que aquí todo es para nosotros, como dice el refrán, polvo y sólo polvo[8], calaveras despojadas de belleza.

PÓLUX. — No será fácil tampoco decirles eso a los tipos guapos y fornidos.

DIÓGENES. — Y a los pobres, laconio —que son nume- 4
rosos y están agobiados por su situación y lamentan su pobreza—, diles que no lloren ni se aflijan luego de explicarles la igualdad[9] que hay aquí. Y diles que van a ver que los ricos de allí no son mejores que ellos. Y a los lacedemonios, tus paisanos, si te parece bien, échales en cara de mi parte el haberse relajado en sus costumbres.

PÓLUX. — Ni pío de los lacedemonios, Diógenes, que no lo voy a consentir. Los encargos que me dijiste para los demás, se los daré.

DIÓGENES. — Dejemos a ésos pues ese es tu parecer, pero lleva de mi parte los recados a quienes antes mencioné.

---

[8] Seguimos la lectura de Macleod *mía hēmîn kónis* frente a quienes leen *mía Mýkonos* y traducen «una sola Miconos», en alusión un tanto pintoresca a los habitantes de la famosa isla del Egeo, calvos en su mayoría. Véase al respecto PLUTARCO, *Moralia* 616b; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* I 355.

[9] Igualdad entendida como *isotimía* que cita el texto griego, es decir que a efectos de honras y honores son todos iguales, no se trata tan sólo de la igualdad, diríamos, física de sus cráneos y esqueletos.

2 (22)

CARONTE Y MENIPO[10]

1 CARONTE. — Paga, bribón, el importe del pasaje.

MENIPO. — Chilla, Caronte, si es que eso es lo que te gusta más.

CARONTE. — Paga, te digo, por los servicios de porte que te he prestado.

MENIPO. — Mal podrías cobrar de quien no tiene.

CARONTE. — ¿Es que hay alguien que no tenga un óbolo?

MENIPO. — Si hay alguien, no lo sé, pero yo desde luego no lo tengo.

CARONTE. — Te voy a estrangular, por Plutón, sinvergüenza, si no me pagas.

MENIPO. — Pues yo te voy a partir el cráneo en dos golpeándote con mi palo.

CARONTE. — ¿Resulta entonces que has hecho de balde una travesía tan larga?

MENIPO. — Que te pague por mí Hermes, que es quien me entregó a ti.

2 HERMES. — Pues apañado voy si tengo encima que pagar por los muertos.

CARONTE. — No voy a soltarte.

MENIPO. — Si es por eso, amarra la barca y aguarda, sólo que... ¿cómo podrías cobrar lo que no tengo?

CARONTE. — ¿Pero es que no sabías que tenías que traerlo?

MENIPO. — Lo sabía, pero es que no lo tenía. ¿Y qué?, ¿no debía morirme por ello?

[10] Al intervenir en la conversación Hermes, algunos editores lo incluyen también en el título. No así Macleod cuya edición seguimos y en consecuencia tampoco nosotros lo reflejamos.

CARONTE. —¿Así que vas a presumir de ser el único que ha hecho de balde la travesía?

MENIPO. — De balde no, buen hombre, que achiqué el agua y te ayudé a mover el remo y además era el único de los pasajeros a bordo que no lloraba.

CARONTE. — Eso no tiene nada que ver con el importe del pasaje; el óbolo es lo que tienes que pagar; no hay más cáscaras[11].

MENIPO. — Entonces llévame de vuelta a la vida. 3

CARONTE. — ¡Qué cosas tan cachondas dices!, para que encima me sacuda Éaco.

MENIPO. — Entonces no me dés más la lata.

CARONTE. — Enseña qué es lo que llevas en la alforja.

MENIPO. — Altramuces, ¿quieres?, y la cena de Hécate[12].

CARONTE. —¿De dónde nos has traído, Hermes, al perro ese? ¡Qué manera de charlar durante la travesía sin parar de reírse y de tomar el pelo a todos los pasajeros sin excepción! Y venga a cantar él solo mientras los demás no paraban de lamentarse.

HERMES. —¿Ignoras, Caronte, a qué hombre has transportado en tu barca? Un hombre libre absolutamente; le importa un pito nadie. Es Menipo.

CARONTE. — Como te coja alguna vez...

MENIPO. —Si es que me coges, buen hombre, que desde luego dos veces no me podrías coger.

---

[11] Traducción excesivamente coloquial con vistas a no romper la vivacidad, la chispa y el propio tono coloquial del diálogo; «pues no es lícito que pueda ser de otro modo», sería lo más idéntico al original.

[12] Alusión a las ofrendas que se depositaban a los pies de las estatuas de Hécate en las encrucijadas de caminos.

3 (2)

QUEJAS DE MUERTOS A PLUTÓN O CONTRA MENIPO[13]

1 CRESO. —No soportamos, Plutón, al perro ese, a Menipo, nuestro vecino. Conque o lo instalas en otra parte o nosotros nos mudamos a otro sitio.

PLUTÓN. —¿Qué molestias os causa, si es un cadáver igual que vosotros?

CRESO. — Mientras nosotros nos lamentamos y gemimos al acordarnos de lo que dejamos allí arriba —Midas aquí presente de su oro, Sardanápalo de todo su boato y yo, Creso, de mis tesoros—, él nos toma el pelo y nos insulta por ello llamándonos «esclavos y desecho» y en ocasiones hasta interrumpe nuestros lamentos con sus cantos, por lo cual nos resulta muy molesto.

PLUTÓN. —¿Qué te parece lo que dicen, Menipo?

MENIPO. —Llevan razón, Plutón. Los odio porque son ruines y descastados. Y no les bastó con vivir de mala manera sino que incluso muertos se andan acordando y dando vueltas a sus cosas de arriba. Naturalmente que disfruto haciéndoles rabiar.

PLUTÓN. —Pues no debería ser así; están tristes porque se han visto privados de bienes no insignificantes.

MENIPO. —¿Es que tú también, Plutón, estás tonto y apruebas sus lamentos?

PLUTÓN. —¡Qué va! Pero es que no me gustaría que os pelearais.

[13] Nueva divergencia de Macleod en relación con otros editores, dando mayor fiabilidad a unos códices que a otros. La mayoría titulan «Plutón o contra Menipo», tal y como recoge también cierta tradición textual. Aquí, no obstante, y puesto que participan en la conversación varios personajes muertos, siguiendo un criterio contrario al del diálogo anterior se ha preferido el título más complicado del diálogo: «Acusaciones, o cargos, o quejas de muertos a Plutón contra Menipo».

MENIPO. — Pues bien, tened bien sabido, vosotros, los 2
peores de lidios, frigios y asirios, respectivamente, que no voy a cesar. Dondequiera que vayáis, os acompañaré sin dejar de fastidiaros con mis cánticos y mis chirigotas.

CRESO. — ¿Si será chulo?...

MENIPO. — Chulos vosotros cuando os parecía lo más lógico que se os adorara y cuando escarneciáis a hombres libres sin acordaros para nada de la muerte. Así que ahora os vais a lamentar de haber sido desposeídos de todo aquello.

CRESO. — ¡De cuantiosas y enormes riquezas, oh dioses!

MIDAS. — ¡Y yo de cantidades de oro!

SARDANÁPALO. — ¡Y yo de cuánto lujo!

MENIPO. — Muy bien, muy bien; vosotros seguid lamentándoos que yo os acompañaré cantando una y mil veces como cantinela el «conócete a ti mismo» [14], que a ese tipo de lamentos le viene como anillo al dedo.

4 (21)
MENIPO Y CERBERO

MENIPO. — Cerbero, tú que eres pariente mío —pues 1
eres un perro tú también— dime, por la laguna Estigia [15], cómo se comportaba Sócrates cuando bajó a nuestros

[14] Alusión a la inscripción del frontispicio del templo de Apolo en Delfos, el famoso *gnôthi seautón*, «conócete a ti mismo», que en el contexto que lo emplea Menipo adquiere el pleno sentido que siempre tuvo o quiso tener: «sé consciente de tus limitaciones, sé consciente de que eres humano».

[15] Tanto la Laguna Estigia como otra serie de nombres propios vinculados estrechamente al mundo de los muertos aparecen explicados en el índice final; a fin de no abrumar al lector con excesivas notas remitimos a él.

dominios. Pues es lógico que tú, que eres una divinidad, no te limites a ladrar, sino que dejes oír tu voz como una persona siempre que te apetezca.

CERBERO. — Así, de lejos, Menipo, parecía acercarse con el rostro impertérrito, al tiempo que daba la impresión de no temer la muerte en absoluto y de querer ponerlo bien de relieve a los que estaban fuera de la entrada. Pero luego de entrar agachado al interior del abismo y de ver las tinieblas, como yo además le solté un mordisco y lo arrastré del pie porque se retrasaba por acción de la cicuta, la emprendió a lloriquear como los niños pequeños y a lamentarse por sus hijos por todo tipo de procedimientos.

2 MENIPO. — Así que el hombre en cuestión era un «sofista redomado» y, a la hora de la verdad, bien que le importaba el tema.

CERBERO. — No, lo que pasa es que al ver que era ineludible, no tuvo más remedio que darse ánimos en la idea de que no iba a padecer de mal grado lo que forzosamente tenía que padecer, con el objeto de granjearse la admiración de los espectadores. En una palabra, de individuos así podría decir que son audaces y valientes hasta la entrada al abismo pero una vez dentro es cuando dan su exacta medida.

MENIPO. — ¿Y yo cómo te pareció que bajé?

CERBERO. — Eres el único, Menipo, que entraste de un modo acorde a la dignidad de tu estirpe, y Diógenes antes que tú; los dos entrasteis sin que hubiera necesidad de obligaros o empujaros, sino que lo hicisteis voluntariamente, sonrientes y mandando a hacer puñetas a todos los demás.

5 (18)
MENIPO Y HERMES

MENIPO. — A ver, ¿dónde están los tipos guapos y las 1
tipas guapas [16], Hermes? Guíame que estoy recién llegado.

HERMES. — No tengo tiempo, Menipo. Pero echa un vistazo allí a la derecha donde están Jacinto y Narciso y Nireo y Aquiles y Tiro y Helena y Leda; en una palabra, todas las bellezas de la Antigüedad [17].

MENIPO. — Huesos solamente veo y calaveras desprovistas de carnes, parecidas la mayoría.

HERMES. — Pues precisamente eso es lo que admiran los poetas, los huesos que tú pareces despreciar.

MENIPO. — Pese a todo enséñame a Helena, pues yo no sería capaz de reconocerla.

HERMES. — Esa calavera de ahí es Helena.

MENIPO. — Y... ¿por una cosa así se fletaron miles de 2
naves procedentes de toda Grecia, y cayeron tantos griegos y bárbaros y han sido devastadas tantas ciudades?

HERMES. — Ay, Menipo, es que no conociste a la mujer en vida, pues habrías dicho tú también que no era censurable aquello de

por mujer tal mucho tiempo dolores sufrir [18].

[16] Nos ha parecido oportuna esta traducción, creemos que encaja mejor que «los hermosos y las hermosas o los bellos y las bellas», en el tono menipeo del diálogo.

[17] Efectivamente la flor y nata del mito antiguo. Jacinto, mereció la atención de Apolo; Narciso permaneció impasible a los requiebros de ninfas y doncellas que solicitaban embelesadas su amor hasta que sucumbió ante los encantos de su propia imagen reflejada en las aguas de una fuente; Nireo, si hacemos caso de HOMERO, *Ilíada* II 673, era el más hermoso de cuantos fueron a Troya; Tiro *(Odisea* XI 234), fue amada apasionadamente por Poseidón. Aquiles y Helena son sobradamente conocidos por los lectores.

[18] Cita tomada de HOMERO, *Ilíada* III 157.

Pues cuando uno ve las flores secas y que han perdido el color, es evidente que le parecen feas, mas cuando florecen y mantienen su color son lindísimas.

MENIPO. — Pues precisamente por eso, Hermes, me llama la atención que los aqueos no se percataran al respecto y pasaran mil fatigas por algo tan efímero y tan fácilmente marchitable.

HERMES. — No tengo tiempo de compartir tus disquisiciones filosóficas. Así que elige un lugar donde te apetezca, túmbate y descansa, que yo me voy a buscar a los demás muertos.

6 (20)
MENIPO Y ÉACO

1 MENIPO. — Por Plutón, Éaco, guíame y enséñame todo lo que hay en el Hades.

ÉACO. — No es fácil enseñártelo todo; vete aprendiendo al menos lo más importante. Ya sabes que ése es Cerbero, y al entrar viste ya al barquero que te transportó, y la Laguna y el Piriflegetonte.

MENIPO. — Eso ya lo conozco y a ti, que eres el portero, y conocí al rey y a las Erinis. Pero enséñame a los hombres de antaño y en especial a los más famosos.

ÉACO. — Ese es Agameón, ese de ahí Aquiles, el de ahí cerca Idomeneo, el de a continuación Ulises, detrás Áyax y Diomedes y los caudillos de los griegos.

2 MENIPO. — ¡Vaya, vaya, Homero!, cómo están tirados en el suelo los más importantes de tus poemas, irreconocibles y afeados, todos polvo, bagatela pura, verdaderamente «cabezas sin garra»[19]. Y ése, Éaco, ¿quién es?

[19] Expresión parecida emplea Ulises en su bajada a los infiernos, *Odisea* X 521, 536.

ÉACO. — Es Ciro. Y ése Creso. Y el que está detrás de él Sardanápalo, y el de detrás de ellos Midas[20], y aquél de allí Jerjes.

MENIPO. — ¿Así que ante ti, escoria, temblaba Grecia primero cuando intentabas unir el Helesponto, y después cuando ansiabas navegar a través de las montañas? ¡Vaya pinta que tiene también Creso! Y a Sardanápalo, Éaco, déjame pegarle una bofetada.

ÉACO. — De ninguna manera, que le vas a partir por la mitad el cráneo ese de mujer que tiene.

MENIPO. — Bueno, pues por lo menos le escupiré en la cara al muy marica.

ÉACO. — ¿Quieres que te enseñe a los Sabios? 3

MENIPO. — Sí, por Zeus.

ÉACO. — Ahí tienes en primer término a Pitágoras.

MENIPO. — Hola, Euforbo, Apolo o como quieras llamarte.

PITÁGORAS. — Hola, Menipo.

MENIPO. — ¿Ya no tienes el muslo de oro?[21].

PITÁGORAS. — Ya no, por supuesto. Pero trae a ver si tu alforja lleva algo comestible.

MENIPO. — Habas, buen hombre, así que para ti no es comestible.

PITÁGORAS. — Limítate a dármelas, las doctrinas entre muertos son distintas, conste que yo me enteré ya de que

---

[20] Estos tres personajes, paradigmas de riqueza en grado sumo y del buen vivir, han sido ridiculizados ya en el diálogo núm. 3.

[21] Pitágoras de Samos con sus teorías similares a las de la reencarnación o transmigración de las almas es blanco predilecto de los ataques de Luciano. Véanse aquí en pocas líneas tres botones de muestra: se le llama Euforbo o incluso Apolo, en alusión a otras vidas suyas de antaño; se alude a la leyenda que le hacía tener un muslo de oro y se ridiculiza la prohibición pitagórica de comer habas que bien podrían ser, a entender de ellos, ... las cabezas de los propios antepasados.

aquí las habas y las cabezas de nuestros padres no se parecen en absoluto.

4 ÉACO. — Ése es Solón, el hijo de Ejecéstides, y aquél Tales, y el que está a su lado Pítaco y los demás. En total son siete, según estás viendo.

MENIPO. — Esos, Éaco, son los únicos que no están tristres sino radiantes. Y el que está lleno de ceniza como pan cocido en ascuas, el que está todo cubierto de llagas, ¿quién es?

ÉACO. — Empédocles, Menipo, medio chasmucado llegado del Etna.

MENIPO. — Buen hombre de la sandalia de bronce, ¿qué te pasó para arrojarte a los cráteres?[22].

EMPÉDOCLES. — Un ataque, Menipo, de «melancolía».

MENIPO. — De eso nada, por Zeus; más bien te carbonizaron ambición, soberbia y enorme estupidez, con las sandalias puestas, y bien merecido que te lo tenías. Y además tus tejemanejes de poco te sirvieron pues se vio que habías muerto. Por cierto, Éaco, ¿dónde está Sócrates?

ÉACO. — Es aquel que no para de charlar, detrás de Néstor y de Palamedes.

MENIPO. — No obstante me gustaría verle si es que está ahí.

ÉACO. — ¿Ves al calvo?

MENIPO. — Están todos calvos; de modo que esa es una señal para reconocerlo igual para todos.

ÉACO. — El chato, te digo.

MENIPO. — Estamos en las mismas; todos son chatos[23].

---

[22] Curioso suicidio el de Empédocles arrojándose al cráter del Etna en Sicilia en un ataque de «bilis negra», literalmente «melancolía». Según la versión de DIÓGENES LAERCIO, VIII 69, el Etna en una erupción había despedido una de las sandalias de bronce que llevaba el filósofo de Agrigento.

[23] Recuérdese el famoso retrato trazado por Alcibíades de Sócrates

SÓCRATES. —¿Me buscas a mí, Menipo? 5

MENIPO. — Claro que sí, Sócrates.

SÓCRATES. —¿Cómo van las cosas en Atenas?

MENIPO. — Muchos de los jóvenes dicen dedicarse a la filosofía y desde luego si alguien se fijara en su porte y sus andares, pensaría que se trata de filósofos de talla.

SÓCRATES. — Yo he visto a muchos.

MENIPO. — Y has visto, creo, qué pintas tenían al acudir aquí a tu vera, Aristipo, y el propio Platón; el primero apestando a mirra y el otro con la lección de adular a los tiranos de Sicilia bien aprendida.

SÓCRATES. —¿Y de mí qué piensan?

MENIPO. — Por lo que a ese punto respecta, eres un individuo afortunado; al menos todos creen que has sido un hombre digno de admiración y que lo sabías todo —hay que ser sinceros— a pesar de no saber nada.

SÓCRATES. — Eso solía yo decirles también, pero creían que se trataba de una «ironía».

MENIPO. —¿Y quiénes son los que están a tu alrededor? 6

SÓCRATES. — Cármides, Menipo, y Fedro y el hijo de Clinias[24].

MENIPO. — Estupendo, Sócrates, porque aquí también sigues practicando tu oficio por excelencia y no menosprecias a los tipos guapos.

SÓCRATES. —¿Y qué otras cosas podría hacer? Túmbate aquí cerca de nosotros, si te apetece.

MENIPO. — No, por Zeus, que me voy a ir donde Creso y Sardanápalo a fijar mi residencia a su vera, porque tengo

---

comparándolo física y hasta psicológicamente al sátiro Marsias, chato y un tanto calvo.

[24] Alcibíades, famoso estadista ateniense, amigo íntimo de Sócrates en mayor medida si cabe que Fedro y Cármides, que dan título a sendos diálogos.

la impresión de que me voy a reír un poco oyendo sus lamentos.

ÉACO. —Yo me voy ya también, no sea que se nos escape algún muerto sin darnos cuenta. Más adelante verás lo mucho que aún te falta por ver, Menipo.

MENIPO. —Vete, Éaco, que con eso ya he visto bastante.

7 (17)
MENIPO Y TÁNTALO

1 MENIPO. —¿Por qué lloras, Tántalo?[25]. ¿Por qué te lamentas de tu propia suerte ahí plantado a la orilla de la laguna?

TÁNTALO. —Porque estoy muerto de sed, Menipo.

MENIPO. —¿Y eres tan vago que no te agachas a beber o por lo menos, por Zeus, a coger agua en el cuenco de la mano?

TÁNTALO. —De nada me serviría aunque me agachara, pues pasa de largo el agua en cuanto nota que me acerco. Y si alguna vez logro sacarla y me la acerco a la boca, no alcanzo a mojar la punta de los labios, y deslizándose por mis dedos, no sé cómo, me deja otra vez la mano seca.

MENIPO. —Es prodigioso lo que te pasa, Tántalo. Pero dime, ¿qué falta te hace beber? Porque no tienes cuerpo, que está enterrado en algún lugar de Lidia, y es el que precisamente podría tener hambre y sed, y en cambio tú, el alma, ¿cómo podrías aún tener sed o beber?

[25] El propio diálogo da cuenta del suplicio de Tántalo al igual que hace Homero por boca de Ulises en *Odisea* XI 582-92; castigo desmedido por no haberle entregado a Hermes el perro de oro que guardaba a Zeus niño en la cueva del Ida en Creta, que le había sido entregado a Tántalo por Pandáreo.

TÁNTALO. — En eso radica el castigo, en que mi alma tenga sed como si fuera cuerpo.

MENIPO. — Vamos a dar crédito a esta versión puesto 2
que afirmas que tu castigo consiste en tener sed. Y bien, ¿qué puede haber de terrible en ello para ti? ¿O es que temes morir por falta de bebida? Pues yo no veo otro Hades después de éste ni otra muerte que te mueva de aquí a otro lugar.

TÁNTALO. — Llevas razón, pero eso es precisamente una parte de la condena, el tener ganas de beber sin tener ninguna necesidad de ello.

MENIPO. — Desvarías, Tántalo, y de verdad la bebida que pareces necesitar es eléboro puro[26], por Zeus, tú que eres víctima de lo contrario que sucede a quienes reciben mordiscos de perros rabiosos; tu «fobia» no es al agua sino a la sed.

TÁNTALO. — Ni siquiera me niego, Menipo, a beber el eléboro y ojalá lo tuviera.

MENIPO. — Ánimo, Tántalo, que ni tú ni ningún otro muerto beberá, pues es imposible; ahora que no todos tienen por condena como tú sed de un agua que no les espera.

8 (26)
MENIPO Y QUIRÓN

MENIPO. — Oí, Quirón[27], que pese a ser una divinidad 1
deseaste vivamente la muerte.

[26] Sobre el eléboro ya se ha comentado en múltiples notas a las obras de Luciano que se trata de una planta con la que se hacen infusiones para combatir los ataques de nervios y, según algunos estudiosos, ciertos síntomas de locura.

[27] Quirón pasa por ser el centauro más sensato y más culto. Nacido

QUIRÓN. —Pues oíste bien, Menipo. Y he muerto, según ves, pudiendo ser inmortal.

MENIPO. —Vaya, vaya, ¿cómo es que hizo presa en ti ese afán de morir, que es precisamente la cosa que menos ama la mayoría de la gente?

QUIRÓN. —Te lo voy a decir, pues no eres persona que carezca de inteligencia. Ya no me era grato disfrutar de la inmortalidad.

MENIPO. —¿No te resultaba grato vivir y ver la luz?

QUIRÓN. —No, Menipo. Yo pienso que el placer radica en la variedad y en la complejidad. Yo en cambio, vivía disfrutando constantemente de cosas semejantes; el sol, la luz, la comida; las estaciones siempre las mismas; todos y cada uno de los acontecimientos se iban desarrollando ordenadamente como si se sucedieran uno a otro. Así que me harté de todo ello; la diversión radica no en estar haciendo siempre lo mismo sino en experimentar otras cosas.

MENIPO. —Llevas razón, Quirón. Y ¿cómo llevas la vida en el Hades, desde que por tu propia iniciativa llegaste aquí?

2 QUIRÓN. —No diré que no lo paso bien, Menipo; igualdad de derechos, plenamente democrática, y realmente no hay ninguna diferente entre estar en la luz o en la tiniebla. Es más, no hay ni que tener sed ni hambre; por el contrario estamos liberados de todas esas necesidades.

MENIPO. —Fíjate, Quirón, no vayas a dar un traspiés y vaya a dar tu argumento al mismo punto.

QUIRÓN. —¿Cómo dices eso?

---

inmortal vivía en los hoy todavía incomparables bosques del monte Pelión en Tesalia. Herido involuntariamente por una flecha de Heracles, prefirió el descanso de la muerte al privilegio de la inmortalidad; la razón aducida aquí por él, «cansancio vital», vida monótona, no se ajusta exactamente a los datos de los relatos míticos.

MENIPO. —Quiero decir que si la permanente similitud de las cosas de la vida y su constante repetición te resultaron un aburrimiento, las de aquí, que son iguales, podrían resultarte un aburrimiento exactamente igual. Y tendrás entonces que buscar un cierto cambio desde aquí a otra vida, lo cual, creo yo, es imposible.

QUIRÓN. —¿Qué podría entonces hacer, Menipo?

MENIPO. —Lo que debe hacer, en mi opinión, quien es inteligente es conformarse con todo y darse por satisfecho con lo que tiene, y no pensar que hay nada que no pueda soportarse.

9 (28)
MENIPO Y TIRESIAS

MENIPO. —Ya no se puede llegar a saber con facilidad, 1
Tiresias[28], si aún estás ciego, pues todos nosotros tenemos iguales los ojos, vacíos, y sólo nos quedan las cuencas. Por lo demás, no podría uno decir ya quién es Fineo o quién Linceo[29]. Sin embargo, que eras adivino y que fuiste tú

[28] Los poetas no muestran tanta unanimidad con respecto a Tiresias como cree Menipo. Todos coinciden, sí, en su ceguera pero la atribuyen a causas diferentes. Según unos, le cegó Atenea, que habría sido vista por él desnuda. Según otros, el agente de la ceguera fue la diosa Hera irritada porque el adivino que había sido hombre y mujer, luego de haber separado a dos serpientes mientras copulaban —o matado a la hembra, según las versiones—, reveló ante la diosa que la mujer experimenta en el acto sexual nueve veces más de satisfacción que el hombre. En este diálogo y en otro orden de cosas también se inclina por la vida de la mujer.

[29] Dos ejemplos por antonomasia de ciego: Fineo, privado de la vista por haber ordenado sacarles los ojos a sus hijos; y un vidente de proverbial perspicacia: Linceo, que guiaba a los Argonautas, pues era capaz de ver a través de una tabla.

solo ambas cosas, varón y mujer, lo sé por haberlo oído de boca de los poetas. Así que, por los dioses, dime cuál de las dos vidas que experimentaste fue más placentera, ¿la masculina o era mejor la femenina?

TIRESIAS. —Con mucha diferencia, Menipo, la femenina, es mucho menos complicada; mandan sobre los hombres las mujeres y no tienen obligación de ir a la guerra ni de estar a pie firme junto a las trincheras ni de discrepar en las asambleas ni de ser interrogadas en los tribunales.

2 MENIPO. —¿No has oído, Tiresias, a la Medea de Eurípides lamentar en su recitado la condición femenina diciendo qué desgraciadas son y cómo aguantan el insoportable dolor de los partos?[30]. Pero dime —que me han refrescado la memoria los yambos de la Medea— ¿pariste en alguna ocasión cuando eras mujer o cubriste estéril y sin descendencia aquella faceta de tu vida?

TIRESIAS. —¿A cuento de qué me haces esa pregunta, Menipo?

MENIPO. —No es nada difícil, Tiresias; así que responde si no te resulta molesto.

TIRESIAS. —Pues no era estéril; sin embargo, no tuve descendencia.

MENIPO. —Me doy por satisfecho; también quería saber si tenías matriz.

TIRESIAS. —Naturalmente que la tenía.

MENIPO. —¿Con el tiempo, entonces, se te desvaneció la matriz y se te obstruyó la parte femenina y se te aplastaron las tetas y te brotó el miembro viril y echaste barba o en un santiamén tu aspecto externo cambió de mujer a hombre?

TIRESIAS. —No veo qué pretende tu pregunta, mas

[30] Alusión al famoso parlamento de *Medea* 230 y sigs., haciendo toda una valoración negativa del hecho de ser mujer.

cuando menos me da la impresión de que no confías en que estos hechos se hayan producido así.

MENIPO. —¿Es que no se debe desconfiar, Tiresias, de hechos semejantes, sino como un lelo cualquiera aceptarlos sin pararse a examinar sin son posibles o no?

TIRESIAS. —Por esa regla de tres, ¿tú tampoco darás 3
crédito a que otros hechos se hayan producido así, como cuando oyes contar que algunas personas se han convertido de mujeres en aves o en árboles o en animales salvajes, como por ejemplo Aedón o Dafne o la hija de Licaón[31]?

MENIPO. —Si me las topo en algún lugar podré saber lo que dicen. Pero tú, buen hombre, ¿cuando eras mujer, practicabas ya entonces tu profesión de adivino, como después o a la vez que a ser hombre aprendiste a ser adivino?

TIRESIAS. —¿Ves? Desconoces todo lo que a mí se refiere, por ejemplo, cómo zanjé una disputa entre divinidades y fui objeto de la maldición de Hera y cómo Zeus mitigó mi desgracia con el arte adivinatoria.

MENIPO. —¿Aún te mantienes, Tiresias, en tus embustes? Claro, obras como los adivinos; la costumbre entre vosotros es no decir nada saludable.

---

[31] Famosas metamorfosis de ambos personajes en ruiseñor y laurel, respectivamente. Véase esos y otros ejemplos mencionados ya con más detalle en *Alción*. La hija de Licaón a la que alude el texto no puede ser otra que Calisto metamorfoseada en osa según relata OVIDIO, *Metamorfosis* II 478 y sigs.

10 (3)
MENIPO Y TROFONIO[32]

1 MENIPO. — Pues ambos a dos, Trofonio y Anfíloco[33], que sois unos cadáveres, no sé cómo os juzgan acreedores a templos y pasáis por ser adivinos, e incluso los estúpidos de los hombres han llegado a sospechar que sois divinidades.

TROFONIO. — ¿Y qué culpa tenemos nosotros si los hombres por estupidez tienen tales opiniones respecto de los muertos?

MENIPO. — Pero es que no las tendrían así si vosotros en vida no les abrumarais con prodigios tales como el conocer de antemano el futuro y el ser capaces de predecirlo a quienes os consultaban.

TROFONIO. — Anfíloco tal vez sepa, Menipo, lo que debe responder en su defensa. En lo que a mí respecta soy héroe y ejerzo como adivino si alguien baja a mis dominios. Tú desde luego se ve que no te has trasladado nunca a Lebadea; no prestarías tan poco crédito a estos asuntos.

2 MENIPO. — ¿Qué dices? ¿Que si no acudo a Lebadea y, envuelto en gasas de forma ridícula, con una torta ritual en las manos, me deslizo a rastras por la estrecha abertura, agachado, hacia el interior de la cueva, no sería capaz de saber que eres un muerto como nosotros, diferente tan sólo por tus hechizos, impostor? Pero ¡ea!, por el arte adivinatoria dime qué diablos es un héroe, que yo lo ignoro.

---

[32] Otro caso más de discrepancia a la hora de titular el diálogo. Seguimos una vez más el criterio de Macleod que aquí desecha la lectura de ciertos manuscritos que incluyen a Anfíloco —aludido en el diálogo aunque personaje mudo— junto a Menipo y Trofonio.

[33] Anfíloco, que había heredado de su padre Anfiarao el don de la profecía, había fundado varios oráculos en las costas de Asia Menor, siendo Malo el más famoso. Trofonio tenía su oráculo en Lebadea, Beocia, al arrimo de una cueva misteriosa. Cf. LUCIANO, *Nec.* 22.

TROFONIO. — Una composición de hombre y dios.

MENIPO. — ¿Quieres decir el que ni es hombre ni es dios, sino ambas cosas a la vez? ¿Pues a dónde se te ha ido la media parte divina?

TROFONIO. — Se encuentra dando oráculos, Menipo, en Beocia.

MENIPO. — No entiendo, Trofonio, lo que dices; lo único que sí veo con claridad es que eres un cadáver con todas las de la ley[34].

11 (16)

DIÓGENES Y HERACLES

DIÓGENES. — ¿No es ése Heracles? No puede ser otro, 1
por Heracles; el arco, la maza, la piel de león, la estatura; Heracles al completo. ¿Y cómo es que ha muerto siendo hijo de Zeus? Dime, glorioso campeón, ¿estás muerto? Pues yo sobre la faz de la tierra te hacía sacrificios como a un dios.

HERACLES. — Y con razón los hacías, pues el auténtico Heracles está en el cielo en compañía de los dioses, y «tiene a Hebe de lindos tobillos»[35]. Yo soy sólo un espectro de él.

DIÓGENES. — ¿Cómo dices? ¿Un espectro del dios? ¿Y es posible que alguien sea una mitad dios y que la otra mitad haya muerto?

HERACLES. — Sí, pues no es aquel el que ha muerto, sino yo, su espectro.

[34] El texto dice que «todo tú eres un cadáver», en alusión a que tanto la supuesta media parte humana como la divina han sido reducidas a cenizas y esqueleto.

[35] No debía estar mal atendido Heracles que pudo gozar de la compañía de Hebe, esto es, la Juventud, a la que tomó por esposa luego de ser contado en el Olimpo entre la nómina de las divinidades.

2 DIÓGENES. — Comprendo. Te entregó a Plutón como sustituto de sí mismo y ahora tú estás muerto en sustitución de él.

HERACLES. — Así es.

DIÓGENES. — ¿Y cómo es que Éaco con lo minucioso que es no se percató de que tú no eras aquél, sino que aceptó al Heracles postizo allí presente?

HERACLES. — Porque tenía un parecido extraordinario.

DIÓGENES. — Llevas razón; tan extraordinario que tú eres él. Pero fíjate no vaya a ser al revés; que tú seas Heracles de verdad y el espectro sea el que haya contraído matrimonio con Hebe en los dominios de los dioses.

3 HERACLES. — Eres un osado y un charlatán, y si no dejas de tomarme el pelo pronto vas a saber de qué divinidad soy espectro.

DIÓGENES. — El arco desenfundado y a tiro, pero ¿qué miedo podría tenerte yo que estoy muerto? Pero dime, por tu Heracles, ¿cuando él vivía, estabas tú con él y eras ya entonces su espectro? ¿O erais uno solo en vida y luego de morir os separasteis y el uno fue volando a la mansión de los dioses, mientras tú, el espectro, como era de esperar, acudiste al Hades?

HERACLES. — Ni tan siquiera debería contestar a un individuo que se dedica a tomar el pelo de forma tan impertinente. Sin embargo, oye esto, cuanto de Anfitrión había en Heracles ha muerto, y soy yo precisamente, y cuanto de Zeus había en él se halla en el cielo en compañía de los dioses.

4 DIÓGENES. — Ahora sí que está medianamente claro; dices que Alcmena engendró a la vez a dos Heracles; uno de Anfitrión y otro de Zeus [36]; de modo que pasó inadvertido que erais hermanos gemelos.

[36] Diógenes está tomándole el pelo al mismísimo Heracles hasta límites insospechados, nada menos que poniendo en solfa los pañales de su

HERACLES. — No, imbécil; ambos éramos el mismo.

DIÓGENES. — Eso ya no es tan fácil de entender, que seáis dos Heracles «compuestos», salvo que seáis como una especie de hipocentauro, fusionados en uno hombre y dios.

HERACLES. — ¿Es que tú no opinas que todos constan de dos elementos, cuerpo y alma? ¿Qué impedimento hay entonces para que el alma, la que procedía precisamente de Zeus, esté en el cielo, en tanto que yo, elemento mortal, me halle entre los muertos?

DIÓGENES. — Pero mi buen amigo, hijo de Anfitrión, llevarías razón si fueras un cuerpo, mas ahora eres un espectro incorpóreo, con lo que te expones a crear un Heracles triple.

HERACLES. — ¿Cómo triple?

DIÓGENES. — Más o menos así ; si el uno está en el cielo, y el otro está entre nosotros, es decir, tú, el espectro, y el cuerpo está en el Eta reducido a polvo, resulta que son ya tres. Y fíjate a ver qué padre vas a discurrir para ese cuerpo.

HERACLES. — Eres un osado y un sofista, ¿quién diablos eres?

DIÓGENES. — El espectro de Diógenes de Sínope y no estoy yo en persona, por Zeus, «entre los dioses inmortales», sino entre lo más granado de los muertos, y me burlo además de Homero y de tales paparruchas[37].

---

cuna. En efecto, Heracles era hijo de dos mortales, Anfitrión y Alcmena, aunque su verdadero padre era, al parecer, Zeus quien, tomando la forma del propio Anfitrión, lo suplantó cuando se hallaba al frente de una expedición militar.

[37] Hay una reverberación de *Odisea* XI 602, en el curioso y divertido final del diálogo en boca de Diógenes.

12 (14)
FILIPO Y ALEJANDRO

1 FILIPO. — Ahora no podrás decir que no eres hijo mío, pues si fueras de Amón[38] no habrías muerto.

ALEJANDRO. — Ni yo mismo ignoraba, padre, que soy hijo de Filipo el hijo de Amintas, pero acepté el oráculo porque lo estimaba útil para mis asuntos.

FILIPO. — ¿Cómo dices? ¿Te parecía bien prestarte a ser engañado por los «profetas»?[39].

ALEJANDRO. — No es eso; antes bien, los bárbaros se espantaban a mi vista y ningún pueblo oponía resistencia en la idea de que iba a pelear contra un dios, con lo que me resultaba más sencillo derrotarlos.

2 FILIPO. — ¿Pero a qué pueblos duchos en el manejo de las armas derrotaste tú, que constantemente estabas enfrentándote a gentes cobardes malamente equipadas con arcos, rodelas y escudillos de esparto de tres al cuarto? Derrotar a los griegos sí que era un reto, beocios, foceos y atenienses, y domeñar los cuerpos de hoplitas de los arcadios, y a la caballería tesalia y a los lanzadores de jabalina de los eleos y a los peltastas de Mantinea o tracios, o a ilirios o a peonios; eso sí eran gestos de envergadura. Pero, ... medos, persas y caldeos, individuos cargados de oro, tipos blandengues, ¿no sabes que antes que tú diez mil que iban en

[38] Alejandro Magno se hacía pasar por hijo de Amón, deidad egipcia, y, en consecuencia, era poco menos que inmortal a ojos de sus súbditos. Detalles al respecto en PLUTARCO, *Vida de Alejandro* 27 y 28, y ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* III 3-4.

[39] Creo que es mejor dejar así el término griego, aquí en genitivo plural, *profētôn*, que en su significado etimológico se ajusta perfectamente al sentido que desea darle Filipo en este pasaje.

expedición con Clearco[40], los derrotaron sin tener que esperar a trabar combate, puesto que se dieron a la fuga antes de llegar a ponerse a tiro de flecha?

ALEJANDRO. —Ni los escitas, padre, ni los elefantes de 3
los indios me parecen empresa baladí y sin embargo los derroté sin sembrar discusiones entre ellos, y sin comprar las victorias con traiciones[41]. Nunca realicé juramentos en vano ni hice falsas promesas ni cometí deslealtades para obtener la victoria. ¡Ah! y en lo que a los griegos se refiere, a unos los capturé sin derramamiento de sangre, en tanto que a los tebanos tal vez has oído decir cómo los ataqué.

FILIPO. —Todo eso ya lo sé, que me lo contó Clito[42], a quien tú asesinaste traspasándolo con la lanza mientras cenaba, porque tuvo el atrevimiento de elogiar mis gestas en paragón con las tuyas. Y tú, despreciando la clámide 4
macedonia, te pusiste en su lugar el caftán[43]; según cuentan, colocaste sobre tu cabeza tiara recta y te hacías adorar de rodillas por los macedonios, hombres libres. Y lo más ridículo de todo, ibas imitando las costumbres de los vencidos. Paso por alto otras de tus «hazañas», por ejemplo, que encerrabas con leones a hombres cultos, que contrajiste unos cuantos matrimonios y que sentías un excesivo amor por Hefestión[44]. Un solo detalle elogiaré; he oído

---

[40] Alusión a la famosa retirada de los Diez Mil, narrada por Jenofonte en la popular y maltratada *Anábasis*.

[41] Alude Alejandro a procedimientos poco ortodoxos empleados por su padre Filipo para doblegar a algunos de sus rivales.

[42] Otros jalones en la trayectoria de Alejandro que puede rastrearse en las mismas fuentes citadas: Diodoro Sículo, Plutarco y Arriano fundamentalmente, tanto la captura de los tebanos como el episodio más concreto de Clitó, si bien Diodoro Sículo no hace mención de este último detalle.

[43] Vestimenta con mangas largas propias de los persas que usaba con frecuencia Alejandro.

[44] Todos estos episodios alusivos a las locuras amorosas de Alejandro,

decir que te mantuviste a distancia de la mujer de Darío, pese a tratarse de una hermosa mujer, y que te preocupaste de su madre y de sus hijos. Esa actitud sí es efectivamente propia de un rey.

5 Alejandro. —¿Y no elogias, padre, mi amor al peligro y el haber sido el primero en saltar el muro e ir a dar dentro de la ciudad de los oxídracas y el haber recibido tantas heridas?

Filipo. —No lo elogio, Alejandro, y no porque no me crea que no sea hermoso que el rey en algún momento resulte herido y afronte riesgos al frente del ejército, pero en tu caso concreto esa faceta era la menos pertinente. Efectivamente, pasando por ser un dios, si en alguna coyuntura resultabas herido, ver que te retiraban precipitadamente del campo de batalla chorreando sangre y quejándote de la herida es lo que precisamente resultaba ridículo a los ojos de quienes lo veían; y Amón se quedaba en evidencia como impostor y falso profeta, y sus profetas como aduladores. Pues ¿quién no se hubiera echado a reír al ver al hijo de Zeus en trance de dejar la vida, pidiendo ayuda a los médicos?[45]. Pues al menos ahora, una vez que estás ya muerto, ¿no crees que son muchos los que se toman a broma la ficción aquella, al ver el cadáver del dios tendido todo lo largo que es, putrefacto ya e hinchado según la ley de todos los cuerpos sin excepción? Y sobre todo, Alejandro, que el aspecto más positivo que tú señalabas, a saber, que por ser un dios los derrotabas con facilidad, suponía una gran merma en la repercusión de tus éxitos, pues todo quedaba empequeñecido al pasar por ser obra de un dios.

---

aparecen mencionados con detalle en las fuentes ya citadas; Diodoro, XVII 37-8; Plutarco, *Vida de Alejandro* 30; Arriano, *Anábasis* II 12, 4-5.

[45] Sobre la necesidad de asistencia médica a Alejandro a raíz de ser herido en combate nos informa Arriano, *Anábasis* VI 11, 1.

ALEJANDRO. —No piensan eso de mí los hombres; 6
antes bien, me han puesto en parangón con Heracles y Dioniso. Y eso que la famosa Aorno[46], que ninguno de los dos logró conseguir, fui yo el único en ponerle la mano encima.

FILIPO. —¿Te fijas en que estás hablando como hijo de Amón, que te comparas con Heracles y Dioniso? ¿No te da vergüenza, Alejandro?, ¿no vas a dar marcha atrás en el aprendizaje de tu orgullo?[47]. ¿No vas a conocerte a ti mismo y a captar ya de una vez que eres un cadáver?

13 (13)
DIÓGENES Y ALEJANDRO

DIÓGENES. —¿Cómo es esto, Alejandro? has muerto 1
también tú exactamente igual que todos nosotros.

ALEJANDRO. —Ya lo ves, Diógenes. Nada de extraño tiene que haya muerto dada mi condición de hombre.

DIÓGENES. —¿Así que mentía Amón al decir que era tu padre, siendo tú realmente hijo de Filipo?

ALEJANDRO. —De Filipo, más claro que el agua, pues si lo hubiera sido de Amón, no habría muerto.

DIÓGENES. —Pues cosas parecidas se contaban de Olimpíade, que una serpiente tenía trato con ella y que la habían visto en su lecho, de resultas de lo cual habías sido

[46] Famosa fortaleza de la India ubicada sobre un promontorio prácticamente inaccesible.

[47] Curiosa forma de querer decir «olvidar tu orgullo», pero el griego, que tiene su palabra para «olvidar», ha preferido este *apomanthánō* lleno de matices.

engendrado tú, en tanto que Filipo resultaba engañado creyendo que era tu padre[48].

ALEJANDRO. —También yo oí esa versión, pero ahora estoy viendo que ni mi madre ni los profetas de los amonios decían nada saludable.

DIÓGENES. —Sus embustes en cambio no te vinieron mal, Alejandro, para tus empresas, pues muchos se doble-
2 garon creyéndote un dios. pero dime, ¿a quién has dejado un imperio tan inmenso?

ALEJANDRO. —No lo sé, Diógenes, pues no me dio tiempo a tomar medidas al respecto, excepto en este punto, al morir entregué el anillo a Perdicas[49]. Mas... ¿de qué te ríes, Diógenes?

DIÓGENES. —¿De qué va a ser sino de acordarme de lo que hacían los griegos, adulándote luego de haber tomado el mando, eligiéndote baluarte y caudillo contra los bárbaros, sumándote alguno a los doce dioses, edificando templos en tu honor y haciéndote sacrificios en la idea de que eras
3 hijo de una serpiente? Pero dime, ¿dónde te enterraron los macedonios?

ALEJANDRO. —Aún yazgo en Babilonia, por trigésimo día[50], pero Ptolomeo, mi escudero, me tiene prometido que, en cuanto se vea libre de los problemas que le van saliendo al paso, me trasladará a Egipto[51] y me enterrará

48 Otro jalón importante en la leyenda de Alejandro que puede seguirse al detalle en PLUTARCO, *Vida de Alejandro* 2-3, y ARRIANO, *Anábasis* IV 10, 2.

49 Lo relativo a los pormenores de la entrega del anillo de Alejandro a Perdicas, general macedonio, puede verse en DIODORO SÍCULO, XVII 117, 3.

50 Quiere decir «desde hace un mes»; la conversación de Diógenes y Alejandro se produce, pues, al poco tiempo de su suerte.

51 Ptolomeo, otro de los generales de Alejandro que tuvo la fortuna de recibir en herencia nada menos que Egipto. Sus descendientes rigieron el país con resultados muy dispares.

allí para convertirme en una de las divinidades egipcias.

DIÓGENES.—¿Cómo no me voy a reír, Alejandro, al ver que hasta en el Hades no paras de decir sandeces al tiempo que albergas la esperanza de llegar a ser Anubis u Osiris? De ningún modo esperes, divinísimo, que eso pueda llevarse a cabo, pues no es lícito que ninguno de los que han atravesado ya la Laguna y han penetrado en el interior, regresen arriba. Que ni Éaco[52] se descuida ni a Cerbero se le burla así como así.

Me gustaría saber de tu boca ¿cómo te sienta cada vez 4
que piensas cuánta felicidad dejaste sobre la faz de la tierra al llegar aquí: guardaespaldas, escuderos, sátrapas, oro en cantidad, pueblos a tus pies, Babilonia, Bactras, fieras enormes, honores, fama, el quedar destacado, estar en el punto de mira al avanzar a caballo con la cabeza ceñida de blanca diadema, bien engalanado con manto de púrpura? ¿No te aflige todo esto cada vez que te viene a la memoria? ¿Por qué lloras, necio? ¿Ni siquiera te enseñó esto el sabio Aristóteles, el no creer que es sólido lo que depara el azar?

ALEJANDRO.—¿Sabio Aristóteles[53], que era el más 5
rastrero de todos mis aduladores? Permíteme que sea yo el único que conozca la conducta de Aristóteles; cuántas cosas me pidió, qué recomendaciones me daba, cómo abusaba de mi alto aprecio por la cultura, halagándome y elogiándome unas veces por la belleza, como si eso formara parte de la virtud, otras por mis gestas y mi riqueza. Claro que él también pensaba que eran un bien, posiblemente

---

[52] Uno de los tres jueces del tribunal de Hades encargado de juzgar las almas de los muertos en compañía de Minos y Radamantis.

[53] Resulta inaudita la perorata con la que se despacha a gusto Alejandro poniendo como hoja de perejil a Aristóteles, su maestro, o si se nos permite el coloquialismo, su profesor particular, *góēs kaì* technítēs son las increíbles etiquetas que le coloca el gran Alejandro.

para no sentir escrúpulos de participar en ellas. Un impostor y un maniobrero, Diógenes.

Y a falta de otros el único fruto que he sacado de su ciencia ha sido el afligirme por todos esos supuestos y enormes bienes que poco antes me enumeraste.

6 DIÓGENES. —¿Sabes lo que vas a hacer? Te voy a sugerir un remedio a tus cuitas. Dado que aquí no se cría el eléboro, con la boca bien abierta échate un buen trago de agua del Leteo[54] y así una y varias veces. De ese modo por lo menos dejarás de dolerte de los bienes de Aristóteles.

Pero estoy viendo allí a Clito y a Calístenes[55] y a otros muchos que avanzan hacia ti con intención de despedazarte y de vengarse de las afrentas que de ti recibieron. Así que lárgate a otra parte y bebe varios tragos, tal y como te he recetado.

14 (4)
HERMES Y CARONTE

1 HERMES. —Calculemos, barquero, si te parece, lo que me debes ya para que no discutamos otra vez por el mismo tema.

CARONTE. —Vamos a hacer las cuentas, Hermes[56], pues es mejor y mucho más cómodo dejar el tema zanjado.

---

[54] Río o fuente del olvido, donde bebían las almas de los muertos para olvidar vivencias y recuerdos de su vida en la tierra.

[55] Destacados rivales de Alejandro y ansiosos de vengar las derrotas sufridas a manos de éste.

[56] Único personaje que tiene vía libre para circular por los dos mundos, el terráqueo y el subterráneo con total libertad de movimientos, tiene el privilegio de tener también relaciones con el mundo celestial de los Olímpicos de quienes es en muchas ocasiones mensajero. Acompaña a las

HERMES. — Por un ancla que me encargaste, cinco dracmas.

CARONTE. — Mucho dices.

HERMES. — Sí, por Aidoneo, que la compré por cinco dracmas, y un estrobo por dos óbolos.

CARONTE. — Anota, cinco dracmas y dos óbolos.

HERMES. — Y una aguja para remendar la vela; cinco óbolos pagué.

CARONTE. — Pues añádelos.

HERMES. — Y cera para parchear las grietas del bote, y clavos y el cordel del que hiciste la braza; dos dracmas todo.

CARONTE. — Bien; eso lo compraste a un precio razonable.

HERMES. — Esto es todo, si es que no se me ha olvidado nada al echar la cuenta. Por cierto, ¿cuándo dices que me pagarás?

CARONTE. — Ahora, imposible, Hermes. Si una peste o 2
una guerra envía aquí abajo una buena remesa, entonces podré sacar alguna ganancia a base de cobrar más caro el pasaje.

HERMES. — ¿O sea que voy a tener que sentarme aquí a suplicar que acaezca alguna catástrofe a ver si a resultas de ello puedo cobrar?

CARONTE. — No hay otra solución, Hermes. Ahora, ya lo ves, nos llegan pocos, hay paz.

HERMES. — Mejor así, aunque se alargue el plazo de la cuenta que tenemos pendiente. Por lo demás los hombres de antaño, Caronte, ya sabes cómo se presentaban aquí,

---

almas en su viaje a los infiernos; tiene trato con el barquero Caronte que no es buen pagador de sus encargos. Esta divinidad, Hermes, que podía despacharse a gusto en su triple faceta de conocedor de lo divino, lo humano y lo subterráneo, no parece precisamente un charlatán de tres al cuarto en estos diálogos.

valientes todos, bañados en sangre y cubiertos de heridas la mayoría. Ahora, en cambio, el uno muerto envenenado por su hijo o por su mujer o con el vientre y las piernas abotargadas por la molicie; pálidos todos ellos, sin clase, en nada semejantes a aquellos de antaño. Y la mayoría de ellos llegan hasta aquí según parece luego de múltiples maquinaciones mutuas por culpa del dichoso dinero.

CARONTE. — Es que es muy codiciado.

HERMES. — No te vaya a parecer entonces que desvarío al reclamarte con insistencia lo que me debes.

15 (5)
PLUTÓN Y HERMES

1 PLUTÓN. — ¿Conoces al viejo, al que tiene un montón de años me refiero, al rico Éucrates[57], que no tiene hijos pero sí cincuenta mil a la caza de su herencia?

HERMES. — Sí, ¿te refieres al Sicionio?; ¿qué pasa con él?

PLUTÓN. — A ese hombre, déjale vivir noventa años más de los que ya ha vivido, si es posible, y más aún incluso; pero a sus aduladores, al joven Carino y a Damón[58] y a los demás tráemelos a rastras a todos uno tras otro.

HERMES. — Hacer algo así podría parecer un tanto absurdo.

PLUTÓN. — En absoluto; más bien algo muy justo. Pues

[57] Personaje que aparece citado en las obras de LUCIANO, *El gallo* 7, 3, y *Hermótimo* 11.

[58] Al igual que el rico Éucrates, estos personajes aparecen mencionados por el propio Luciano en su condición de aduladores en *El banquete* 1, en los *Diálogos de las heteras* 4, y en *Tóxaris* 19-21, si bien en el caso de Damón no parece tratarse del mismo personaje.

¿qué les pasa para implorar que muera el viejo, que no sea el hacerse con sus bienes y eso sin tener con él ningún parentesco? Y lo que resulta más ignominioso de todo es que mientras realizan ese tipo de súplicas, de cara al exterior lo miman. Y si se pone enfermo, pese a que sus intenciones les resultan a todos clarísimas, prometen hacer sacrificios a ver si se repone. En una palabra, que la adulación de estos tipos tiene muchas caras. Por eso, que no se muera el viejo y que los tipos estos emprendan el último viaje antes que él quedándose con dos palmos de narices[59].

HERMES. — Por lo sinvergüenzas que son, es ridículo lo 2
que les va a pasar.

PLUTÓN. — También el viejo los engatusa y alimenta sus esperanzas, pues, en una palabra, aunque parece que se está muriendo siempre, está más fuerte que los jóvenes. Éstos, por su parte, repartiéndose ya la herencia entre sí se dan a la buena vida. Así pues, que el uno se vea despojado de su vejez y recobre la juventud como Yolao[60], en tanto que ellos luego de abandonar la riqueza con que tanto soñaron en medio de sus esperanzas, lleguen ya aquí tras morir, malvados, de mala muerte.

HERMES. — Descuida, Plutón, que voy a ir a buscártelos ya uno por uno, en fila; siete son, creo.

PLUTÓN. — Tráelos a rastras; y que él transformado de viejo en joven vaya escoltando a cada uno de ellos.

---

[59] El texto griego trae una expresión que literalmente traduciríamos por «quedándose en vano con la boca abierta», *mátēn epichanóntes;* la expresión española «quedarse con la boca abierta» refleja normalmente asombro y admiración; el término «en vano» implica decepción. Por ello hemos optado por la expresión «quedarse con dos palmos de narices» que recoge ese matiz burlesco.

[60] Sobrino de Heracles a quien acompañó en varios de sus famosos trabajos, así como en el destierro que le impuso Euristeo; para castigar a éste precisamente, Zeus y Hebe le devolvieron por un día su vigor y su juventud.

16 (6)
TERPSIÓN Y PLUTÓN

1 TERPSIÓN. —¿Es justo, Plutón, que yo haya muerto a los treinta años en tanto que el anciano Túcrito[61], que tiene más de noventa, aún siga vivo?

PLUTÓN. — De todo punto justo, Terpsión, dado que al menos él vive sin suplicar la muerte de ninguno de sus amigos, mientras que tú no dejas de maquinar día y noche contra él a la espera de su herencia.

TERPSIÓN. —¿Y no sería lógico que el viejo, ya que no puede sacar partido de su fortuna, abanadonara esta vida dejando paso a los jóvenes?

PLUTÓN. —Nuevas leyes estableces, Terpsión; que muera quien ya no puede sacar partido a su fortuna. El Destino y la Naturaleza, no obstante, lo dispusieron de otro modo.

2 TERPSIÓN. — Pues precisamente por esa disposición los acuso. Efectivamente, los hechos deberían suceder por orden; primero el más anciano y tras él quien lo siguiera en edad, sin que pudiera darse marcha atrás en absoluto. Y que dejara de existir el viejo requeteviejo, al que aún le quedan tres dientes, que no ve tres en un burro, que, apoyado en cuatro criados, con la nariz llena de mocos y los ojos de legañas, no disfruta ya de nada, especie de tumba viviente, hazmerreír de los jóvenes, mientras mueren mozalbetes hermosos y fornidos; eso es ir contra corriente. Por último, convendría saber por lo menos cuándo morirá cada uno de los viejos a fin de no dispensar a algunos de ellos cuidados

[61] Tanto este personaje como Terpsión no aparecen citados ni aludidos en otras obras de Luciano. Llama la atención el nombre del interlocutor de Plutón, que podría traducirse por «Disfrutón», de la raíz de *térpsis* y el verbo *térpō,* «disfrutar, deleitar», aunque no cuadra en absoluto con su tipología de joven avaro a la caza de herencias.

vanos. Pero ahora en cambio, lo que dice el refrán: «el carro muchas veces tira del buey»[62].

PLUTÓN. — Las cosas son mucho más fáciles, Terpsión, 3
de lo que a ti te parece. Porque ¿en razón de qué codiciáis vosotros bienes ajenos haciéndoos incluso adoptar por los ancianos que no tienen hijos? Evidentemente estáis expuestos a ser el hazmerreír cuando os entierran antes que a ellos, y la situación resulta sumamente divertida para la mayoría de la gente.

Pues en la misma medida en que imploráis que mueran ellos, se divierten todos si morís vosotros antes que ellos. Y habéis ideado una especie de arte nuevo al enamoraros de viejas y viejos, en especial si no tienen hijos, porque si los tienen ya no se puede uno enamorar de ellos. Y claro, muchos de esos ancianos objeto de vuestro amor, dándose perfecta cuenta de la perfidia de ese amor, incluso teniendo hijos, fingen que los odian a fin de tener amantes ellos también. Y luego en los testamentos los escuderos de antaño quedan excluidos en tanto que el hijo y la naturaleza, como es justo, pasan a ser dueños de todo, mientras ellos rechinan rabiosos los dientes.

TERPSIÓN. — Es verdad lo que dices. Por lo menos ¡hay 4
que ver la cantidad de mi hacienda que devoró Túcrito, siempre pareciendo que se iba a morir de un momento a otro! Cada vez que yo entraba en su habitación, venga a dar sordos supiros y a piar cual polluelo recién salido del cascarón. De forma que yo, creyendo que estaba ya con un pie en el ataúd le mandaba numerosos regalos a fin de que mis rivales en el lance amoroso no me sobrepasaran en generosidad. Y en muchas ocasiones me quedaba en la cama sin dormir por las preocupaciones, echando cálculos

[62] Nótese que este dicho es el mismo que empleamos nosotros cuando decimos «poner el carro delante de los bueyes».

e intentando poner las cosas en orden. Creo, en una palabra, que éstas han sido las causas de mi muerte; el insomio y las cavilaciones. Él, en cambio, luego de tragárseme un cebo tan enorme, asistía a mi entierro anteayer como quien dice con la sonrisa en los labios.

5 PLUTÓN. —¡Bravo, Túcrito! Ojalá vivas larguísima vida rodeado de riquezas, burlándote de tipos así. Y ojalá que no mueras antes de haber enviado previamente al otro barrio a todos tus aduladores.

TERPSIÓN. —¡Hombre! De eso también disfrutaría yo, Plutón, de que Caréades muriera antes que Túcrito.

PLUTÓN. —¡Ánimo, Terpsión!, que también Fidón y Melanto y, en una palabra, todos sin excepción, lo precederán de resultas de las mismas cavilaciones.

TERPSIÓN. —Eso lo aplaudo; que vivas larguísima vida, Túcrito.

17 (7)

CENOFANTO Y CALIDÉMIDES

1 CENOFANTO. —Y tú, Calidémides, ¿de qué moriste? Porque yo como era parásito de Dinias me pegué un atracón a comer y me atraganté. Ya lo sabes, pues estabas allí en el momento de mi muerte[63].

CALIDÉMIDES. —Allí estaba, Cenofanto; por cierto que a mí me sucedió algo extraño, ¿conoces tú también a Pteodoro el viejo?

[63] La tipología del «parásito» especie de profesional del vivir del cuento y el «vivir de gorra» está formidablemente expuesta por LUCIANO, *Sobre el parásito*.

CENOFANTO. —¿A ese que no tiene hijos, al rico, con el que yo sabía que te entendías con mucha frecuencia? [64].

CALIDÉMIDES. — No paraba yo de mimarlo pues constantemente me hacía él promesas de que al morir yo sería su beneficiario. Mas como el asunto se iba alargando más de la cuenta y el viejo de marras vivía más que Titono, descubrí un camino directo para conseguir la herencia; compré un tipo de veneno y soborné al camarero para que en cuanto Pteodoro pidiera de beber —pues bebe bastante y vino del más puro— echara el veneno en la copa y lo tuviera listo para dárselo. Le prometí bajo juramento dejarlo ir libre si así lo hacía.

CENOFANTO. —¿Y qué paso? Me parece que vas a contarnos algo totalmente imprevisible.

CALIDÉMIDES. — Una vez que llegamos a la mesa luego 2
de lavarnos, el mozalbete había preparado dos copas; la que contenía el veneno para Pteodoro y la otra para mí. Y no sé cómo dejó caer el veneno en la mía y le dio a Pteodoro la que no lo contenía. Así que él bebió tan campante en tanto que yo yacía al instante todo lo largo que era, cadáver «postizo» en vez de él. ¿Por qué te ríes de ello, Cenofanto? No deberías reírte de un compañero.

CENOFANTO. — Es que es de tontos lo que te ha pasado. Por cierto, ¿cómo reaccionó el anciano?

CALIDÉMIDES. — Al principio se asustó ante lo imprevisto de la situación, pero después, comprendiendo lo sucedido, creo, se rió también él de la maniobra del camarero.

CENOFANTO. — Como que no debías haber tirado por el

[64] La expresión griega apunta a «tener trato», «estar con» en alusión a relaciones sexuales; de ahí que la hayamos reflejado de forma elocuente pero atenuada.

atajo; te habría resultado mucho más seguro ir por la avenida..., aunque también más lento [65].

18 (8)
CNEMÓN Y DAMNIPO

CNEMÓN.—Esto es lo del refrán aquel: «el ciervo, al león» [66].

DAMNIPO.—¿Por qué estás disgustado, Cnemón?

CNEMÓN.—Entérate del motivo de mi disgusto. Luego de ser engañado con mil sofismas, desdichado de mí, he dejado un heredero contra mi voluntad y he dejado marginados a quienes yo deseaba que se quedaran con mi herencia.

DAMNIPO.—¿Y cómo fue eso?

CNEMÓN.—Yo le hacía la corte a Hermolao, hombre inmensamente rico y sin hijos, con vistas a su muerte, y a él no parecían disgustarle mis detalles. Y me pareció que era una medida sabia hacer testamento sin tapujos en el que yo le dejaba heredero de todos mis bienes, a fin de que aquél se sintiera estimulado y obrara de igual modo.

DAMNIPO.—¿Y qué hizo él?

CNEMÓN.—Lo que dejó escrito en su testamento, no lo sé. Lo único que sé es que yo morí de repente al caérseme

---

[65] Por más que puedan chocarnos la traducción, el texto griego emplea *leōphóros*. La misma palabra que designa en el griego de hoy a las calles anchas que denominamos avenidas. Alusión a la falta de paciencia de Calidémides, en la línea de nuestra expresión, «lento, pero seguro».

[66] Falta el verbo en el refrán; el ciervo alcanza al león; el ciervo derrota al león; el primer significado parece adecuado; el heredero real ha sido más rápido y más hábil que los herederos legales que pese a la fuerza y el peso de la ley se han visto burlados.

el techo encima y que Hermolao tiene ahora mis bienes como un lobo de mar que se traga de golpe el cebo y el anzuelo.

DAMNIPO. — No sólo eso; también a ti, al pescador. Así que tendiste una trampa contra ti mismo.

CNEMÓN. — Eso parece, y por eso me lamento.

19 (9)
SÍMILO Y POLÍSTRATO

SÍMILO. — ¿Al fin has llegado, Polístrato, a nuestros 1
dominios tú también, a quien según tengo entendido ha faltado poco para haber vivido cien años?

POLÍSTRATO. — Noventa y ocho, Símilo.

SÍMILO. — ¡Ay! ¿Y qué clase de vida has llevado los últimos treinta años después de mi muerte?, pues yo morí cuando tú estabas al filo de los setenta.

POLÍSTRATO. — Una vida placentera en grado sumo, por más que pueda parecerte absurdo.

SÍMILO. — Absurdo desde luego el que siendo viejo, débil y estéril, hayas podido encima disfrutar de la vida.

POLÍSTRATO. — Lo primero; podía disfrutar de todo; 2
incluso tenía por doquier jóvenes apuestos y mujeres encantadoras y perfumes y vino oloroso y una mesa mejor que las de Sicilia.

SÍMILO. — Eso es nuevo, que cuando yo te conocí eras muy tacaño.

POLÍSTRATO. — Pero es que esos bienes, noble amigo, me llovían de parte de otros. Pues en cuanto amanecía solían acudir muchos a la puerta de mi casa y al cabo me iban trayendo regalos de todos los confines de la tierra, y bien bonitos.

SÍMILO. —¿Es que luego de morir yo, te diste a la buena vida como un magnate?[67].

POLÍSTRATO. —¡Qué va! Es que tenía amantes a montones.

SÍMILO. —¡Ay qué risa! ¿Conque tenías amantes... a tus años, con escasamente cuatro dientes?

POLÍSTRATO. —Sí, por Zeus, y los de más categoría de la ciudad. Pese a ser viejo y calvo, según ves, y encima mocoso y legañoso, disfrutaban sobremanera halagándome, y cualquiera de ellos, sólo con que le dirigiera la mirada, se sentía plenamente feliz.

SÍMILO. —¿A ver si es que tú también transportaste en tu barca a alguna diosa, como Faón a Afrodita desde Quíos[68], y de resultas te ha concedido, previa petición tuya, ser joven desde las raíces, hermoso y digno de ser amado?

POLÍSTRATO. —No es eso, es que por mi propia índole se me rifaban todos.

SÍMILO. —Un enigma es lo que dices.

3 POLÍSTRATO. —A la vista está que esté en boga este tipo de amor por los viejos que no tienen hijos y además son ricos.

SÍMILO. —Ahora comprendo, fenómeno, que la belleza te venía de parte de la dorada Afrodita.

POLÍSTRATO. —Con ello y con todo, Símilo, he disfru-

[67] El texto griego dice «vivir como un tirano», entendiendo por tal vivir como un gran señor. No creo que quiera significar «hacerse tirano», cosa harto improbable y difícil en el caso de Polístrato, que es un ciudadano sin pretensiones políticas de ninguna clase.

[68] Alusión al delicioso episodio de Faón de Lesbos, barquero viejo y pobre que había transportado en su barca gratis a Afrodita, a la sazón disfrazada de vieja. La diosa le regaló una especie de pomada mágica; al untarse con ella deponía su vejez y se transformaba en un joven vergonzoso hasta el punto de que todas las mujeres de la isla —las «lesbianas», Safo incluida— se enamoraron de él.

tado no pocas bicocas de parte de los amantes, que he llegado casi a ser adorado por ellos. Con frecuencia me soliviantaba yo e incluso les daba con la puerta en las narices en alguna ocasión, pero ellos rivalizaban entre sí e intentaban superarse en sus atenciones conmigo.

SÍMILO. —¿Y al final qué decisión tomaste respecto de tu herencia?

POLÍSTRATO. —De forma pública y notoria iba nombrando yo heredero a cada uno de ellos, quien a su vez se lo creía y adoptaba una actitud de mucha mayor adulación, mas en realidad las auténticas disposiciones que dejé eran otras, a saber, dejarlos a todos a dos velas.

SÍMILO. —¿Y a quién dejaban como heredero las últi- 4
mas disposiciones? ¿Tal vez a alguien de tu familia?

POLÍSTRATO. —¡Qué va!, por Zeus, a un apuesto mozalbete frigio recién comprado por mí.

SÍMILO. —¿De qué edad, Polístrato?

POLÍSTRATO. —De unos veinte años.

SÍMILO. —Ya comprendo ya el tipo de «cucamonas» que te hacía.

POLÍSTRATO. —Pues mira, era mucho más digno de ser mi heredero que todos los demás por muy bárbaro y pervertido que fuera, y ya le andan haciendo la corte los más distinguidos. Efectivamente, él administró mi herencia y ahora se cuenta entre los más nobles, pese a su barba afeitada y a su acento extranjero, y de él se dice que es más linajudo que Codro, más hermoso que Nireo y más sagaz que Ulises[69].

SÍMILO. —No me importa; que llegue a ser incluso caudillo de la Hélade si le parece, con tal de que aquéllos no hereden nada.

[69] Codro es un rey legendario de Atenas, descendiente de Neleo, quien a su vez era hijo de Tiro y Poseidón. Sobre la belleza de Nireo cf. *supra*, nota 17.

20 (10)

CARONTE, HERMES Y MUERTOS DIVERSOS

1 CARONTE. — Escuchad cuál es nuestra situación: la barquichuela es pequeña para vosotros, ya lo veis, encima está la madera medio carcomida y hace agua por muchos sitios, y si se inclina a uno y otro lado, zozobrará. Además, vosotros llegáis, semejante cantidad, de golpe, cada uno con mucho equipaje. Conque si embarcáis con él temo que no tardéis en arrepentiros, muy especialmente todos los que no sabéis nadar.

HERMES. — Pues ¿qué tenemos que hacer para tener una buena travesía?

CARONTE. — Yo os lo voy a decir. Tenéis que embarcar desnudos luego de dejar en la orilla todos esos bultos que traéis de más. Pues incluso así difícilmente podría sosteneros la barca. Tú te encargarás, Hermes, a partir de ahora de no aceptar a ninguno de ellos que no esté mondo y lirondo[70] y que, como dije, no haya arrojado sus bártulos. Plantado junto a la escalerilla, examínalos y vete recibiéndolos a bordo obligándoles a embarcar desnudos.

2 HERMES. — Bien hablas, y así voy a hacerlo. Eh tú, el primero, ¿quién eres?

MENIPO. — Menipo soy yo; fíjate, Hermes, que tiro a la laguna mi alforja y mi bastón; el capote he hecho bien en no traerlo ni siquiera.

HERMES. — Embarca, Menipo, el mejor de los hombres, y ocupa el puesto de mando junto al piloto sobre el alcázar de proa a fin de que puedas examinarlos con dete-
3 nimiento a todos. El tipo guapo ese, ¿quién es?

[70] Tal vez sea excesiva, aunque lo suficientemente gráfica y adaptada al tono del diálogo, nuestra traducción «mondo y lirondo» para reflejar el *psilós*, «pelado», «rapado», «ligero de equipaje».

CARMÓLEO. —Carmóleo de Mégara[71], el amante más codiciado cuyo beso valía dos talentos.

HERMES. —Pues desnúdate de tu belleza y de tus labios con sus besos incluidos, y de tu tupida melena, de la tez sonrosada de tus mejillas y de toda tu piel. Así está bien, 4
estás ya expedito, embarca ya. Y ese de ahí, el del manto de púrpura y la diadema, el de aspecto imponente, ¿quién demonio eres?

LÁMPICO. —Lámpico, tirano de Gela[72].

HERMES. —¿Y cómo te presentas aquí, Lámpico, con tanto equipaje?

LÁMPICO. —¿Pues qué, Hermes? ¿Debía acudir sin nada yo, todo un tirano?

HERMES. —De tirano, nada, más bien un muerto. Así que quítate eso.

LÁMPICO. —Mira; ahí se te queda tirada mi riqueza.

HERMES. —Tira también tu orgullo y tu mirada altanera, que van a sobrecargar la barca si caen contigo dentro.

LÁMPICO. —De acuerdo, pero déjame que retenga al menos la diadema y el manto.

HERMES. —Ni hablar, incluso eso tienes que soltarlo.

LÁMPICO. —Bien, ¿qué más? Pues ya ves que he soltado todo.

HERMES. —Y la crueldad, la insensantez, la soberbia y la cólera, suéltalas también.

LÁMPICO. —Bueno, pues ahí me tienes mondo y lirondo.

HERMES. —Embarca ya. Eh tú, el fornido y corpu- 5
lento, ¿quién eres?

DAMASIAS. —Damasias el atleta[73].

---

[71] Personaje de identidad desconocida que no debe confundirse con otro Carmóleo de Marsella que aparece citado en LUCIANO, *Tóxaris* 24.

[72] Ciudad de Sicilia fundada por rodios y cretenses.

[73] Atleta famoso que aparece citado en LUCIANO. *Lexífanes* 11.

HERMES. — Sí, te pareces; te conozco, pues te he visto muchas veces en las palestras.

DAMASIAS. — Sí, Hermes, pero admíteme, que ya estoy desnudo.

HERMES. — Desnudo no, buen hombre, que estás rodeado de carnes tan abundantes; así que despójate de ellas, pues echarías a pique la barca sólo con poner un pie en ella.

DAMASIAS. — Pues aquí me tienes completamente desnudo, según ves, e igualado en peso con los demás muertos.

6 HERMES. — Mejor así, que estés ligero; conque... embarca. Y tú, Cratón[74], embarca también luego de dejar a un lado la riqueza, el afeminamiento y la molicie. Y no traigas las honras fúnebres ni las distinciones de tus antepasados; deja a un lado tu estirpe y tu fama, y las proclamas públicas que en tu honor pudiera haber hecho la ciudad, y las inscripciones de tus estatuas, y no andes diciendo que levantaron un gran mausoleo en tu honor, pues el recuerdo de todo eso es una sobrecarga.

CRATÓN. — Aunque no de buena gana, lo tiraré. ¿Qué otro remedio me queda?

7 HERMES. — ¡Vaya, vaya! Tú, el hombre armado, ¿qué deseas? ¿A cuento de qué traes ese trofeo?

GENERAL. — A cuenta de que obtuve victorias, Hermes; destaqué por mi valor y la ciudad me colmó de honores.

HERMES. — Deja el trofeo en el suelo, que en el Hades
8 hay paz y no hacen falta armas. Pero... el tipo ese de porte estirado y ademán altanero, el del ceño fruncido sumido en cavilaciones, el de la barba poblada, ¿quién es?

MENIPO. — Un filósofo, Hermes, o mejor un impostor

[74] Acaudalado personaje natural de Sición, que no debe confundirse con otro Cratón, supuesto militante de la escuela cínica al que alude LUCIANO en *Sobre la danza*.

lleno a rebosar de pedantería. Conque... desnúdalo a ese también, veréis cuántas y cuán ridículas cosas se esconden bajo su manto.

HERMES.—Depón primero tu aspecto y luego todo eso que tienes ahí. ¡Oh Zeus! Qué petulancia tan grande trae consigo, cuánta ignorancia, cuánta pelea, ambición, preguntas imposibles de contestar, discursos espinosos, razonamientos retorcidos; encima esfuerzos baldíos, no poca palabrería, fruslerías y cicatería. Y, por Zeus, también hay aquí oro, placeres, desvergüenza, pasión, afeminamiento y molicie. Por más que trates de esconderlos, no se me pasan desapercibidos. Depón también la mentira, el orgullo y el creerte superior a los demás. Pues si llegas a embarcar con todo ese bagaje, ¿qué embarcación de cincuenta remeros podría aguantarte?

FILÓSOFO.—Pues ya que así lo ordenas, lo depondré todo.

CARONTE.—Que tire también la barba esa, Hermes, 9
pesada y tupida, ya lo ves; por lo menos vale su pelambrera cinco minas[75].

HERMES.—Llevas razón, ¡deja ésa también!

FILÓSOFO.—¿Y quién me la afeitará?

HERMES.—Ahí está Menipo que te la va a cortar con el hacha de la nave utilizando como tajo la escalerilla de abordar.

MENIPO.—No, Hermes, pásame una sierra que será más divertido.

HERMES.—Con el hacha está bien. Bueno, ahora tienes un aspecto mucho más humano luego de haber depuesto esta cochambre cabrona[76].

[75] La barba de este filósofo-tipo, desconocido en su identidad, vale su peso en minas; a decir de Menipo, cinco minas, esto es algo más de dos kilos.

[76] Por más que pueda resultar chocante, la traducción castellana para

MENIPO. —¿Quieres que le recorte un poco las cejas?

HERMES. — Excelente idea; las levanta por encima de la frente, estirado, no sé a cuenta de qué. ¿Qué pasa? ¿También lloras, escoria, y te acobardas ante la muerte? Embarca, pues.

MENIPO. — Aún tiene lo más pesado bajo el sobaco.

HERMES. —¿El qué, Menipo?

MENIPO. — La adulación de la que tan buen partido ha sacado en vida.

FILÓSOFO. — Pues depón tú también, Menipo, la libertad, la franqueza, la indiferencia a la tristeza, la gallardía y la sonrisa, pues eres el único que te ríes de los demás.

HERMES. — De ninguna manera; lleva contigo todo eso, que es liviano, se lleva bien y es de suma utilidad para
10 la travesía. Y tú, el orador, despréndete de tanta locuacidad sin límites, de antítesis, paralelismos, períodos, barbarismos y demás losas de tus discursos.

ORADOR. — Pues mira, me desprendo de ello.

HERMES. — Muy bien. ¡Suelta amarras, barquero, quitemos la escalerilla, que leven anclas, despliega la vela y endereza el timón! ¡Que tengamos una buena navegación...!
11 ¿Por qué os lamentáis necios, y especialmente tú, el filósofo, cuya barba hemos arrasado hace un rato?

FILÓSOFO. — Porque creía, Hermes, que el alma era inmortal.

MENIPO. — Miente, pues parece que le afligen otro tipo de cosas.

HERMES. —¿Qué cosas?

MENIPO. — Pues que ya no se pegará opíparos banquetes, ni saldrá ya de noche desapercibido a los ojos de todos

el término *kinábra* debe recoger la noción de mal olor, peste, suciedad y la que vincula ese mal olor típico al macho cabrío. Hay, pues, una metáfora de mal gusto, pero de probado efecto cómico.

con la cabeza cubierta con el manto, recorriendo uno por uno los lupanares ni, engañando desde el amanecer a los jóvenes, les cobrará dinero por su sabiduría; eso es lo que le aflige.

FILÓSOFO. —¿Y tú, Menipo, no te apesadumbras de haber muerto?

MENIPO. —¿Cómo, yo que me adelanté la muerte sin 12
que nadie me llamara?[77]. Por cierto, ¿no se deja oír un imponente griterío, como de gentes que gritaran desde la tierra?

HERMES. —Sí, Menipo, y no de un solo lugar. Los unos, reunidos en asamblea, ríen todos contentos la muerte de Lámpico, y a su mujer la sujetan otras mujeres, en tanto que a sus hijos, pese a ser unos chiquillos, los acribillan a pedradas. Otros aplauden al orador Diofanto, que está pronunciando en Sición el discurso fúnebre en honor de Cratón aquí con nosotros. Y, por Zeus, la madre de Damasias, deshaciéndose en lágrimas, inicia en compañía de otras mujeres el lamento fúnebre por Damasias. Por ti, en cambio, Menipo, nadie llora, eres el único que yace envuelto en un manto de serenidad.

MENIPO. —De eso nada. Escucha a los perros que al 13
cabo de un rato dejarán oír lastimeros ladridos por mí, y a los cuervos al batir sus alas cuando se congreguen en mi entierro.

HERMES. —Eres cojonudo, Menipo. Pero, dado que hemos arribado ya nosotros, marchad vosotros hasta las inmediaciones del tribunal siguiendo por allí en línea recta; que el barquero y yo nos vamos a ir a buscar a otros muertos.

MENIPO. —Buen viaje, Hermes. Avancemos nosotros.

---

[77] Menipo de Gadara se suicidó, si hemos de hacer caso a DIÓGENES LAERCIO, VI 100.

Eh, ¿por qué racaneáis? Habrá que someterse a juicio, y dicen que las condenas son duras: ruedas y piedras y buitres; la vida de cada uno va a quedar bien puesta de relieve.

21 (11)
CRATES Y DIÓGENES

1 CRATES.—¿Conocías, Diógenes, a Mérico el rico, al inmensamente rico de Corinto, el propietario de muchas naves mercantes, cuyo primo era Aristeas, hombre acaudalado él también, que solía repetir la frase aquella de Homero

O me levantas o te levanto yo[78].

DIÓGENES.—¿Y esto a qué viene, Crates?

CRATES.—Eran los dos de la misma quinta y resulta que se andaban halagando entre sí por la herencia del otro. Y a la luz pública hicieron testamento en estos términos: Mérico dejaba a Aristeas dueño y señor de todos sus bienes caso de morir antes que él, y Aristeas por su parte hacía lo mismo con Mérico, caso de morir él antes. Así se plasmó por escrito en tanto que ellos no dejaban de deshacerse en atenciones mutuas intentando sobrepasarse mutuamente en adulación. Y los adivinos, tanto quienes conjeturan el futuro a partir de los astros como quienes lo interpretan a partir de los sueños, exactamente igual que los hijos de los caldeos, e incluso el mismísimo oráculo Pitio, tan pronto otorgaban la ventaja a Aristeas como a Mérico, y los platillos se inclinaban ora del lado del uno ora del lado del otro.

---

[78] Cita de HOMERO, *Ilíada* XIII 724.

DIÓGENES.—¿Y al final qué es lo que pasó? Pues merece la pena oírlo. 2

CRATES.—Pues que se murieron los dos el mismo día, y sus herencias fueron a parar a Eunomio y Trasicles, parientes ambos a dos que jamás pudieron imaginar que las cosas sucederían así, pues como te iba diciendo, mientras navegaban desde Sición rumbo a Cirra a medio trayecto fueron a encallar contra el Yápige[79] y zozobraron.

DIÓGENES.—¡Pues sí que les fue bien! Nosotros cuando 3
estábamos en la vida no andábamos jamás pensando ese tipo de cosas unos de otros; nunca supliqué yo que Antístenes muriera para poder heredar su bastón —que tenía uno bien consistente, por cierto, hecho de acebuche— ni creo que tú tampoco, Crates, ansiaras heredar a mi muerte mis bienes, a saber, el tonel y una alforja con dos quénices de altramuces[80].

CRATES.—A mí, Diógenes, no me hacía falta nada de eso; a ti tampoco; pues lo que de verdad nos era útil tener lo recibimos en herencia, tú de Antístenes[81] y yo de ti, herencia más cuantiosa y de más envergadura y de más categoría que el Imperio de los persas.

DIÓGENES.—¿A qué te refieres?

CRATES.—A la sabiduría, la independencia, la verdad, la sinceridad, la libertad.

DIÓGENES.—Sí, por Zeus, me acuerdo de haber reci-

[79] El Yápige es un promontorio de la Italia meridional, cercano a Tarento, donde una tempestad arrojó a un grupo de cretenses que al mando precisamente de Yápige intentaban regresar a su patria. Cirra, por su parte, es una ciudad cercana a Crisa, cerca de Delfos, de la que es prácticamente su puerto. Debe entenderse aquí el Yápige como sinónimo de escollo.

[80] El quénice es una medida de capacidad equivalente a un litro bien medido.

[81] Antístenes es el filósofo cínico de mayor importancia junto con Diógenes, citado con especial insistencia en LUCIANO, *Fugitivos* 11, 16, 20.

bido ese tesoro de manos de Antístenes y de habértelo dejado a ti, bien aumentado por cierto.

4 CRATES. — Pero el resto de la gente no se preocupaba en absoluto de ese tipo de bienes, y nadie se deshacía en atenciones con nosotros al acecho de nuestra herencia, pues todos ponían sus ojos en el dinero.

DIÓGENES. — Evidente, pues no tenían dónde recibir de manos nuestras ese tipo de legado, destrozados por el lujo como bolsas roídas, de modo que si uno echaba dentro de ellos o sabiduría o sinceridad o verdad, al punto se salía y se derramaba, siendo su fondo incapaz de albergar cosas semejantes; algo parecido a lo que les sucedía a las hijas de Dánao, que intentaban llenar de agua un tonel agujereado [82]. En cambio el oro lo defendían con uñas, dientes y todo tipo de procedimientos. Así que nosotros retendremos aquí incluso nuestra riqueza, en tanto que ellos vendrán con un óbolo por todo equipaje y eso hasta que lleguen a la jurisdicción del barquero.

22 (27)
DIÓGENES, ANTÍSTENES Y CRATES

1 DIÓGENES. — ¡Antístenes y Crates!, tenemos tiempo libre, ¿qué tal si nos fuéramos a dar una vuelta por la rampa de bajada a ver a los que van descendiendo qué pintas tienen, y qué actitud adopta cada uno?

ANTÍSTENES. — Vamos allá, Diógenes, que el espectáculo puede valer la pena, el ver a los unos llorando, a los

---

[82] Alusión al famoso suplicio de las Danaides, condenadas a llenar un tonel agujereado, lo que jamás podrían conseguir por más que se esforzaran.

otros suplicando que los suelten, a otros bajando a la fuerza e intentando plantar cara a Hermes que los empuja por el cuello al tiempo que se revuelven como gato panza arriba.

CRATES. —Yo voy a contaros lo que vi al recorrer la rampa de bajada.

DIÓGENES. —Cuenta, Crates, pues al parecer viste una serie de situaciones completamente ridículas.

CRATES. —Otros muchos hacían con nosotros el viaje 2
de bajada, entre ellos Ismenodoro el rico, paisano nuestro, y Arsaces, gobernador de Media, y Oretes el armenio. Ismenodoro —fue asesinado por unos bandidos a las faldas del Citerón de camino a Eleusis— suspiraba y sujetaba su herida con las dos manos y llamaba a los hijos de corta edad que había dejado y se reprochaba su propia osadía él, que al intentar franquear el Citerón y atravesar los pasajes aledaños de Eleuteras, que estaban totalmente desiertos por razón de las guerras, había llevado por toda escolta a dos criados y eso que transportaba consigo cinco copas de oro y cuatro cimbias[83].

En lo que respecta a Arsaces —que tenía unos cuantos 3
años y un aspecto ciertamente venerable—, se lamentaba y afligía cual si de un bárbaro se tratara, pues realizaba el recorrido a pie y exigía que le llevaran hasta allí su caballo; caballo, por cierto, que murió a la vez que él, traspasados ambos de un solo golpe por un peltasta tracio en un combate trabado contra el rey de Capadocia a las orillas del Araxes.

Arsaces, según relato propio, había espoleado al ataque a su caballo contra el enemigo lanzándose mucho antes que

[83] Se trata de unas copas de tamaño más reducido que las que acaban de mencionarse con el término «fialas» parecidas al kýlix, esto es, abiertas y lisas.

los demás, y el tracio en cuestión haciéndole frente y cubriéndose con el escudo, va y desvía la jabalina de Arsaces y sarisa[84] en ristre lo atraviesa a él y al caballo.

4 ANTÍSTENES. —¿Pero cómo pudo suceder eso de un solo golpe, Crates?

CRATES. —Muy fácil, Antístenes. Él avanzó luego de haber arrojado una jabalina de veinte codos, pero el tracio después de desviar el golpe con el escudo y de pasar a su lado la punta, arqueándose sobre la rodilla, aguanta la acometida con la sarisa y hiere bajo el esternón al caballo que, llevado de su ímpetu y su vehemencia, queda traspasado; traspasado queda también Arsaces, desde la ingle hasta la rabadilla. Ya ves lo que pasó; la cosa fue obra no tanto del hombre cuanto del caballo. Él, pese a todo, se entristecía al ver que recibía los mismos honores que los demás, y exigía descender a caballo.

5 Por último, Oretes, que estaba delicado de ambos pies, no podía tenerse en pie y ni mucho menos, dar un paso; este fenómeno les ocurre inexorablemente a todos los medos cuando se apean de los caballos. Igual que si pisaran sobre espinas, caminan con gran dificultad sobre las puntas de los pies. Así que él, luego de echar pie a tierra, se quedó tumbado en el suelo sin hacer la más mínima intención de levantarse y el bueno de Hermes cargó con él y lo llevó hasta la barca mientras yo me reía.

6 ANTÍSTENES. —Yo en cambio, al bajar, no me mezclé con los demás, sino que los dejé deshechos en lamentos y gemidos y corriendo me fui a la barca a coger sitio con antelación para tener una travesía cómoda. Durante el tra-

[84] La sarisa es una lanza de unos cinco metros de longitud empleada en la batalla por los macedonios, que causaba estragos en las filas enemigas y que fue empleada con profusión y especial entusiasmo por los ejércitos de Filipo.

yecto, ellos lloraban y se mareaban mientras yo me divertía a su costa.

DIÓGENES. —Tanto tú, Crates, como Antístenes fuis- 7
teis a dar con unos compañeros de viaje de esa índole. A mí en cambio me acompañaron a la bajada Blepsias, el prestamista del Pireo, y Lampis el acarnanio, jefe de tropas mercenarias, y Damis, el rico de Corinto. Damis murió de resultas de venenos que le dio su hijo; Lampis, se cortó la cabeza por amor a la hetera Mirtíon; y Blepsias, según se contaba, se había quedado, el pobre, seco de hambre y bien que daban muestras de ello su excesiva palidez y su delgadez extrema.

Yo aunque lo sabía les preguntaba de qué forma habían muerto. Así a Damis, que acusaba a su hijo, le dije: «no es nada injusto que hayas sufrido eso de su parte, pues teniendo mil talentos y viviendo a todo confort a los noventa años le dabas a tu hijo de dieciocho años cuatro óbolos[85]. Y tú, Acarnanio —no paraba de suspirar y maldecir a Mirtíon—, le dije, ¿por qué acusas al amor cuando es a ti a quien debías acusar, tú, que nunca jamás temblaste ante los enemigos sino que peleaste siempre en vanguardia disfrutando del peligro, te dejaste atrapar, tú, un tío con dos cojones, por una muchachuela de tres al cuarto que te salió al encuentro, por sus lágrimas, sus suspiros y sus embelesos?» Blepsias, por su parte, se apresuró a acusarse a sí mismo de su propia estupidez, pues guardaba sus bienes para herederos que no tenían con él parentesco alguno, y pensaba el muy necio que iba a vivir eternamente. En resumen, que disfruté de lo lindo a cuenta de sus lamentos.

Pero ya estamos en la embocadura; hay que echar un 8

[85] Échese la cuenta y opínese sobre la generosidad de Damis; con cuatro óbolos, según afirman personajes que intervienen en *El barco o los deseos* (15, 7), se pagaba un pasaje de barco Pireo-Egina para ir a la fiesta de Hécate.

vistazo y fijarse bien en los que van llegando. ¡Vaya, vaya!
¡Qué cantidad y qué variedad! ¡Y todos llorando, excepto
los recién nacidos y los niños pequeños! Incluso los ancia-
9 nos se lamentan. ¿Cómo es eso? ¿Es que ha hecho presa en
ellos «el filtro» de la vida?[86]. Se lo quiero preguntar al viejo
chocho ese. ¿Por qué lloras al morir, tú, un hombre de tal
edad? ¿Por qué te afliges, buen hombre, si llegas aquí con
estos años a cuestas? ¿Eres acaso rey?

VIEJO. —¡Qué va!

DIÓGENES. —¿Un sátrapa, entonces?

VIEJO. —Tampoco.

DIÓGENES. —¿Entonces eras un rico a quien aflige el haber muerto luego de abandonar tu mucho lujo?

VIEJO. —No es nada de eso, pues andaba yo por los noventa años, y sin recursos vivía de lo que pescaba, pobre hasta la exageración, sin hijos y encima cojo y medio ciego.

DIÓGENES. —¿Y en ese estado querías seguir viviendo?

VIEJO. —Sí, que la luz del día es grata y el morir, en cambio, algo terrible y que hay que evitar[87].

DIÓGENES. —Chocheas, viejo, y ante lo irremediable te comportas como un mozalbete, y eso que eres de la quinta del barquero. ¿Qué se podría decir de los jóvenes cuando los de estos años, que deberían perseguir la muerte como un remedio de los males de la vejez, tienen tanto cariño a la vida? En fin; vayámonos no sea que alguien sospeche, al vernos reunidos juntos a la entrada, que estamos planeando la fuga.

---

[86] Así dice el texto griego *phíltron toû bíou,* esto es, el hechizo o la fascinación de vivir.

[87] Pensamiento este en línea con el de algunos personajes de la tragedia: viejos que prefieren seguir viviendo aunque estén achacosos; ese apego a la vida les acarrea muchas veces el reproche de personajes más jóvenes. Un ejemplo en EURÍPIDES, *Alcestis* 669, en boca de Admeto, y 704, en boca de su padre Feres.

23 (29)
ÁYAX Y AGAMENÓN

AGAMENÓN. —Si en un acceso de locura, Áyax, te 1
quitaste la vida y estuviste en un tris de quitárnosla a todos nosotros[88], ¿por qué acusas a Ulises y hace días, cuando llegó aquí para consultar oráculos, ni le dirigiste la mirada, ni te dignaste dirigirle la palabra a él, compañero de armas y colega, sino que con paso altanero y porte despectivo pasaste de largo?

ÁYAX. —Naturalmente, Agamenón, como que fue él el causante de mi locura y el único que me plantó cara en el tema de las armas.

AGAMENÓN. —¿Te pareció lógico entonces no tener rival y derrotarlos a todos sin esfuerzo?

ÁYAX. —En asuntos semejantes, por supuesto, pues la armadura era de mi familia, ya que pertenecía a mi primo[89]. Y vosotros los demás, que erais con mucho, superiores a él, renunciasteis al enfrentamiento y me cedisteis el galardón. En cambio el hijo de Laertes, a quien yo salvé en muchas ocasiones cuando se encontraba en peligro de ser degollado por los frigios, estimó que era el mejor y en consecuencia el más apropiado para hacerse acreedor a las armas.

AGAMENÓN. —Amigo, échale la culpa a Tetis, que 2
fue quien puso a certamen las armas pese a que te correspondían a ti por razón de parentesco.

ÁYAX. —A ella no, a Ulises, que fue el único que me plantó cara.

---

[88] La tragedia de Sófocles de ese título cuenta el drama de la locura y posterior suicidio de Áyax, episodio narrado también en la bajada de Ulises a los infiernos en *Odisea* XI 543-567.

[89] Parentesco que viene dado por el hecho de que los padres de Aquiles —Peleo— y de Áyax —Telamón— eran hermanos.

AGAMENÓN. — Perdón, Áyax, si en su condición de hombre pretendía la gloria, cosa sumamente grata por la que cada uno de nosotros se expuso a afrontar riesgos, y para colmo te derrotó ante jueces troyanos.

ÁYAX. — Sé yo muy bien quién fue la que me condenó[90], mas no es lícito hablar de los dioses. Así que yo ni tan siquiera podría dejar de odiar a Ulises, Agamenón, aunque me lo ordenara Atenea en persona.

24 (30)
MINOS Y SÓSTRATO

1 MINOS. — Al bandido ese, a Sóstrato, que lo arrojen al Piriflegetonte, y que al sacrílego lo despedace la Quimera y al tirano, Hermes, que está ahí tenso junto a Ticio[91], que los buitres le punzen el hígado. Vosotros, en cambio, los hombres de bien, marchad sin dilación a la llanura Elisea y habitad las islas de los bienaventurados en pago por las actuaciones tan justas que tuvisteis a lo largo de la vida.

SÓSTRATO. — Escucha, Minos, a ver si te parece justo lo que te digo.

MINOS. — ¿Qué te escuche otra vez ahora? ¿No te has convencido, Sóstrato, de que eres un canalla y de que has matado a tanta gente?

SÓSTRATO. — Convencido sí estoy, pero fíjate a ver si el castigo que voy a recibir es justo.

---

[90] Alusión velada a Atenea, siempre de parte de Ulises.

[91] Nombre de un gigante que sufrió una dura condena por parte de Zeus por intentar violar a Leto; abatido por los propios hijos de ella, quedó tendido en el suelo eternamente cubriendo con su cuerpo una extensión aproximada de diez hectáreas; unos buitres le punzaban el hígado que se regeneraba con la luna llena.

MINOS. — Por supuesto que lo es, al menos si lo justo es pagar el que corresponde a la ofensa.

SÓSTRATO. — Contéstame pese a todo, Minos, que voy a ser breve en mi pregunta.

MINOS. — Habla, a condición de ser breve, para que podamos juzgar a muchos más.

SÓSTRATO. — ¿Todo lo que yo hacía en vida, lo hacía 2
yo por voluntad propia o me lo tenían ya tramado en los hilos de la Moira?

MINOS. — Sin lugar a dudas, en los hilos de la Moira.

SÓSTRATO. — Así pues, ¿tanto absolutamente todos los hombres de bien como nosotros, los que pasamos por canallas, llevamos a cabo nuestras acciones sumisos a ella?

MINOS. — Exactamente; a Cloto[92], que dispuso para cada cual en el momento mismo de su concepción el comportamiento que tenía que seguir.

SÓSTRATO. — Entonces caso que alguien dé muerte a alguien obligado forzosamente por otro sin poder oponerse a quien le fuerza a ello, como por ejemplo un verdugo o un alabardero que obedecen respectivamente a un juez y a un tirano, ¿a quién considerarías culpable de esa muerte?

MINOS. — Es de todo punto evidente que al juez o al tirano, y en modo alguno a la espada, pues, como objeto que es, está sujeta al vaivén del primero que le brinda un motivo al respecto.

SÓSTRATO. — Muy bien, Minos, por enriquecer mi caso con un ejemplo. Y caso que alguien llegara hasta aquí con oro o plata por encargo de su amo, ¿a quién habría que dar las gracias o a quién dejar constancia como benefactor?

MINOS. — A quien lo envió, Sóstrato, pues el portador es un mandado.

[92] Cloto, la primera de las tres Moiras que enhebra el hilo del que pende la vida de cada ser humano.

3 SÓSTRATO. — Entonces, ¿no estás viendo cómo no llevas razón al castigarnos a nosotros, que somos simples ejecutores de las órdenes de Cloto, en tanto que colmas de honores a quienes actúan como puros mandados de bienes ajenos? Ciertamente nadie podría decir aquello, a saber, que era posible llevar la contraria a unas disposiciones dadas con carácter inexorable.

MINOS. — ¡Ay, Sóstrato! Si las examinaras con detenimiento podrías ver otras muchas que no se ajustan a la razón. En cualquier caso, tú vas a sacar buen partido de tu interrogatorio porque además de ser un bandido resultas ser un sofista. Suéltalo, Hermes, y que no se le castigue más. Y tú, ¡ojo!, no vayas a enseñarles a los otros muertos a hacer preguntas de este estilo.

25 (12)
ALEJANDRO Y ANÍBAL
<Y MINOS Y ESCIPIÓN>[93]

1 ALEJANDRO. — Yo debo quedar en este juicio por delante de ti, libio, pues soy superior a ti.

ANÍBAL. — De eso nada, el primero debo quedar yo.

ALEJANDRO. — Entonces que dictamine Minos.

MINOS. — ¿Quiénes sois?

ALEJANDRO. — Ése, Aníbal el cartaginés, y yo, Alejandro el hijo de Filipo.

MINOS. — Sí, por Zeus, ambos sois ilustres, pero... ¿cuál es el motivo de vuestra discusión?

[93] Así recoge Macleod el título siguiendo la lectura de la mayoría de los manuscritos, nótese que todos los integrantes del título participan en la conversación aunque sean Aníbal y Alejandro los que llevan la voz cantante.

ALEJANDRO. — La primera plaza, pues ése sostiene que ha sido mejor general que yo, y yo, como sabe todo el mundo, afirmo que en lo que a la guerra se refiere he sido muy superior no sólo a él sino prácticamente a todos mis antecesores.

MINOS. — Bien, que hable cada uno por turno; habla tú primero, libio.

ANÍBAL. — Este es un dato positivo, Minos, a saber que 2
he aprendido aquí la lengua griega; así que ni siquiera en ese punto podría ése aventajarme. Y afirmo que son especialmente dignos de aplauso quienes, pese a partir de la nada, llegaron a alcanzar la fama por sus propios medios, adquiriendo poderío y haciéndose dignos acreedores del mando. Por ejemplo yo, haciendo una invasión en Iberia con unos pocos hombres, de lugarteniente que era de mi hermano pasé a ser tenido por el mejor y el más digno de las mayores gestas. Y dominé a los celtíberos, derroté a los galos occidentales, atravesé los grandes montes, devasté toda la región del Erídano[94], dejé arrasadas tantísimas ciudades, conquiste la llanura de Italia y llegué hasta los aledaños de su capital y di muerte a tantos hombres en un solo día que sus anillos podían medirse por medimnos y levantarse puentes sobre los ríos con sus cadáveres. Y todo eso lo hice sin hacerme llamar hijo de Amón[95] y sin pasar por ser un dios y sin andar por ahí contando los sueños de mi madre, sino confesando mi condición de hombre y compitiendo con los generales más espabilados y trabando combate con los soldados más belicosos, no enfrentándome a medos y armenios que emprenden la huida antes de que alguien los persiga y que inmediatamente entregan la victoria a quien exhibe un cierto arrojo. Alejandro en cambio, 3

[94] Se refiere a los Alpes y al Valle del Po, en Italia.

[95] Cf. *supra,* nota 38.

que recibió el imperio de manos de su padre, se limitó a aumentarlo y lo extendió en grado sumo aprovechando el golpe de la fortuna. Pero luego que venció y derrotó a aquel maldito Darío en Iso y en Arbela, renegando de la formación de su patria, iba exigiendo que se postraran de rodillas ante él y cambió su forma de vida por la de los medos y asesinaba en los banquetes a los amigos y los apresaba para matarlos. En cambio, yo ejercí el gobierno en mi patria sobre la base de la igualdad, y cuando se me vino a buscar porque los enemigos se habían hecho a la mar con una gran flota contra Libia, al punto acudí y me ofrecí como un ciudadano de a pie, y cuando fui condenado llevé la condena con buen talante.

Todas estas acciones llevé a cabo pese a ser bárbaro y sin haber sido formado en la cultura griega y sin recitar a Homero, como ése, ni haber sido educado por el sofista Aristóteles[96], sacando partido exclusivamente de mis cualidades innatas. Estas son las facetas en las que afirmo ser superior a Alejandro. Pero si resulta que él, porque tenía la cabeza ceñida de diadema, es más hermoso que yo, quizás pueda ser por ello motivo de veneración para un macedonio, pero no por ello podría resultar superior a un hombre con casta y curtido en las lides de la milicia que ha hecho mayor uso de la reflexión que del azar.

MINOS. —El discurso que éste acaba de pronunciar en su propia defensa no ha resultado falto de clase ni como podría esperarse de un libio. Y tú, Alejandro, ¿qué tienes que replicar?

---

[96] Si hemos de creer a los biógrafos de Alejandro, éste tenía por costumbre llevar siempre consigo un ejemplar de la *Ilíada;* con respecto a las enseñanzas recibidas por parte de Aristóteles, ya se ha visto el juicio no precisamente muy positivo que le merecieron a Alejandro, cf. *supra,* diálogo 13.

ALEJANDRO. — A un tipo tan osado no debería contes- 4
tarle una palabra, pues la fama te habrá enseñado lo suficiente qué clase de rey fui yo y qué clase de bandido fue el tipo ése. Sin embargo, fíjate si le aventajé en poco que al hacerme cargo de los asuntos de gobierno, siendo aún joven, mantuve las riendas de un imperio que se hallaba en estado de gran agitación y me lancé tras los asesinos de mi padre. Y a continuación sembrando el pánico en Grecia con la destrucción de los tebanos y siendo nombrado en votación por ellos general en jefe y aunque me ocupaba del gobierno de los macedonios, no me parecía lógico contentarme con gobernar sobre las tierras que me había dejado mi padre, sino que abarcando con mi pensamiento la tierra entera y estimando oprobioso el no llegar a ser dueño de toda ella, con unos pocos hombres realicé una incursión en Asia, conseguí una victoria a orillas del Gránico en una gran batalla y luego de tomar Lidia y Jonia y Frigia y, por decirlo en una palabra sometiendo todo cuanto me salía al paso, llegué a las orillas del Iso donde aguardaba Darío con un ejército innumerable. Lo que sucedió a partir de 5
entonces vosotros lo sabéis, cuántos muertos os envié aquí abajo en un solo día. Por lo menos el barquero afirma que no dio abasto con la barca, sino que la mayoría de ellos a golpe de clavo se fabricaron unas balsas para realizar la travesía.

Y esas gestas las llevaba yo a cabo afrontando los peligros en primera línea y exponiéndome, como es lógico, a que me hirieran. Y por no mencionar las campañas en Tiro ni en Arbela, te diré que llegué hasta la India y fijé el océano como límite del imperio; capturé a sus elefantes y sometí a Poro. Y luego de atravesar el Tanáis[97] vencí en un

[97] El río Don del actual mapa; todas las gestas de Aníbal y de Alejandro, a los que aquí se alude, están recogidas por sus biógrafos e historia-

gran combate naval a los escitas, individuos en modo alguno despreciables; me comporté bien con mis amigos y me vengué de mis enemigos. Y si a ojos de los hombres pasaba yo por un dios, hay que disculparles que creyeran eso de mí, por la envergadura de mis gestas.

6 Por último yo morí en el ejercicio de mi reinado en tanto que ése murió en el destierro en la corte de Prusias el bitinio[98], tal cual le cuadraba morir a quien era un canalla y un salvaje redomado. Pues cómo derrotó a los italos no es necesario que diga que no fue por la fuerza sino por la felonía, la perfidia y los engaños; que de legal y franco, nada de nada.

Y dado que me ha echado en cara el boato, me parece que se le ha olvidado lo que hacía en Capua, alternando con fulanas, él, el tipo digno de admiración, echando a perder con su vida disipada las oportunidades de la guerra. Yo en cambio, caso de no haberme lanzado contra Oriente por parecerme pequeño el territorio de Occidente, ¿qué gran gesta habría realizado sometiendo Italia sin derramamiento de sangre y sojuzgando Libia y todos los territorios hasta Gades? Pero no me pareció que mereciera la pena pelear en aquellas tierras que estaban ya muertas de miedo y que reconocían en mí a un dueño y señor. He dicho. Tú, Minos, dicta sentencia. Basta con esto de lo mucho que podría decir.

7 ESCIPIÓN.—¡Eh! No antes de oírme a mí.

MINOS.—¿Y tú quién eres, buen hombre? ¿De dónde has salido, que pretendes hablar?

ESCIPIÓN.—Soy Escipión, el general italiota, el que

dores. En el caso del primero, LIVIO, XXIII y sigs., fundamentalmente; del segundo, Plutarco y Arriano, ya citados.

[98] El final de Aníbal, prefiriendo suicidarse con veneno antes que ser capturado en vida por los romanos, a raíz de ser engañado por Prusias, puede leerse en LIVIO, XXIX 51.

destruyó Cartago y derrotó a los libios en grandes batallas[99].

MINOS. —¿Y qué tienes tú que decir?

ESCIPIÓN. —Pues que soy inferior a Alejandro, pero superior a Aníbal, yo que tras vencerlo lo perseguí y lo obligué a una huida ignominiosa, ¿cómo, pues, no va a ser un sinvergüenza un tipo así que se atreve a rivalizar con Alejandro, con quien ni siquiera yo, Escipión el vencedor, me considero digno de ponerme en parangón?

MINOS. —Sí, por Zeus, muy sensato lo que dices Escipión. Así pues, quede Alejandro en primer término en este juicio, a continuación tú y, en tercer lugar, si os parece bien, Aníbal, que también es digno de tenerse en cuenta.

26 (15)
AQUILES Y ANTÍLOCO[100]

ANTÍLOCO. —¡Vaya cosas que le decías, Aquiles, hace 1
poco a Ulises respecto a la muerte! ¡Qué palabras tan poco nobles y tan indignas de tus dos maestros Quirón y Fénix![101]. Estaba yo prestando mucha atención cuando decías que preferías trabajar a sueldo como gañán codo a

[99] Mal parece casar el autorretrato de Escipión con la realidad de los hechos históricos, pues el Escipión que derrotó a Aníbal y sus huestes fue el Africano, vencedor en Zama en el 202 a. C. —el que está en el uso de palabra— y el que destruyó Cartago en el 146 a. C. es Emiliano, con quien parece confundirse aquí Luciano.

[100] Antíloco es un personaje secundario que en la *Ilíada* da muestras de su afecto a Aquiles, hijo de Néstor, el anciano juicioso y circunspecto.

[101] Del primero y singular preceptor de Aquiles, el centauro Quirón, se hace mención en la nota 27. El segundo, Fénix, aparece en el *Ilíada* dando consejos al héroe, que no los admite de todo el mundo, aunque el propio Aquiles tampoco le hace caso en los momentos decisivos.

codo con alguien sin hacienda «que no tuviera muchos medios de ganarse la vida», antes que ser amo y señor de los muertos [102]. Y tal vez le cuadraría pronunciar esas palabras a un frigio de baja estirpe, cobarde, que a lo máximo que aspira en la vida es a vivir sin complicaciones. Pero... que el hijo de Peleo, el más amante del riesgo de todos los héroes, tenga un concepto tan bajo de sí mismo, es una vergüenza enorme y constituye una gran contradicción con las gestas que protagonizaste en vida; tú, que pudiendo reinar muchos años en la Ftiótide en el anonimato, preferiste voluntariamente la muerte que lleva aparejada una buena fama.

2 AQUILES.—Hijo de Néstor, yo no tenía experiencia entonces de lo de aquí y como ignoraba cuál de las dos situaciones era mejor, preferí aquella fama de pacotilla a la vida. Pero ahora me doy cuenta ya de que aquélla no comporta ventaja alguna como no sea los muchos cantares que le prodigarán los rapsodos en la tierra. Entre los muertos, Antíloco, los honores son parejos y no se hace presente ni la belleza ni la fuerza que uno tuvo en vida; antes bien, yacemos todos igualados en la misma oscuridad sin que haya diferencias entre unos y otros. Y ni los muertos troyanos me temen, ni me adulan los de los aqueos; igualdad total de palabra, que un muerto es semejante a otro muerto «tanto el cobarde como el esforzado» [103]. Todo eso me aflige y me acongoja, el no vivir aunque fuera trabajando de jornalero.

3 ANTÍLOCO.—¿Y qué actitud podría uno adoptar, Aquiles? Porque eso es el dictamen de la naturaleza, que todos mueran inexorablemente, conque no hay más remedio que permanecer en los cauces de la ley y no cabrearse ante sus

[102] Cita proverbial de HOMERO, *Odisea* XI 490.

[103] Nueva cita, ahora de *Ilíada* IX 319.

designios. Además, fíjate cuántos compañeros tuyos estamos aquí a tu vera; dentro de poco tiempo llegará Ulises, como también está mandado. Además, compartir la situación y no padecerla en solitario produce un cierto alivio. Ya ves a Heracles y a Meleagro[104] y otros hombres dignos de admiración que no creo yo que aceptaran volver arriba caso que alguien los enviara allí para trabajar como jornaleros a sueldo para hombres sin oficio ni beneficio.

AQUILES. —Tus palabras de aliento son las propias de 4
un camarada, pero a mí, no sé cómo, el recuerdo de lo realizado a lo largo de mi vida me aflige y creo yo que también a cada uno de vosotros. Y si no lo reconocéis, en este punto al menos estáis por debajo de mí, por sufrir sin inmutaros.

ANTÍLOCO. —Por debajo no, por encima, Aquiles, pues vemos que el hablar no comporta ventaja alguna; hemos optado, pues, por callar, aguantar y tener paciencia, para no ser el hazmerreír como tú cuando realizas este tipo de súplicas.

27 (19)
ÉACO Y PROTESILAO

ÉACO. —¿Por qué te echas encima de Helena, Protesi- 1
lao[105], e intentas estrangularla?

---

[104] Meleagro es hijo de Eneo, rey de los etolios que protagonizó el famoso episodio del «jabalí de Calidón» que fue abatido por él. El propio Fénix le cuenta a Aquiles unos episodios de la historia de Meleagro en los que el héroe deja de combatir codo a codo con los etolios, que son sitiados por sus adversarios. Sólo la súplica desesperada de su esposa Cleopatra logra hacer que vuelva al combate cambiando la suerte de su pueblo. Pero ni siquiera este relato surte en el Pelida el efecto deseado.

[105] Protesilao fue el primer griego que murió en Troya, al poco de

PROTESILAO. — Porque por ella, Éaco, morí dejando mi casa a medias y a mi mujer viuda a poco de casarnos.

ÉACO. — Mejor échale la culpa a Menelao, que es quien os llevó a pelear contra Troya por causa de semejante mujer.

PROTESILAO. — Llevas razón, a él es a quien hay que echarle la culpa.

MENELAO. — A mí no, amigo, es mucho más justo echársela a Paris, quien contra toda justicia raptó y se llevó a mi mujer, yo que le di hospitalidad. Ese tipo, no hay duda, bien debiera ser estrangulado no sólo por ti sino por todos los griegos y bárbaros, pues es el culpable de tantísimas muertes.

PROTESILAO. — Mejor así, conque, Paris de mierda, no voy a soltarte nunca de mis manos.

PARIS. — Pues harás muy mal máxime siendo cómplice de tus tejemanejes. Que yo también soy enamoradizo y soy víctima del mismo dios. Sabéis bien que es algo involuntario y que una especie de duende nos lleva adonde quiere y que no hay forma de resistirse a sus disposiciones.

2 PROTESILAO. — Llevas razón, ¡ojalá pudiera coger aquí a Eros!

ÉACO. — Voy a darte yo una justa respuesta en nombre de Eros, tal vez confesará que resultó ser él culpable de que Paris se enamorara, pero de tu muerte, Protesilao, no hay otro culpable más que tú, que olvidándote de tu mujer, recién casado, luego de acercaros a la Tróade, saltaste a tierra antes que los demás deseoso de correr riesgos, ofus-

---

desembarcar, a manos de Héctor; se daba la triste circunstancia de que poco antes de hacerse a la mar había contraído matrimonio con Laodamía que pasó de recién casada a viuda. Los dioses, visto el inmenso amor que se profesaban, le concedieron poder volver a la vida después de muerto por espacio de unas horas; cf. *infra,* diálogo 28.

cado, inundado de un afán de gloria por el que moriste el primero en el desembarco.

PROTESILAO. — Pues en mi propio nombre, Éaco, te voy a contestar yo algo más justo todavía, no fui yo el culpable de esos sucesos sino la Moira, que así lo tenía tramado desde el principio.

ÉACO. — De acuerdo, ¿por qué, pues, estás acusando a ésos?

28 (23)
PLUTÓN Y PROTESILAO

PROTESILAO. — Señor y rey nuestro, Zeus, y tú, hija de 1
Deméter, no desprecies una súplica amorosa.

PLUTÓN. — ¿Tú qué pides de nosotros, o quién demonios eres?

PROTESILAO. — Soy Protesilao de Fílace, hijo de Ificles, miembro del ejército de los aqueos y el primero en morir de cuantos guerrearon contra Troya. Pido volver de nuevo a la vida por un breve espacio de tiempo.

PLUTÓN. — Esas ganas tienen, Protesilao, todos los muertos, sólo que ninguno de ellos podría conseguirlo.

PROTESILAO. — No me impulsa, Aidoneo, el amor a la vida, sino a mi esposa, a la recién casada que dejé en el tálamo al marcharme en las naves. Después, desgraciado de mí, morí en el desembarco a manos de Héctor. El amor que siento por mi mujer, señor, me atormenta de forma incontenible, y quiero que me vea ella aunque sea un rato y bajar de nuevo.

PLUTÓN. — ¿No bebiste, Protesilao, el agua de la Fuente 2
del Olvido?[106].

[106] El río o fuente Leteo, cf. *supra,* nota 54.

PROTESILAO. — Por supuesto, señor, el mío era un caso extremo.

PLUTÓN. — Espera, pues, que también ella llegará aquí y así no tendrás tú que salir de nuevo.

PROTESILAO. — Pero es que no soporto la espera, Plutón, tú también estuviste enamorado y sabes bien cómo es el amor.

PLUTÓN. — Pero además ¿qué ventaja te reportaría recobrar la vida por breve espacio de tiempo si después vas a lamentarte de la misma desgracia?

PROTESILAO. — Creo que podría persuadirla a ella de que me acompañe hasta vuestros dominios, con lo que en breve tendríais dos muertos en vez de uno.

PLUTÓN. — Ni es lícito que eso suceda, ni ha sucedido nunca jamás.

3 PROTESILAO. — Te voy a refrescar la memoria, Plutón. Por el mismo motivo le entregasteis Eurídice a Orfeo; y a Alcestis, parienta mía, la enviasteis, en un detalle que tuvisteis, con Heracles[107].

PLUTÓN. — ¿Y querrás darte a ver a tu preciosa esposa de entonces así como éstos, una calavera monda y lironda y encima fea? ¿Cómo te acogerá ella que ni siquiera será capaz de reconocerte? Se asustará, estoy seguro, y huirá de ti con lo que habrás hecho en vano este camino de subida.

PERSÉFONE. — Remedia, pues, también, esposo mío, esa situación y ordena a Hermes que tan pronto como Protesilao esté ya en la luz lo toque con el caduceo y lo trans-

[107] Dos casos proverbiales de mujeres que fueron devueltas a la vida, pero con una serie de limitaciones y matices. Orfeo no cumplió la condición puesta, pues volvió la vista hacia Eurídice y ésta quedó definitivamente en el Hades, y Alcestis, al menos en la versión de la tragedia de Eurípides del mismo nombre, no acaba de recobrar ni la voz ni el movimiento. De extraordinaria belleza son los hexámetros de VIRGILIO, *Geórgicas* IV 545 y sigs., en los que se narra el episodio.

forme al punto en un hermoso joven, tal cual era cuando salió de la alcoba nupcial.

PLUTÓN. — Puesto que Perséfone es del mismo parecer, llévalo otra vez arriba y haz de él otra vez un novio. Y tú recuerda que te has tomado un solo día de permiso.

29 (24)
DIÓGENES Y MAUSOLO

DIÓGENES. — ¿De qué presumes, cario, que te parece 1
lógico recibir honores en mayor grado que todos nosotros?

MAUSOLO. — De mi condición de rey, sinopeo, yo que fui rey de toda Caria, goberné algunas regiones de Lidia, sometí algunas islas y llegué hasta Mileto luego de haber sometido la mayor parte de Jonia. Y además era hermoso, alto y fuerte en la pelea. Y lo más importante es que tengo erigido en mi honor en Halicarnaso un monumento funerario de enormes proporciones[108], como no lo tiene ningún muerto, ni tan primorosamente terminado, con figuras de caballos y de hombres esculpidos con el máximo realismo en la piedra más preciosa; difícilmente podría uno encontrar un templo de esas características. A la vista de todo ello, ¿no te parece que presumo con razón?

DIÓGENES. — ¿De tu condición de rey, dices, de tu 2
belleza y del peso de tu tumba?

MAUSOLO. — Sí, por Zeus, de todo eso.

DIÓGENES. — Pero, lindo Mausolo, no están ya contigo ni la fortaleza ni la hermosura de antaño. Al menos si eligiéramos un juez de nuestra hermosura, no sé yo decir muy

[108] Impresionante monumento funerario algunos de cuyos restos se conservan hoy en el British Museum de Londres.

bien en qué se basaría para dispensarle a tu calavera más estima que a la mía, que ambas están calvas, mondas y lirondas, y damos a ver la dentadura de forma semejante, estamos desprovistos de ojos y tenemos chatas las narices. Y en lo que a la tumba y a los fastuosos mármoles se refiere, posiblemente servirán a los habitantes de Halicarnaso para exhibirlos y jactarse ante los extranjeros de tener un monumento importante. Pero tú, buen hombre, no veo yo qué ventajas sacas de él como no sea el afirmar que oprimido por unas losas de semejantes proporciones soportas un peso mayor que nosotros.

3 MAUSOLO. — Así pues, todo eso no va a servirme para nada, ¿y Mausolo y Diógenes recibirán los mismos honores?

DIÓGENES. — Los mismos no, amigo mío, no puede ser. En efecto, Mausolo no parará de gemir al acordarse de todos los bienes de la tierra en los que creía que radicaba la felicidad, en tanto que Diógenes no dejará de burlarse de él. El uno dirá que el sepulcro construido en Halicarnaso por Artemisia, su mujer y hermana, es suyo; Diógenes en cambio no sabe ni siquiera si su cuerpo tiene sepultura, pues le tiene absolutamente sin cuidado. Y ha dado que hablar a los hombres de bien por haber vivido, entérate tú, el más abyecto de los carios, una vida humana de más talla y asentada sobre base más sólida que tu sepulcro.

30 (25)

NIREO, TERSITES Y MENIPO

1 NIREO. — ¡Hombre! Ahí está Menipo que va a juzgar quién de los dos es más guapo. Di, Menipo, ¿no te parezco yo más bello?

MENIPO. — ¿Quiénes sois? Eso, creo yo, es lo primero que hay que saber.

NIREO. — Nireo y Tersites [109].

MENIPO. — A ver, ¿cuál de los dos es Nireo y cuál Tersites?, porque no lo veo nada claro.

TERSITES. — Una cosa tengo ya, y es que me parezco a ti y no difieres de mí en tan gran medida como te elogió el ciego aquel, Homero, que decía en sus versos que eras el más guapo de todos; antes bien, yo, el de la cara de pera y el pelo ralo, no le he parecido al juez en nada inferior a ti. Pero, mira tú, Menipo, a ver a quién consideras más guapo.

NIREO. — A mí el hijo de Aglaya y Cárope, «el hombre más bello de cuantos llegaron a Troya» [110].

MENIPO. — Pero no el más bello, creo yo, de cuantos 2
llegaron bajo tierra, pues vuestros huesos son parecidos y tu calavera sólo podría distinguirse de la de Tersites en que la tuya es fácilmente rompible, pues es un tanto frágil y no tiene un aspecto varonil.

NIREO. — Pues pregúntale a Homero qué aspecto tenía yo cuando peleaba con los aqueos.

MENIPO. — Bagatelas me cuentas; yo me atengo a lo que estoy viendo y a lo que tienes ahora, las otras cuestiones las saben los hombres de entonces.

NIREO. — Conque resulta que aquí no soy el más guapo, Menipo.

MENIPO. — Ni tú ni ningún otro por guapo que fuera, pues en el Hades se honra a todos por igual y se mide a todos por el mismo rasero.

TERSITES. — Yo con eso me doy por satisfecho.

[109] Ya se ha hablado a lo largo de estos diálogos de Nireo (cf. nn. 17 y 69) como paradigma de belleza masculina. Tersites lo es justamente de lo contrario, su retrato está trazado por HOMERO, *Ilíada* II 219 y sigs.

[110] Cita de HOMERO, *Ilíada* II 673.

77

DIÁLOGOS MARINOS

Los *Diálogos marinos* tienen otro tono diferente, según hemos explicado en la introducción general. Se trata de pequeñas estampas de corte casi bucólico aunque cambiando el verde de los campos por el azul del mar. En la mayoría de ellos es Poseidón el interlocutor que conversa con diversas Nereidas o distintos personajes de los mares. Frente al Poseidón crispado que remueve el piélago con su tridente en la epopeya homérica, hallamos aquí a un rey apacible, venerable, tranquilo que se complace muchas veces en sacar punta a los lances amorosos que acontecen en sus dominios. Mientras en los *Diálogos de los muertos* todos los interlocutores de Menipo y Diógenes sin excepción son personajes masculinos, aquí Luciano da paso a entrañables figuras femeninas; Pánope. Galene, Iris, Tetis llenan las primeras páginas de estos diálogos. Diríase que en su cosmovisión Luciano apuesta un tanto por el mar; si en el Olimpo de los Dioses todo son intrigas al igual que en las ciudades; si en la mansión de Hades todo son lamentos, frustraciones y malentendidos, en el mar al menos se respira un clima de tranquilidad y de cierto relajo. Pero en él se practica el sano deporte del chismorreo, la cháchara y el cotilleo. En esa dirección apunta la intención de Luciano al echar mano de estas estampas marinas. En el mar, pese a ser menos conflictivo, se critican ciertos lances amorosos, ciertas relaciones de ciertas divinidades y —¡cómo no!— el propio Zeus se ve puesto en la picota —cariñosa y suavemente, sí, pero en la picota— a cuenta de su

estratagema para seducir a la joven Europa. Humor exento de acidez en una línea a la que ya nos tenía Luciano un tanto desacostumbrados tras sus feroces diatribas anteriores.

1
DÓRIDE Y GALATEA

DÓRIDE. —Qué amante tan guapo, Galatea, ese pastor 1
siciliano que, dicen, se ha vuelto loco por ti.

GALATEA. —No te burles, Dóride, que, sea cual sea su aspecto, es nada menos que hijo de Poseidón.

DÓRIDE. —¿Y qué? Aunque fuera hijo del mismísimo Zeus, con ese aspecto tan tosco y peludo, y —lo más feo de todo—, con un solo ojo, ¿en qué medida crees que su linaje le serviría de cara a mejorar su aspecto?

GALATEA. —Ni su aspecto tosco ni su aspecto peludo, como dices tú, son nada feo; varonil más bien; y el ojo le viene a su cara como anillo al dedo, pues ve con él no menos que si tuviera los dos.

DÓRIDE. —Por los piropos que le echas, me parece Galatea que más que ser Polifemo[1] el que está enamorado de ti eres tú la que está enamorada de él.

GALATEA. —No es que esté enamorada de él, pero es 2
que no puedo aguantar vuestros insultos, y me parece que actuais así por envidia, ya que en cierta ocasión cuando se hallaba pastoreando sus rebaños al vernos desde su atalaya jugar en la playa a las faldas del Etna, en donde se extiende

[1] Los personajes de Polifemo y Galatea han merecido la atención de varios autores. Desde el propio Homero, que hace una prolija narración del episodio del Cíclope en *Odisea* IX 105 y sigs., hasta FILÓSTRATO, *Imágenes* 2,18, pasando por el auténtico modelo del episodio amoroso tratado por TEÓCRITO, *Idilios* VI y XI.

la costa en medio del monte y el mar, a vosotras ni tan siquiera os dirigió la mirada, y en cambio yo le parecí la más guapa de todas, y a mí me abarcó, a mí sola con el ojo; y eso os cabrea; es una señal evidente de que soy superior y más digna de ser amada; a vosotras en cambio no se ha dignado miraros.

DÓRIDE. —¿Y crees que nos das envidia porque le has parecido hermosa a un vulgar pastor y encima tuerto? Y además ¿qué otra cosa pudo elogiar de ti como no fuera exclusivamente la blancura de tu piel[2]? Y eso, creo yo, porque está acostumbrado a queso y leche, y claro, todo lo
3 que a ello se asemeja le parece bello. Y además, cuando quieras saber qué aspecto es el que tienes, cuando haya calma, desde una roca cualquiera, te asomas al agua y te miras y verás que no tienes más que piel blanca, aspecto que no se valora si no va acompañado de una tez sonrosada.

GALATEA. —Con todo, yo que soy completamente blanca por lo menos tengo ese amante, en cambio vosotras no tenéis pastor ni marinero ni barquero que os piropee. Y entre otras cosas, Polifemo es también músico.

4 DÓRIDE. —Calla, calla, Galatea, que ya le oímos cantar cuando vino a rondarte anteayer mismo como quien dice ¡Afrodita querida!; parecía un burro rebuznando, ¿y qué clase de lira tenía? Un cráneo de ciervo mondo y lirondo; las astas eran, como si dijéramos, brazos; las había juntado y había adaptado las cuerdas sin tensarlas con clavijas y con ellas intentaba cantar algo desafinado e incantable[3]; se

[2] Blancura proverbial que justifica su nombre: Galatea, sobre la raíz de *gála*, leche en griego.

[3] Luciano, al mencionar el instrumento musical de Polifemo emplea como sinónimas dos palabras que designan instrumentos parecidos pero no idénticos: *pēctís* en el primer caso, que es el arpa lidia, y *lýra* inequívocamente lira, en el segundo. Hemos traducido ambas veces por «lira».

ponía él a berrear por un lado y la lira le devolvía el sonido por otro, con lo que no podíamos dejar de partirnos de risa ante semejante serenata de amor. Ni la mismísima Eco, tan parlachina ella, quiso dar respuesta a sus bramidos; antes bien, vergüenza le daba parecer que daba la réplica a un canto tan salvaje y tan ridículo. Y llevaba el amante en su 5
regazo a modo de juguete un cachorrillo de oso que se parecía a él por lo peludo que era. Conque, ¿quién podría envidiarte, Galatea, por un amante de semejantes pintas?

GALATEA.—Pues venga, Dóride, enséñanos al tuyo, que a la vista está, es el más guapo, el que mejor canta y el que mejor sabe tocar la cítara.

DÓRIDE.—Es que yo no tengo ningún amante ni voy presumiendo por ahí de resultar seductora. Pero un tipo de amante como el cíclope, que apesta a mugre como buen cabrón que es, que come carne cruda, según cuentan, y que devora a los huéspedes que lo visitan, para ti para siempre, y ojalá que correspondas a su amor.

2
CÍCLOPE Y POSEIDÓN

CÍCLOPE.—¡Ay padre! ¡Lo que he sufrido por el mal- 1
dito extranjero, que luego de emborracharme me cegó y me atacó mientras dormía![4].

POSEIDÓN.—¿Y quién fue el que tuvo tal osadía, Polifemo?

CÍCLOPE.—Al principio se hacía llamar Nadie, pero luego de huir y estar fuera del radio de tiro, dijo que su nombre era Ulises.

[4] Ya se hizo mención en la nota 1 al diálogo anterior al pasaje homérico de *Odisea* IX 105 y sigs.

POSEIDÓN.—Ya sé a quien te refieres; al itacense; navegaba desde Ilión. Pero ¿cómo pudo llevar a cabo esas acciones sin destacarse precisamente por su valentía?

2 CÍCLOPE.—Pillé en la cueva al regresar del pastoreo a muchos hombres que intentaban atentar —no hay duda— contra los rebaños. Pues bien, una vez que coloqué en la puerta la tapa —que es una roca enorme— y encendí el fuego prendiendo un tronco que traía del monte, se vio claramente que intentaban esconderse. Entonces yo atrapando a algunos de ellos me los comí, como era lógico, pues se trataba de bandidos. Entonces el canalla aquel, sea Nadie o Ulises, va y me da a beber escanciándome un fármaco agradable y oloroso, pero alevoso y perturbador en grado sumo. Nada más beberlo me pareció que todo daba vueltas a mi alrededor, que la cueva misma se revolvía de abajo arriba, y que ya no estaba yo totalmente en mis cabales; al final me rendí al sueño. Él entonces, afilando la estaca y poniéndola al fuego, me cegó mientras dormía, y ahí me tienes, Poseidón, ciego desde entonces.

3 POSEIDÓN.—¡Pues sí que tenías un sueño profundo que ni siquiera diste un salto mientras te estaba dejando ciego! Y el tal Ulises, ¿cómo escapó? Porque sé muy bien que no fue capaz de remover la roca de la puerta.

CÍCLOPE.—Si es que la quité yo para poder cogerlo mejor cuando saliera; sentado junto a la puerta, intentaba capturarlo tanteando con las manos, dejando pasar tan sólo a las reses al pasto, tras dejarle encargado al carnero todo lo que tenía que hacer en mi lugar.

4 POSEIDÓN.—Comprendo; salieron bajo las reses sin que te dieras cuenta[5]; pero debías haber llamado en tu ayuda a los otros cíclopes.

[5] Traemos a colación aquí la parodia que de esta escena hace ARISTÓFANES, *Avispas* 170, cuando Filocleón intenta escapar de la casa bajo el vientre de un burro.

CÍCLOPE. — Si los llamé, padre, y vinieron, pero al preguntarme el nombre del que había atentado contra mí y decirles yo que era Nadie, se largaron creyendo que me había dado un ataque de bilis. Hasta tal punto me engañó el cabrón ese con el nombre. Pero lo que más me irritó es que me insultaba por mi desgracia; «¡ni tu padre Poseidón te curará!»[6], va y dice.

POSEIDÓN. — Ánimo, hijo, que yo lo castigaré para que aprenda que si para mí es imposible curar la ceguera, por lo menos en mis manos está la suerte de los navegantes —el salvarlos y hacerlos perecer—... y él todavía navega.

3

POSEIDÓN Y ALFEO

POSEIDÓN. — ¿Qué pasa, Alfeo?[7]. ¿Eres el único que al 1
ir a dar al mar no te mezclas con sus aguas saladas, como es de ley para todos los ríos, ni descansas desparramándote en todas direcciones, sino que compacto a través de la mar y preservando dulce tu caudal, sin mezclarte aún, puro, te apresuras no sé adónde sumergiéndote profundo como las gaviotas y los airones? Y parece que vas a emerger en algún lugar y a reaparecer de nuevo.

ALFEO. — Se trata de un asunto de amores, Poseidón, así que no me interrogues, que tú también te enamoraste muchas veces.

[6] Cf. *Odisea* IX 525.

[7] Dios-río que fluye entre Élide y Arcadia en el Peloponeso, que como se indica en el texto no daba sus aguas al mar. El diálogo alude a su pasión amorosa por una de las ninfas de Ártemis, Aretusa, a la que persiguió hasta Sicilia donde la ninfa quedó metamorfoseada en fuente.

POSEIDÓN. — Entonces, ¿estás enamorado de una mujer o de una ninfa o de alguna de las Nereidas?

ALFEO. — ¡Qué va! De una fuente, Poseidón.

POSEIDÓN. — ¿Y en qué parte de la tierra fluye tu fuente?

ALFEO. — Es isleña, siciliana; Aretusa la llaman.

2 POSEIDÓN. — Sé bien que no es nada fea Aretusa, Alfeo, sino que es cristalina y brota sonoramente por sitio puro y su agua se da a ver a los guijarros mostrándose sobre ellos con aspecto de plata.

ALFEO. — ¡Pero qué requetebién conoces la fuente, Poseidón! En fin, me marcho a su vera.

POSEIDÓN. — ¡Pues vete y buena suerte en el amor! Por cierto, dime ¿dónde viste a Aretusa siendo tú arcadio y estando ella en Siracusa?

ALFEO. — Con preguntas indiscretas, Poseidón, me estás reteniendo y tengo prisa.

POSEIDÓN. — Tienes razón, ve corriendo a la vera de tu amada, y luego de emerger del mar, mézclate con la fuente y sed los dos una sola agua.

4

MENELAO Y PROTEO

1 MENELAO. — Que te conviertas en agua, Proteo[8], es convincente[9], pues eres marino; que te conviertas en árbol,

[8] Divinidad marina que se ocupaba de los animales marinos que tenía a su cargo Poseidón, dotado de un don especial para metamorfosearse en un sinfín de cosas y animales, capacidad que ejercita cuando no desea responder a quienes le preguntan sabedores de que poseía el don de la profecía. El diálogo en cuestión parodia un episodio de la *Odisea* IV 349 y sigs. y 385, en que vuelve a mencionarse a Proteo.

[9] El texto griego dice «no es algo que no sea convincente», en doble negación que hemos deshecho en aras de una mayor agilidad.

pase; que te hayas convertido en león, aún podría admitirse; pero que teniendo tu morada en el mar te sea posible convertirte en fuego, eso sí que me llama la atención, y no me lo creo en absoluto.

PROTEO. —Pues que no te la llame, Menelao, que me convierto.

MENELAO. —Lo he visto personalmente, pero me parece —deja que se te diga— que le das al tema un cierto aire de patraña y que engañas los ojos de quienes te miran sin convertirte realmente en nada que se le parezca.

PROTEO. —Pero ¿qué engaño podía haber en asuntos 2
tan clarísimos? ¿No viste con los ojos bien abiertos en cuántas cosas me transformé? Pero si desconfías y te parece que todo esto es mentira, como si tuvieras una especie de visión plantada delante de los ojos, luego que me haya convertido en fuego, acércame, buen hombre, la mano, así sabrás si soy tan sólo una visión o si tengo entonces la propiedad de quemar.

MENELAO. —No es segura la prueba, Proteo.

PROTEO. —Me parece, Menelao, que no has visto nunca un pulpo ni sabes lo que le pasa a ese pez.

MENELAO. —Ya lo creo que he visto un pulpo, pero gustosamente aprendería de tu boca lo que le pasa.

PROTEO. —Cuando acercándose a una roca adapta sus 3
ventosas a ella y se queda pegado en los repliegues, se hace igual a aquélla y cambia la piel imitando a la roca, de modo que pasa desapercibido a los pescadores sin cambiar ni darse a ver como es, sino permaneciendo parecido a la piedra.

MENELAO. —Eso dicen, pero tu caso, Proteo, es mucho más pintoresco.

PROTEO. —No sé, Menelao, en qué otra cosa podrías confiar si desconfías de tus propios ojos.

MENELAO.—Lo sé, pero el asunto es fabuloso, la misma persona a la vez fuego y agua.

5 (8)

POSEIDÓN Y LOS DELFINES

1 POSEIDÓN.—Bravo, delfines, porque sois siempre filántropos y hace ya tiempo acompañasteis y acogisteis al hijito de Ino cuando cayó con su madre desde las Escirónidas[10]; incluso ahora has transportado a nado otra vez a ese citarodo a lomos tuyos desde Metimna[11], con su pompa y su cítara y no te quedaste indiferente viéndolo estar a punto de perecer a manos de los marineros.

DELFÍN.—No te sorprendas, Poseidón, que nos portemos tan bien con los hombres, pues somos nosotros ahora peces, nacidos hombres. Y por ello precisamente le reprocho a Dioniso el que nos haya cambiado de forma luego de ser vencidos en batalla naval, cuando debería haberse limitado a someternos tal y como nos había sojuzgado.

POSEIDÓN.—Pues ¿qué es lo que sucedió con el Arión de marras, Delfín?

2 DELFÍN.—Periandro[12], creo, disfrutaba con él y muchas veces le mandaba buscar por su arte. Él, que se había enriquecido a costa del tirano, sintió ganas de volver a Metimna, su patria, navegando, para exhibir su riqueza. Subiendo a

[10] Perseguida por Atamante, Ino cayó al mar en compañía de su hijo Melicertes al que alude el diálogo. Los delfines le recogieron y le llevaron a Corinto. Posteriormente él y su madre fueron objeto de culto bajo los nombres de Palemón y Leucótea, respectivamente.

[11] Arión de Metimna, inventor del ditirambo o al menos el primero en presentarlo en público, si hemos de hacer caso a HERÓDOTO, I 23-24.

[12] Famoso tirano de Corinto.

bordo de una embarcación de unos tipos desalmados, como quiera que dio a entender que transportaba mucho oro y plata, cuando llegó al medio del Egeo se amotinaron contra él los marineros. Él —yo lo iba oyendo todo porque nadaba junto a la nave— les dijo, «puesto que os ha parecido oportuno actuar así, permitidme al menos que me ponga mis vestiduras, que entone un treno por mí mismo y que luego me arroje al agua sin que nadie me tire». Aceptaron los marineros, se puso el vestido, entonó un canto melodioso en grado sumo y se arrojó al mar en la idea de que en el acto moriría. Pero yo, recogiéndolo y montándolo a lomos míos me lo llevé a nado rumbo a Ténaro[13].

POSEIDÓN. — Te alabo tu amor a la música, pues le has dado un digno pago por oír su canto.

6 (9)
POSEIDÓN Y LAS NEREIDAS

POSEIDÓN. — Que ese estrecho donde fue dejada caer 1
la muchacha sea llamado en su honor Helesponto[14]. Y en lo que al cadáver se refiere, Nereidas, luego de haceros cargo de él acercadlo a la Tróade para que le den sepultura los lugareños.

ANFÍTRITE. — De ninguna manera, mejor que sea enterrada aquí en el mar que lleva su nombre, pues sentimos compasión por ella, que ha sufrido lamentabilísimas desgracias a manos de su madrastra.

[13] El Ténaro es un cabo del Peloponeso.

[14] Otra historia romántica de la mitología griega: Frixo y Hele, hijos de Atamante e hijastros de Ino, cayeron al mar al huir de manos de ésta a lomos de un carnero volador; el hermano logró llegar hasta la Cólquide en tanto que Hele dio nombre al Mar de Mármara.

POSEIDÓN. — Eso no es lícito, Anfítrite[15]; no estaría bien que yaciera bajo la arena, así que, como dije, será enterrada en la Tróade o en el Quersoneso. Y será un alivio no pequeño para ella el que dentro de poco a Ino le sucederá lo mismo, pues perseguida por Atamante caerá al mar desde la cima del Citerón[16], precisamente por donde desciende hasta la mar, llevando a su hijo en el regazo. Pero no había más remedio que salvarla también a ella para hacerle un favor a Dioniso, pues Ino es la nodriza que lo ha criado.

2 ANFÍTRITE. — Pues no deberías actuar así, dado lo malvada que es ella.

POSEIDÓN. — Pero es que no conviene dejar de hacerle un favor a Dioniso.

NEREIDAS. — ¿Y qué le sucedió a ella que se cayó del carnero? Pues su hermano Frixo está viajando seguro.

POSEIDÓN. — Por supuesto, es joven y capaz de hacer frente a la marcha. Pero ella, en cambio, que no estaba acostumbrada a viajar a lomos de vehículo tan raro, al dirigir su vista al abismo profundo, muerta de miedo y constreñida del pasmo, con un vértigo total por lo violento del vuelo, perdió el control de los cuernos del carnero a los que se había agarrado y cayó al mar.

NEREIDAS. — ¿Y no debería haberla ayudado su madre Néfele en la caída?

POSEIDÓN. — Sí, pero la Moira es mucho más poderosa que Néfele.

---

[15] Anfítrite, esposa de Poseidón, es la reina del mar.

[16] Véase la nota 10 al diálogo anterior.

7 (5)

PÁNOPE Y GALENE

PÁNOPE. —¿Viste, Galene[17], qué clase de acción llevó a 1
cabo Éride en el banquete celebrado ayer en Tesalia porque no fue invitada al simposio?

GALENE. —Es que yo no asistí con vosotras a la comida, Poseidón me ordenó, Pánope, que durante ese tiempo mantuviera el mar sin olas. Pero ¿qué es lo que hizo Éride aun sin estar presente?

PÁNOPE. —Tetis y Peleo se habían marchado a la cama acompañados por Anfítrite y Poseidón. Éride[18], entre tanto, sin que nadie se diera cuenta —pudo hacerlo con facilidad pues unos bebían y otros aplaudían con la atención puesta en Apolo, que tocaba la cítara o en las Musas, que cantaban— lanzó en medio de los asistentes una manzana preciosa, toda ella de oro, Galene, sobre cuya piel había escrito «Para la más hermosa»[19]; la manzana luego de dar unas cuantas vueltas fue a parar como aposta adonde estaban reclinadas Hera, Afrodita y Atenea. Y una vez que 2
Hermes cogiéndola del suelo leyó la inscripción, nosotras, las Nereidas, nos quedamos calladas, ¿qué debíamos hacer estando ellas presentes? Ellas forcejearon entre sí y cada una se consideraba acreedora a la manzana. Y si Zeus no las hubiera separado, puede incluso que hubieran llegado a las

[17] Pánope y Galene son dos Nereidas, cuyos nombres parecen relacionarse con la buena visibilidad (*pan*, «total» y *ópē*, «visión») y con la bonanza de la mar en calma (*galḗnē*, «bonanza»).

[18] La Discordia personificada en la figura de Éride, que no fue invitada a las bodas de Tetis y Peleo, a las que sí fueron invitados todos los dioses. El episodio al que se alude es el conocido como «la manzana de la discordia».

[19] La inscripción literalmente decía *hē kalḕ labétō*, «que la coja la guapa».

manos. Pero él les dijo: «No voy a juzgar yo sobre este punto» —y eso que ellas lo consideraban idóneo para dictaminar—, marchad al Ida, a casa del hijo de Príamo que, como buen amante de la belleza, sabe dictaminar lo más hermoso y no emitiría un mal fallo.

GALENE. —¿Y qué hicieron las diosas, Pánope?

PÁNOPE. —Hoy, creo, marchan al Ida y alguien vendrá al cabo de un rato con la noticia de quién es la vencedora.

GALENE. —Ya te digo yo que estando en el certamen Afrodita no habrá otra vencedora, a no ser que el juez sea un miope.

8 (6)
TRITÓN Y POSEIDÓN

1 TRITÓN. —Hasta Lerna se acerca, Poseidón, cada día a buscar agua una muchacha que es una preciosidad. No sé yo si he visto a una chica más guapa.

POSEIDÓN. —¿Te refieres, Tritón, a una muchacha libre o a una criada que va a por agua?

TRITÓN. —¡Qué va! Es hija del famoso Egipto, una de las cincuenta; se llama Amímone[20]; me informé de cómo se llamaba y de su linaje. Dánao es sumamente estricto con sus hijas y les enseña a valerse por sí mismas y las envía a

[20] El diálogo gira en torno a la historia de Amímone, una de las hijas de Dánao encargada de buscar agua en la llanura de Argos, sometida a pertinaz sequía por la cólera de Poseidón, quien, sin embargo, se enamoró de la muchacha e hizo brotar una fuente al tiempo que la libró del suplicio al que fueron condenadas sus otras hermanas.

En otras versiones es un sátiro quien acecha a la joven que es salvada de sus garras por Poseidón.

sacar agua del pozo y las educa para que no sean unos pasmarotes.

POSEIDÓN. —¿Y acude aquí ella sola tras hacer un trayecto tan largo desde Argos a Lerna?

TRITÓN. —Ella sola; Argos es tierra sedienta, como 2
sabes, así que no hay más remedio que ir por agua.

POSEIDÓN. —Me has alterado, Tritón, al hablarme de la muchacha, así que vamos hasta ella.

TRITÓN. —Vayamos. Es ya el momento de ir por agua; ya casi está a mitad de camino en dirección a Lerna.

POSEIDÓN. —Pues venga, engancha el carro; como se tarda bastante en enganchar los caballos a la gamella y en preparar el carro, tráeme mejor un delfín de los veloces, que a lomo suyo cabalgaré muy rápidamente.

TRITÓN. —Ahí tienes este delfín, el más veloz.

POSEIDÓN. —Estupendo, vayámonos. Tú ve nadando a mi lado, Tritón. Y ahora que ya estamos en Lerna yo me voy a poner aquí al acecho, tú observa y cuando notes que se acerca...

TRITÓN. —Ahí la tienes, ya se acerca.

POSEIDÓN. —Qué chica tan guapa y tan hermosa. Pero... 3
tendremos que secuestrarla.

AMÍMONE. —¡Eh, hombre!, ¿dónde me llevas raptada? Eres uno de esos mercaderes de esclavas y me parece que te ha enviado mi tío Egipto. Así que voy a llamar a voces a mi padre.

TRITÓN. —Calla, Amímone, que es Poseidón.

AMÍMONE. —¿A santo de qué citas a Poseidón? ¿Por qué intentas forzarme, hombre, y me arrastras al mar? Pobre de mí, si caigo al agua, me ahogaré.

POSEIDÓN. —Tranquila, que no te va a pasar nada malo, antes bien, golpeando la roca con mi tridente haré brotar una fuente que lleve tu nombre. Y tú serás feliz y la

única de tus hermanas que no tendrá que ir por agua después de muerta.

9 (10)

IRIS Y POSEIDÓN

1 IRIS. — A la isla errante[21], Poseidón, que luego de desgajarse de Sicilia ha resultado andar aún nadando bajo el mar, a esa isla, dice Zeus, déjala quieta ya y haz que reaparezca y que sea visible, y que quede sólidamente asentada luego de dejarla bien apuntalada. Que la necesita Zeus.

POSEIDÓN. — Así se hará, Iris. Pero ¿qué ventajas le reportará una vez que haya emergido y no navegue ya más?

IRIS. — Es necesario que Leto dé a luz en ella, anda ya fastidiada con los dolores de parto[22].

POSEIDÓN. — ¿Qué pasa? ¿Es que no le basta el cielo para dar a luz? Y si no el cielo, ¿no podía recibir la tierra entera a su descendencia?

IRIS. — No, Poseidón. En efecto, Hera comprometió a la tierra bajo juramento impresionante a no acoger a Leto cuando estuviera afectada por los dolores del parto, pero es que esta isla queda excluida del juramento pues era invisible.

2 POSEIDÓN. — Comprendo. ¡Quédate quieta, isla, y emerge de las profundidades y no te sumerjas nunca más; antes bien, asiéntate sólidamente y recibe, tú la más dichosa, a los dos hijos de mi hermano, a los más hermosos de los

[21] Evidentemente no puede tratarse sino de la isla de Delos, a un paso de la tan visitada hoy por los turistas Miconos, en el corazón del Egeo. Su nombre tiene que ver con su pequeña historia: *Delos,* «manifiesto, visible, evidente» (cf. CALÍMACO, *Himnos* IV 53).

[22] En efecto, Leto dio a luz agarrada a una palmera en plena isla de Delos a sus dos hijos gemelos Apolo y Ártemis.

dioses. Y vosotros, Tritones, transportad allí a Leto, reine por todo el mar la bonanza. Y respecto a la serpiente que ahora le asusta y la enfurece[23], en cuanto los niños hayan nacido, irán en su búsqueda y vengarán a su madre. Y tú, Iris, vete a anunciarle a Zeus que todo está preparado. Delos se ha quedado quieta, que venga Leto ya y que dé a luz.

10 (11)
JANTO Y EL MAR

JANTO. —Recíbime, mar, que he sufrido enormes pena- 1
lidades, y mitiga mis heridas.

MAR. —¿Qué es esto, Janto?[24]. ¿Quién te ha quemado?

JANTO. —Hefesto; pero es que estoy carbonizado, pobre de mí, e hirviendo.

MAR. —¿Y por qué te echó encima el fuego?

JANTO. —Por culpa del hijo de ésa, de Tetis. Efectivamente, cuando estaba dando muerte a los frigios como quiera que yo, pese a mis súplicas, no conseguía detener su cólera sino que incluso bloqueaba mi cauce con los cadáveres, movido a compasión por aquellos hombres me dirigí sobre él con intención de inundarlo, con la confianza de que,
asustado, se alejara de ellos. Entonces Hefesto —que ca- 2
sualmente andaba por allí cerca— me lanzó todo el fuego, creo, habido y por haber en el Etna y en cualquier otro

[23] Alusión a la sepiente Pitón a la que dio muerte Apolo con sus flechas.

[24] El Janto, río de la región de Ilión, participa activamente a favor de los frigios en los combates que se libran junto a Troya. Homero recoge el pasaje al que alude aquí el propio río, víctima del incendio que a su ribera suscita Hefesto, *Ilíada* XXI 211-382.

lugar. Y quemó mis olmos y mis tamariscos, coció a los pobrecillos peces y a las anguilas. Y a mí, haciéndome salir de mi cauce, por poco si me deja completamente seco; y ves en qué situación me encuentro debido a mis heridas.

MAR. — Turbulento y caliente, Janto, como es lógico; la sangre de los muertos por un lado y el calor del fuego, como dices, por otro. Y te está bien empleado por haberte lanzado sobre mi nieto sin respetar su condición de hijo de una Nereida.

JANTO. — ¿No debía, entonces, sentir compasión por los frigios, mis vecinos?

MAR. — ¿Y no debía Hefesto sentir compasión por Aquiles que es el hijo de Tetis?

11 (7)

NOTO Y CÉFIRO

1 NOTO. — ¿Esa ternera, Céfiro, a la que Hermes lleva a Egipto cruzando del mar, es a la que Zeus violó llevado de amor por ella?

CÉFIRO. — Sí, Noto, no era ternera entonces sino la hija del río Ínaco[25]. Ahora Hera, poseída de celos, la ha convertido en ternera, porque vio que Zeus estaba totalmente enamorado.

NOTO. — ¿Y aún está enamorado de la novilla?

CÉFIRO. — Muchísimo, y por ello la envió a Egipto y

[25] El diálogo trata de la historia de Io, hija de una princesa de Argos y de Ínaco, dios-río de Argos, con quien Zeus mantuvo intensas relaciones amorosas; para que escapara a la cólera de Hera la convirtió en ternera blanca, que anduvo errante hasta llegar a Egipto cruzando el Bósforo, que a raíz de ese episodio adquirió su nombre —«Paso de la Vaca»—, aguijoneada por un pegajoso tábano.

nos dio las órdenes de no provocar olas en el mar[26] hasta que haya llevado a término la travesía a nado para que allí, luego de dar a luz —ya está embarazada—, se conviertan en divinidades ella y su hijo.

NOTO. —¿Una divinidad la ternera?[27]. 2

CÉFIRO. —Y bien importante, Noto, que tendrá mando, según dijo Hermes, sobre los navegantes, y será dueña y señora nuestra, capaz de enviarnos a soplar o de impedirlo a quienquiera de nosotros.

NOTO. —Pues habrá que estar pendientes de ella, Céfiro, si es que es nuestra dueña y señora, por Zeus. Así tal vez llegue a sernos más propicia.

CÉFIRO. —Pero ya ha terminado la travesía y hace señas de dirigirse a tierra. ¿Te fijas que ya no anda a cuatro patas, y que Hermes la ha puesto derecha y ha vuelto a convertirla en una mujer guapísima?

NOTO. —¡Qué extraño es todo esto, Céfiro! Ya ni cuernos ni cola ni pezuñas bisulcas, sino una chica atractiva. Sin embargo, a Hermes, ¿qué le ha pasado que ha cambiado de aspecto y de ser un joven ha pasado a tener cara de perro?[28].

CÉFIRO. —No andemos molestando que él sabe mejor lo que tiene que hacer.

---

[26] Noto y Céfiro, los interlocutores de este diálogo son la personificación de dos vientos; el primero es el viento del Sur, húmedo y cálido; el segundo, hermano del anterior, es el viento del Oeste, que solía representarse en época tardía como un joven alado que repartía flores a su paso.

[27] En la frase anterior para referirse a Io, se emplea *hē boûs*, esto es, la vaca; aquí en cambio, *dámalis*, que apunta más bien a la novilla/ternera.

[28] Posible alusión al sincretismo de Hermes y Anubis, divinidad egipcia con cara de perro, muy en boga en época de Luciano.

12
DÓRIDE Y TETIS

1 DÓRIDE. —¿Por qué lloras, Tetis?

TETIS. — He visto, Dóride, a una chica guapísima metida en una caja por su padre; a ella y a su bebé recién nacido. Su padre ordenó a los marineros que embarcaran la caja, y que una vez bien lejos de tierra, la soltaran en el mar para que perecieran ella, desgraciada, y el bebé[29].

DÓRIDE. —¿Y por qué motivo, hermana? Dímelo si lo sabes con exactitud.

TETIS. —Te daré toda la información. Acrisio, su padre, como ella era guapísima, la había metido en una habitación de bronce a fin de que permaneciera virgen. Entonces —no puedo decir si es verdad—, dicen que Zeus, convertido en oro, vino sobre ella desparramado por el tejado, y que ella al recibir en su regazo la lluvia del dios quedó embarazada; al enterarse el padre, un viejo celoso y de mal humor, se enfadó muchísimo, pues creyó que había sido víctima de adulterio por parte de alguno, y va y la mete en la caja en cuanto dio a luz.

2 DÓRIDE. —¿Y qué hacía ella, Tetis, cuando la estaba metiendo en la caja?

TETIS. —Por ella callaba, Dóride, y aguantaba el castigo, pero por el niño suplicaba llorando que él no muriera y lo mostraba al abuelo; el niñito, ignorante de las desgracias, sonreía al mar. Al recordarlo se me llenan de nuevo los ojos de lágrimas.

DÓRIDE. —También a mí me has hecho llorar. Pero ¿han muerto ya?

[29] El diálogo trae a colación la historia de Dánae y Perseo que aparece ya mencionada con un gran toque poético es SIMÓNIDES, 13D, y tratada en sus detalles en la prosa un tanto tosca de APOLODORO, *Biblioteca* II 4, 1.

TETIS. —¡Qué va! La caja va aún nadando a un lado y otro de Sérifos[30] y los mantiene vivos.

DÓRIDE. —¿Y por qué no la salvamos echándolos en las redes de esos pescadores serifios[31]? Es evidente que ellos los sacarán y los salvarán.

TETIS. —Llevas razón, hagámoslo así, que no perezcan ni ella ni su hijito que es tan lindo.

13
ENIPEO Y POSEIDÓN

ENIPEO. —Voy a decirte la verdad, Poseidón, no está 1
bien esto, has engañado dolosamente a mi amada tomando mi figura y violaste a la muchacha. Ella creía que sufría eso de parte mía y por ello se entregaba.

POSEIDÓN. —Es que tú, Enipeo[32], estabas despreciativo y modorro, que no hacías ni puñetero caso a una chica tan guapa que venía a verte todos los días consumida de amor por ti y disfrutabas haciéndola sufrir; ella yendo de acá para allá por tus orillas y metiéndose en tus aguas, y bañándose, suplicaba constantemente toparse contigo, pero tú te las dabas de duro ante ella.

ENIPEO. —¿Y qué? ¿Y por eso tenías tú que arreba- 2
tarme previamente mi amor, simular ser Enipeo en vez de Poseidón y camelar a Tiro que es una chica ingenua?

---

30 Pequeña isla del Egeo al norte de la isla de Melos y al sur de la de Ceos en la línea del Cabo Sunio.

31 Este momento del mito inspiró a Esquilo para escribir su drama satírico «Los que tiran de la red», *Diktyoul koi,* llegado a nosotros en estado muy fragmentario.

32 Todo el diálogo versa en torno al amor de Enipeo, otro dios-río de Tesalia, por Tiro, a la que violó Poseidón tomando el aspecto del propio río.

POSEIDÓN.—Tarde te pones celoso, Enipeo, cuando antes la mirabas por encima del hombro. Tiro no ha sufrido nada malo pues creía que eras tú quien la violaba.

ENIPEO.—De eso nada, pues al marcharte dijiste que eras Poseidón, lo que la afligió muchísimo. Y yo he resultado ofendido por cuanto que sacaste buen partido de lo mío entonces, cuando rodeado de una ola de púrpura que os ocultó, yaciste con ella en mi lugar.

POSEIDÓN.—Sí; pues tú no querías, Enipeo.

14
TRITÓN Y NEREIDAS

1 TRITÓN.—El monstruo vuestro, Nereidas, el que enviasteis contra Andrómeda la hija de Cefeo, ni tan siquiera se metió con la muchacha como creéis, es más, está ya muerto[33].

NEREIDAS.—¿Y por la acción de quién? ¿Es que Cefeo le puso por delante como cebo a la muchacha y luego se lanzó sobre él y le dio muerte tras tenderle una emboscada en compañía de un gran contingente de hombres?

TRITÓN.—En absoluto, pero creo que conocéis, Ifianasa, a Perseo, el niño de Dánae que fue arrojado al mar en compañía de su madre dentro de una caja por su abuelo materno[34]; vosotras compadeciéndoos de ellos los salvasteis.

[33] Alusión a un monstruo enviado por Poseidón a instancias de las Nereidas sobre las tierras del rey de Etiopía, Cefeo, para castigar la jactancia de su esposa Casiopea, que tenía a gala ser la más hermosa de las Nereidas. Con posterioridad, Perseo dio muerte al monstruo y se casó con Andrómeda.

[34] Cf. *supra,* nota 29.

IFIANASA.[35] —Ya sé a quién te refieres, debe ser ya un joven apuesto y de buen ver.

TRITÓN. —Pues él es quien mató al monstruo.

IFIANASA. —¿Y por qué, Tritón? No era necesario que nos recompensara por haberlo salvado con una acción semejante.

TRITÓN. —Voy a contaros yo todo tal y como sucedió. 2
Él había sido enviado contra las Gorgonas, cumpliendo ese reto a instancias del rey, y una vez que llegó a Libia...

IFIANASA. —¿Cómo, Tritón? ¿Solo o llevó consigo a otros aliados? Pues de otro modo el trayecto es bien difícil.

TRITÓN. —Por el aire fue, que le dio unas alas Atenea. Y así una vez que llegó adonde ellas solían vivir, mientras dormían, creo, él le cortó a Medusa la cabeza y se largó volando.

IFIANASA. —¿Y cómo las vio? Pues son invisibles. Y si alguien llegara a verlas ya no podría ver después nada más.

TRITÓN. —Atenea dio a ver su escudo —esa es al menos la versión que yo escuché de su boca cuando lo contaba a Andrómeda y después a Cefeo—. Atenea, digo, le dio ocasión de ver reflejada en el escudo centelleante, como si de un espejo se tratara, la imagen de Medusa; después, cogiéndola por el pelo con la izquierda, sin dejar de mirar a la imagen, y llevando la hoz en la derecha, le cortó la cabeza, y antes que sus hermanas desperteran se largó volando. Y después que estuvo ya en la costa de Etiopía, 3
cuando volaba ya casi a ras de tierra ve a Andrómeda clavada a un saliente rocoso, bellísima, oh dioses, con la melena suelta, semidesnuda hasta mucho más abajo de los pechos. Al principio, compadecido por su suerte, le pre-

[35] Curiosamente el supuesto coro de Nereidas que había contestado a Tritón deja de hablar para ser dos de sus integrantes, Dóride e Ifianasa, las que tomen la palabra a partir de este punto.

guntó la causa de su castigo, pero al cabo de poco tiempo, preso de amor —era necesario que la muchacha fuera salvada—, decidió ayudarla. Y cuando el monstruo, espantoso, se abalanzaba sobre Andrómeda con intención de devorarla, el joven, elevándose en el aire, descarga sobre él el impacto de la hoz que blande en una mano en tanto que con la otra le muestra a la Gorgona, y lo convierte en piedra; el monstruo yace muerto y la mayor parte de sus miembros, los que vieron a la Medusa, petrificados.

Él, por su parte, tras soltar las ligaduras de la doncella y alargarle la mano, la sujetó cuando bajaba de puntillas por la resbaladiza roca. Ahora se ha casado con ella en la mansión de Cefeo y se la va a llevar a Argos. Así que en vez de muerte encontró boda y no una boda cualquiera.

4 IFIANASA. —En lo que a mí respecta no me aflijo en absoluto por lo ocurrido. Pues ¿en qué pudo faltarnos la muchacha si fue su madre a la que se le subieron los humos hasta el punto de considerarse más hermosa que nosotras?

DÓRIDE. —Es que en su condición de madre habría sentido dolor por su hija.

IFIANASA. —No nos acordemos ya más, Dóride, de si una mujer bárbara ha ido por ahí charlando más de la cuenta, que bastante castigo ha tenido ya para nosotros con todo el miedo que pasó por su hija. Así que, alegrémonos por la boda.

15

CÉFIRO Y NOTO

1 CÉFIRO. —Desde que existo y soplo no he visto jamás de los jamases una procesión más fastuosa en el mar. ¿No la viste tú, Noto?

NOTO. —¿A qué procesión te refieres?, ¿quiénes eran los que la integraban?

CÉFIRO. — Pues te has perdido un espectáculo preciosísimo, como difícilmente podrás ver otro.

NOTO. — Es que andaba ocupado por el Mar Rojo, y soplé sobre una parte del Índico, la parte litoral del país. Así que no sé nada de lo que cuentas.

CÉFIRO. — Pero conoces a Agenor el de Sidón.

NOTO. — Sí, al padre de Europa. ¿Qué pasa?

CÉFIRO. — Lo que voy a contarte tiene que ver precisamente con ella.

NOTO. —¿Acaso que Zeus está enamorado de la muchacha desde hace mucho? Que eso hace años que lo sabía.

CÉFIRO. — Sí, tú conoces el amor, pero escucha ya lo 2
que pasó después. Europa había bajado a la playa a juguetear con las chicas de su edad; Zeus bajo la forma de un toro compartía el juego con ellas; tenía un aspecto precioso, blanco por completo, con los cuernos bien curvados y una mansa mirada, rebrincaba él también sobre la arena de la playa y emitía unos dulcísimos mugidos hasta el extremo de que Europa se atrevió a montar sobre él. Cuando esto se produjo, Zeus echó a correr al mar a toda velocidad con ella encima y metiéndose en el agua nadaba mientras ella aterrada ante lo sucedido, se aferraba al cuerno con la mano izquierda para no escurrirse, en tanto que con la otra mano sujetaba el peplo agitado por el viento.

NOTO. — Precioso espectáculo viste, Céfiro,... y erótico, 3
a Zeus nadando con su amada.

CÉFIRO. — Pues lo que pasó después, Noto, fue mucho más grato[36]. El mar quedó al instante sin olas atrayendo

[36] Este espectáculo al que alude Céfiro es una perfecta descripción del mar tal y como lo imaginaban los griegos en los momentos de calma y

sobre sí la bonanza, liso como la palma de la mano; nosotros en total reposo nos limitábamos a acompañarlos como simples espectadores de lo que estaba sucediendo. Unos Amorcillos revoloteaban un poquito por encima del mar, de modo que algunas veces tocaban el agua con la punta de los pies, llevaban antorchas encendidas al tiempo que entonaban el himeneo. A su vez las Nereidas, emergiendo, cabalgaban a lomos de los delfines batiendo palmas semidesnudas. La estirpe de los Tritones y todo tipo de habitantes de los mares de aspecto no terrible danzaban todos en torno a la muchacha. Poseidón, montado en su carro con Anfítrite a su lado, iba al frente del cortejo gozoso, abriendo camino a su hermano, que nadaba. Detrás de todos, dos Tritones llevaban a Afrodita sentada sobre una concha mientras esparcía flores de todo tipo sobre la
4 novia; todo eso tuvo lugar desde Fenicia hasta Creta. Pero una vez que llegó a la isla, el toro no se veía por ninguna parte, sino que Zeus tomándola de la mano, condujo a la cueva de Dicte a Europa ruborizada y cabizbaja, pues ya sabía para qué la llevaba allí. Y nosotros, zambulléndonos en el agua, nos dedicábamos a remover el mar cada uno por un sitio distinto.

NOTO. —Dichoso tú, Céfiro, con el espectáculo, yo no veía más que grifos, elefantes y hombres negros.

---

bonanza. La descripción es tan clara que ahorra todo tipo de comentarios. El momento de tal bonanza, el que siguió al rapto de Europa por Zeus convertido en toro.

78

DIÁLOGOS DE LOS DIOSES

Los *Diálogos de los dioses* no son precisamente una colección de estampas o cuadros más o menos idílicos y remansados al modo de los *Marinos* que acabamos de leer.

Disfrazados a veces bajo esa capa de suavidad e incluso en algún caso de cierta ternura, ocultan una invectiva constante a lo más sagrado del alma griega: sus raíces mitológicas. En el centro de las críticas, Zeus en su punto débil: su capacidad para seducir a cualquier precio, de cualquier forma, en cualquier momento y a cualquier persona —hombre o mujer—. A un rey de dioses no parece cuadrarle esta fiebre amorosa. Con machacona insistencia insiste Luciano en ese punto, bien desde la óptica de alguna de esas personas mortales seducidas —como el propio Ganimedes— o desde la suya propia o desde terceras personas, generalmente de su entorno próximo, como la propia y sufrida Hera o el incombustible aunque quejoso Hermes. Son, pues, las estampas más chocantes y grotescas del mito las que se traen a colación sin ningún disimulo. Pensemos en el increíble nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus con Hefesto de improvisada comadrona. Así, los aspectos que el mito presenta como más imaginarios y más inverosímiles —las metamorfosis de Zeus son el mejor ejemplo— se ven desde una óptica racionalista en grado sumo. Surge entonces el disparate al que aludíamos en la «Introducción general». El título parece bastante acertado, por cuanto que a lo largo de los veinticinco diálogos toman la palabra todos los componentes del panteón olímpico por antonomasia, con dos excepciones que no

se han destacado y que me parecen significativas: Atenea y Ártemis. Zeus, Hera, Afrodita en repetidas ocasiones, Apolo, Dioniso, Hermes, Ares, Hefesto van desfilando sucesivamente y dan rienda suelta a sus comentarios más o menos impertinentes. Atenea y Ártemis, en cambio, permanecen mudas en el pozo del olvido, con la excepción ya citada de la alusión al episodio del nacimiento de la primera. ¿Es que Luciano no tiene más remedio que ser cauto con la diosa ateniense por antonomasia? ¿Es que no se le puede sacar punta por ningún lado a la saga de Atenea, como no sea la de su pintoresca procedencia? ¿Y Ártemis? ¿No le interesa a Luciano la saga de esta diosa cargada de momentos tensos que podían haberse traído a colación muy oportunamente? Posiblemente el hecho de tratarse de dos vírgenes deje a Luciano desarmado a la hora de disparar sus flechas. No obstante, el carácter marcadamente irascible y vengativo de Ártemis podría haberse explotado tal vez desde el punto de vista literario. En cualquier caso, aquí está la flor y nata del Olimpo expuesta a los dardos ingeniosos de Luciano que se disparan en esta ocasión con singular acierto.

1 (21)
ARES Y HERMES

1 ARES. —¿Oíste, Hermes, qué tipo de amenazas tan desafiantes y tan inconcebibles nos lanzó Zeus?... «Si yo quisiera, afirma, echaría una cuerda desde el cielo, y aunque vosotros colgándoos de ella hicierais fuerza para tirar de mí, vuestro esfuerzo sería vano, pues no lograríais arrastrarme. Yo en cambio si quisiera tirar hacia arriba levantaría en volandas no sólo a vosotros sino incluso la tierra y la mar todos de un golpe[1]. Y toda una serie de amenazas que

[1] Cf. HOMERO, *Ilíada* VIII 19 y sigs., el propio LUCIANO, *Zeus confundido* 4, y *Zeus Trágico* 45.

has oído. Yo desde luego no negaría que él es superior y más fuerte que nosotros por separado; sin embargo me costaría trabajo creer que pudiera rebasarnos siendo tantos como para no poder apechugar con él, máxime añadiendo la tierra y el mar.

HERMES. — Guarda silencio, Ares, que no es seguro 2
pronunciar tales palabras, no vaya a ser que nuestras fruslerías vayan a acarrearnos alguna desgracia.

ARES. — ¿Crees, pues, que iba yo a andar contando estas cosas a todo el mundo y no a ti solo que, bien lo sé, ibas a quedarte mudo como una piedra? Al menos lo que me resultó más ridículo en medio de esa sarta de amenazas no me lo podría callar ante ti. Pues me ha venido a la cabeza que no hace mucho tiempo, cuando Poseidón, Hera y Atenea sublevándose contra él tramaron el modo de encadenarlo luego de prenderlo, sentía él toda clase de temores[2]. Y eso que no eran nada más que tres; y si Tetis, compadeciéndose de él no hubiera llamado en su ayuda a Briareo[3], el de las cien manos, le habrían encadenado con rayo y trueno incluido; al hacer cuenta de esos sucesos me entró la risa por su grandilocuencia altanera.

HERMES. — Calla, te digo, que no es seguro ni para ti el contar semejantes cosas ni para mí el oírlas.

2 (22)
PAN Y HERMES

PAN. — ¡Salud, padre Hermes! 1

HERMES. — Salud a ti también. Pero ¿cómo es que soy yo tu padre?

[2] Con respecto a este complot, véase HOMERO, *Ilíada* I 390 y sigs., y el propio LUCIANO, *Zeus Trágico* 40.

[3] Uno de los gigantes o mejor de los Titanes, a decir de los mitógrafos.

PAN.—¿Es que no eres tú Hermes Cilenio[4]?

HERMES.—Por supuesto que sí. Mas ¿cómo eres tú hijo mío?

PAN.—Soy hijo espurio, bastardo, fruto de tu ímpetu amoroso.

HERMES.—Sí, por Zeus; tal vez de un cabrón que cometió adulterio con una cabra; porque ¿cómo hijo mío, con semejantes cuernos, semejante nariz, semejante barba poblada, patas bisulcas de macho cabrío y con rabo asomando por el culo?

PAN.—En la medida en que te burlas de mí, tu hijo, estás colmándote de insultos a ti mismo, padre, que engendraste y fabricaste semejantes hijos; yo no soy en absoluto culpable.

HERMES.—¿Y quién dices que es tu madre? ¿Será que sin darme cuenta seduje a alguna cabra?

PAN.—No sedujiste a ninguna cabra, pero refresca tu memoria, a ver si en cierta ocasión forzaste en Arcadia a una moza libre... ¿Qué pretendes mordiéndote el dedo y te quedas pasmado? Me estoy refiriendo a Penélope la hija de Icario[5].

HERMES.—¿Y qué le sucedió para parirte cabrón en lugar de semejante a mí?

2 PAN.—Con sus propias palabras te contaré la historia. Al enviarme a Arcadia me dijo: «Hijo, yo soy Penélope la espartiata, tu madre, pero sábete que tienes por padre a un dios, a Hermes, hijo de Maya y de Zeus. Y si llevas cuernos y tienes patas de cabrón, no debes afligirte por ello, que

[4] Este sobrenombre de Hermes hace alusión al nacimiento de Hermes en una cueva del monte Cilene, al sur de Arcadia; en este sentido es «paisano» de Pan, dios de pastores y rebaños cuyo culto se propaga pronto por toda Grecia.

[5] Por más que pueda resultar un tanto sorprendente para el lector esta Penélope a la que alude Pan es la virtuosa esposa de Ulises.

cuando tu padre se acostó conmigo adoptó la imagen de un macho cabrío a fin de pasar desapercibido y de resultas de ello saliste tú parecido a un cabrón.

HERMES.—Sí, por Zeus, ya me acuerdo de haber hecho algo semejante. ¿Así que yo, que tanto presumo de mi belleza y que para colmo soy barbilampiño, voy a ser llamado padre tuyo y a ser el hazmerreír de todos por este hijo tan guapo?

PAN.—Yo no voy a dar motivo para que te avergüen- 3
ces de mí, padre. Pues soy músico y toco la siringe con total suavidad y Dioniso no puede hacer nada sin contar conmigo sino que me ha nombrado compañero y miembro de su cortejo, y además le dirijo el coro. Y si pudieras contemplar mis rebaños, cuántos tengo por Tegea y en las laderas del Partenio, te pondrías contentísimo; soy también dueño y señor de toda Arcadia e incluso ayer, como quien dice, luchando como aliado de los Atenienses en Maratón destaqué por mi valor de tal manera que como premio se me concedió la cueva que hay al pie de la Acrópolis. Y caso que vayas a Atenas sabrás lo importante que es allí el nombre de Pan[6].

HERMES.—Y dime, ¿te has casado ya, Pan, pues creo 4
que es así como te llaman?

PAN.—¡Qué va!, padre, pues soy propenso a enamorarme y no me conformaría fácilmente con acostarme con una sola.

HERMES.—A la vista está que andas metiendo mano a las cabras.

PAN.—Te burlas de mí, yo me acuesto con Eco, Pítide y todas las ménades de Dioniso, y se me rifan.

---

[6] Tan importante que en la ladera noroeste de la Acrópolis se encontraba y veneraba la cueva de Pan, cuya intervención legendaria en Maratón es glosada por HERÓDOTO, VI 105, y por el propio LUCIANO, *Doble acusación,* y *Aficionado a la mentira* 3.

HERMES. —¿Sabes, entonces, hijo, cuál es el primer favor que voy a pedirte?

PAN. — Mándame, padre, sepamos cuál es.

HERMES. — Acércate y abrázame, pero mira de no llamarme padre tuyo cuando pueda oírlo otro.

3 (23)
APOLO Y DIONISO

1 APOLO. —¿Cómo podríamos explicar, Dionisio, que siendo hermanos por parte de madre Eros, Hermafrodito y Príapo tengan un aspecto externo y una forma de comportarse tan distintas? porque el uno es muy hermoso, arquero y provisto de una fuerza no pequeña y es dueño y señor de todos; el otro en cambio[7] es afeminado y semihombre y de aspecto ambiguo, no podría distinguirse si se trata de un mozo o de una moza; el tercero es varonil hasta la exageración.

DIONISO. — No hay que extrañarse, pues no tiene Afrodita la culpa de ello sino sus padres que fueron muy distintos; en muchas ocasiones hijos del mismo padre nacidos de un solo vientre resultan el uno varón y el otro hembra como vosotros.

APOLO. — Sí, pero nosotros somos parecidos y tenemos los mismos comportamientos, pues ambos somos arqueros.

DIONISO. — Hasta el arco llega el parecido, Apolo, pues otras facetas no son semejantes; así Ártemis anda matando extranjeros en el país de los escitas, en tanto que tú das oráculos y sanas a los enfermos.

[7] El primero es Eros, el segundo es Hermafrodito y el tercero es Príapo.

APOLO. —¿Tú crees que mi hermana está contenta en el 2
país de los escitas, ella que está preparada, caso que llegue un griego a la Táuride, a embarcarse con él porque le dan asco las matanzas?[8].

DIONISO. —Hace bien. Sin embargo, Príapo..., voy a contarte una historia muy graciosa. Estando ayer como quien dice en Lámpsaco, andaba yo por la ciudad; él me acogió y me dio hospitalidad en su casa. Después de acostarnos luego de habernos empapado de lo lindo en el banquete, al filo de la media noche el buen hombre se levantó y... me da vergüenza decirlo.

APOLO. —¿Intentó meterte mano, Dioniso?

DIONISO. —Algo así.

APOLO. —¿Y tú cómo reaccionaste?

DIONISO. —¿Qué otra cosa iba a hacer que echarme a reír?

APOLO. —Hiciste muy bien en no reaccionar de forma airada o violenta, pues es disculpable, siendo tú tan apuesto como eres, que intentara meterte mano.

DIONISO. —Precisamente por ello podría intentar sus tanteos contigo, Apolo, que tú también eres guapo, de larga cabellera, así que aun estando sobrio, bien podría Príapo meterte mano.

APOLO. —Pero no me la va a meter, Dioniso, porque además de la melena tengo también el arco y las flechas.

4 (24)
HERMES Y MAYA

HERMES. —¿Es que hay en el cielo, madre, una divini- 1
dad más desgraciada que yo?

[8] Alusión al papel que desempeña Ártemis en la *Ifigenia entre los Tauros* en versión de Eurípides.

MAYA. — No digas una cosa así, Hermes.

HERMES. — ¿Cómo no voy a decirla yo que tengo tantísimos asuntos que atender y trabajar yo solo desperdigándome en tantos servicios? Por la mañana recién levantado tengo que barrer la sala del banquete, y luego de extender el cojín del diván y poner en orden cada cosa, presentarme a Zeus y hacer llegar sus recados, corriendo todo el santo día para arriba y para abajo, y cuando vuelvo, manchado aún de polvo, servir la ambrosía. Y antes de que llegara el copero ese recién adquirido, tenía yo también que escanciar el néctar[9]. Y lo peor del caso es que de todos soy el único que no duerme por la noche, sino que entonces he de llevarle en comitiva las almas a Plutón, acompañar a los muertos y estar presente en la sesión del tribunal. Por lo visto no tengo bastante con mis quehaceres diurnos, a saber, estar en las palestras, actuar de pregonero en las asambleas e instruir a los oradores, sino que encima, dividido en trozos[10], he de organizar los asuntos de los muertos.

2 Los hijos de Leda[11], en cambio, están cada uno de ellos un día en el cielo y otro en el Hades, en tanto que a mí me toca inexorablemente hacer todas esas tareas en el mismo día. Y los hijos de Alcmena y de Sémele[12], pese a haber sido engendrados de mortales desdichados, disfrutan de lo lindo, sin cavilaciones de ningún tipo. Yo, en cambio, el hijo de Maya la Atlántida, estoy a su servicio. Incluso ahora mismo, recién llegado de Sidón de la casa de la hija de

---

[9] Menciona Hermes a Ganimedes, que raptado por Zeus pasó a su servicio como copero de los dioses, descargando al dios del caduceo de este menester.

[10] Así dice literalmente el texto griego; en castellano cuando alguien debe realizar varias funciones al mismo tiempo decimos que actúa «multiplicándose».

[11] Alusión a Cástor y Pólux.

[12] Alusión a Heracles y Dioniso, respectivamente.

Cadmo a donde me envió para ver qué es lo que hace la niña [13], sin darme un respiro me ha enviado otra vez a Argos para visitar a Dánae: «y desde allí —me dice— te vas a Beocia y al paso échale un vistazo a Antíope» [14]. En resumen, que estoy hasta el gorro. Por lo menos, si pudiera, gustosamente pediría que me vendieran como los que en la tierra viven en desgraciada esclavitud.

MAYA. — Deja eso, hijo, que siendo joven como eres tienes que estar al servicio de tu padre. Y ahora, como te envió, sal pitando para Argos y después a Beocia, no sea que por racanear te lleves algún palo que otro, pues los enamorados se cabrean enseguida.

5 (1)
PROMETEO Y ZEUS

PROMETEO. — Suéltame, Zeus, que ya he sufrido su- 1
frimientos terribles.

ZEUS. — ¿Que te suelte dices, tú, que deberías tener cadenas [15] aún más pesadas y el Cáucaso entero sobre tu cabeza, con dieciséis buitres que no sólo te punzaran el hígado sino que te horadaran los ojos, por habernos modelado a unos seres vivos como los hombres, habernos robado el fuego y habernos fabricado a las mujeres? ¿Y el modo en que me engañaste en el reparto de las carnes, ofreciéndome huesos cubiertos de grasa mientras guardabas para ti las mejores tajadas?, ¿qué se puede decir al respecto?

---

[13] Alusión probable a Europa más que a Ino.

[14] Una de las hijas del dios-río Asopo, prisionera de Lico que posteriormente consiguió escapar a su cautiverio.

[15] Todo lo relativo a la historia de Prometeo está mencionado por Luciano en los diálogos 23 y 71, en HESÍODO, *Trabajos y Días* 47 y sigs., y *Teogonía* 510 y sigs. Esquilo, por su parte, tiene una tragedia íntegramente dedicada al tema.

PROMETEO.—¿Y no basta ya con el castigo que he cumplido, estando tanto tiempo encadenado al Cáucaso, alimentando con mi hígado al águila, maldita ave donde las haya?

ZEUS.—Pues eso no es ni una parte insignificante de lo que tienes que sufrir.

PROMETEO.—Y además no me vas a soltar gratis pues te voy a desvelar, Zeus, algo muy importante[16].

2 ZEUS.—No intentes engañarme con palabrerías, Prometeo.

PROMETEO.—¿Y qué sacaría yo en limpio con ello? No dejarás de saber otra vez dónde está el Cáucaso, ni te faltarán cadenas si me pillas maquinando alguna maniobra.

ZEUS.—Di antes qué recompensa me vas a ofrecer que sea importante para mí.

PROMETEO.—¿Y si te digo a dónde diriges tus pasos ahora, me haré acreedor a tu confianza incluso cuando te dé los restantes vaticinios?

ZEUS.—¿Cómo no?

PROMETEO.—A casa de Tetis diriges tus pasos para acostarte con ella.

ZEUS.—Eso lo acertaste. Pero, ¿qué pasará después? Parece que vas a decir algo.

PROMETEO.—No se te ocurra hacer el amor con ella, pues si quedara embarazada de ti, el hijo que naciera te haría lo mismo que hiciste tú a...

ZEUS.—¿Estás diciendo que seré derribado del poder?

PROMETEO.—Ojalá no sea así, pero la unión con ella comporta esta amenaza.

---

16 Las palabras de Prometeo no indican algo importante, sino algo de inexorable cumplimiento, literalmente, algo que se desvela líneas más abajo. Si Zeus se acuesta con Tetis, inexorablemente será derribado del poder; se trata, pues, de un hecho de suma importancia al que Zeus sólo puede escapar renunciando a sus pasiones por Tetis.

ZEUS. — Que se vaya a hacer puñetas entonces Tetis. Y a ti que por tu información te suelte Hefesto.

6 (2)

EROS Y ZEUS

EROS. — Pero si en algo fallé, Zeus, perdóname que soy 1 un niño.

ZEUS. — ¿Un niño tú, Eros, que eres más viejo que Jápeto[17]? ¿O porque no tienes barba ni canas estimas lógico pasar por un retoño tú, que eres un viejo y un canalla?

EROS. — ¿Y qué gran ofensa ha cometido contra ti el viejo que dices que soy yo para que proyectes encadenarme?

ZEUS. — Mira a ver, maldito, si la ofensa es de poca monta, tú que te burlas de mí de tal modo que no hay nada ya en que no me hayas convertido: sátiro, toro, oro, cisne, águila[18]. Por el contrario, no has logrado que ninguna se enamorara de mí, ni acierto a comprender que haya yo resultado dulce a alguna mujer merced a tu intervención, sino que he tenido que utilizar mil trucos con ellas y ocultar mi personalidad. Ellas abrazan a un cisne, o un toro, pero si me vieran en persona se morirían de miedo.

EROS. — Naturalmente, Zeus, pues como son mortales 2 no resisten tu mirada.

---

[17] Jápeto era un titán; su antigüedad era, pues, probada. Sobre la antigüedad, aún mayor, de Eros, cf. HESÍODO, *Teogonía* 120, 134 y sigs.

[18] Alusión una vez más a las múltiples metamorfosis de Zeus para seducir a mortales: respectivamente, Antíope, Europa, Dánae, Leda y Ganimedes.

ZEUS.—¿Y cómo es que a Apolo lo aman Branco y Jacinto?[19].

EROS.—Pero Dafne lo rechazó a él también y eso que tenía larga melena y rostro barbilampiño. Si quieres ser objeto de su amor no agites la égida ni lleves el rayo, antes bien, hazte lo más seductor posible, blando a la vista, dejando caer tus rizos y recogiéndotelos con la diadema; ponte vestido de púrpura, cálzate sandalias de oro, camina cadencioso al son de la flauta y los tímpanos y verás cómo te acompañan más mujeres que las ménades de Dioniso.

ZEUS.—¡Fuera! Si tengo que ponerme con esas pintas prefiero no ser un seductor.

EROS.—Así las cosas, Zeus, no pretendas seducir, pues ésta es la forma más apropiada.

ZEUS.—No; que yo quiero hacer el amor, pero por unos procedimientos menos complicados que esos. Con esas condiciones, te voy a soltar.

7 (3)
ZEUS Y HERMES

1 ZEUS.—¿Conoces a la hija de Ínaco, Hermes, a esa tan guapa?

HERMES.—Sí, ¿te refieres a Io?

ZEUS.—Ya no es una chica sino una ternera[20].

---

[19] Dos jóvenes de quienes se enamoró Apolo: Branco, era hijo de un héroe oriundo de Delfos y había fundado un oráculo en Dídima; por su parte, Jacinto quedó metamorfoseado en flor si hemos de hacer caso a la versión de OVIDIO, *Metamorfosis* X 162 y sigs.

[20] El tema de Zeus e Io, convertida en ternera debido a los celos de Hera, está tratado por APOLODORO, *Biblioteca* III 1, 3, y OVIDIO, *Metamorfosis* I 568 y sigs. También Esquilo la hace aparecer en *Prometeo Encadenado* 563 y sigs.

HERMES. — Eso es prodigioso. ¿De qué modo se produjo el cambio?

ZEUS. — Hera, transida de celos, la transformó. Pero ahora acaba de maquinar contra la desdichada otra terrible idea; le ha puesto pegada a ella a un pastor —Argo se llama— que tiene cien ojos que apacienta a la ternera y está siempre despierto.

HERMES. — ¿Y qué conviene que hagamos nosotros?

ZEUS. — Vete volando a Nemea, que es allí donde Argo ejerce su oficio de pastor, y mátalo. Y a Io, luego de llevarla a Egipto a través del mar, conviértela en Isis. Y que en adelante sea una divinidad para los habitantes del lugar y haga crecer el Nilo y les envíe vientos y salve a los navegantes.

8 (5)
ZEUS Y HERA

HERA. — Desde que raptaste al mozalbete ese, Zeus, al 1
frigio[21], y lo trajiste del Ida me haces menos caso.

ZEUS. — ¿También estás celosa de este muchacho tan sencillo y tan inocuo? Yo creía que sólo te enfadabas con las mujeres que tienen relaciones conmigo.

HERA. — Ni está bien lo que haces, ni es propio de ti 2
que, siendo dueño y señor de todos los dioses, me abandones a mí, tu legítima esposa, y bajes a la tierra a cometer adulterios convertido en oro, en sátiro o en toro. Sólo que mientras que aquéllas se te quedan en tierra, el muchachito este del Ida al que raptaste y trajiste volando, tú la más

---

21 Alusión obvia al rapto de Ganimedes tratado con detalle en el diálogo 10 «Zeus y Ganimedes» *(infra).*

noble de las águilas, vive aquí con nosotros, posado sobre mi cabeza, en teoría como «escanciador», ¿es que te faltan escanciadores? ¿O es que han renunciado a seguir sirviéndote Hebe[22] y Hefesto?

Tú nunca coges la copa de sus manos sin antes besarlo en presencia de todos, y su beso es para ti más dulce que el néctar y precisamente por ello, muchas veces aunque no tienes sed, pides de beber. Y en ocasiones te limitas a probar la bebida, le entregas la copa, y cuando bebe él, volviéndola tú a coger, bebes lo que queda en ella posando tus labios en el mismo sitio en que él bebió a fin de besarle a la vez que bebes. Ayer mismo como quien dice tú, el rey y padre de todos, dejando a un lado la égida y el rayo, te sentaste a jugar a los dados con él, tú, un tío con toda la barba. Que lo veo todo yo, así que no creas que no me doy cuenta de las cosas.

3 ZEUS. —¿Y qué hay de malo, Hera, en besar a un muchachito tan guapo en plena bebida y disfrutar de ambas cosas, del beso y del néctar? Si le diera yo permiso para que te besara una sola vez, ya no me echarías en cara el que piense que su beso es preferible al néctar.

HERA. — Esas palabras son propias de pederastas. Yo, que no me vuelva tan loca como para acercar mis labios al frigio ese tan blandengue y afeminado.

ZEUS. —No insultes, amiga mía, a mi muchachito. Ese afeminado, ese bárbaro, ese blandengue es para mí más placentero y excitante que... No quiero decírtelo para no cabrearte más aún.

---

[22] Hebe, personificación de la Juventud, cuyas funciones además de la ya mencionada de «escanciadora» de los dioses antes de la llegada de Ganimedes eran preparar el baño a Ares y ayudar a Hera a uncir su carro. Contrasta vivamente con Hefesto, servidor más zafio y tosco, siempre manchado del hollín en la fragua.

HERA.—Por mí, ojalá te casaras con él. Haz memoria 4
al menos de las ofensas que cual borracho me estás infiriendo por culpa del escanciador de marras.

ZEUS.—Vamos, que debería escanciarnos tu hijo Hefesto, el cojo, recién llegado de la fragua, sucio de resultas de las cenizas nada más dejar las tenazas. ¿Y qué?, ¿tenemos nosotros que coger la copa de semejantes dedos al tiempo que lo abrazamos y besarlo mientras? ¡Ni siquiera tú, que eres su madre, lo besarías con agrado con el rostro requemado de hollín! ¡Eso es, por lo visto, más agradable! Vamos, que el escanciador ese es, sin duda, más idóneo para el banquete de los dioses, y a Ganimedes, en cambio, hay que mandarlo otra vez al Ida; claro, que está limpio, tiene dedos sonrosados y alarga la copa como un profesional. Y lo que más te cabrea, sus besos son más dulces que el néctar.

HERA.—Ahora, por lo visto, Zeus, es cuando ese cojo 5
Hefesto y sus dedos no son dignos de tu copa y está lleno de hollín y te desmayas sólo de verlo desde que el Ida nos crió a este mozo tan apuesto. Antes ni te fijabas en todo eso, y ni las cenizas ni la fragua te impedían tomar la bebida de manos suyas.

ZEUS.—Tú misma te atormentas, Hera, y con tus celos no consigues otra cosa que acrecentar mi pasión. Y si te cabrea recibir la bebida de manos de un mozo tan guapo, que te la escancie tu hijo. Y tú, Ganimedes, entrégame a mí solo la copa y por cada vez que me la acerques me das dos besos, uno cuando me la ofrezcas llena y otro cuando la vuelvas a recibir de mis manos. ¿Qué pasa? ¿Estás llorando? No tengas miedo, que si alguien pretende afligirte lo lamentará.

9 (6)
HERA Y ZEUS

1 HERA. —Y el Ixión ese, ¿qué clase de hombre crees tú que es?

ZEUS. —Es una buena persona y un buen compañero de banquete, pues no estaría con nosotros si fuera indigno de compartir nuestra mesa.

HERA. —Pues es indigno en grado sumo porque es un insolente; así que, deje ya de sentarse en nuestra mesa.

ZEUS. —¿Y qué clase de insolencia es la que cometió? Conviene, creo, que yo también lo sepa.

HERA. —¿Pues cuál va a ser sino...? Vergüenza me da contártelo; tal fue su grado de osadía.

ZEUS. —Pues con más razón precisamente por ello deberías decírmelo, ya que ha intentado llevar a cabo alguna acción vergonzosa. ¿Acaso trataba de meter mano a alguna? Pues comprendo que es alguna desfachatez de este estilo la que tienes reparos en contarme.

2 HERA. —A mí en persona y no a otra cualquiera[23], Zeus, y desde hace ya mucho tiempo. Al principio no captaba yo el problema, por qué razón clavaba la mirada en mí; pero él suspiraba y lloriqueaba y siempre que yo le entregaba la copa a Ganimedes después de beber, él pedía beber en esa misma copa y cogiéndola la colmaba de besos, la acercaba a sus ojos y de nuevo volvía a dirigirme la mirada. Entonces comprendí que eran gestos amorosos. Y durante mucho tiempo me daba vergüenza contártelo y pensaba que al individuo en cuestión se le pasaría la chifladura. Mas luego

[23] La historia de Ixión, encadenado a una rueda de fuego que giraba en los aires sin cesar como castigo por haber intentado seducir a Hera. Cf. al respecto PÍNDARO, *Píticas* 2, 21 y sigs.; DIODORO SÍCULO, IV 69, 3, y APOLODORO, *Epítome* 1, 20.

que ha tenido la osadía de declarárseme, tras dejarlo lloroso y retorciéndose por el suelo, tapándome los oídos para no escuchar proposiciones tan insolentes, he venido a contártelo. Tú verás cómo castigas a este individuo.

ZEUS. —¡Vaya con el cabrón este! ¿Así que conspira 3
contra mí y aspira a casarse con Hera? ¿Tan borracho lo ha puesto el néctar? Nosotros somos los culpables de ello, pues, llevados de una excesiva filantropía, los hemos hecho copartícipes de nuestra mesa. Claro, que habría que perdonarles si bebiendo lo mismo que nosotros y viendo bellezas celestiales cual jamás antes las vieron sobre la faz de la tierra, anhelan gozar de ellas, presos del amor. Que el amor es algo violento y no sólo se adueña de los hombres sino también en ocasiones de nosotros mismos.

HERA. —De ti, desde luego, es dueño y señor, te lleva y te arrastra como dice el refrán por la nariz y tú lo sigues allí donde te guíe y fácilmente te transformas en lo que él te ordene; en una palabra, que eres objeto y juguete del amor. Y ahora ya sé que vas a perdonar a Ixión porque tú también en cierta ocasión cometiste adulterio con su mujer[24], que te engendró a Pirítoo.

ZEUS. —¿Aún te acuerdas de las diversiones con los 4
que me entretenía al bajar a la tierra? Pero, ¿sabes qué opinión tengo de Ixión? En modo alguno castigarlo o dejarlo fuera del banquete, estaría feo. Pero puesto que está enamorado, según dices, y anda llorando y sufre lo insufrible...

HERA. —¿Qué, Zeus? Temo que vayas a formular una propuesta insolente.

ZEUS. —En absoluto; si modelamos de una nube una imagen que se parezca a ti, una vez que el banquete haya acabado y él, como es lógico, no pueda conciliar el sueño

[24] Alusión a Día, esposa de Ixión; Pirítoo es presentado como tal en *Ilíada* XIV 318.

por culpa del amor, se la llevaremos y la acostaremos con él, así tal vez dejará de afligirse cuando crea que ha alcanzado sus deseos.

HERA. —¡Quita, quita! Que se vaya a hacer puñetas por codiciar lo que está por encima de él.

ZEUS. —Sin embargo cálmate, Hera, ¿qué daño podrías sufrir de una imagen, en caso que Ixión se una con una nube?

HERA. —Pero yo pareceré ser la nube y a causa de ese parecido cometeré ese acto ignominioso contra mí.

ZEUS. —No digas eso, que ni la nube podrá jamás ser Hera, ni tú la nube; Ixión será la única víctima del engaño.

HERA. —Pero los hombres todos son vulgares; tal vez cuando baje presumirá e irá explicando a todos que se ha acostado con Hera y que ha compartido el lecho de Zeus, e incluso podría decir que yo estaba enamorada de él, y ellos —los hombres— darán crédito a sus palabras pues no saben que se acostó con una nube.

ZEUS. —Bien, pues caso que cuente historias semejantes lo dejaré caer en el Hades y, encadenado, pobre de él, a una rueda, estará siempre dando vueltas con ella y tendrá un quehacer inacabable como castigo no de su pasión amorosa —que eso no es nada malo— sino de su arrogancia.

10 (4)
ZEUS Y GANIMEDES

1 ZEUS. —¡Vamos, Ganimedes! Ya hemos llegado adonde debíamos llegar; bésame ya para que veas que no tengo ni pico enconvardo ni uñas afiladas, ni alas tal como me di a ver a ti con aspecto de ave.

GANIMEDES. —¡Hombre! ¿No eras hace un instante un

águila que lanzándote sobre mí me raptaste de en medio del rebaño? ¿Cómo se te han caído las alas y has cobrado ya un aspecto distinto?

ZEUS. — Pues no estás viendo a un hombre, muchacho, ni a un águila; el rey de todos los dioses, ése soy yo que me transformé según pedía la ocasión.

GANIMEDES. — ¿Qué dices? ¿Así que tú eres el famoso Pan? ¿Entonces cómo es que no llevas siringe ni cuernos ni tienes las patas peludas?

ZEUS. — ¿Piensas, pues, que no hay más dios que él?

GANIMEDES. — Sí, y le sacrificamos un cabrón íntegro llevándolo hasta la gruta en donde está plantado[25]; pero tú me parece que eres un vulgar bandido.

ZEUS. — Dime; ¿no has oído nunca el nombre de Zeus 2
ni viste en el Gárgaro un altar del que hace llover y produce relámpagos?

GANIMEDES. — ¿Así que dices, buen hombre, que eres el que ayer como quien dice nos envió una enorme tormenta, el que se dice que habita en las alturas, el que produce el ruido, a quien mi padre ofrendó en sacrificio un carnero? ¿Qué ofensa te he inferido para que me raptaras, rey de los dioses? Tal vez los lobos cayendo sobre mis rebaños abandonados los despedazarán.

ZEUS. — ¿Aún te preocupas de los rebaños ahora que has pasado a ser inmortal y que estarás aquí en nuestra compañía?

GANIMEDES. — ¿Qué dices? ¿No me vas a llevar hoy al Ida?

ZEUS. — En modo alguno, pues me habría convertido de dios en águila para nada.

GANIMEDES. — ¿Entonces mi padre me buscará y se

[25] El texto griego utiliza esa expresión literal para indicar que tiene ahí su estatua.

disgustará si no me encuentra y recibiré luego unos cuantos golpes por haber dejado el rebaño?

ZEUS. —¿Y dónde te verá?

GANIMEDES. —En modo alguno; yo lo estoy echando ya de menos. Si me llevas allí te prometo ofrecerte en sacrificio otro carnero de su parte como pago por mi rescate; tenemos uno de tres años, grande, el que guía a los demás al pasto.

3 ZEUS. —¡Qué ingenuo y qué cándido es el muchacho! ¡Es aún muy niño! —Pero, Ganimedes, manda a paseo todo eso y olvídate del rebaño y del Ida. Tú eres ya un «celícola»—. Desde aquí podrás hacer favores a tu padre y a tu patria, y en lugar de queso y leche comerás ambrosía y beberás néctar, pues realmente nos lo ofrecerás al tiempo de escanciarlo a todos nosotros. Y lo más importante, no serás ya un hombre, sino un dios inmortal y yo haré que tu estrella resplandezca en grado sumo; en dos palabras: serás feliz.

GANIMEDES. —Y si me apetece jugar, ¿quién compartirá conmigo los juegos? Pues en el Ida hay muchos de mi misma edad.

ZEUS. —También aquí tienes para jugar contigo a Eros y muchísimas tabas. Limítate a estar animoso y radiante y a no echar de menos en absoluto lo de allí abajo.

4 GANIMEDES. —¿Y en qué faceta podría seros útil? ¿Es que tendré que apacentar rebaños aquí también?

ZEUS. —No, sino que escanciarás el vino, estarás encargado del néctar y cuidarás del banquete.

GANIMEDES. —Eso no es difícil, pues yo ya sé cómo hay que servir la leche y ofrecer el cuenco.

ZEUS. —¡Y dale! Otra vez se acuerda de la leche y cree que va a estar al servicio de mortales, que esto es el cielo y lo que bebemos, como te dije, es el néctar.

GANIMEDES. —¿Y está más rico que la leche?

ZEUS. — Enseguida lo sabrás, y cuando lo pruebes dejarás de echar de menos la leche.

GANIMEDES. — ¿Y dónde voy a acostarme por la noche? ¿Acaso con Eros, que es de mi edad?

ZEUS. — No, que precisamente por eso te rapté, para que durmiéramos juntos.

GANIMEDES. — ¿No podrías tu dormir solo, sino que te resulta más agradable hacerlo conmigo?

ZEUS. — Sí, y con alguien como tú, Ganimedes, agradable sobremanera.

GANIMEDES. — ¿Y mi belleza, qué ventajas te va a 5
reportar para conciliar el sueño?

ZEUS. — Ejerce una suave fascinación y hace el sueño más placentero.

GANIMEDES. — Pues mi padre se enfadaba conmigo cuando dormía con él y al alba me explicaba que no le había dejado dormir dando vueltas y patadas y berreando en sueños mientras dormía; así que me solía mandar a dormir con mi madre en muchas ocasiones. Si me has raptado para eso, es ya el momento de devolverme a la tierra o tendrás problemas de insomnio, pues te voy a hacer la puñeta sin parar de dar vueltas.

ZEUS. — Precisamente en eso me proporcionarás el mayor placer, si me despierto contigo besándote y abrazándote sin parar.

GANIMEDES. — Tú sabrás, pues yo estaré bien dormido mientras me besas.

ZEUS. — Ya veremos entonces lo que hay que hacer; Ahora, Hermes, llévatelo y, una vez que haya bebido la bebida de la inmortalidad, tráelo aquí para que nos escancie y enséñale previamente cómo hay que ofrecer la copa.

11 (7)
HEFESTO Y APOLO

1 HEFESTO.—¿Has visto, Apolo, al retoño de Maya, al recién nacido, qué guapo es y cómo les sonríe a todos y da ya a ver que va a ser algo bueno?

APOLO.—¿Que ese niño, Hefesto, va a ser algo bueno él, que en picardía es ya más viejo que Jápeto?

HEFESTO.—¿Y qué daño puede hacer si es un niño recién nacido?

APOLO.—Pregúntale a Poseidón, a quien robó el tridente, o a Ares; también a este último le quitó la espada de la vaina sin que se diera cuenta. Eso por no hablar de mí mismo, a quien ha quitado el arco y las flechas[26].

2 HEFESTO.—¿Eso ha hecho el bebé este que apenas se tiene de pie, el que está envuelto en pañales?

APOLO.—Ya lo verás, basta con que se te acerque.

HEFESTO.—Pues se me ha acercado ya.

APOLO.—¿Y qué? ¿Tienes todas tus herramientas? ¿No se te ha perdido ninguna?

HEFESTO.—Todas, Apolo.

APOLO.—De todos modos mira bien.

HEFESTO.—¡Por Zeus! No veo las tenazas.

APOLO.—Las verás, seguro, en los pañales del bebé.

HEFESTO.—¿Tan buena mano tiene como si se hubiera estado entrenando para robar en el vientre de su madre?

3 APOLO.—¡Y no lo has oído; con qué ingenio y con qué soltura parlotea! Incluso le gustaría ponerse a nuestro servicio. Ayer, desafiando a Eros, lo tiró al suelo en un voleo, no sé cómo, poniéndole la zancadilla con ambos pies; des-

---

[26] El tema de los hurtos precoces de Hermes puede seguirse entre otros en el Himno homérico a Hermes, y en el drama satírico de Sófocles *Ichneutaí.*

pués, a la hora de celebrar su victoria, a Afrodita que lo abrazaba por ella, le quitó el cinturón y a Zeus, mientras se reía, el cetro. Y si el rayo no fuera tan pesado y no tuviera fuego, se lo habría quitado también.

HEFESTO. — Me estás hablando de un niño espabilado por encima de lo normal.

APOLO. — Pero no para ahí la cosa; también es músico.

HEFESTO. — ¿En qué te basas para afirmarlo?

APOLO. — Tras encontrar por ahí una tortuga muerta 4
se fabricó con ella un instrumento; adaptándole brazos y una barra, ajustando después unas clavijas y poniendo debajo una especie de puente y tensando siete cuerdas, entonaba una melodía, Hefesto, afinada y armoniosa hasta el punto de suscitar mi envidia, yo, que llevo ya mucho tiempo tocando la cítara. Y decía Maya que ni siquiera permanecería por las noches en el cielo, sino que movido por una excesiva curiosidad bajaría hasta el Hades, sin duda para robar algo allí también. Además lleva alas en los pies y se ha fabricado una varita que tiene una fuerza prodigiosa con la que acompaña las almas y lleva a los muertos hasta abajo.

HEFESTO. — Yo se la di para que jugara.

APOLO. — Pues buen pago te ha dado a cambio; las tenazas...

HEFESTO. — Has hecho bien en recordármelo; voy a darme un garbeo a ver si las recupero, si es que, como dices, a lo mejor se encuentran entre los pañales.

12 (9)
POSEIDÓN Y HERMES

POSEIDÓN. — ¿Es posible, Hermes, tener una entrevista 1
con Zeus?

HERMES. — En absoluto, Poseidón.

POSEIDÓN. — De todos modos, anuncia mi visita.

HERMES. — Que no molestes, te estoy diciendo; es un momento inoportuno, así que ahora mismo no lo vas a poder ver.

POSEIDÓN. — ¿Es que está con Hera?

HERMES. — No; se trata de un tema de otra índole.

POSEIDÓN. — Comprendo; es que está dentro Ganimedes.

HERMES. — Tampoco es eso; es que está pachucho.

POSEIDÓN. — ¿Y de dónde le viene el mal? Me extraña lo que dices.

HERMES. — Me da vergüenza decírtelo; tal es lo que le pasa.

POSEIDÓN. — Pues no debería darte, que para eso soy tu tío.

HERMES. — Acaba de dar a luz, Poseidón.

POSEIDÓN. — ¡Vamos, anda! ¿Que ha parido él? ¿Y de quién es el hijo? ¡A ver si es que no nos hemos dado cuenta de que era andrógino! Su vientre, desde luego, no delataba ninguna hinchazón.

HERMES. — Llevas razón, es que no tenía ahí el feto.

POSEIDÓN. — Comprendo, ha dado a luz otra vez por la cabeza como cuando parió a Atenea; pues sí que tiene una cabeza «paritoria».

HERMES. — Que no, que estaba concibiendo en el muslo el feto extraído de Sémele.

POSEIDÓN. — Cojonudo, el tipo este que se queda embarazado y da a luz por todas las partes de su cuerpo. Pero ¿quién es Sémele?

2 HERMES. — Una tebana, la única de las hijas de Cadmo; anduvo con ella y la dejó embarazada.

POSEIDÓN. — Y después, Hermes, ¿dio a luz él en vez de ella?

HERMES. —Pues sí, por muy absurdo que te parezca. Resulta que Hera —ya sabes que es muy celosa— va en secreto a casa de Sémele y la convence de que le pida a Zeus que se acercara a ella con truenos y relámpagos. Como Zeus se dejó convencer y acudió con el rayo, el tejado ardió en llamas y resulta que Sémele muere por acción del fuego. Entonces va y me ordena que corte y abra el vientre de la mujer y le saque el feto sietemesino[27]. Una vez que lo hice, rasgándose su propio muslo va y se lo coloca dentro para que allí se desarrolle hasta el final; y ahora ya, al tercer mes, lo ha parido y, de resultas de los dolores, está pachucho.

POSEIDÓN. —¿Y dónde está ahora el bebé?

HERMES. —Luego de llevarlo a Nisa, lo entregué a las ninfas para que lo criaran, no sin antes darle el nombre de Dioniso.

POSEIDÓN. —¿Resulta entonces que este es al mismo tiempo madre y padre de Dioniso?

HERMES. —Eso parece; yo me voy a traerle agua para la herida y poner en práctica los cuidados de ritual con un recién parido.

13 (8)
HEFESTO Y ZEUS

HEFESTO. —¿Qué debo hacer, Zeus? Pues, siguiendo 1
tus órdenes, vengo con el hacha muy afilada, que si hiciera falta hasta podría partir por la mitad las piedras de un golpe.

[27] El relato tiene oscilaciones de tiempos y aspectos que hemos querido mantener en nuestra traducción, sin emplear siempre el mismo tiempo y el mismo aspecto.

ZEUS. —Bravo, Hefesto. Pero, da un golpe seco y párteme la cabeza en dos.

HEFESTO. —¿Me intentas poner a prueba, a ver si me he vuelto loco? Ordéname de verdad lo que quieres que haga contigo.

ZEUS. —Pues eso justamente, partirme el cráneo por la mitad. Y si no me haces caso no será ahora la primera vez que experimentes en tus carnes mi cólera[28]. Y tienes que descargar el golpe con toda tu fuerza sin demorarte, que me muero de dolores de parto que me están haciendo polvo el cerebro.

HEFESTO. —Mira a ver, Zeus, no vayamos a hacer algún disparate; que el hacha está muy afilada y te va a ayudar a parir no sin sangre ni al modo de Ilitía[29].

ZEUS. —Tú limítate a descargar el golpe sin miedo, que yo ya sé lo que me conviene.

HEFESTO. —Muy a pesar mío lo voy a descargar. ¿Qué remedio me queda, si lo ordenas tú? ¿Qué es esto? ¿Una muchacha armada? Un gran dolor tenías en la cabeza. Así estabas tan cabreado, pues estabas dando vida bajo las meninges a semejante doncella, y encima armada. Sin darte cuenta tenía un campamento y no una cabeza. Y ella salta y brinca y agita el escudo y blande la lanza y está llena de furor divino. Y lo más importante, en breve se ha puesto guapísima y en la flor de la vida. Tiene ojos verdes pero el casco los resalta y realza su belleza. Así que dámela en matrimonio como pago por mi asistencia al parto.

ZEUS. —Es imposible lo que me pides, Hefesto, pues ella va a querer permanecer siempre virgen; por mi parte no puedo decir nada en contra.

---

[28] Alusión a la experiencia anterior sufrida por Hefesto que fue dejado caer desde el Olimpo por Zeus furioso de que tomara partido por Hera.

[29] Hija de Zeus y Hera y hermana de Hebe, es una especie de divinidad femenina que preside los partos.

HEFESTO. — Eso es lo que yo quería; el resto corre de mi cuenta y voy a raptarla ya.

ZEUS. — Si te resulta fácil, hazlo, sólo que sé muy bien que tus amores son imposibles[30].

14 (10)

HERMES Y HELIOS

HERMES. — Dice Zeus, Helios, que no conduzcas hoy el 1
carro, ni mañana, ni al otro, sino que te quedes dentro; así el tiempo que transcurra será una larga noche. Conque, suelten las Horas de nuevo a los caballos, y tú apaga el fuego y tómate un descanso bien prolongado[31].

HELIOS. — Me das un recado nuevo y singular. ¿Es que piensa que me he apartado del camino en mi carrera y me he salido fuera de los límites y por ello está enfadado conmigo y ha dictaminado hacer la noche tres veces más larga que el día?

HERMES. — No es nada de eso, ni va a ser así para siempre. Es que en este momento necesita que la noche le resulte más larga.

HELIOS. — ¿Y dónde está? o ¿desde dónde te ha enviado con este recado para mí?

HERMES. — Desde Beocia, Helios, de casa de la esposa de Anfitrión con la que está acostado porque se ha enamorado de ella[32].

---

[30] Hefesto no desistió en su empeño. Intentó violar a Atenea, pero la espuma genesíaca del dios no llegó a entrar en ella; sacudida con unas lanas por la diosa, cayó al suelo del que brotó Erictonio según la leyenda.

[31] El quehacer cotidiano del sol aparece cantado por primera vez con gran belleza en MIMMERMO DE COLOFÓN, 40D.

[32] Este tema, glosado en la nota 36 de los *Diálogos de los muertos*, da pie a Plauto para la creación de una comedia de ese título: *Anfitrión*.

HELIOS. — Entonces, ¿es que no le basta con una sola noche?

HERMES. — En absoluto, pues de su unión debe ser engendrado un tipo enorme y sufrido en grado sumo, y llevar a buen término un ejemplar así es imposible en una sola noche.

2 HELIOS. — Pues ojalá se las apañe para llevarlo a buen término. Esas cosas no pasaban, Hermes, en tiempos de Crono —estamos solos, ¿verdad?—; él nunca abandonaba el lecho de Rea ni dejaba el cielo para acostarse en Tebas, sino que el día era día y la noche adecuaba su duración a las estaciones, y no había nada extraño ni fuera de lo corriente, ni él se habría acostado nunca con una mujer mortal. Pero ahora, por causa de una desgraciada mujerzuela hay que poner todo patas arriba y mis caballos van a quedar faltos de entrenamiento por inactividad, mi camino va a hacerse intransitable por espacio de tres días completos; y los pobres hombres van a pasar la vida en la oscuridad. Ventajas de este tipo es lo que van a sacar en limpio de los amores de Zeus: esperar sentados envueltos en densa tiniebla a que él acabe de llevar a buen término al atleta en cuestión.

HERMES. — Calla, Helios, no vayan a acarrearte alguna desgracia tus palabras. Yo me marcho a casa de Selene y de Hipno[33] a transmitirles los recados de Zeus; a ella que avance su camino con cachaza; a él, Hipno, que no suelte a los hombres a fin de que no sepan que la noche se ha vuelto tan larga.

[33] La Luna y el Sueño respectivamente, ambos personificados.

15 (13)
ZEUS, ASCLEPIO Y HERACLES

1 ZEUS. —Dejad de pelearos, Asclepio y Heracles, como si fuerais hombres, pues es cosa fea y que no cuadra al banquete de los dioses.

HERACLES. —¿Acaso pretendes, Zeus, que este fabricante de fármacos se siente en la mesa en mejor sitio que yo?

ASCLEPIO. —Sí, por Zeus, pues soy superior.

HERACLES. —¿En qué, cabeza de chorlito? ¿O es porque Zeus te fulminó con el rayo[34] por hacer lo que era ilícito, y ahora has conseguido a cambio por compasión la inmortalidad?

ASCLEPIO. —Pareces haber olvidado, Heracles, ya que sacas a colación el fuego, que tú también ardiste en llamas en el Eta[35].

HERACLES. —En absoluto son iguales o parecidas nuestras vidas, pues yo soy hijo de Zeus; he pasado mil penalidades intentando purificar la existencia, enfrentándome a fieras y castigando a hombres insolentes. Tú en cambio no eres más que un vulgar cortador de raíces y un mamarracho. Y tal vez has resultado positivo a los enfermos con la aplicación de tus fármacos, pero nunca has dado señales de tu hombría.

2 ASCLEPIO. —¿Por qué no mencionas que te curé las quemaduras cuando hace un par de días como quien dice

[34] La historia de Asclepio, fulminado por el rayo de Zeus celoso de los prodigios que era capaz de obrar, aparece en PÍNDARO, *Nemeas* 3, 54; DIODORO SÍCULO, IV 71, 1-3, y APOLODORO, III 10, 3-4.

[35] Alusión a la muerte de Heracles en el monte Eta, donde se arrojó a una pira ardiendo, prendida por el pastor Peante (cf. APOLODORO, *Biblioteca* II 160).

subiste al cielo medio quemado con el cuerpo hecho trizas por la acción de la túnica y además de ello, por la acción del fuego? Y yo, a falta de otra cosa, ni trabajé como esclavo igual que tú, ni cardé lana en Lidia vestido con túnica de color púrpura y golpeado por la sandalia de oro de Ónfale[36], ni maté a mis hijos y a mi mujer en un acceso de cólera.

HERACLES. — Si no dejas de insultarme, pronto sabrás de qué poco va a servirte la inmortalidad ya que luego de levantarte en vilo te voy a tirar de cabeza desde el cielo, de modo que ni Peón[37] te curará el cráneo hecho trizas.

ZEUS. — Basta ya de insultos, digo, y no perturbéis nuestro festín, o tendré que expulsaros a los dos del banquete. De todos modos, Heracles, es lógico que Asclepio ocupe su puesto en la mesa antes que tú, dado que también murió antes.

16 (14)
HERMES Y APOLO

1 HERMES. — ¿Por qué estás cabizbajo, Apolo?

APOLO. — Porque soy desgraciado en las lides del amor, Hermes.

HERMES. — Un asunto así es sin duda motivo de aflicción. ¿Y en qué consiste tu mala suerte? ¿O aún te apena el episodio de Dafne?

APOLO. — En absoluto; sufro por el laconio hijo de Ébalo, a quien amo.

HERMES. — Dime, ¿ha muerto Jacinto?

---

[36] Reina de Lidia en cuya corte trabajó Heracles como esclavo.

[37] La curación personificada en una divinidad que con el tiempo pasa a sincretizarse con Apolo y posteriormente con el propio Asclepio.

APOLO. — Ya lo creo que sí.

HERMES. — ¿Y a manos de quién ha muerto, Apolo? ¿O quién podría ser tan odioso como para matar a aquel apuesto muchacho?

APOLO. — Fue obra mía.

HERMES. — ¿Te volviste loco, Apolo?

APOLO. — No, es que sucedió un desgraciado accidente.

HERMES. — ¿Cómo? Quiero oír cómo sucedió.

APOLO. — Él estaba aprendiendo a lanzar el disco, y yo 2
lo lanzaba con él[38]; Céfiro, el más devastador de los vientos, estaba enamorado también de él desde hacía mucho tiempo; al no ser correspondido y no poder soportar su desprecio llevó a cabo la acción siguiente:

Yo, según solíamos hacer, solté el disco hacia arriba y él soplando con todas sus fuerzas desde el Taigeto impulsó el disco dirigiéndolo sobre la cabeza del joven de tal modo que como consecuencia del golpe la sangre brotó a borbotones y el chico murió instantáneamente. Yo intenté vengarme de Céfiro disparándole al punto con mis flechas persiguiéndolo en su huida hasta los montes. Al muchacho le he erigido un túmulo en Amiclas[39], donde lo derribó el disco, al tiempo que hice que de su sangre la tierra hiciera brotar una flor muy bonita, Hermes, la más tornasolada de todas las flores, con una inscripción con lamentos por el muerto. ¿Te parece, pues, que mi pena no tiene fundamento?

HERMES. — No, Apolo[40], pues sabías que habías tomado por amante a un mortal; así que no te aflijas por su muerte.

---

[38] Este bello episodio aparece recogido con exquisito esmero por OVIDIO, *Metamorfosis* X 162 y sigs.

[39] Aldea aledaña a Esparta.

[40] Ese «no» obviamente quiere decir que no tiene fundamento; el texto griego recoge «sí» que quiere decir «sí me parece que tu pena no tiene fundamento».

17 (15)
HERMES Y APOLO

1 HERMES. —¡Y que el tipo este, cojo y vulgar obrero de oficio, se haya casado, Apolo, con las más guapas, Afrodita y Cárite![41].

APOLO. —Buen destino tiene, Hermes. Hay una cosa que me llama la atención y es que aguanten estar con él, máxime cuando lo vean chorreando sudor, inclinado sobre la fragua y con la cara cubierta de hollín. Pues pese a todo lo abrazan, lo besan y se acuestan con él.

HERMES. —Eso es lo que me cabrea a mí y lo que le envidio a Hefesto. Tú, Apolo, peina tu cabellera, toca la cítara y presume de tu belleza, igual que presumo yo de mi vigor y de la lira, que cuando haya que acostarse dormiremos solos.

2 APOLO. —En lo que a mí respecta, estoy dejado de la mano de Afrodita en asuntos de amores, al menos en las dos personas a quienes quise hasta la exageración, a Dafne y a Jacinto; la primera intenta escapar de mí y me odia hasta el punto de preferir convertirse en tronco[42] antes que tener relaciones conmigo; el segundo pereció por un golpe del disco; y ahora en vez de a ellos, lo que tengo son coronas.

HERMES. —Yo ya en cierta ocasión a Afrodita... no hay que presumir.

APOLO. —Ya lo sé; se cuenta que de ti engendró a Hermafrodito. Pero dime una cosa, si lo sabes, ¿cómo es que Afrodita no tiene celos de Cárite o Cárite de ella?

---

[41] Alusión probablemente a Aglaya, la más jóven de las Gracias. Para mayor información, véase HOMERO, *Odisea* VIII 266 y sigs.; *Ilíada* XVIII 382 y sigs., y HESÍODO, *Teogonía* 945 y sigs.

[42] Se refiere obviamente —ya se indica a lo largo de estas páginas— a la metamorfosis de la ninfa en árbol de laurel.

HERMES. — Porque ella está con él en Lemnos, y Afro- 3
dita en el cielo. Y además la mayor parte del tiempo le anda rondando a Ares, del que está también enamorada, así que poco le importa el herrero ese.

APOLO. — ¿Y crees que Hefesto lo sabe?

HERMES. — Lo sabe. Pero ¿qué podría hacer al ver que se trata de un joven de casta y militar por más señas? Así que se lo toma con calma. Excepto que amenaza con fabricar una especie de red y pillarlos juntos metidos en la cama. ¡Ya me gustaría ser yo a quien pillaran!

18 (16)
HERA Y LETO

HERA. — ¡Muy guapos son también, Leto, los hijos que 1
le diste a Zeus!

LETO. — No todos podemos engendrarlos tal cual es Hefesto[43].

HERA. — Pues éste, aunque cojo, es un artista excelente, sumamente útil, y nos ha adornado el cielo, se ha casado con Afrodita y es correspondido por ella. Tus hijos en cambio, la una es hombruna por encima de los límites de lo razonable, y montaraz, y para colmo, al marchar hacia Escitia todos saben qué clase de comida comía, matando a los extranjeros e imitando a los mismísimos escitas que son antropófagos[44]. Apolo, a su vez, pasa por

[43] El inicio del diálogo debe leerse en clave de ironía; se echan en cara Leto y Hera la supuesta fealdad de sus hijos: Ártemis es varonil y Apolo engañoso. Por su parte, Hefesto es un tipo sucio y cojo.

[44] Refuerza este dato la proverbial tosquedad de los escitas a los que ya nos hemos referido en anteriores trabajos, cf. volumen 113 de esta colección, pág. 272 y sigs.

saberlo todo, disparar el arco, tocar la cítara, practicar la medicina y ejercer el arte adivinatoria, e instalando tenderetes de arte adivinatoria[45], uno en Delfos, otro en Claros, y en Colofón y en Dídima anda engañando a quienes le consultan con respuestas retorcidas y ambiguas a cada pregunta, con lo que no hay riesgo de fallo; y de resultas de esa actividad se está enriqueciendo. Que son muchos los estúpidos que se prestan a que los timen. Ahora que por parte de los más inteligentes no se ignora que en la mayoría de los casos se trata de puras fantasías. Así él, el adivino, no sabía que iba a dar muerte a su amado con el disco, ni fue capaz de profetizar que Dafne lo rehuiría, y todo eso siendo como es guapo y de hermosa cabellera. Así que no veo por qué motivo opinas que tus hijos son más guapos que los de Níobe.

2 LETO. — Pues esos hijos míos, la que mata extranjeros y el falso adivino, ya sé yo cómo te molesta verlos entre los dioses, en especial cuando la una recibe elogios por su belleza en tanto que él toca la cítara en el banquete en medio de la admiración general.

HERA. — ¡Que me muero de risa, Leto! Objeto de admiración general Apolo, aquel a quien Marsias, si las Musas hubieran querido administrar recta justicia, habría despellejado personalmente luego de derrotarlo en el certamen musical. Y en cambio el desdichado Marsias víctima de palabrerías engañosas, ha perecido injustamente apresado[46]. Y tu guapa doncella, sí, es tan guapa que en cuanto

[45] Nótese que el texto no dice en modo alguno santuarios o recintos religiosos, sino literalmente talleres, *ergastḗria,* de arte adivinatoria, *mantikḗs,* en tono claramente despectivo.

[46] El episodio del desollamiento del sátiro Marsias luego de su fallida rivalidad en certamen musical con Apolo puede leerse en HIGINO, *Fábulas* 165, y APOLODORO, 1-4.2; un hermoso relieve de época helenística con el tema puede contemplarse en el Museo Nacional de Atenas.

supo que era vista por Acteón fue y le soltó los perros[47] temerosa de que el jovencito pregonara a los cuatro vientos su fealdad. Y paso por alto decir que siendo ella virgen difícilmente podría ayudar en el parto a las mujeres embarazadas[48].

LETO. — Mucho presumes, Hera, porque convives con Zeus y compartes con él el reino, y por ello me insultas con una arrogancia inconveniente. Ahora que dentro de poco te voy a ver llorando otra vez cuando él te abandone y baje a la tierra convertido en toro o cisne.

19 (11)
AFRODITA Y SELENE

AFRODITA. — ¿Qué es eso, Selene, que dicen que haces? 1
¿Que cada vez que bajas a Caria detienes el carro y te quedas plantada dirigiendo tu mirada a Endimión que duerme al raso, como pastor que es, y que en alguna ocasión bajas a su lado desde la mitad del camino?

SELENE. — Pregunta, Afrodita, a tu hijo, que es para mí el culpable de todo eso.

AFRODITA. — ¡Quita!, que es un insolente. ¡Hacerme semejantes faenas a mí, su madre! Hace poco me llevó hasta el Ida por causa de Anquises el troyano; hace poco al Líbano, junto al muchachito asirio[49], al que ha hecho tam-

[47] Acteón, que había sido criado por el centauro Quirón, había visto bañarse desnuda a Ártemis, que en venganza lo había transformado en ciervo y había lanzado contra él a sus perros hasta darle muerte.

[48] Evidentemente es una de las facetas más curiosas que presenta la contradictoria personalidad de Ártemis.

[49] Alusión sin duda al episodio del joven Adonis, que había nacido de Mirra convertida en árbol.

bién objeto de amor para Perséfone, quitándome la mitad de mi amado. Así que en muchas ocasiones le he amenazado con que si no deja de hacer faenas de este estilo, le voy a romper las flechas y el carcaj y a despojarle de las alas; ya he tenido que darle unos azotes en el culo con la sandalia. Pero él —no me lo explico— al principio está temeroso y suplicante, pero al cabo de un rato se olvida de
2 todo. Pero dime ¿es guapo Endimión? Porque en este caso tu desgracia resulta inexorable.

SELENE. — A mí me parece guapísimo, Afrodita, sobre todo cuando extendiendo sobre la piedra la clámide se acuesta sosteniendo en la izquierda los dardos que se le escapan de la mano, en tanto que su diestra ligeramente arqueada en torno a la cabeza, se adapta al rostro; él entonces desmadejado por el sueño, exhala un aliento de ambrosía. Yo entonces bajo sin hacer ruido, caminando de puntillas para no despertarle y que se asuste. Ya sabes, pero... ¿a qué contarte lo que viene después? En una palabra; que me muero de amor.

20 (12)

AFRODITA Y EROS

1 AFRODITA. — Eros, hijo mío; fíjate bien qué clase de faenas estás haciendo. Y no me refiero a las que induces a hacer a los hombres contra sí mismos o unos a otros, sino a las del cielo, que nos muestras a Zeus de mil formas diferentes, transformándolo en lo que se te antoja, según la ocasión; y a Selene la haces bajar del cielo y a Helios le obligas en ocasiones a racanear en casa de Clímene[50] olvidándose de sus labores de auriga.

[50] La esposa legítima de Helios.

Y tan campante actúas cuando te atreves a tomarme el pelo a mí, tu madre. Pero tú, caradura redomado, lograste convencer a la propia Rea, anciana y madre de dioses tan importantes, de que se enamorara de muchachos y de desear al jovencito frigio aquel.

Y ahora, enloquecida por ti, ha uncido al carro los leones, y ha tomado como compañeros a los coribantes, que están locos también, y van deambulando por el Ida arriba y abajo, la una dando alaridos por Atis y los coribantes, el uno se corta el codo con un puñal, el otro se suelta la melena y se lanza enloquecido por las montañas; el tercero toca un cuerno a modo de flauta; el cuarto golpea el tambor o toca los platillos; en resumen, todo es alboroto y locura en el Ida[51]. Conque temo, yo que te engendré a ti, semejante calamidad, temo, digo, no sea que Rea en un ataque de locura o, más bien aún, en sus propios cabales, ordene a los coribantes que te apresen y te descuarticen o te echen a los leones; eso es justamente lo que temo al verte expuesto a riesgos de esa índole.

EROS. —¡Tranquila, madre, porque estoy acostumbrado 2
a los leones mismos, y en muchas ocasiones montándome a lomos suyos y cogiéndolos de las melenas, con mis riendas los llevo! Ellos me acarician y recibiendo mi mano en sus fauces, me la devuelven luego de haberme lamido. La propia Rea, ¿cuándo va a tener tiempo libre para venir contra mí estando como está ella totalmente dedicada a Atis? Y además ¿en qué os falto yo al mostraros cuáles son las cosas bellas? ¿O es que prefieres, madre, no estar ya enamorada de Ares, ni él de ti?

AFRODITA. —¡Qué listo eres y cómo sabes salirte siem-

[51] Todo este cortejo de los fieles de Cibeles había sido parodiado por LUCIANO en *Podagra*, el primer opúsculo de este volumen. Véase al respecto su nota 4.

pre con la tuya! Ahora que algún día te acordarás de mis palabras.

21 (17)
APOLO Y HERMES

1 APOLO.—¿De qué te ríes, Hermes?

HERMES.—De una cosa divertidísima que he visto, Apolo.

APOLO.—Cuéntamela para que la oiga y me ría yo también contigo.

HERMES.—Afrodita ha sido pillada cuando estaba acostada con Ares, y Hefesto los ha atrapado y los ha atenazado.

APOLO.—¿Cómo? Me parece que vas a contar algo gracioso.

HERMES.—Conocedor del asunto, desde hace mucho los venía acechando y luego de colocar en derredor de la cama una red invisible con bastante trabajo, se marchó a la fragua. Ares entonces, va y entra sin ser visto —eso al menos creía él—, pero Helios lo ve y se lo cuenta a Hefesto. Y cuando habían subido a la cama y estaban en plena acción ya dentro de los lazos, la red los envuelve al tiempo que se presenta Hefesto. Afrodita, que estaba desnuda, no tenía, muerta de vergüenza, con qué taparse[52]; Ares por su parte en un principio intentó escapar con la esperanza de rasgar la red, pero luego, dándose cuenta de que estaba atrapado sin escapatoria posible, se deshacía en súplicas.

2 APOLO.—¿Y qué pasó? ¿Lo soltó Hefesto?

[52] La dignísima Afrodita pillada *in fraganti* en pleno lance amoroso con Ares; el episodio cómico, donde los haya, está glosado en *Odisea* VIII 266 y sigs. También aquí se han mantenido las variaciones temporales y aspectuales que tiene el relato de Hermes.

HERMES. — Aún no, antes bien, convocando a los dioses, va y les muestra el adulterio. Y ellos dos, desnudos, con la cabeza gacha y encadenados juntos estaban rojos de vergüenza. Y el espectáculo me pareció divertidísimo, pillados poco menos que *in fraganti*.

APOLO. — ¿Y no le da vergüenza al herrero ese exponer a los cuatro vientos la afrenta de su matrimonio?

HERMES. — ¡Qué va!, por Zeus, pues plantado a su vera, se ríe de ellos. Yo al menos, si he de serte sincero, sentía envidia de Ares no sólo porque se estaba tirando a la diosa más hermosa sino también por estar encadenado con ella.

APOLO. — ¿Entonces en esas condiciones aguantarías el ser encadenado?

HERMES. — ¿Y tú no, Apolo? Simplemente acércate y mira, que yo te felicitaré si al verlos no suplicas que te suceda a ti lo mismo.

22 (18)
HERA Y ZEUS

HERA. — A mí, desde luego, me daría vergüenza, Zeus, 1
tener un hijo como tú, tan afeminado y tan echado a perder por la bebida, que se ciñe la cabeza con la mitra, que en muchas ocasiones está con mujeres medio locas, más afeminado que ellas, bailando al son de tambores, flautas y platillos, y que, por decirlo en dos palabras, se parece a cualquiera más que a ti, su padre.

ZEUS. — Pues mira; ese afeminado tocado con la mitra, el más amanerado que las mujeres, no sólo sometió Lidia y a sus habitantes y tomó el Tmolo y sometió a los tracios, sino que lanzándose sobre los indos con esa especie de

tropa mujeril capturó los elefantes, se hizo dueño de su territorio y se llevó preso al rey que se atrevió a ofrecer una ligera resistencia. Y todo eso lo hizo al tiempo que bailaba y danzaba con los coros, utilizando tirsos y yedra[53], borracho, como tú dices, y «entusiasmado»[54]. Y si alguien intenta meterse con él tomándole el pelo a cuenta de los rituales de iniciación, a ese también lo castiga, atándolo con sarmientos o haciendo que sea despedazado por su madre como un ciervo. ¿Ves qué varoniles resultan estas acciones y que no son indignas de su padre? Y si a todo se le añaden diversiones y un cierto libertinaje, no hay que echárselo en cara, máxime si se tiene en cuenta cómo se comportaría estando sobrio cuando hace todo eso estando borracho.

2 HERA. — Me parece que tú también vas a aplaudir su descubrimiento, a saber, la vid y el vino, y ello pese a ver la actitud que adoptan los borrachos que se tambalean y se dedican a fastidiar a la gente, en una palabra, que pierden la cabeza por acción de la bebida. Al menos a Icario, que es a quien primero dio la cepa de la vid, sus compañeros de bebida lo destruyeron golpeándole con las azadas de doble filo[55].

ZEUS. — No digas eso, que no son ni el vino ni Dioniso quienes producen esos efectos, sino la falta de moderación en la bebida y el hacerse llenar hasta rebosar la copa de vino puro por encima de lo normal. Pues quien beba con

[53] Toda la caracterización de Dioniso concuerda perfectamente con la que pinta EURÍPIDES en *Bacantes*.

[54] El término queda entrecomillado porque es así como se recoge en griego el término *enthousiasmós* para denominar el escudo de posesión que proporciona a los devotos del dios el «tenerlo dentro» —«en-theosiasmos»—.

[55] Alusión a un legendario héroe ateniense, padre de Erígone. Sobre su muerte, cf. APOLODORO, III 14, 7.

moderación podría resultar bastante gracioso y divertido, y jamás de los jamases le haría a ningún compañero de bebida lo que pasó a Icario. Pero me parece, Hera, que aún estás celosa y que te acuerdas de Sémele y te dedicas a censurar las mejores cualidades de Dioniso.

23 (19)
AFRODITA Y EROS

AFRODITA. — En fin, Eros, ¿a cuento de qué te has 1
enfrentado con todos los demás dioses, Zeus, Poseidón, Apolo, Rea y conmigo, tu madre, y únicamente te has mantenido a distancia de Atenea, y al contacto con ella se te apaga la antorcha, se te vacía de flechas el carcaj y pierdes el arco y la puntería?

EROS. — Le tengo miedo madre, pues resulta espantosa, de mirada radiante y terriblemente varonil. Y cuando tensando el arco intento dispararle, agitando el penacho me asusta, y me pongo a temblar y se me escurren las flechas de las manos.

AFRODITA. — ¿Y acaso no daba más miedo Ares? Y sin embargo lo desarmaste y lo venciste.

EROS. — Pero es que él me acepta y me recibe de buena gana, en tanto que Atenea me está siempre mirando de reojo y en cierta ocasión que yo iba volando cerca de ella con la antorcha me dijo: si te acercas a mí, por mi padre que o te atravesaré con mi lanza o cogiéndote de un pie te tiraré al Tártaro o yo misma te descuartizaré; diversas amenazas de esa índole me lanzó. Tiene una mirada penetrante, y pegado al pecho lleva un rostro que da miedo [56] con cabe-

[56] Alusión a la cabeza de la Gorgona Medusa que dejaba petrificado a quien le dirigía la mirada.

llera de víboras, y eso es precisamente lo que más miedo me da. Me asusta y luego huyo cada vez que la veo.

2 AFRODITA. — Así que te dan miedo Atenea y la Gorgona, pero no temes en cambio el rayo de Zeus. Y las musas ¿por qué están indemnes y fuera del radio de acción de tus flechas? ¿O es que ellas también agitan penachos y exhiben gorgonas?

EROS. — Siento respeto ante ellas, madre, pues son venerables, tienen constantes inquietudes, se preocupan del canto y yo en muchas ocasiones me quedo plantado a su lado hechizado por su melodía.

AFRODITA. — Déjalas, pues, ya que son venerables; y ¿por qué razón no hieres a Ártemis?

EROS. — Pues simplemente porque no la puedo capturar, ya que anda siempre huyendo de mí por las montañas y además tiene ya su amor particular.

AFRODITA. — ¿Cuál es, hijo?

EROS. — Caza, ciervos y cervatillos que persigue para cogerlos y atraversalos con sus flechas; no vive más que para eso. Porque en lo que respecta a su hermano que es también arquero y tirador certero...

AFRODITA. — Ya lo sé, hijo, que en muchas ocasiones lo has herido con tus flechas.

24 (25)

ZEUS Y HELIOS

1 ZEUS. — ¡Qué es lo que has hecho, tú, el peor de los Titanes! Has echado a perder todo lo que hay en la tierra, confiando tu carro a un muchacho inconsciente [57] que acer-

[57] Faetón, hijo de Helios y de Clímene.

cándose tanto ha abrasado una parte de su superficie, y ha hecho que otra quede yerma por el frío, alejando demasiado el fuego; en dos palabras, no ha quedado lugar sin trastocar ni revolver, y si yo, al percatarme de lo sucedido no lo hubiera derribado con el rayo, no quedaría ni rastro de la humanidad. ¡Vaya un auriga y un cochero estupendo que nos has enviado!

HELIOS. —Me equivoqué, Zeus, pero no te enfades porque haya hecho caso a mi hijo, que se deshacía en súplicas. ¿De qué iba yo a esperar que fuera a suceder una cosa así?

ZEUS. —¿Es que no sabías con cuánto rigor hay que llevar el tema y que a poco que uno se desvía del itinerario se va todo a pique? ¿Desconocías también el brío de los caballos y cómo hay que sujetarlos forzosamente con el freno? Porque si uno les da opción, al instante se desbocan, como lo han llevado a él, ahora a la izquierda y después a la derecha, alguna vez en sentido opuesto, arriba y abajo; en una palabra, adonde les ha venido en gana. Y él no podría hacerse con ellos.

HELIOS. —Claro que sabía yo todas estas circunstancias 2
y precisamente por ello oponía yo mucha resistencia y no le quería confiar la conducción del carro. Pero puesto que se deshacía en súplicas llorando y con él su madre Clímene, subiéndome al carro le explique cómo debía mantenerse a pie firme, por cuánto espacio de tiempo debía aflojar las riendas al ser llevado hacia arriba, y luego al contrario para bajar y cómo había que dominar las riendas sin dejarse llevar por el brío de los caballos; y le expliqué la clase de riesgo que existía si no mantenía el rumbo. Pero él —que claro, era un niño— al montar sobre tanto fuego y al asomarse a un abismo tan profundo, se aterrorizó, como es natural. Los caballos al percatarse de que no era yo el que iba en el carro, menospreciaron al muchacho, se salieron

de su ruta y llevaron a cabo las terribles acciones que te he explicado. Él soltó las riendas, creo yo, temiendo caerse al tiempo que se agarraba a la barandilla delantera del carro. En fin, creo que él ya tiene bastante castigo, Zeus, y yo bastante sufrimiento.

ZEUS. —¿Bastante, dices, luego de tan gran atrevimiento? Ahora te perdono, pero en lo sucesivo si vuelves a atropellar la ley de un modo parecido o envías a un sustituto tuyo de ese mismo estilo, te vas a enterar al punto en que medida mi rayo es más abrasador que tu fuego. Así que, a ese hombre que le entierren sus hermanas en la ribera del Erídano[58], justo donde cayó al salir despedido del carro, y que llorando por él lágrimas de ámbar se conviertan en álamos negros en memoria de su sufrimiento. Y tú luego de reparar el carro —se rompió el timón y una de las ruedas está hecha trizas— y de enganchar los caballos, avanza; pero acuérdate de todas estas recomendaciones.

25 (26)

APOLO Y HERMES

1 APOLO. —¿Puedes decirme, Hermes, cuál de estos dos es Cástor y cuál Pólux?[59]. Porque yo no sería capaz de distinguirlos.

HERMES. —El que estuvo ayer con nosotros es Cástor y este otro, Pólux.

APOLO. —¿Y cómo los distingues, pues son idénticos?

[58] Nombre de un río mítico que se menciona en la saga de Heracles en las aventuras de los Argonautas y que se identificó posteriormente con el Ródano o con el Po.

[59] Los Dioscuros, Cástor y Pólux, hermanos gemelos, hijos de Zeus y Leda.

HERMES. — Pues porque éste, Apolo, mantiene en su rostro las cicatrices de las heridas que recibió de sus contrincantes cuando boxeaba, y en especial las que recibió de Ámico el bébrice cuando navegaba con Jasón[60]; el otro, en cambio, no muestra nada semejante sino que tiene el rostro limpio e incólume.

APOLO. — Me ha venido muy bien que me explicaras estas señales para identificarlos, puesto que tienen todo lo demás igual; el medio cascarón del huevo, una estrella encima y un dardo en la mano y un caballo blanco cada uno, hasta el punto de que yo he llamado muchas veces Cástor al que era Pólux y Pólux al que era Cástor. Pero dime, ¿por qué diablos no están los dos con nosotros sino que a partes iguales uno está hoy muerto y mañana es un dios?

HERMES. — Actúan así por amor fraterno ya que de los 2
hijos de Leda uno tenía que morir, y otro ser inmortal; así que se repartieron la inmortalidad.

APOLO. — Pues no es muy inteligente el reparto, Hermes, ya que de este modo no se verán nunca el uno al otro, que es lo que en el fondo estaban deseando, creo yo. ¿Cómo si está el uno entre los dioses y el otro entre los mortales? Además, igual que yo doy oráculos y Asclepio cura a los enfermos y tú enseñas a pelear, pues eres un maestro excelente, y Ártemis ayuda a dar a luz, y cada uno de los demás tiene una misión útil o a dioses o a hombres, ¿qué diablos es lo que van a hacer éstos? ¿O es que precisan pasarlo en grande sin dar golpe con los años que tienen ya?

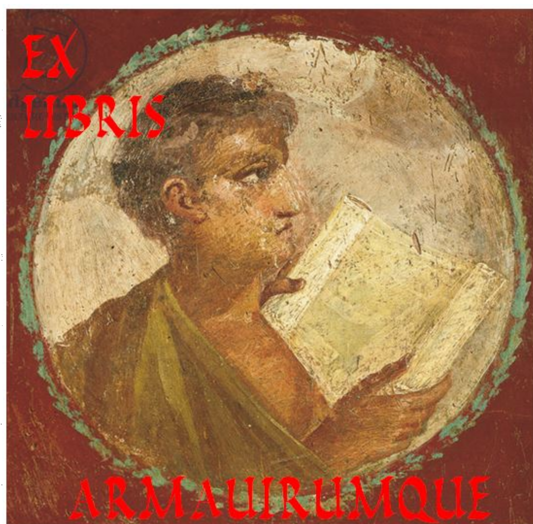
HERMES. — En absoluto, sino que se les ha ordenado ponerse al servicio de Poseidón y tienen que surcar el

[60] El episodio aparece narrado en APOLONIO RODIO, *Argonáutica* II 1 y sigs., y APOLODORO, I 9, 20.

ponto a caballo y caso que vean a marineros víctimas de una tempestad, subiendo a bordo, salvar a los navegantes [61].

APOLO. — Buena y saludable misión esa que dices, Hermes.

[61] Esta misión de Cástor y Pólux es mencionada ya con toda claridad por ALCEO DE MITILENE, fr. 78D.



79

DIÁLOGOS DE LAS HETERAS

Y del Olimpo bajamos a las calles de Atenas para encontrarnos con toda una gama de profesionales de la seducción en situaciones típicas. A imagen y semejanza de los protagonistas de las comedias de Menandro o de los mimiambos de Herodas, Luciano pinta unos personajes que son auténticos prototipos un tanto caricaturizados. Son en su mayoría personajes femeninos que llaman nuestra atención entre otras cosas por sus nombres. La mayoría son nombres parlantes, diminutivos cariñosos, motes coloquiales que nos gustaría haber recogido en nuestra traducción. Así por ejemplo: «Caricitas», Filemation; «Dulcita», Glicerion; «Mirtita», Mirtíon; «Conchita», Cóclide; «Tortuguita», Quelidonion. Con estos nombres se averiguan ya las tramas de cada uno de estos pequeños diálogos que se nos antojan estampas vivas de la vida cotidiana[1]. Y al instante surge la pregunta: ¿es esta la Atenas que ve Luciano o se trata de un puro y simple divertimiento literario tan en boga en el siglo II d. C. consistente en recrear la Atenas del s. III a. C.? Realmente cinco siglos parecen demasiados para pensar que las costumbres permanecen inalterables. Tratándose no obstante de tipos tan universales y tan mar-

[1] En relación con los nombres de heteras sugerimos consultar el trabajo de Sagrario García Vázquez en las Actas del 2.° Coloquio de Estudiantes de Filología, *Universidad Abierta C. Real*, Suplementos R-5, 1991, págs. 123 a 135, donde se recoge un buen número de nombres clasificados y explicados, así como unas buenas referencias bibliográficas.

cados no es de extrañar que parezcan escenas contemporáneas de Luciano. Creemos sin embargo que nuestro autor ha echado mano de uno de sus modelos favoritos, la comedia menandrea que ya había inspirado a Plauto, para realizar un formidable ejercicio de imitación, no exenta por supuesto de personalidad. Ha sabido Luciano detenerse en el punto exacto de caricatura, sin construir personajes excesivamente barrocos; el lenguaje es razonablemente delicado, evitándose en todo momento los excesos con alguna leve excepción; la frontera que puede separar lo picante de lo grosero está perfectamente delineada y nunca es rebasada por la pluma de nuestro autor, que tan pendiente siempre de filósofos, adivinos y hechiceros, contemporáneos suyos que viven del cuento, nos sorprende positivamente trayendo a sus páginas a estas buenas mujeres de la vida alegre que con sus problemas, sus celos, sus recelos y sus envidias construyen un contrapunto interesante a tantos opúsculos incisivos y amargos.

1
GLICERION Y TAIS [1]

1 GLICERION. — El militar aquel, Tais, el de Acarnania que se entendía hace ya tiempo con Habrótono y que después se enamoró de mí, ¿te acuerdas de él? Sí; al que iba vestido de púrpura y llevaba una clámide, me refiero,

[1] El sufijo diminutivo *-ion* equivale al -ito/a del castellano y aparece con frecuencia en los nombres de estas heteras. Lo hemos conservado muy a pesar nuestro, por respeto a la tradición de traducciones anteriores. Así Glicerion —que incluso suena a masculino— debería entenderse como «Glicerita», quien a su vez lleva un nombre sobre la raíz de *glykýs,* dulce, esto es «Dulcita» o «Dulcinita». El nombre es mencionado por el propio LUCIANO, *La travesía* 12 y *El maestro de retórica* 12. Al parecer, Glicera se llamaba también una amiga de Menandro que da nombre a personajes de alguna de sus obras, cf. Fr. 87, 280. Sobre el personaje de Tais, véase el propio Luciano más adelante, en el Diálogo 3 de esta serie.

¿sabes quién es o te has olvidado del individuo en cuestión?

TAIS. —¡Qué va! Glicerion; ya lo creo que sé quién es; si hasta estuvo bebiendo con nosotras el año pasado en las fiestas Haloas[2]. ¿Y qué pasa? Al parecer, tienes algo que contar acerca de él.

GLICERION. —La muy sinvergüenza de Gorgona[3] que parecía ser amiga mía lo ha seducido y se me lo ha llevado.

TAIS. —¿O sea que ya no se te acerca y ha hecho de Gorgona su hetera?

GLICERION. —Pues sí, Tais, y el asunto me ha afectado bastante.

TAIS. —Mal asunto, Glicerion, pero no inesperado, pues al fin y al cabo se trata de algo que suele sucedernos a nosotras las heteras. Así que no debes disgustarte más de la cuenta ni regañar a Gorgona; que tampoco te lo echó a ti 2
en cara Habrótono y eso que erais amigas. Ahora bien, lo que más me admira es qué encantos le vio el militar de marras, a no ser que esté tan ciego perdido que ni siquiera ha visto los cuatro pelos que tiene que le dejan buenas entradas en la frente; tiene los labios lívidos, un cuello escuálido en el que se marcan las venas y una nariz enorme. Una cosa positiva tiene: buena estatura, anda erguida y su sonrisa es enormemente seductora.

GLICERION. —¿Crees entonces, Tais, que el acarnanio se ha enamorado de ella por su hermosura? ¿No sabes que Crisarion, su madre, es una hechicera que conoce algunos

[2] Fiestas áticas en honor de Deméter (cf. TEÓCRITO, *Idilio* VII, en relación con las Talisias de la isla de Cos), a quien se rendía culto con el sobrenombre de Haloea, «de la era», en sentido etimológico. Se celebraban a finales de octubre.

[3] Naturalmente nada tiene que ver este personaje con la Gorgona tantas veces aludida que llevaba Atenea grabada en su escudo.

conjuros tesalios y hace bajar a la luna[4]? Dicen que incluso vuela de noche. Ella es la que sacó de sus cabales al individuo de marras dándole a beber sus pócimas y ahora bien que le sacan partido.

TAIS. —También se lo sacarás tú a otros, Glicerion. Déjala, pues, que se vaya a hacer puñetas.

2

MIRTÍON, PÁNFILO Y DÓRIDE

1 MIRTÍON. —¿Vas a casarte, Pánfilo, con la hija de Filón el armador[5], que andan diciendo incluso que te has casado ya? ¿Se han marchado en un voleo tantos juramentos como hiciste y tantas lágrimas y te has olvidado de Mirtíon justamente ahora que estoy de ocho meses? Esto es lo que he sacado en limpio de tu amor; el bombo este que me has hecho y dentro de poco... ¡a criar un bebé, el mayor coñazo que puede haber para una hetera! Que yo por lo menos no voy a abandonar a mi niño, sobre todo si sale varón, sino que pienso ponerle de nombre Pánfilo y tenerlo como prenda de mi amor y algún día te echará en cara tu infidelidad a su desgraciada madre. Y... vas a casarte con una moza que de guapa no tiene nada. Pues hace un ins-

[4] Sobre las magas o hechiceras tesalias y en concreto sobre el hecho «de hacer bajar la luna», el propio Luciano se ocupa de dar detalles en el Diálogo 4 de esta serie y en *Lucio o El asno,* especialmente los capítulos 4-13 (B.C.G., núm. 39). Alusiones también a ARISTÓFANES, *Nubes* 749, y PLATÓN, *Gorgias* 513a.

[5] La hija de un armador no debía ser un mal partido en el mundo griego de todas las épocas; recuérdense algunos títulos de Menandro, así como los textos latinos de TERENCIO, *Andria y Hecyra.*

tante la vi con su madre en las Tesmoforias[6] cuando aún no sabía que por su culpa ya no volvería a ver más a Pánfilo. Así que fíjate bien y mírala bien a la cara y a los ojos, no vayas luego a cabrearte si ves que los tiene demasiado glaucos o bizcos, que se miran el uno al otro. Sobre todo; has visto ya al padre de la novia; conoces bien su cara, así que... no te hace falta ya ver a la hija.

PÁNFILO. —¿Voy a tener que seguir escuchando tus 2
paparruchas a cuento de muchachas y tus historias de bodas con armadores? ¿Conozco yo acaso a alguna moza chata o guapa? ¿O lo único que sé es que Filón el de Alopece[7] —creo que es a él a quien te refieres— tiene una hija que está justo en edad casadera? Pues el individuo en cuestión ni tan siquiera es amigo de mi padre. Es más, me viene a la memoria que no hace mucho lo citó a juicio por asunto de una deuda. Un talento le debía[8], creo, a mi padre y no le dio la gana de pagárselo. Así que él lo condujo ante los miembros del tribunal encargado de asuntos marítimos, y a trancas y a barrancas se lo hizo pagar, y no todo; bueno, eso al menos decía mi padre. Si me hubiera parecido oportuno casarme, ¿crees que lo habría hecho con la hija de Filón luego de rechazar a la hija de Demeas que había desempeñado el cargo de estratego el año anterior y que para colmo es prima mía por parte materna? ¿De dónde has oído esas historias? ¿O qué clase de vanos celos

[6] Otra denominación de las fiestas en honor de Deméter a las que no tenían acceso los hombres, aquí se trata de Deméter y Core «tesmoforas», esto es, legisladoras o reguladoras de las leyes por las que se rigen los cultivos.

[7] No conocemos la identidad del personaje, si bien podemos precisar que es un ciudadano del Ática, por ser Alopece uno de sus «demos» o distritos.

[8] Nótese el excepcional valor del talento, 6.000 dracmas.

te has inventado, Mirtíon, en tu batalla contra las sombras?[9].

3 MIRTÍON.—¿O sea que no vas a casarte, Pánfilo?

PÁNFILO.—¿Estás loca, Mirtíon, o con resaca? Y eso que ayer al menos no estábamos borrachos como cubas[10].

MIRTÍON.—La Dóride esa es la que me ha puesto triste; que la mandé por lana para mi vientre y a que realizara plegarias en mi nombre a la «Partera»[11]; me dijo que se topó con Lesbia...; bueno mejor que le digas tú, Dóride, con toda exactitud lo que has oído... a no ser que sean figuraciones tuyas.

DÓRIDE.—¡Que me parta un rayo, señora, si en algo te he engañado! Luego de llegar al Pritaneo me topé con Lesbia, que sonriente va y me dice: «vuestro amante Pánfilo va a casarse con la hija de Filón». Y por si no me fiaba, me invitó a asomarme al callejón en que vivís a ver guirnaldas, flautistas, jaleo y demás gentes entonando el himeneo.

PÁNFILO.—¿Y qué, Dóride, te asomaste?

DÓRIDE.—Claro que sí y lo vi todo, tal cual dijo ella.

4 PÁNFILO.—Comprendo la equivocación, pues no era falso, Dóride, todo lo que te contó Lesbia. Y tú le llevaste a Mirtíon una noticia cierta. Sólo que vuestra conmoción no tenía razón de ser, pues la boda no era en nuestra casa, sino que ahora me ha venido a la cabeza algo que oí de labios de mi madre cuando volvía de vuestra casa; lo que dijo fue: «Pánfilo, Cármides el hijo de Aristéneto el vecino, que es de tu quinta, ya por fin se casa y sienta la cabeza; y

[9] Por más que pueda resultar chocante, esa es la palabra empleada por Luciano, *skiamachoûsa*.

[10] La expresión griega es menos gráfica: «estábamos completamente borrachas»; no se emplea este tipo de «comparaciones proverbiales», al modo del castellano «borracho como una cuba».

[11] La «Partera» es paradójicamente una diosa virgen, Ártemis, adorada bajo la advocación de *«Locheía»*, esto es, *«comadrona»*.

tú en cambio, ¿hasta cuándo vas a andar con una hetera?». Al tiempo que la escuchaba sin hacerle mucho caso, me vi transportado al mejor de los sueños. Después, de madrugada salí de casa, así que no vi nada de lo que luego vio Dóride. Y si no te fías, vuelve allí otra vez, Dóride, y mira con atención no el callejón sino la puerta, a ver cuál de las dos es la que está engalanada con guirnaldas; descubrirás que es la de los vecinos.

MIRTÍON. — Me has salvado, Pánfilo, pues me habría ahorcado si hubiera sucedido cosa semejante.

PÁNFILO. — No hubiera podido suceder; y ojalá que no llegue yo a estar tan loco como para olvidarme de Mirtíon, máxime ahora que está a punto de darme un hijo.

3

FILINA Y SU MADRE

MADRE. — ¿Perdiste el seso, Filina, o qué te pasó ano- 1
che en el simposio? Pues a mi casa vino muy de mañana lloroso Dífilo y me contó el trato que recibió de tu parte; que te emborrachaste y levantándote saliste a bailar al medio de la escena aunque él trataba de impedirlo, y que acto seguido te pusiste a besar a Lamprias, su compañero, y que, como se enfadó contigo, lo dejaste plantado, te fuiste a la vera de Lamprias y lo abrazaste, al tiempo que él se congestionaba ante lo que estaba sucediendo. Y es que ni aun bien entrada la noche, creo, te acostaste con él, sino que lo dejaste plantado lloroso y te acostaste sola sobre un sofá que había allí a mano al tiempo que le hacías la puñeta con tus cantos.

FILINA. — Pues lo que hizo él, madre, no te lo contó, 2
pues no te pondrías de parte de un tipo que me ha tratado

con una chulería tal que, dándome de lado no paraba de charlar con Tais, la hetera de Lamprias, que aún no se había presentado. Al ver que yo me estaba cabreando y que desaprobaba con mis gestos lo que estaba haciendo, fue y la cogió de la punta de la oreja, le tiró del cuello hacia arriba [12] y le pegó un beso tan apretado que casi no pudo ni despegar los labios. Entonces yo me eché a llorar al tiempo que él se reía y le decía a Tais muchas cosas al oído, cosas en contra mía, evidentemente. Y Tais dirigía su mirada a mí y sonreía. Mas como se percataron de que estaba entrando Lamprias y como quiera que se hartaron ya de besarse, a pesar de los pesares yo fui y me tumbé a su lado para que no pudiera luego reprocharme ni tan siquiera eso. En cambio Tais, levantándose, salió a bailar la primera dejando las pantorrillas bien al aire como si fuera la única que las tuviera bonitas [13]. Y cuando dejó de bailar, Lamprias no hacía más que reírse y no decía ni pío, en tanto que Dífilo no paraba de piropear lo airosamente que había bailado, y de aplaudir lo bien acompasado que iba su pie con la cítara y lo lindo de sus pantorrillas y mil cosas por el estilo, como si estuviera deshaciéndose en elogios de la Sosandra de Cálamis [14], y no de Tais, a la que tú conoces

[12] Con todos los respetos para las traducciones castellanas existentes, no parece que se trate de *doblar el cuello, acción más que improbable* cuando a uno le están tirando de las orejas. La preposición *aná* de abajo a arriba es determinante al respecto y ha sido recogida en nuestra traducción.

[13] El texto griego dice literalmente y sin duda alguna los «tobillos»; sorprende un tanto la belleza de algo tan aparentemente poco excitante y sensual como los tobillos. En el contexto en el que está empleada la palabra, tratándose de un baile de tipo provocador, parece que debamos aceptar un empleo metonímico del término. Sobre la belleza de los tobillos recuérdese el epíteto *tanýsphyros* aplicado a Casandra en la pluma de Íbico, fr. 30: «la de estilizados tobillos».

[14] La belleza de esta estatua de Cálamis, escultor de la época clásica

perfectamente; porque se baña con nosotras y ya sabes qué pintas tiene. ¡Y hay que ver! ¡Vaya con la tal Tais que empezó a burlarse de mí! «Si hay alguna, decía, que no le dé vergüenza de tener las piernas flacas, se levantará y saldrá a bailar también». ¿Qué podría yo replicar, madre? Pues me levanté y bailé. ¿Qué remedio me quedaba? ¿Aguantarme y dar por buena la burla y dejarle a Tais ser la reina del banquete?

MADRE.—Muy a pecho te lo tomas, hija; no deberías 3
haberle dado importancia. Pero, cuenta qué pasó después.

FILINA.—Pues los restantes invitados me aplaudían, en tanto que Dífilo era el único que aguantó tumbado boca arriba mirando al techo hasta que yo, cansada, dejé de bailar.

MADRE.—Y lo de que besaste a Lamprias, y lo de que te cambiaste de sitio para abrazarlo, ¿es verdad? ¿Por qué callas? Con esta actitud sí que no tienes excusas.

FILINA.—Es que quería yo a mi vez hacerle la puñeta.

MADRE.—¿Y después ni siquiera te acostaste con él sino que hasta cantabas mientras él lloraba? ¿No te das cuenta, hija, de que somos pobres[15], ni te acuerdas ya de todo cuanto recibimos de parte suya, o de cómo habríamos pasado el invierno anterior de no ser porque Afrodita nos lo envió?

FILINA.—¿Y qué? ¿Voy a tener que aguantar por ello sus malos tratos?

MADRE.—Enfádate, pero no respondas a sus insultos con los tuyos. ¿O es que no sabes que los amantes no dejan

(primera mitad del siglo v a. C.) era proverbial. Véase al respecto el propio LUCIANO, *Imágenes* 6.

[15] Exagera tal vez la madre de Filina, al autocalificarse no sólo como pobre, sino como pobre de solemnidad, o mejor de mendicidad. Este lamento me trae a la memoria el de algunos protagonistas de los mimiambos de Herodas.

de intercambiarse insultos y reproches? Tú has sido siempre muy hosca con este hombre. Así que mira a ver, no sea que, como dice el refrán, se nos vaya a romper la cuerda por tensarla demasiado.

4
MELITA Y BÁQUIDE

1 MELITA.—Si conoces, Báquide, a alguna vieja como esas que dicen abundan en Tesalia[16], que con sus conjuros hacen a los amantes atractivos, por muy odiosa que resulte, vete y traéme una. Que yo de buen grado estaría dispuesta a cederle mis vestidos y mis joyas simplemente con tal de ver que Carino vuelve a mí de nuevo al tiempo que odia a Símique del mismo modo que me odia ahora a mí.

BÁQUIDE.—¿Qué dices? ¿Es que ya no vivís juntos, sino que Carino resulta que va y se larga con Símique, Melita, luego de dejarte a ti plantada? ¿A ti, por quien aguantó tantas broncas de sus padres por no querer casarse con la ricachona aquella que aportaba —eso decían— cinco talentos de dote? Que yo de esto me he enterado de boca tuya.

MELITA.—Pues todo eso se ha ido al garete, Báquide, y llevo ya —este es el quinto— cinco días que ni siquiera lo he visto: andan de copas en casa de su amiguito[17] Pámenes él y Símique.

2 BÁQUIDE.—¡Qué horror!, Melita. Pero ¿qué es lo que os separó? Pues no parece que sea algo de poca monta.

---

[16] Sobre las propiedades de hechiceras precisamente de Tesalia para todo tipo de conjuros y ensalmos, e incluso para hacer bajar la luna, véase el propio LUCIANO, 39.

[17] «Amiguito», hemos traducido con el cierto retintín que pone Melita en su conversación en el sentido de compañero homosexual: *synéphēbos*.

MELITA. —Ni siquiera puedo contarte la historia completa. El otro día al subir del Pireo —había bajado, creo, a reclamar una deuda por encargo de su padre— ni tan siquiera me dirigió la mirada al entrar, ni consintió que acudiera corriendo a sus brazos como de costumbre, sino que apartándome bruscamente cuando intentaba abrazarlo me dijo: «Lárgate con Hermótimo el armador o lee lo que está escrito en los muros del Cerámico, donde vuestros nombres están escritos en una estela»[18]. «¿De qué Hermótimo, de quién o de qué clase de estela me estás hablando?», le dije yo. Pero él no contestó ni pío, se dio media vuelta al tiempo que hacía intención de meterse en la cama sin cenar. Con ese panorama ¿cuántas triquiñuelas crees que no discurrí intentando abrazarlo, hacer que se volviera, y hasta darle un beso en la espalda, ya que seguía sin darse la vuelta? Pues bien; él no se ablandó ni un ápice, sino que va y me dice: «Como sigas dándome la lata me largo ya de una vez aunque sea noche cerrada».

BÁQUIDE. —Pero a todo esto... ¿conoces a Hermótimo? 3

MELITA. —Ojalá me veas, Báquide, en una situación más lamentable que la que estoy pasando ahora si conozco yo a algún armador que se llame Hermótimo. Pero en fin..., el tipo aquel[19] se marchó de madrugada, tras despertarse con el canto de gallo. Me acordaba yo de que había dicho

[18] Pese al entorno lleno de chimeneas y ruidos de coches que rodea al Cerámico en la Atenas de hoy, conserva un cierto encanto y el visitante puede pasear por su recinto con una sensación de sosiego y tranquilidad. Son muchísimas las estelas funerarias, versiones más artísticas que las lápidas de nuestros cementerios sobre los que se escribían bellísimos epitafios, que se conservan alineadas en algunos casos y apiñadas en un pequeño museo. En este contexto hay que situar «la pintada» amorosa, al modo de los «graffitti» que «decoran» ciertos monumentos de nuestras ciudades, a la que alude Filina.

[19] Alusión obviamente a Carino.

que mi nombre estaba escrito en un muro del Cerámico. Envié pues a Ácide a que lo comprobara. Ella no encontró más que esta inscripción cerca del Dipilón a mano derecha según se entra: «Melita ama a Hermótimo» y otra vez un poquito más abajo «El armador Hermótimo ama a Melita».

BÁQUIDE. —¡Vaya con los jovencitos metomentodo! Ya entiendo. Alguien que quería hacerle la puñeta a Carino, sabiendo que es muy celoso escribió la frase. Y Carino se lo creyó de inmediato. Si lo viera en alguna parte, le diría dos palabras: es un inexperto y un niño aún.

MELITA. —Y ¿dónde podrías verlo, si está recluido con Símique? Sus padres aún lo andan buscando en mi casa. Pero, como te iba diciendo, si encontráramos, Báquide, a alguna vieja... su presencia me salvaría.

4 BÁQUIDE. —Hay, querida, una hechicera apropiada[20], de estirpe siria, que aún está de buen ver y maciza[21], que en una ocasión a Fanias, que estaba enfadado conmigo por una tontería, como Carino, lo reconcilió al cabo de cuatro meses; cuando yo ya lo daba por perdido, él volvió a mí merced a los conjuros de ella.

MELITA. —¿Y qué cobró la vieja, si es que aún te acuerdas?

---

[20] Por si algún lector se extraña al ver en la traducción la palabra «hechicera», lo remitimos al término empleado por Luciano, *pharmakís,* un femenino sobre la raíz *phármakon,* harto elocuente. En cuanto al adjetivo *chrēsímē,* literalmente «útil», da a entender que para esta circunstancia vendría como anillo al dedo y recuerda los buenos resultados que obtuvo con el amante de Báquide.

[21] Los dos adjetivos, *ōmḕ* y *sympepēgyîa* son inequívocos, y parecen no ser compatibles con la vejez a la que se había aludido al principio. Por eso es de suma importancia el adverbio *éti,* «aún, todavía». Tal vez los propios potingues aplicados a modo de maquillaje hayan podido contribuir a que la hechicera de marras, pese a sus años, aún resulte una mujer atractiva.

BÁQUIDE. — No son muy altos sus honorarios, Melita; tan sólo una dracma y un pan, pero a ello hay que añadir además de los granos de sal siete óbolos y azufre y una antorcha. Eso cobra la vieja, y además hay que haber mezclado previamente el vino de una crátera y se lo tiene que beber ella sola. Necesitará también algo de ese hombre, sean prendas de vestir, calzado o un mechón de pelo o algo por el estilo.

MELITA. — Tengo sus sandalias.

BÁQUIDE. — Luego de colgarlas de un clavo las fumiga con el azufre al tiempo que esparce la sal sobre el fuego. Pronuncia al mismo tiempo los nombres de los dos, el suyo y el tuyo. Acto seguido sacando de su regazo una especie de ruleta, la hace girar al tiempo que pronuncia con lengua atropellada palabras bárbaras y espeluznantes. Eso hizo en aquella ocasión.

Y al cabo de no mucho tiempo Fanias, pese a los lisonjeos de sus amiguetes y de las súplicas constantes de Fébide con la que vivía, vino a mí, movido más que nada por los hechizos. Y aún me enseñó la siria el sistema para provocar su odio hacia Fébide; estando al tanto de cuando dejaba una huella, borrarla poniendo mi pie derecho sobre la impronta del izquierdo de ella, y el izquierdo mío sobre la huella del derecho de ella y decir a la vez: «estoy plantada encima de ti y piso tu huella». Y yo actué tal y como ella me ordenó.

MELITA. — Deprisa, Báquide, deprisa[22]; llama ya a la siria. Y tú, Ácide, vete preparando el pan, el incienso y todo lo demás para el conjuro.

[22] «No te, no te retrases», *mè mélle, mè mélle,* dice el texto griego; es una aliteración de gran efecto, que hemos querido recoger en la traducción al castellano, «deprisa, deprisa».

5
CLONARION Y LEENA[23]

1 CLONARION.—No paramos de oír, Leena, cosas realmente nuevas acerca de ti, a saber, que Megila la lesbia, la ricachona está enamorada de ti como un hombre, que vivís juntas y que no sé qué cosas os hacéis la una a la otra. ¿Qué me dices de eso? ¿Te sonrojas? Vamos, dime si es verdad.

LEENA.—Es verdad, Clonarion, y estoy abochornada pues es algo... antinatural.

CLONARION.—Por Afrodita[24], ¿de qué se trata? O ¿qué pretende la mujer? ¿Y qué hacéis cuando estáis juntas? ¿Estás viendo? No me quieres, pues no me ocultarías asuntos de tal índole.

LEENA.—Te quiero más que a cualquier otra, es que la mujer en cuestión es terriblemente varonil.

2 CLONARION.—No entiendo lo que dices a no ser que se trate de una «hetera para mujeres»[25]. Cuentan que en Lesbos hay mujeres de esa índole, con pinta de hombres, que no quieren trato con hombres sino que son ellas las que acechan a las mujeres como si de hombres se tratara.

LEENA.—Se trata de algo así.

CLONARION.—Entonces, Leena, explícame estos deta-

[23] Clonarion y Leena, literalmente Leona, protagonizan un diálogo subido de tono sobre un amor lesbiano que roza en lo que hoy llaman algunos «travestismo», aludiendo a «mujeres hombrunas». El hecho es considerado algo *allókoton,* esto es, sorprendente, llamativo, chocante, en oposición a las relaciones homosexuales entre varones que eran consideradas algo mucho más natural.

[24] Clonarion jura por «la criadora de muchachos», *kourotróphos,* antiguo epíteto de la Tierra, que se aplica en ocasiones a Ártemis y a Afrodita, a quien conviene en este pasaje.

[25] Fina manera de llamarla «lesbiana» o «invertida».

lles, cómo se te insinuó la primera vez, cómo te dejaste persuadir y todo lo que vino después.

LEENA. — Ella y Demonasa, la corintia, mujer también rica y de las mismas costumbres que Megila, habían organizado un guateque, y me habían contratado para que les tocara la cítara. Una vez que terminé de tocar, como ya era una hora intempestiva y había que acostarse, y ellas estaban aún borrachas, va Megila y me dice: vamos, Leena, es un momento estupendo para acostarse; así que métete en la cama con nosotras, en medio de las dos.

CLONARION. — ¿Y dormías? ¿Qué sucedió después?

LEENA. — Me besaban al principio como los hombres, 3
no limitándose a adaptar sus labios a los míos, sino entreabriendo la boca, y me abrazaban al tiempo que me apretaban los pechos. Demonasa me daba mordiscos a la vez que me colmaba de besos. Yo no podía hacerme una idea de lo que era aquello. Al cabo de un rato, Megila que estaba ya un poco caliente se quitó la peluca de la cabeza —llevaba una que daba el pego perfectamente acoplada— y se dejó ver a pelo, como los atletas más varoniles, rasurada. Al verla quedé impresionada. Pero ella va y me dice: Leena, ¿has visto ya antes a un jovencito tan guapo? Yo no veo aquí, Megila, a ningún jovencito, le dije. No me tomes por mujer, me dijo, que me llamo Megilo y hace tiempo que casé con Demonasa, ahí presente, que es mi esposa. Ante eso, Clonarion, yo me eché a reír y dije: ¿Así pues, Megilo, nos has estado ocultando que eres un hombre exactamente igual que dicen que Aquiles se ocultaba entre las doncellas y tienes lo que los hombres tienen[26] y actúas con Demonasa como los hombres? No lo tengo, Leena, replicó, ni puñetera la falta que me hace; tengo yo una manera muy espe-

[26] El pasaje es atrevido pero fino, recurriendo las heteras de turno a eufemismos como el que se alude en estas líneas.

cial y mucho más gratificante de hacer el amor; lo vas a ver. ¿No serás un hermafrodito, dije yo, como los muchos que se dice que hay que tienen ambos sexos? pues yo, Clo-
4 narion, desconocía todavía el tema. ¡Qué va! respondió, soy un hombre de cabo a rabo. Oí contar, decía yo, a la flautista beocia Ismenodora historias locales, que según dicen en Tebas alguien se convirtió de mujer en hombre, y que se trata de un excelente adivino, Tiresias se llama, creo; ¿acaso te ha ocurrido a ti algo así?[27]. No Leena, dijo; yo fui engendrada igual que todas vosotras las demás mujeres, pero mi forma de pensar, mis deseos y todo lo demás lo tengo de hombre. ¿Y tienes suficiente con los deseos, dije? Si desconfías, Leena, dijo, dame una oportunidad y comprenderás que no necesito para nada a los hombres, pues tengo algo a cambio de la virilidad; ya lo vas a ver.

Se la di, Clonarion, pues me suplicaba con insistencia y me regaló un collar de los caros y unos vestidos de los finos. Después yo le iba dando abrazos como a un hombre en tanto que ella no dejaba de actuar y besarme y de jadear y me parecía que su placer era superior al normal.

CLONARION. —¿Y qué hacía, Leena, y de qué manera? Dímelo antes que nada, que eso es lo que más deseo saber.

LEENA. —No preguntes tan minuciosamente, pues se trata de cosas vergonzosas; así que, por Afrodita[28], no te lo podría decir.

---

[27] La conversión de Tiresias de hombre en mujer ha sido ya glosada en la nota 28 a los *Diálogos de los muertos*.

[28] Aquí Afrodita tampoco es mencionada por su nombre, sino por su epíteto «Urania», esto es, «Celestial».

6
CRÓBILE Y CORINA

CRÓBILE. — Ya has aprendido, Corina, que no es tan 1
tremendo como pensabas el pasar a ser de virgen mujer, luego de estar con un apuesto muchacho y de ganarte una mina, tu primer sueldo [29], con la que ahora mismo te voy a comprar un collar.

CORINA. — Sí, mamita, y que tenga unas cuentas carmesíes como el de Filénide.

CRÓBILE. — Así será. Pero escucha de mi boca los consejos acerca de lo que tienes que hacer y de cómo tienes que comportarte con los hombres. Pues no tenemos nosotras otro medio de vida, hija. ¿Es que no sabes de qué mala manera hemos ido viviendo estos dos años desde que murió tu bendito padre? Cuando él vivía teníamos de todo en cantidad suficiente. Pues trabajaba como herrero y tenía una gran fama en el Pireo y puedes aún oír a la gente jurar que después de Filino ya no habrá otro herrero. Tras su fallecimiento, entregué las tenazas y el yunque y el martillo por dos minas, minas de las que comimos siete meses. Luego fui saliendo adelante a duras penas, bien tejiendo, bien moviendo la rueca, bien haciendo girar el huso. Y te iba dando de comer, hija, poniendo en ello mis esperanzas.

CORINA. — ¿A la mina te refieres? [30]. 2

CRÓBILE. — No, sino que echaba cuentas de que al llegar ya a esta edad me alimentarías y te las arreglarías con facilidad y te harías rica y tendrías vestidos de púrpura y criadas.

---

[29] No es mal debut el de Cróbile como profesional de los lances amorosos, ya que con una mina, a la sazón cien dracmas, madre e hija, según confesión de la primera líneas más abajo, vivían tres meses largos.

[30] Alusión a esa primera moneda que acaba de ganar.

CORINA. —¿Cómo decías, madre, o a qué te refieres?

CRÓBILE. — Me refiero a los jovencitos y al compartir con ellos sus fiestas y su cama por dinero.

CORINA. —¿Igual que Lira, la hija de Dáfnide?

CRÓBILE. — Sí.

CORINA. — Pero ella es una hetera.

CRÓBILE. — Eso no es nada espantoso. Serás tú también rica igual que ella y tendrás muchos amantes. ¿Por qué te echas a llorar, Corina? ¿No ves qué numerosas son las heteras, y qué solicitadas están, y cuánto dinero ganan? A Dáfnide al menos yo la he conocido, querida Adrastea[31], vestida de harapos antes de llegar a la flor de la juventud. ¡Y ya ves ahora cómo sale, joyas, vestidos floridos y cuatro criadas!

3 CORINA. —¿Y cómo consiguió Lira todo eso?

CRÓBILE. — Lo primero a base de arreglarse con buen gusto[32], de vestirse bien y de estar radiante con todos, sin soltar carcajadas sin ton ni son como sueles tú hacer, sino con una sonrisa dulce y seductora; después sabiendo ligar con habilidad, no dejando frustrado a nadie que se le acerque o que mande llamarla y no yendo ella a la caza de los hombres. Y caso de que alguna vez salga a cenar previo cobro de dinero ni se emborracha —lo que resultaría extremadamente ridículo y los hombres desprecian a las

---

[31] Son corrientes las imprecaciones de las mujeres a Némesis bajo el epíteto de Adrastea, esto es, personificación de la venganza a la que nadie puede escapar *apo-didráskō*. Némesis devuelve las cosas a su punto, especialmente si se ha producido un exceso, fruto, sobre todo, de la soberbia o la jactancia.

[32] Comienza aquí todo un manual de conducta de la «hetera perfecta», muy detallado, que a buen seguro hará las delicias del lector. Tan perfecto es que la mismísima Cróbile echa mano de la mencionada Adrastea, consciente de sus propios excesos. Al final le desea a su hija que viva muchos años.

mujeres de esa índole— ni se empapuza de manjares de forma grosera, sino que se limita a tocar la comida con la punta de los dedos y a masticar sin hacer ruido ni hinchar los dos carrillos a un tiempo; y bebe despacio, no de un trago, sino a sorbos.

CORINA. —¿Incluso cuando tiene sed, madre?

CRÓBILE. —Entonces mucho más despacio, Corina. Y no habla más que lo imprescindible ni se mete con ninguno de los presentes, y no mira más que a quien le ha dado la paga. Y por todo esto la quieren los hombres. Y cuando llega el momento de acostarse nunca adopta una actitud descocada o indiferente sino que concentra toda su atención en un único punto: cómo seducir al cliente y hacer que sea su amante. Eso es lo que de ella elogian todos. Y si tú también fueras capaz de aprender estas formas de comportarse, seríamos felices nosotras también. Puesto que en lo que a otros asuntos se refiere... estás bastante más adelantada que ella. Pero... ya no digo nada más, querida Adrastea... sólo larga vida.

CORINA. —Dime, madre, ¿todos lo que pagan a una 4
mujer son como Éucrito con quien dormí yo ayer?

CRÓBILE. —No todos; algunos son mejores, otros están ya un poco pasados de rosca y otros no se han visto muy agraciados por la naturaleza.

CORINA. —¿Y también habrá que acostarse con tipos así?

CRÓBILE. —Sobre todo con estos últimos, hija; esos son sin duda los que más pagan. Los guapos quieren pagar con su cara bonita[33]. Y tú preocúpate siempre de la ganancia si quieres que en breve todas señalándote con el dedo

[33] «Los guapos sólo quieren ser guapos», dice literalmente el texto griego. Parece dar a entender que pretenden pagar con su belleza; eso es lo que hemos reflejado en nuestra traducción algo más desenfadada.

digan: ¿No ves a Corina la hija de Cróbile, cómo nada en la abundancia y cómo ha hecho a su madre la mujer más feliz del mundo? ¿Qué dices? ¿Lo harás? Lo harás, ya lo sé y aventajarás de buen corro a todas las demás. Ahora vete a bañarte por si llega a casa hoy también el jovencito Éucrito, que te lo tenía prometido.

7
MUSARION Y SU MADRE

1 MADRE. —Caso que lleguemos a encontrar, Musarion, un amante de la misma índole que Quéreas, no habrá más remedio que sacrificarle a Afrodita una cabra blanca, a Afrodita Urania que está en los Jardines una ternera y ofrecer una corona a la diosa que otorga las riquezas[34]. Seremos plenamente dichosas, las más felices de la tierra. Ya estás viendo ahora qué sacamos en limpio de tu jovencito que no te ha dado jamás de los jamases ni un óbolo, ni un vestido, ni unos zapatos, ni un perfume sino pretextos constantes y promesas y darte largas... Y mucho decir... «si mi padre.... y yo pasara a ser dueño de sus bienes, todo sería tuyo». Y tú aún andas diciendo que ha jurado que se casará legalmente contigo.

MUSARION. —Que sí que lo juró, madre, por las dos diosas y por la Políada[35].

MADRE. —Y por lo que se ve, tú te lo crees. Y por eso el otro día, como él no podía pagar su cuota[36] le diste tu

[34] Nuevos apelativos de Afrodita, «pándēmos» o «popular», Urania o celeste y nueva alusión a Deméter como diosa dispensadora de riquezas.

[35] Alusión ahora a Atenea, protectora de la ciudad de Atenas.

[36] Se refiere a la parte que comúnmente llamamos «escote», cuando en un banquete uno paga la parte alícuota que le corresponde.

anillo sin que yo lo supiera y él lo vendió... y se lo bebió[37]. Y otra vez le diste los dos collares jónicos que pesaba cada uno dos daricos[38], que te había traído Praxias de Quíos, el armador, que los mandó hacer de propio en Éfeso. Pero, claro, Quéreas tenía que pagar su parte a escote en el banquete con sus compañeros. Y de sedas y vestiditos, ¿qué podría decir? Desde luego, ¡vaya un regalito y vaya un mochuelo que nos ha caído encima con el tipo este!

MUSARION. — Pero es guapo e imberbe, y afirma que 2
me quiere y llora y encima es hijo de Dinómaco y de Laques el areopagita y dice que vamos a casarnos y nos ha dado grandes esperanzas; basta con que el viejo llegue a cerrar los ojos.

MADRE. — Así Musarion, que cuando necesitemos unos zapatos y nos pida el zapatero la moneda de dos dracmas le diremos: «no tenemos dinero, pero de nuestras escasas esperanzas toma alguna»; y lo mismo al panadero; y a quien nos reclame el alquiler le responderemos: «espera hasta que se muera Laques el coliteo; ya te pagaré después de la boda». ¿No te da vergüenza ser la única hetera que no tiene ni pendientes, ni collar, ni vestido de Tarento?

MUSARION. — ¿Y qué, madre? ¿Son aquéllas más felices 3
o más guapas que yo?

MADRE. — No, pero son más listas y conocen su oficio de heteras y no confían ni en palabrerías ni en jovencitos que tienen los juramentos a flor de labios. Tú en cambio eres la mujer fiel y amante de su hombre, que no se acerca a otro que no sea Quéreas. Y el otro día cuando vino el labrador acarneo, imberbe también por cierto, a ofrecerte dos minas —precio del vino que había vendido por encargo

[37] Fina manera de decir que se lo gastó en vino.

[38] El darico equivale al peso de veinte dracmas de plata áticas.

de su padre— tú, le burlaste de mala manera y vas y te acuestas con el «Adonis» de Quéreas.

MUSARION. —¿Y qué? ¿Tenía que haber dejado tirado a Quéreas y recibir al currante ese que olía a cabrón que apestaba? «Suavecito mi Quéreas y un cerdito el acarneo», como dice el refrán[39].

MADRE. —Conforme; el otro es un gañán y huele que apesta. Pero ¿y de Antifonte el hijo de Menécrates que te prometía una mina, y al que ni siquiera te dignaste recibir, qué? ¿Es que no era guapo, hombre de ciudad y de la misma quinta de Quéreas?

4 MUSARION. —Sí, pero es que Quéreas amenazó con cortarnos el pescuezo a los dos si alguna vez me pillaba con él.

MADRE. —¿Y cuántos otros han lanzado amenazas semejantes? ¿Es que te vas a quedar por eso sin amantes y vas a mantenerte en tu sitio no como si fueras una hetera sino una sacerdotisa de la Tesmófora?[40]. En fin, dejémoslo estar. Hoy es la fiesta de las Haloas. ¿Qué te ha regalado para la fiesta?

MUSARION. —No tiene nada, mamaíta.

MADRE. —¿Es él el único que no ha encontrado un truco para camelar a su padre, que no le ha mandado un esclavo para burlarle, que no le ha pedido nada a su madre amenazándola con alistarse en la marina e irse a la guerra si no conseguía nada, y que por el contrario se queda ahí sentado, dándonos largas, sin regalarnos nada y sin dejar-

[39] Difícil pasaje cuya traducción no llega a convencernos. Pero menos nos conviene la que identifica la tersura de la piel de Quéreas... ¡con la de un cochinillo de Acarnania! Más bien parece que Musarion contraponga a Quéreas, de cutis fino, con el labrador acarniense mencionado líneas más arriba, recomendado por su madre, que debe ser tan tosco como todos los cerdos y tal vez los habitantes de Acarnania.

[40] Las sacerdotisas de Deméter estaban sometidas a voto de castidad.

nos coger de quienes dan? ¿Crees tú, Musarion, que vas a tener siempre dieciocho años? ¿O que Quéreas pensará de igual manera cuando sea rico él también y su madre le consiga una boda de postín? ¿Crees que se va a acordar aún entonces de las lágrimas o de los besos o de los juramentos cuando esté viendo una dote quizás de cinco talentos?

MUSARION. — Se acordará y aquí está la demostración; aún no se ha casado y se ha negado a hacerlo pese a las presiones y coacciones que recibe.

MADRE. — Ojalá me equivoque. Ya te refrescaré la memoria en su momento.

8

AMPÉLIDE Y CRÍSIDE

AMPÉLIDE. — ¿Críside, está aún enamorado quien ni se 1
muestra celoso ni se enfada ni te ha pegado nunca ni te ha cortado el pelo ni desgarrado tus vestidos?

CRÍSIDE. — ¿Es que son esos los únicos síntomas de un hombre enamorado?

AMPÉLIDE. — Sí, esos son los propios de un hombre cálido, dado que todos los demás, besos, lágrimas y juramentos y constantes visitas son síntomas de un amor incipiente que se está gestando. El fuego auténtico viene de los celos. Conque si Gorgias te sacude y se consume de celos, sé optimista y ruega que siempre se comporte así.

CRÍSIDE. — ¿Así? ¿Qué dices? ¿Que se pase la vida sacudiéndome?

AMPÉLIDE. — No, no, sino que se preocupe si no es el único a quien tú miras, puesto que si no te ama ¿a cuento de qué iba a enfadarse si tuvieras otro amante?

CRÍSIDE. — Pero es que yo no lo tengo. Absurdas son

sus sospechas de que el ricachón aquél está enamorado de mí simplemente porque lo mencioné el otro día.

2 AMPÉLIDE. — También resulta agradable que crea que los ricos andan tras de ti. Pero en fin; así se preocupará más y pondrá todo su empeño en que los rivales en las lides amorosas no le vayan por delante.

CRÍSIDE. — Pues el hombre ese no hace más que enfadarse y sacudirme, pero no me regala nada.

AMPÉLIDE. — Ya te regalará —que se muere de celos— y máxime si tú lo llevas por la calle de la amargura.

CRÍSIDE. — No comprendo por qué quieres, Ampelidita, que me lleve sus zurras.

AMPÉLIDE. — No es eso, pero es que es así como creo yo que se gestan los grandes amores, a base de convencerse de que no se les hace caso; al contrario, si tienen fe ciega en que no tienen competencia se va marchitando por así decirlo la pasión. Te digo todo esto con mis experiencias de veinte años de hetera, en tanto que tú no tienes más que dieciocho años o menos, creo. Y si quieres te voy a contar lo que pasó no hace muchos años. Era mi amante Demofanto el prestamista, el que vive detrás de la Galería Pecila[41]. Nunca jamás me había dado más de cinco dracmas y pretendía ser dueño y señor mío. Me amaba, Críside, con un amor superficial, sin gemidos ni llantos ni visitas intempestivas sino que se limitaba a acostarse conmigo de vez en cuando, y eso de higos a brevas[42]. Pues bien; cuando en cierta ocasión le di con la puerta en las narices —pues estaba dentro Cálides el pintor que me había aca-

[41] Se alude en varios pasajes de Luciano al famoso Pórtico de las Pinturas, al lado norte del Ágora de Atenas, descrito con detalle por PAUSANIAS, V 11, 6.

[42] El texto griego es mucho menos expresivo, pero igualmente elocuente: *dia makroû,* esto es, dejando pasar largos intervalos de tiempo, como los que existen de Pascuas a Ramos o de higos a brevas.

bado de mandar diez dracmas— su primera reacción fue largarse tras insultarme. Mas como pasaron muchos días y 3
yo no mandaba ir a buscarle, pues Cálides estaba dentro de casa, Demofanto, que se iba entonces poniendo bastante caliente, va y echa toda la carne al asador[43]. Y apostándose al acecho de que abriera yo la puerta lloraba, me golpeaba, amenazaba con matarme, me rasgaba el vestido, hacía todo lo habido y por haber y al final por dos talentos que me dio me tuvo en exclusiva ocho meses completos. Su mujer andaba por ahí diciendo a todos que yo le había hecho enloquecer a base de fármacos; como que... ¡los celos eran mi fármaco! Así que utiliza tú también, Críside, con Gorgias la misma droga; el jovencito será rico en caso de que llegase a pasarle algo a su padre[44].

9

DÓRCADE Y PANÍQUIDE Y FILÓSTRATO Y POLEMÓN

DÓRCADE. — Estamos perdidas, señora, estamos perdi- 1
das; Polemón, según cuentan, ha vuelto de campaña rico. Lo he visto yo también con manto de ribetes de púrpura ajustado con broche y acompañado de un gran séquito. Sus amigos nada más verlo corrían hacia él con deseos de abrazarlo. Entre tanto yo, al ver a un criado que iba detrás y que había estado con él en campaña, le iba haciendo las siguientes preguntas: «dime, Parmenón —dije tras saludarlo previamente—, ¿qué tal os ha ido? ¿Habéis vuelto con algo que os compense de los trajines de la guerra?».

---

[43] «Se inflama de cara a la situación», dice el texto griego con el verbo en voz media. Creemos haber recogido en nuestra traducción los dos puntos claves: el ardor y el interés por el tema de tal Demofanto.

[44] Es decir, cuando se muera y herede.

PANÍQUIDE. — Así tan por derecho no tenías que haber empezado, sino con palabras de este estilo: «Gracias sean dadas a los dioses porque estáis sanos y salvos, en especial a Zeus Hospitalario y a Atenea Guerrera. Mi señora andaba siempre preguntando qué tal os iba y dónde estabais». Y si hubieras añadido que lloraba y estaba siempre acordándose de Polemón, mejor que mejor.

2 DÓRCADE. — Ya lo dije al principio todo eso. Pero lo que quisiera yo contarte no es lo que dije yo, sino lo que oí, ya que a Parmenón empecé a decirle: ¿es que no os zumbaban los oídos, Parmenón?, pues la señora estaba constantemente acordándose llorosa de ti; y sobre todo cuando alguien volvía de la guerra y contaba que habían muerto muchos, se mesaba los cabellos, se golpeaba el pecho y se compungía ante la noticia.

PANÍQUIDE. — ¡Bien Dórcade! Así es como había que hablar.

DÓRCADE. — Acto seguido le hice las preguntas que te dije antes y él me contestó: «Formidable, hemos vuelto formidablemente bien».

PANÍQUIDE. — ¿O sea que no dijo antes algo así como que Polemón se acordaba de mí o me echaba de menos o hacía votos por encontrarme viva?

DÓRCADE. — Y otras muchas cosas por el estilo decía. Pero su noticia principal era mucha riqueza, oro, vestidos, séquito, marfil; que el dinero que traen no puede calcularse sino en medimnos[45], y son muchos medimnos. El propio Parmenón llevaba en el meñique una sortija enorme de forma poligonal con una incrustación en piedra de tres colores, y roja por encima. Lo dejé cuando intentaba contarme cómo atravesaron el Halis y cómo mataron a un tal

---

[45] El medimno es una medida de capacidad equivalente aproximadamente a una fanega, 52 litros.

Tirídates y cómo había destacado Polemón en la batalla contra los pisidios[46]. Vine corriendo a traerte estas noticias para que reflexiones a la vista de las circunstancias actuales. Pues si viene Polemón —que vendrá en cuanto se sacuda de encima a los conocidos— y a base de preguntas descubriera a Filóstrato dentro en nuestra casa, ¿qué crees que haría?

PANÍQUIDE. — Tratemos de hallar, Dórcade, una salida 3
a la situación actual; pues ni es elegante echar a este hombre que me acaba de dar un talento y que entre otras cosas es un comerciante que promete mucho, ni es práctico no recibir a Polemón que regresa en semejante situación; además es celoso y ya resultaba insoportable cuando era pobre, ¿qué no sería capaz de hacer ahora?

DÓRCADE. — Pues ahí se acerca.

PANÍQUIDE. — ¡Me desmayo, Dórcade, qué apuro!, estoy temblando.

DÓRCADE. — Ahí se acerca también Filóstrato.

PANÍQUIDE. — ¿Qué va a ser de mí? ¡Tierra, trágame![47].

FILÓSTRATO. — ¿Por qué no tomamos una copa, Paní- 4
quide?

PANÍQUIDE. — ¡Ay, amigo, por tu culpa estoy perdida... Y tú, Polemón, ¡hola! ¡Cuánto tiempo sin verte!

POLEMÓN. — ¿Quién es el tipo este que se acerca a vuestra casa? ¿Callas? Está bien; márchate, Paníquide. ¡Y yo que vengo en cinco días desde las Termópilas a toda prisa para ver a una mujer así! Me está bien empleado lo sucedido; aunque te estoy agradecido; ya no me volverás a atrapar.

---

[46] El marco en que se centran las gestas de guerra del tal Polemón es —no podía ser otro— el Asia Menor; el Halis separaba Lidia de Persia, y los habitantes de Pisidia vivían al sur de Asia Menor.

[47] Por más que parezca chocante, esa misma es la expresión que sale de la boca de Paníquide.

FILÓSTRATO. —¿Y tú, amigo, quién eres?

POLEMÓN. —Ya lo estás oyendo; Polemón de Estiria, de la tribu Pandiónide. Al principio estaba al frente de mil soldados, y ahora pongo en pie de guerra cinco mil escudos; amante de Paníquide, cuando creía que ella aún era capaz de pensar y sentir como una persona.

FILÓSTRATO. —Pues ahí lo tienes, capitán de mercenarios; ahora Paníquide es mía, y ha recibido un talento y va a recibir otro en cuanto hayamos distribuido las mercancías. Y ahora, acompáñame, Paníquide, y deja que éste se vaya a mandar mil hombres en el país de los odrisas[48].

POLEMÓN. —Es muy libre de acompañarte si quiere.

PANÍQUIDE. —¡Ay, Dórcade!, ¿qué puedo hacer?

DÓRCADE. —Mejor entrar; no puedes quedarte junto a Polemón, furioso como está y que aún se va a salir de sus casillas con los celos.

PANÍQUIDE. —Entremos, si quieres.

5 POLEMÓN. —Pues os aviso que hoy será vuestra última copa, o de poco sirven los cientos de matanzas en que me he adiestrado. ¡Los tracios, Parmenón! ¡Acudan armados y bloqueen el callejón formados en falange! Al centro los hoplitas! ¡A los flancos honderos y arqueros! ¡El resto a retaguardia!

FILÓSTRATO. —Nos hablas, mercenario, como si fuéramos chiquillos y tratas de asustarnos. ¿Has matado alguna vez un gallo o... has visto siquiera la guerra? A lo mejor has hecho guardia en alguna fortaleza de tres al cuarto, con media compañía a tu cargo... y eso por hacerte un favor.

POLEMÓN. —Dentro de poco lo sabrás, cuando nos veas avanzar radiantes con las armas al encuentro de la lanza.

FILÓSTRATO. —Venid sólo si estáis bien preparados,

[48] Ubicado en Tracia, al norte de la Hélade.

que yo y Tibio, aquí presente —es el único que me acompaña—, os vamos a dispersar con tal lluvia de piedras y cascotes que no vais a saber dónde meteros.

10
QUELIDONION Y DRÓSIDE

QUELIDONION.—¿Ya no viene a visitarte el jovencito 1
Clinias, Dróside? Pues hace ya mucho tiempo que no lo he visto en vuestra casa.

DRÓSIDE.—Ya no, Quelidonion; su maestro le prohibió que viniera a verme.

QUELIDONION.—¿Y quién es el maestro ese? ¿No te estarás refiriendo a Diotimo, el profesor de gimnasia? Porque es amigo mío.

DRÓSIDE.—Qué va; es Aristéneto, el más depravado de los filósofos.

QUELIDONION.—Te refieres al tipo ese de ceño fruncido, peludo, con barba poblada que suele pasear en compañía de muchachos por la Galería Pecila[49].

DRÓSIDE.—A ese me estoy refiriendo, al charlatán ese, que mal rayo lo parta[50], arrastrado de la barba por un verdugo.

QUELIDONION.—¿Y qué le sucedió para persuadir a 2
Clinias a actuar así?

DRÓSIDE.—No lo sé, Quelidonion. Lo cierto es que nunca se había acostado con nadie que no fuera yo desde que comenzó a frecuentar trato con mujeres —la primera fui yo— y hace ya tres días seguidos que ni se acerca por la

[49] Cf. *supra,* n. 41.

[50] «Ojalá lo viera muerto de la peor muerte», dice literalmente el texto griego.

callejuela esta. Como yo estaba molesta —no sé qué me estaba pasando al tratar con él—, envié a Nébride a echar un vistazo por donde suele pasar el rato, bien en el Ágora o en la Galería Pecila. Ella me dijo que lo había visto paseando en compañía de Aristéneto, y que le había hecho señas con la cabeza; y que él se ha ruborizado, se ha puesto a mirar al suelo y ya no ha levantado la vista. Acto seguido echaron a andar en dirección a la Academia. Ella los acompañó hasta el Dipilón, pero como él ni siquiera volvió la cabeza, regresó sin poder traerme ninguna noticia segura. ¿Cómo crees que vivo después de esto, sin poder siquiera imaginar lo que le ha ocurrido a mi jovencito? ¿Lo habré disgustado en algo?, decía yo, o ¿se habrá enamorado de otra y a mí me desprecia?, ¿le habrá puesto pegas su padre? Pobre de mí, no hacía más que dar vueltas a mil ideas semejantes. Y al caer la tarde me viene Dromón con esta cartita de parte suya. Toma y léela, Quelidonion, que tú ya sabes de cartas.

3 QUELIDONION. — Veamos. Las letras no están muy claras, son más bien garabatos que evidencian las prisas de quien las escribió. Dice: «De cómo te quise pongo a los dioses por testigos, Dróside».

DRÓSIDE. — Ay, desdichado, ni siquiera ha escrito delante el saludo...

QUELIDONION. — ... «Y ahora me aparto de ti no por desprecio sino por imperiosa necesidad. Mi padre me ha entregado a Aristéneto para que en su compañía aprenda la filosofía; y él —que ya sabía todo lo que había entre nosotros— me ha hecho muchos reproches diciéndome que no está bien que siendo hijo de Arquíteles y de Erasiclea me entienda con una hetera, y que es mejor anteponer la virtud al placer».

DRÓSIDE. — Mal rayo lo parta al charlatán ese que le enseña esas cosas al muchacho.

QUELIDONION. —«Así que forzosamente he de obedecerle; pues me acompaña y me somete a una estricta vigilancia y no tengo posibilidad alguna de mirar a nadie que no sea él. Y si mi comportamiento fuera sensato y le obedeciera en todo, me promete que seré feliz y que conseguiré la virtud tras haberme ejercitado previamente en las fatigas. Te he escrito esto, con gran dificultad, a escondidas de él. Que te vaya bien y acuérdate de Clinias.»

DRÓSIDE. —¿Qué te parece la carta, Quelidonion? 4

QUELIDONION. —Pues el resto es perorata de escitas[51], pero el... «acuérdate de Clinias», deja un resquicio a la esperanza.

DRÓSIDE. —A mí también me ha dado esa impresión; pero yo me muero de amor. Dromón me decía que Aristéneto era un maricón y que con el pretexto de sus enseñanzas se acuesta con los jóvenes más guapos y que en particular a Clinias le escribe poemas y le hacía algunas promesas en el sentido de hacerlo parecer igual a un dios. Y además lee con él escritos eróticos que los antiguos filósofos dedicaban a sus alumnos; en resumen; que no vive más que para el muchacho; él amenazaba con denunciar estos hechos al padre de Clinias.

QUELIDONION. —Tenías que haberte camelado a Dromón por el estómago.

DRÓSIDE. —Ya lo hice e incluso sin eso está por mí, pues está que arde por Nébride.

QUELIDONION. —Ánimo, que todo saldrá bien. Y me parece que voy a escribir una pintada en el muro del Cerámico por donde suele pasar Arquíteles que diga «Aristéneto está pervirtiendo a Clinias», con lo que ayudaremos a que prospere la acusación de Dromón.

[51] Papel mojado, diríamos hoy nosotros; los escitas rudos y toscos escasamente hilvanaban con corrección un par de frases. Así, discurso de escita y «nada», es todo uno.

DRÓSIDE. —¿Cómo la podrás escribir sin que te vean?

QUELIDONION. —De noche, Dróside, con un carboncillo que cogeré donde sea.

DRÓSIDE. —Bien, Quelidonion; sé tú mi aliada en la lucha contra el bocazas de Aristéneto.

11

TRIFENA Y CÁRMIDES

1 TRIFENA. —¿Quién es el listo que va y contrata a una hetera, le paga cinco dracmas y se acuesta con ella dándole la espalda, llorando y suspirando? Pero es que ni has disfrutado de la bebida, creo, ni quisiste cenar solo; que llorabas incluso durante la cena, que te veía yo. E incluso ahora no has dejado de lloriquear como un bebé. ¿A cuenta de qué, Cármides, actúas de esta manera? No me lo ocultes, a ver si al menos saco algo en limpio después de haberme pasado la noche en vela haciéndote compañía.

CÁRMIDES. —Me está destruyendo Eros, Trifena, y ya no soy capaz de hacer frente a este tormento.

TRIFENA. —Que no es a mí a quien amas está claro; pues no me harías de menos cuando me tienes, ni me apartarías de tu lado cuando quiero abrazarte, ni, por último, levantarías con tu manto un muro entre nosotros temeroso de que pudiera llegar a tocarte. Dime no obstante quién es ella; tal vez pudiera yo contribuir al éxito de tu amor, pues sé cómo hay que bandeárselas en estos menesteres.

CÁRMIDES. —La conoces perfectamente, igual que ella a ti; no es precisamente una hetera que no se haga notar.

2 TRIFENA. —Dime su nombre, Cármides.

CÁRMIDES. —Filemation, Trifena.

TRIFENA. —¿A cuál de las dos te refieres?, porque hay dos; la del Pireo, recientemente desvirgada, cuyo amante es

Dámilo, el hijo del actual general en jefe del ejército, o a la otra a la que llaman «Págide»?[52].

CÁRMIDES. — A ésta, y ¡pobre de mí!, estoy atrapado y he sido preso de ella.

TRIFENA. —¿Así que llorabas por ella?

CÁRMIDES. — Ya lo creo.

TRIFENA. —¿Y hace mucho que estás enamorado de ella o eres un novato en estas lides?

CÁRMIDES. — De novato nada, que hace ya casi siete meses que la vi por primera vez en las fiestas Dionisíacas.

TRIFENA. —¿Y la viste toda ella con detalle o tan sólo su rostro y las partes de su cuerpo que son visibles tal cual es de esperar de una mujer que ha cumplido los cuarenta y cinco años?

CÁRMIDES. — Sin embargo ella jura que cumplirá veintidós el próximo mes de Elafebolión[53].

TRIFENA. —¿Y de qué te fiarías más, de sus juramentos 3
o de tus propios ojos? Fíjate en ella con atención; échale un vistazo a sus sienes, el único punto en que tiene sus propios cabellos; el resto es una tupida peluca. Y cuando vaya perdiendo fuerza el potingue con que se tiñe, se encanecerá casi por completo. Pero... eso no es nada; insiste alguna vez en verla desnuda.

CÁRMIDES. — Nunca jamás ha consentido en darme esa ocasión.

TRIFENA. — Evidentemente, pues estaba segura de que sentirías repugnancia ante sus manchas blancas; toda ella, desde el cuello a las rodillas se parece a un leopardo... ¿Y llorabas tú por no entenderte con una mujer semejante? ¿Y

[52] Él nombre de esta hetera lleva doble sentido, pues tiene que ver con la raíz de trampa o engaño. Filemation significa algo así como «caricitas» o «besitos».

[53] Mes equivalente al período que va hoy entre el 15 de marzo y el 15 de abril.

para colmo, no te irritaba e incluso hasta te miraba por encima del hombro?

CÁRMIDES. —Sí, Trifena, y eso que no paraba de recibir cantidades de regalos de parte mía. Y ahora, puesto que no podía darle así como así las mil dracmas que me pedía, ya que me da de comer un padre ahorrador, me ha dado con la puerta en las narices y ha recibido en su casa a Mosquión. Y como en contrapartida yo quería hacerle la puñeta, te he cogido a ti.

TRIFENA. —Por Afrodita, no habría venido si alguien me hubiera avisado de antemano que me contratarían con la intención de hacer la puñeta a otra mujer, máxime tratándose de Filemation, la momia esa. Así que me marcho, que ya cantó el gallo por tercera vez.

CÁRMIDES. —No tan deprisa, Trifena, que si es verdad lo que dices de Filemation, a saber, lo de la peluca, y que se tiñe, y lo de las otras manchas, ni tan siquiera sería capaz de dirigirle la mirada.

TRIFENA. —Pregúntale a tu madre, a ver si alguna vez ha coincidido en los baños con ella; y en lo que a sus años se refiere, tu abuelo te lo contará si es que aún vive.

CÁRMIDES. —Bien; ya que esa mujer es como la describes, derribemos ya el muro que nos separa, abracémonos, besémonos y hagamos el amor como está mandado. Y Filemation, que se vaya a hacer puñetas.

12

YOESA, PITÍADE Y LISIAS

1 YOESA. —¿Me das de lado, Lisias? Muy bonito, hombre, cuando yo nunca te pedí dinero ni te di con la puerta en las narices cuando viniste a mi casa diciéndote: «hay otro hombre dentro», ni te obligué a timar a tu padre ni a

sisar a tu madre para traerme algún regalo, como hacen las demás heteras, sino que desde un principio te acepté sin exigirte precio o garantía alguna. Sabes además a cuántos amantes he dejado de lado; a Teocles que es actualmente prítano, a Pasión el armador y a tu joven compañero, Meliso, quien al morir recientemente su padre, ha pasado a ser dueño de sus bienes. Pero yo te tenía por mi único Faón y no miraba ni dejaba acercárseme a otro que no fueras tú. Y yo creía, ingenua de mí, que eran verdaderos tus juramentos y por ello, atenta sólo a ti, llevaba una vida tan recatada como Penélope, pese a los gritos y reproches de mi madre ante mis amigas. Tú, en cambio, en cuanto supiste que me tenías en tus manos derretida por ti, hay que ver cómo me hacías rabiar, unas veces bromeando con Licena en presencia mía y otras deshaciéndote en elogios a Magadión, la tañedora de arpa, mientras estabas conmigo en la cama. Por este comportamiento lloro y me siento ofendida. El otro día cuando compartíais bebida Trasón, Dífilo y tú, se encontraban allí también presentes la flautista Cimbalión y Pirálide, a la que odio. En fin, a Cimbalion, ya sabes, no me importó en absoluto que la besaras cinco veces; tú mismo te estabas insultando al besar a una mujer de semejante calaña. Pero a Pirálide, ¡anda que no le hiciste señas! Y después de beber le enseñabas la copa cada vez y al tiempo que se la entregabas al esclavo le ordenabas al oído que no sirviera bebida a nadie a no ser que Pirálide pidiera antes la suya. Y para colmo, dando un mordisco a una manzana, cuando viste que Dífilo estaba entretenido charlando con Trasón, te inclinaste y la arrojaste con buena puntería a su regazo[54], sin hacer la más mínima

[54] El tema de la manzana que se arroja a la persona de quien se está enamorado aparece ya en la lírica griega, y suele ser el banquete el momento oportuno para proceder a esa declaración.

2 intención de que yo me enterara. Ella, tras besarla, se la metió de tapadillo entre los dos pechos bajo el refajo. ¿A santo de qué actúas así? ¿Qué ofensa grande o pequeña te inferí, o qué pesar te he causado? ¿Es que miré a otro hombre? ¿Es que no vivo más que para ti? ¿No es algo grande lo que estás haciendo, al disgustar a una pobre mujer que está loquita por ti? Hay una divinidad, Adrastea[55], que ve incluso actitudes como las tuyas. Quizá algún día te apenarás cuando oigas decir de mí que yazgo muerta después de ahorcarme con una soga o de tirarme de cabeza a un pozo o de cualquier otra forma de matarme que encuentre, para que el simple hecho de verme no te resulte enojoso. Presumirás entonces como quien ha llevado a cabo una acción importante y destacada... ¿Por qué me miras de reojo y rechinas los dientes? Si tienes algo de qué acusarme, dímelo, y que Pitíade aquí presente sea nuestro juez. ¿Qué pasa? ¿Intentas largarte sin contestarme, dejándome aquí plantada? ¿Estás viendo, Pitíade, cómo me trata Lisias?

PITÍADE. — ¡Qué barbaridad! Ni siquiera le conmueve tu llanto; es una piedra, y no una persona. Ahora, que a decir verdad, Yoesa, tú lo echaste a perder con tantos mimos y tantas demostraciones de amor. No deberías estar tan pendiente de él, pues los hombres se vuelven engreídos en cuanto se dan cuenta. Así que deja de llorar, desgraciada, y si me haces caso, dale con la puerta en las narices una o dos veces cuando vaya a tu casa; verás cómo se enardece de nuevo y cómo replica con un auténtico delirio de amor.

YOESA. — Eso, ni lo digas. ¡Quita! ¿Darle yo a Lisias con la puerta en las narices? ¡Ojalá no sea él el primero en dejarme!

[55] Cf. *supra*, n. 31.

PITÍADE. — Pues ahí viene otra vez.

YOESA. — ¡Buena nos la has hecho, Pitíade! Igual te ha oído cuando decías «dale con la puerta en las narices».

LISIAS. — No he vuelto por ella, Pitíade, pues siendo 3
ella como es, ni tan siquiera le dirigiría la mirada. Pero he vuelto por ti, para que no me condenes en tu juicio y digas «Lisias es inflexible».

PITÍADE. — Justo y cabal, eso es lo que yo estaba diciendo, Lisias.

LISIAS. — Entonces, ¿pretendías, Pitíade, que aguantara a Yoesa, que ahora bien que llora, pero a la que sorprendí en cierta ocasión acostada con un jovencito cuando ya se había separado de mí?

PITÍADE. — Al fin y al cabo, Lisias, es una hetera. ¿Y cómo los pillaste durmiendo juntos?

LISIAS. — Hace ya casi cinco días, por Zeus, cinco, en el segundo día del mes; hoy estamos a siete. Mi padre, sabedor de que desde hacía tiempo yo andaba enamorado de esta «buena» mujer, me encerró tras dejarle dicho al portero que no me abriera. Pero yo, que no soportaba el no «estar» con ella, le rogué a Dromón que se agachara junto a la tapia del patio, por el sitio más bajo, y que me dejara subirme a su espalda, pues así podría escalar con más facilidad. ¿Para qué extenderme? Trepé, llegué y encontré la puerta del patio cuidadosamente cerrada, pues era bien entrada la noche. No llamé sino que levantando con suavidad la puerta —tal y como ya había hecho en otras ocasiones— y alterando el gozne, me introduje sin hacer ruido. Todos estaban durmiendo. Así, tanteando la pared, llego hasta la cama [56].

[56] El relato recoge verbos en aoristo, imperfecto y presente que son importantes, no tanto desde el punto de vista temporal cuanto aspectual, valor que hemos intentado recoger en nuestra traducción.

4 Yoesa. —¿Qué vas a decir, por Deméter?, que estoy preocupada.

Lisias. — Al ver que la respiración no era una sola, lo primero que pensé fue que Lidia estaba durmiendo con ella. Pero no era así, Pitíade, sino que al palpar descubrí a un tipo imberbe, muy suave, con la cabeza rapada, que despedía él también un olor a perfume. Si llego a venir con una espada, no hubiera dudado, estad seguras, a la vista de la situación. ¿De qué os reís, Pitíade? ¿Te parece que lo que estoy contando es cosa de risa?

Yoesa. —¿Y eso es lo que te ha disgustado, Lisias? Era Pitíade, aquí presente, quien estaba durmiendo conmigo.

Pitíade. —No se lo digas, Yoesa.

Yoesa. —¿Por qué no voy a decírselo? Era Pitíade, amor mío, que la había yo mandado llamar para que durmiera conmigo, pues yo estaba triste porque no te tenía.

Lisias. —¿Pitíade era el de la cabeza rapada? Así que en cinco días le ha salido semejante melena?

Yoesa. — Por una enfermedad, Lisias, se cortó el pelo, pues se le caían los cabellos. Y ahora se ha puesto una peluca. Enséñasela, Pitíade, demuéstrale que es así; convéncelo. Ahí tienes el jovencito adúltero del que tenías celos.

Lisias. —¿Cómo no iba a tenerlos, Yoesa, enamorado como estoy, después de haberlo tocado?

Yoesa. — Así pues, parece que ya estás convencido. ¿Quieres que me llegue a mí el turno de enfadarme contigo? Pues estoy muy cabreada con toda la razón por mi parte.

Lisias. — En modo alguno. Mejor es que bebamos ya y Pitíade con nosotros, pues es de todo merecimiento que esté presente en nuestra reconciliación.

Yoesa. — Estará. ¡Lo que he sufrido por tu culpa, Pitias, el más cojonudo de los jóvenes!

Pitíade. — Sí, y también el que os reconcilió; así que no

te enfades conmigo. Pero, una cosa; mucho ojo, Lisias, no vayas a decirle a alguien lo de mi pelo.

13
LEÓNTICO, QUÉNIDAS, HÍMNIDE

LEÓNTICO. — Cuenta, Quénidas, en la batalla contra 1
los gálatas cómo avancé antes que los demás jinetes a lomos de mi blanco corcel, y cómo los gálatas pese a su fuerza se echaron a temblar nada más verme y ni tan siquiera uno de ellos me resistió. Entonces yo arrojé mi lanza y atravesé con ella al mismísimo jefe de caballería y a su caballo. Luego... contra lo que aún quedaba en pie de ellos —pues había algunos que aún aguantaban tras la disolución de la falange y que se habían reagrupado en cuadro—, desenvainando la espada y acometiendo con todo mi coraje voy y derribo como a unos siete de los que estaban en vanguardia con la embestida de mi caballo. Y a machetazos con la espada le corté en dos la cabeza con casco incluido a uno de los capitanes. Y vosotros, Quénidas, acudisteis al cabo de un rato, cuando estaban dándose a la fuga.

QUÉNIDAS. — Y cuando te enfrentaste en combate sin- 2
gular en Paflagonia contra el sátrapa, ¿no realizaste también entonces una gran exhibición?

LEÓNTICO. — Bien hiciste en recordarme aquella gesta que no fue precisamente poco notable. El sátrapa, en efecto, hombre de gran estatura, pasaba por ser el mejor en el combate con armas pesadas, y despreciando al ejército griego saltó al medio y retó a quien quisiera enfrentarse a él en duelo singular. Los demás se quedaron pasmados, tanto los capitanes como los taxiarcos y hasta el propio caudillo y eso que no era un hombre sin agallas. Efectiva-

mente era nuestro caudillo Aristecmo el etolio, excelente lanzador de jabalina, y yo era aún un comandante de mil hombres. Pese a todo, en un alarde de arrojo, desembarazándome de los compañeros que trataban de retenerme, pues temían por mí al ver al bárbaro refulgente por sus armas chapadas en oro, con su penacho imponente y terrible y blandiendo la lanza...

QUÉNIDAS. —También yo tuve miedo entonces, Leóntico, y sabes cómo te sujetaba pidiéndote que no te expusieras a peligros, pues mi vida no merecía la pena ser vivida si tú morías.

3 LEÓNTICO. —Pero yo me atreví y avancé hasta el medio, no peor equipado que el paflagonio, sino totalmente cubierto de oro yo también; así que al punto se levantó un griterío de entre nuestro bando y de entre el de los bárbaros, pues me reconocieron también ellos al ver mi escudo, las abolladuras del casco y el penacho. Di, Quénidas, ¿con quién me compararon todos en aquella ocasión?

QUÉNIDAS. —¿Con quién iba a ser, por Zeus, sino con Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo? ¡Qué bien te sentaba el casco! ¡Cómo destacaba tu vestido de púrpura, y cómo resplandecía el escudo!

LEÓNTICO. —Después que entablamos combate el bárbaro va y me hiere primero, ligeramente cuanto tocarme un poquito por encima de la rodilla, pero yo, atravesando su escudo con la «sarisa»[57], voy y le traspaso de cabo a rabo el pecho; luego abalanzándome sobre él le corté fácilmente el cuello con la espada. Y regresé con sus armas y su cabeza clavada en mi sarisa, bañado en sangre.

4 HÍMNIDE. —Quita, Leóntico; asquerosas y terribles son las historias que cuentas de ti, y ninguna sería capaz de

[57] Sobre este tipo de lanza propio de la falange macedonia, véase n. 84 a los *Diálogos de los muertos*.

mirarte a la cara, a ti que tanto disfrutas con el cuajo de la sangre, y mucho menos de compartir contigo la bebida o la cama. Yo, al menos, me largo.

LEÓNTICO. —Toma, que te pago doble sueldo.

HÍMNIDE. —No podría soportar dormir con un criminal.

LEÓNTICO. —No temas, Hímnide; aquellas gestas se llevaron a cabo en Paflagonia; ahora vivo la vida en paz.

HÍMNIDE. —Eres un tipo maldito, y te goteaba la sangre desde la cabeza del bárbaro que llevabas colgada de la sarisa. ¿Cómo voy yo a besar y a acariciar a un tipo así? Líbrenme las Gracias de hacerlo, pues en nada es ese tipo mejor que el verdugo público.

LEÓNTICO. —Si me hubieses visto con la armadura puesta, te habrías enamorado de mí; estoy seguro.

HÍMNIDE. —Sólo de oírte, Leóntico, me dan náuseas, se me ponen los pelos de punta y me parece estar viendo las sombras y los espectros de tus víctimas, en especial la del pobre capitán aquel con la cabeza partida en dos. ¿Qué crees que habría sucedido si hubiera llegado a contemplar yo la hazaña y la sangre y los cadáveres tendidos en el suelo? Creo que me habría desmayado; ni siquiera he visto nunca jamás matar a un gallo.

LEÓNTICO. —¿Tan poco valiente y tan pusilánime eres, Hímnide? Yo creía que te alegrarías al oírme.

HÍMNIDE. —Pues entretén con esas historias a las mujeres de Lemnos o a las Danaides que pudieras encontrar[58]. Yo me vuelvo volando a casa de mi madre mientras es aún de día. Acompáñame tú también, Grámide. Y tú, el mejor

[58] Las Danaides fueron condenadas a llenar toneles agujereados. Las mujeres lemnias fueron castigadas por Afrodita a despedir un olor insoportable a sus maridos, que huyeron en busca de nuevas mujeres a otras tierras. Las mujeres de Lemnos, en venganza, les dieron muerte al cabo de un tiempo.

de los quiliarcas[59], ánimo y que mates a tantos cuantos desees.

5 LEÓNTICO. — Quédate, Hímnide, quédate... se ha ido.

QUÉNIDAS. — Claro, tú asustaste a esta ingenua muchachita, Leóntico, agitando penachos y narrando gestas increíbles; al punto vi que se ponía pálida mientras contabas tú la famosa historia del capitán; se crispaba su rostro y se estremeció tras decir que le cortaste la cabeza.

LEÓNTICO. — Creía yo aparecer más seductor a sus ojos, pero tú también, Quénidas, has echado a perder mis planes al proponer el duelo singular.

QUÉNIDAS. — ¿Cómo no iba a ser cómplice de tus mentiras viendo la causa de tu fanfarronería? Es que has hecho el relato demasiado terrible. Pase que cortaras la cabeza al desventurado paflagonio, pero ¿a cuento de qué la clavaste colgando de la sarisa de modo que te chorreaba encima la sangre?

6 LEÓNTICO. — Ese punto, Quénidas, lo reconozco, es sin lugar a dudas repulsivo, en tanto que lo demás no estuvo mal inventado. Así que márchate y convéncela de que se acueste conmigo.

QUÉNIDAS. — Le digo, pues, que todo lo que le contaste era mentira por querer pasar a ojos de ella como un «héroe».

LEÓNTICO. — Estará feo, Quénidas.

QUÉNIDAS. — Pues de otro modo, no vendría. Así que elige, una de dos, o ser odiado pretendiendo ser un héroe o acostarte con Hímnide confesando que has mentido.

LEÓNTICO. — Difícil dilema. Prefiero, pese a todo, a Hímnide. Así que vete y dile, Quénidas, que le he mentido, pero no en todo.

[59] Comandantes de caballería que tenían bajo su mando un contingente de mil hombres.

14
DORIÓN Y MÍRTALE

DORIÓN. — Ahora me das con la puerta en las narices, 1
Mírtale, ahora que me he quedado pobre por tu culpa; pero cuando te traía tantas cosas entonces era tu amante, tu hombre, tu señor, todo. Mas después de quedarme sin un duro tú has encontrado como amante al comerciante de Bitinia, y me veo con las puertas cerradas y me quedo plantado ante ellas llorando, en tanto que él recibe tus caricias, es el único que está dentro y se pasa de juerga la noche entera y encima dices que estás embarazada de él.

MÍRTALE. — Sofocos me da oírte, Dorión, sobre todo cuando dices que me hiciste muchos regalos y que te has vuelto pobre por mi culpa. Echa la cuenta de todo lo que me has regalado desde el principio.

DORIÓN. — De acuerdo, Mírtale, echemos la cuenta; 2
zapatos de Sición lo primero, que valían dos dracmas[60]; anota, dos dracmas.

MÍRTALE. — Sí, pero te acostaste, conmigo, dos noches.

DORIÓN. — Y a mi regreso de Siria un frasco de perfume de Fenicia[61], valorado también en dos dracmas, por Poseidón.

MÍRTALE. — Pero yo cuando ibas a embarcarte te regalé la túnica pequeña aquella que te llegaba hasta los muslos, para que la tuvieras mientras remabas; Epiuro el timonel se la olvidó en mi casa una vez cuando se acostó conmigo.

DORIÓN. — El tal Epiuro, el otro día, la reconoció en Samos y me la quitó después de una buena pelea, oh dioses.

[60] Sobre la fama de que gozaban estos zapatos de Sición, véase el famoso mimiambo de HERODAS, *El zapatero* (vol. 44 de esta colección, pág. 68, con especial mención de la n. 9).

[61] El perfume fenicio tenía fama de ser especialmente apreciado por los griegos.

Y cuando volvimos navegando desde el Bósforo te traje cebollas de Chipre, cinco arenques y cuatro percas. ¿Qué más? Sí, y ocho panes marineros en un canasto y un jarro lleno de higos secos de Caria y por último unas sandalias chapadas en oro de Pátaras[62], desagradecida. Ah, y aún me viene a la memoria un queso enorme de Gitio.

MÍRTALE. —¡Bah! Quizás todo eso no vale más que cinco dracmas, Dorión.

3 DORIÓN. —Mira, Mírtale, es todo cuanto podría yo sacar, el sueldo de un marinero que se pasa la vida navegando. Y ahora que tengo ya mando sobre la borda derecha de la nave, tú vas y me miras por encima del hombro. Hace poco, con motivo de las fiestas de Afrodita, ¿no puse por ti un dracma de plata a los pies de Afrodita? Y más de una vez le di a tu madre dos dracmas para unos zapatos y a Lide, aquí presente, le puse en la mano bien dos, bien cuatro óbolos; todo eso bien reunido sería la fortuna de un marinero.

MÍRTALE. —¿Las cebollas y los arenques, Dorión?

DORIÓN. —Sí, pues no podía llevarte más; no sería remero si fuera rico, que a mi madre no le he llevado jamás de los jamases ni una triste cabeza de ajos. Por cierto, que me gustaría saber qué regalos recibes del Bitinio.

MÍRTALE. —¿Estás viendo, lo primero, esta pequeña túnica? Me la compró él, igual que este collar de cuentas gruesas.

DORIÓN. —¿Él? Creía yo saber que hacía tiempo que lo tenías.

MÍRTALE. —Pues el que tú conocías tenía las cuentas mucho más finas y no tenía esmeraldas. Y además, estos

[62] Pátaras —no confundir con Patras, la tercera ciudad de la Grecia actual— estaba situada en Licia, al este de Caria, en el Asia Menor. Por su parte, Gitio, mencionada más abajo, es la ciudad portuaria de Laconia en el sudeste del Peloponeso.

pendientes y una alfombra, y el otro día me dio dos minas y pagó por nosotras el alquiler de la casa; no son sandalias de Pátaras ni queso de Gitio ni bagatelas por el estilo.

DORIÓN. —Pero ¿por qué no me dices qué clase de 4
hombre es el tipo con quien te acuestas? Seguro que pasa ya de los cincuenta años, que se está quedando calvo y que tiene la piel como un cangrejo. ¿A que no le has visto nunca los dientes? ¡Y el salero que tiene, Dioscuros, sobre todo cuando canta y quiere comportarse con delicadeza; todo un burro que toca la lira, como dice el refrán! ¡Disfruta de él que te lo mereces, y ojalá tengáis un hijo que se parezca al padre! Que yo ya encontraré a una Délfide o a una Cimbalion de las de mi estilo o a vuestra vecina la flautista o a cualquier otra; que alfombras, collares y sueldos de dos minas no todos los tenemos.

MÍRTALE. —Dichosa aquella que te tenga por amante, Dorión, pues buenas cebollas de Chipre y buen queso le llevarás cuando regreses por mar desde Gitio.

15

CÓCLIDE Y PARTÉNIDE

CÓCLIDE. —¿Por qué lloras, Parténide? Y ¿de dónde 1
vienes con las flautas rotas?

PARTÉNIDE. —El militar lidio, el alto, el amante de Crócale, me dio una paliza al encontrarme tocando la flauta en casa de Crócale, contratada yo por su rival en las lides amorosas, Gorgo, y me rompió de un chasquido las flautas; y encima volcó la mesa a medio cenar y precipitándose sobre la crátera de vino, la derramó. Después al paleto aquel, a Gorgo, lo sacó del banquete cogido por los pelos mientras lo golpeaban en derredor suyo el soldado en persona —Dinómaco, creo que se llama— y su compañero

de armas. Conque no sé si seguirá vivo el pobre hombre, Cóclide; le sangra abundantemente la nariz, tiene toda la cara hinchada y está lívido.

2 CÓCLIDE. —¿Le dio un ataque de locura al hombre en cuestión o se trataba de los efectos consiguientes a una borrachera?

PARTÉNIDE. —Qué va, asunto de celos, Cóclide, y un amor fuera de lo normal. Crócale, creo, le pidió dos talentos si quería tenerla en exclusiva. Y como Dinómaco no se los daba, no le dejó entrar cuando vino a verla y le dio materialmente con la puerta en las narices, según se contaba. Y a Gorgo, un campesino de Énoe[63], hombre honrado que estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo, lo invitó y bebía en compañía de él y me cogió a mí para que les tocara la flauta. Cuando ya la bebida iba muy avanzada y yo estaba tañendo bajito una melodía al modo lidio[64], el labrador se levantó ya para bailar mientras Crócale aplaudía, y todo resultaba de lo más alegre. En esto se deja oír un ruido y un griterío y una serie de golpes en la puerta del patio y al instante irrumpieron unos ocho jovencitos bien fornidos y entre ellos el... megarense de marras[65]. En un instante quedó todo patas arriba y a Gorgo, como te iba diciendo, lo iban golpeando y pisando mientras estaba tirado en el suelo. Crócale no sé cómo se las arregló para escapar a escondidas a casa de su vecina Tespíade. A mí Dinómaco, después de darme una buena paliza, va y me dice: «mal rayo te parta», al tiempo que me arrojaba las flautas rotas. Y ahora voy corriendo a contarle lo sucedido a mi

---

[63] Uno de los demos del Ática.

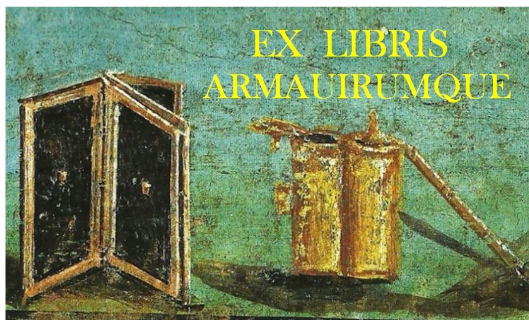
[64] De los diversos *nómoi* o modos de ejecución de la música griega, el llamado «modo lidio» tenía fama de ser especialmente sensual.

[65] El tal megarense no es otro que el etolio, soldado de ademanes toscos como los de los megarenses, que eran de una rudeza proverbial. Véase al respecto PLUTARCO, *Lisandro* 22.

amo; y el labrador se marcha a ver a algunos amigos suyos de la ciudad para hacer entrega del megarense a los Prítanos.

CÓCLIDE. — Esto es lo que se saca en limpio de estos amoríos con militares, golpes y pleitos. Por lo demás, aunque andan por ahí diciendo que son generales y quiliarcas cuando hay que dar algo dicen: «espera la ordenanza; cuando cobre mi sueldo, haré todo». ¡Que se mueran los fanfarrones esos! Yo al menos obro bien al no acercarme a ellos en absoluto. Ojalá tuviera yo un pescador o un marinero o un labrador de mi categoría que sepa camelar poco y traer mucho, porque los tipos esos que van por ahí agitando los penachos y contando sus batallas, Parténide, son «mucho ruido y pocas nueces»[66].

[66] El texto griego dice solamente ruidos, *psóphoi,* pero viene nuestro refrán como anillo al dedo porque recoge exactamente la misma idea e incluso emplea idéntico el primer término.



80

EL PATRIOTA O EL ADOCTRINADO

Cualquier lector, por poco que se haya internado en las obras de Luciano, percibirá muy pronto que la autoría de *El patriota* no corresponde al escritor de Samosata. Una sintaxis extraña y sobre todo una mezcolanza casi interminable de versos de Homero, muchas veces mal citados y traídos a colación sin ton ni son, inundan la obra. Si desde el punto de vista formal todo eso llama muy pronto la atención, antes la atrae todavía la singularidad del contenido. Un tal Critias ha quedado impresionado por unos discursos que acaba de escuchar dentro de unas vivencias que le acaban de suceder. Su interlocutor, Triefón, intenta que se los explique, lo que no conseguirá hasta muy entrado el diálogo. Previamente se ha realizado una crítica implacable de todos los dioses olímpicos del panteón tradicional en una línea que recuerda la de los auténticos *Diálogos de los dioses* del Luciano genuino, para pasar después a ensalzar al Dios de los cristianos trayendo a colación citas de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. A continuación el relato de Critias parece situar al lector en las coordenadas históricas del tiempo en que se escribió este opúsculo. Un grupo de monjes que viven en la Babia de su monasterio son fustigados por oponerse a la gestión despótica de Nicéforo Focas, quien liberó Creta del dominio de los sarracenos, ascendió al trono de Bizancio, derrotó a búlgaros y sarracenos y hubiera ampliado sus conquistas de no haber sido asesinado en el 969 d. C. Este militar no supo granjearse el afecto de los bizantinos, a quienes extorsionó con impuestos abusivos y alteraciones de la moneda. Añádase a ello su animadversión contra los monjes

plasmada en disposiciones que obligaban a los nuevos obispos a contar con su visto bueno previo, al tiempo que se prohibía la construcción de nuevos monasterios y la ayuda económica a los ya existentes.

Frente a estos monjes, desconectados de la realidad cotidiana, pendientes sólo de sus versos y sus disquisiciones teológicas encontramos, como suele suceder en todos los regímenes de tipo dictatorial, un grupo de ciudadanos partidarios incondicionales del líder, que se deshacen en manifestaciones públicas de fervor patriótico. Así parece que habría de entenderse la figura de este Critias cuyo retrato y cuyo discurso ha trazado el autor de este opúsculo oscuro, farragoso y aburrido, quienquiera que haya sido, tal vez algún ciudadano culto que pretendía granjearse con esta propaganda el favor de Nicéforo Focas. Una opinión distinta a la de la datación en época de Nicéforo Focas es la de B. Baldwin, «The date and purpose of the *Philopatris*», *YCIS* 27 (1982), 321-344. Sugiere la época de Juliano o Justiniano sin descartar una datación posterior. A este respecto recuerda el tono, muy parecido, de las advertencias de Pselo y Pacomio. En cuanto al propósito de la obra sostiene que la misma no puede calificarse específicamente ni como anticristiana ni como antipagana, sino como una burla de ambas religiones. Baldwin incluye en su artículo diversa e interesante información sobre su fraseología, los nombres de los personajes, etc.

TRIEFÓN. —¿Qué pasa, Critias? ¿Te has transformado 1
por completo, se te ha fruncido el ceño y andas sumido en profundas meditaciones dando vueltas de acá para allá igual que dice el poeta del taimado Ulises

la palidez se adueñó de tus mejillas[1].

¿Es que acabas de contemplar al perro de las tres cabezas[2] o a Hécate recién salida del Hades, o es que te has encon-

[1] Cita de HOMERO, *Ilíada* IV 339, o *Ilíada* III 35.

[2] Obvia alusión a Cerbero, el perro guardián de Hades, hijo de Equidna y Tifón, hermano de la hidra de Lerna y del león de Nemea, cuya

trado previa cita con alguno de los dioses? No es verosímil que pases aún por adoptar una actitud semejante, aunque hubieras oído que el propio mundo se había visto sumido en un diluvio como en los tiempos de Deucalión[3]. Eh. ¡Te estoy hablando a ti, lindo Critias! ¿No escuchas mi voz que te estoy llamando a gritos aunque estamos a un paso? ¿Es que estás enfadado con nosotros o te has quedado mudo o estás esperando que te dé un achuchón?

CRITIAS. — Acabo de oír, Triefón, un discurso largo y farragoso y difuso y aún ando dándole vueltas a sus estupideces y hago oídos sordos, no sea que las siga escuchando y desaparezca del mapa en un ataque de locura siendo tema de relato para los poetas, como Níobe lo fue antes que yo. Pues me hubiera dejado caer de cabeza al vacío desde un precipicio si no me hubieras dado un grito, ¡eh tú!, y se hubiera contado de mí la misma historia que de Cleómbroto el ambraciota[4].

2 TRIEFÓN. — ¡Por Heracles! ¡Qué impresionantes han debido ser las visiones y fabulaciones que han conmovido a Critias! Pues ¡cuántos poetas trastornados y cuántas maravillosas habladurías de los filósofos no han sido capaces de causar impresión alguna en tu forma de pensar y dirigidas a ti han sido consideradas palabras hueras!

CRITIAS. — Para un poco y no te metas conmigo, Triefón, que en lo que de mí depende no vas a pasar desapercibido ni voy a no hacerte caso.

---

apariencia con las tres cabezas y la cola erizada de espinas causaba pavor en el mundo subterráneo.

[3] Deucalión y Pirra fueron testigos de un imponente diluvio que en nada tuvo que envidiar al del relato bíblico alusivo al Arca de Noé. Sinopsis del relato una vez más en APOLODORO, I 7, 2.

[4] Alusión a la historia de Níobe que fue metamorfoseada en roca y a un sucedido real, si nos fiamos del testimonio de CALÍMACO, Epigramas 25, A.P. VII 471, según el cual el tal Cleómbroto, a la sazón discípulo de Platón, luego de leer el *Fedón*, se despeñó desde lo alto de una muralla.

TRIEFÓN. —Sé que andas dando vueltas a un tema no insignificante ni despreciable, sino tal vez a algo de lo más recóndito[5]. Pues el color de tu piel, ese mirar con torva faz, el no parar quieto y el ir constantemente de acá para allá lo delatan. Pero venga, date un respiro de todo eso tan importante y echa fuera las estupideces, «no vayas a sufrir alguna desgracia»[6].

CRITIAS. —Lárgate, Triefón, a un pletro[7] por lo menos de distancia, no sea que la brisa de mi aliento te levante y a ojos de la gente te des a ver izado en volandas y cayendo en picado des nombre al «mar Triefonteo», igual que Ícaro antes que tú[8]. Pues lo que he oído de labios de los malditos sofistas esos me ha revuelto las tripas.

TRIEFÓN. —Allá que me largo a donde quieres, pero tú deja a un lado tus importantes cavilaciones.

CRITIAS. —¡Fu, fu, fu, fu!, ¡ay de las estupideces aquellas! Iú, iú, iú, iú, ay de las impresionantes teorías. ¡Ay, ay, ay, ay de las vacías esperanzas!

TRIEFÓN. —¡Vaya volada de aire que ha disipado las 3
nubes! Pues cuando estaba soplando un céfiro impetuoso que impulsaba la navegación sobre las olas, has removido hace un momento un viento del Norte sobre la Propóntide tal que sólo por medio de maromas surcarán las naves

[5] El texto griego trae un término propio de los misterios eleusinos *aporrḗtōn,* citado en genitivo plural tal cual viene escrito, que literalmente significa «lo que no se puede decir ni divulgar».

[6] Las comillas del editor parecen remitirnos a la *Odisea* XVII 596 y sigs., en los que encontramos expresión muy parecida.

[7] El pletro es una medida de longitud de aproximadamente unos 100 pies, 29,600 metros.

[8] Alusión a la famosa caída de Ícaro al derretirse las alas de cera fabricadas por Dédalo sobre una isla del Egeo, conocida a partir de ese hecho con el nombre de Icaria, cercana a la isla de Samos. Un juego de palabras parecido puede verse en *Icaromenipo* 3, donde el nombre es Menipeo a partir de Menipo.

cargueras el Ponto Euxino, pues de resultas del vendaval las olas las harán rodar en sus remolinos. ¡Vaya bocanada de mar que se te ha metido en las tripas! ¡Vaya «gorgorismo» y vaya agitación que te ha alterado el estómago! Al oír todo eso has dado la impresión de tener muchos oídos como si de modo prodigioso hubieras escuchado también por las uñas.

CRITIAS. — Pues nada de extraño tiene, Triefón, el haber escuchado también por las uñas, pues de igual modo se ha visto a una pantorrilla hacerse vientre, a una cabeza dar a luz, y a una naturaleza varonil trocarse en femenina y cambiar de mujeres en aves[9]. En una palabra, la vida es prodigiosa si uno da crédito a los poetas. Mas dado que

en este paraje eres tú el primero que me encuentro[10]

vayamos donde los plataneros no dejan pasar el sol y donde cantan sus bellos trinos ruiseñores y golondrinas para que la melodía de los pájaros al penetrar en nuestros oídos y el suave murmullo del agua hechicen nuestras almas.

4 TRIEFÓN. — Vayamos, pues, Critias. Pero temo que lo que has oído es una especie de conjuro y la fascinante impresión que te ha causado me va a convertir en mango de mortero o en portezuela o en algún otro objeto inanimado[11].

---

[9] Alusión a ciertos prodigios de diferentes relatos míticos; el nacimiento de Dioniso de la pantorrilla o del muslo de Zeus, el de Atenea de la cabeza de Zeus y las metamorfosis de Alción, Procne y Filomela, así como la pintoresca historia de cambio de sexo de Tiresias. Todos estos avatares están aludidos en diversas páginas de este tomo, cf. *Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos y Alción.*

[10] Alusión a HOMERO, *Odisea* XIII 228, y paralelismos con el famoso pasaje platónico del *Fedro* 230b.

[11] Imposible no traer a la memoria las fascinantes alucinaciones del

CRITIAS. — Por el Zeus etéreo, nada de esto te sucederá.

TRIEFÓN. — Me has asustado al jurar por Zeus. Pues ¿en qué medida podría castigarte si transgredieras el juramento? Que me consta que tú no estás mal informado respecto de tu Zeus.

CRITIAS. — ¿Qué dices? ¿No va a poder Zeus enviarme al Tártaro? ¿O es que no sabes que precipitó a todos los dioses desde el umbral de la mansión divina y a Salmoneo que le desafió con el trueno lo fulminó antaño con el rayo e incluso hoy día <fulmina> a los hombres más impíos, y que en los himnos de los poetas es cantado como «Vencedor de Titanes», «Destructor de Gigantes», incluso en Homero? [12]

TRIEFÓN. — Tú, Critias, has repasado deprisa todo lo relativo a tu Zeus, pero si no te importa, escucha. ¿No se convirtió en cisne o en sátiro e incluso en buey por desenfreno? [13] Y si no se hubiera echado a los hombros a toda prisa a la putilla aquella y se hubiera dado a la fuga por el mar, quizás tu tonante y fulminante Zeus, en manos de un sufrido trabajador del campo, habría arrastrado el arado, y en vez de fulminar con el rayo hubiera sido azuzado por el látigo del boyero. Y el compartir la fiesta con los etíopes, hombres negros con la cara sombría que están doce días seguidos de festejos [14] y el sentarse con ellos un tanto ebrio

---

protagonista del *Aficionado a las mentiras* (traducido por nosotros en esta misma colección, tomo 113, págs. 195-225).

[12] No consta que Homero, que aplica diversos epítetos a Zeus, lo llame en lugar alguno *«Titanokrátor»* o *«Gigantolétēs»*.

[13] Alusión a las metamorfosis de Zeus para seducir a Leda, Antíope y Europa, respectivamente. Nótese que la etiqueta de «putilla» es lo más calcado al *«pornídion»* del texto griego, por más que pueda llamar nuestra atención.

[14] Las fiestas de los etíopes compartidas por Zeus, que son fustigadas por Luciano con cierta insistencia y reiteración, son aludidas en la *Ilíada* I 423-425.

con semejante barba, ¿no te parecen acciones vergonzosas? Vergüenza me da a mí de contar lo del águila y lo del Ida[15] y lo de estar embarazado por todo el cuerpo.

5 Critias. —¿Juraremos acaso por Apolo, amigo, excelente profeta y excelente médico?

Triefón. —¿Al falso adivino, te refieres, que hizo perecer a Creso antaño y detrás de él a los habitantes de Salamina y otros tantísimos más, dándoles oráculos ambiguos a todos ellos?[16]

6 Critias. —¿Y qué me dices de Poseidón? ¿Él, dueño y señor, que con el tridente en las manos pega un grito agudo e impresionante en la batalla como nueve o diez mil hombres y que es llamado también, Triefón, «Sacudidor de la tierra»?

Triefón. —¿Te refieres al adúltero que violó antaño a Tiro, la hija de Salmoneo, y que aún sigue cometiendo adulterios y que es lascivo y el cabecilla de tipos de su calaña?[17] Así, cuando se vio Ares agobiado por la cadena y preso en las inextricables redes en compañía de Afrodita[18], mientras todos los dioses guardaban silencio por la vergüenza que sentían por motivo del adulterio, el ecuestre Poseidón rompió a llorar estentóreamente por el como los chiquillos cuando temen a sus maestros o como las viejas cuando engañan a las chicas. No paraba de darle la lata a Hefesto para que soltara a Ares, y el dios cojo, atendiendo a las

[15] Alusión al rapto de Ganímedes citado en los *Diálogos de los dioses* 8 y 10 de esta edición.

[16] Tradicionales pasajes los que cita este imitador de Luciano en alusión a los famosos episodios narrados por Heródoto, *Historias* I 53, y VII 141.

[17] Sobre el episodio de la violación de Tiro, hija de Salmoneo, nos cuenta algo Homero en *Odisea* XI 241-245.

[18] Basta con leer en *Diálogos de los dioses* 20 la historia en clave de humor. Dicha historia, unida a otros, componen la trama de una comedia de Concha Romero, *Así aman los dioses,* Ed. Clásicas, Madrid, 1991.

súplicas de un dios mayor que él, liberó a Ares. Así que, como puso en libertad a un adúltero, resulta que él también es un adúltero.

Critias. —¿Y qué me dices de Hermes? 7

Triefón. —No me mentes al esclavo del Zeus más libertino, libertino él también hasta el frenesí en asuntos de adulterios.

Critias. —A Ares y Afrodita sí que no vas a aceptar- 8
los, pues acabas de zaherirlos con tus críticas. Así que dejémoslo. Te haré mención de Atenea, la virgen, la diosa armada que infunde miedo, la que tiene ceñida en torno a su pecho la cabeza de la Gorgona, la diosa destructora de gigantes. De ella no puedes decir nada.

Triefón. —También te diré algo de ella si me respondes.

Critias. —Pregunta lo que quieras.

Triefón. —Dime, Critias, ¿cuál es la utilidad de la Gorgona o por qué la lleva la diosa pegada al pecho?

Critias. —Porque su contemplación infunde miedo y porque protege de los peligros. Y además impresiona a los enemigos y lleva la victoria al otro bando cuando quiere.

Triefón. —¿Acaso por ello es invencible la diosa de ojos de lechuza?

Critias. —Naturalmente que sí.

Triefón. —¿Y por qué no quemamos muslos de toros o de cabras para los que pueden salvarnos en vez de para quienes son salvados por otros a fin de que nos hagan invencibles como a Atenea?

Critias. —Pero es que la Gorgona no tiene capacidad para venir desde lejos en ayuda, como los dioses, sino sólo si alguien la lleva pegada.

Triefón. —¿Y qué es la Gorgona? Pues quiero saberlo 9
de ti que has indagado al respecto y con pleno acierto. Pues yo de ella desconozco todo excepto el nombre.

Critias. —Era una muchacha guapa y seductora. Pero

desde que le cortó a traición la cabeza Perseo, un hombre noble y famoso por sus artes mágicas, entonando un conjuro en torno a ella, los dioses la han tomado como baluarte.

TRIEFÓN. —No me había dado cuenta de eso tan bonito, a saber, que hay dioses necesitados de hombres. ¿Y a qué se dedicaba en vida? ¿Era acaso una hetera que recibía a sus clientes en burdeles o los seducía en secreto y encima se llamaba a sí misma doncella?

CRITIAS. —Sí, por el Dios Desconocido en Atenas, permaneció virgen hasta que le cortaron la cabeza.

TRIEFÓN. —¿Y el cortarle la cabeza a una virgen infundía más temor en la gente? Pues conozco a miles de chicas que han sido descuartizadas miembro a miembro «en la isla bañada por el mar, Creta la llaman»[19]. Y de haberlo sabido, lindo Critias, ¿cuántas cabezas te habría yo traído de Creta? Y a ti te habría convertido yo en generalísimo invencible, al tiempo que poetas y oradores me habrían valorado más que a Perseo, pues te habría descubierto muchas más Gorgonas. Pero aún me viene a la memoria algo más referido a los cretenses que me enseñaron la tumba de tu Zeus y los arbustos que alimentaron a su madre; arbustos que aún permanecen lozanos.

CRITIAS. —Pero no conocías el conjuro ni las ceremonias rituales.

TRIEFÓN. —Si eso se pudiera llevar a cabo a partir de un conjuro, tal vez la hubiera rescatado de los montones de cadáveres y la hubiera subido hasta la dulcísima luz. Pero todo esto son tonterías, bagatelas absurdas, relatos fantasiosos obra de los poetas. Así que déjala a ella también.

---

[19] Cita de la *Odisea* I 50; la alusión a la matanza de doncellas parece aludir a la llevada a efecto por Focas en el 961 d. C. sobre las hijas de los sarracenos que ocupaban Creta desde el 826.

CRITIAS. —¿Y a Hera, la esposa y hermana de Zeus, no vas a aceptarla? 11

TRIEFÓN. —Ni menciones su unión libertina hasta el desenfreno y pasa de corrido por ella que fue crucificada de pies y manos[20].

CRITIAS. —Entonces, ¿por quién voy a jurar? «Por un 12
dios en las alturas, grande, inmortal, celestial, hijo del padre, espíritu que procede del padre, de tres, uno solo, y de uno solo tres[21]. Piensa que es Zeus, considéralo tu dios».

CRITIAS. —Me estás enseñando a contar y tu juramento es «aritmético». Pues estás echando la cuenta como Nicómaco de Gerasa[22]. No sé qué es lo que dices, uno en tres y tres en uno. ¿No te refieres a los números pitagóricos, a saber, el 10, el 8 y el 30?[23].

TRIEFÓN. —«Silencia lo de abajo que es digno de silencio». «No se pueden medir así las huellas de las pulgas»[24]. Te voy a enseñar qué es el todo, quién existía antes que todos y la constitución del universo. A mí también el otro día me iba ocurriendo lo mismo que a ti al encontrarme con un Galileo de pelo largo y nariz alargada que subió al cielo al tercer día y que había aprendido las doctrinas más

---

[20] Tampoco Hera queda libre, como se ha visto ya en los *Diálogos de los dioses* 9, de este tipo de historias adulterinas. El pasaje parece hacer referencia a *Ilíada* XIV 346-353.

[21] Inequívoca alusión al dios de los cristianos y a la formulación escrita del misterio de la Santísima Trinidad.

[22] Nicómaco de Gerasa, localidad de Arabia, era un filósofo pitagórico, y por ende matemático, cuya vida discurre en torno al año 100 d. C.

[23] Más que el número diez, el texto alude *-tetraktýs-* a la suma de los cuatro primeros números que totaliza diez, número perfecto. El número 8 se identifica por algunos seguidores de Pitágoras con la justicia, en tanto que el 30 pudiera aludir a decir de algunos comentaristas al mes.

[24] El verso solemne corresponde a un poeta cómico no identificado; la medición de las huellas de las pulgas alude a un divertido pasaje de ARISTÓFANES, *Nubes* 145 y sigs.

excelentes, que nos regeneró por medio del agua, que nos condujo tras las huellas de los bienaventurados y que nos rescató de los lugares impíos. Si me escuchas haré de ti un hombre para la verdad[25].

13 CRITIAS. — Habla, Triefón, que tanto has aprendido, que «se me lleva el miedo»[26].

TRIEFÓN. — ¿Has leído alguna vez las *Aves* de Aristófanes el dramaturgo?

CRITIAS. — Por supuesto que sí.

TRIEFÓN. — Pues de su puño y letra ha escrito esto: «En el principio eran Caos y Noche y Negro Erebo y ancho Tártaro, y no existían tierra ni aire ni cielo»[27].

CRITIAS. — Bien dices. Y ¿qué venía después?

TRIEFÓN. — Había una luz indestructible, invisible[28], incomprensible, que disipa la tiniebla y la liberó de todo ese desorden; y a una sola palabra pronunciada por él, como escribió «el profeta de lengua lenta»[29], colocó tierra sobre las aguas, extendió cielo, dio forma a las estrellas, fijó el curso de los planetas que tú veneras como dioses, embelleció la tierra con flores y trajo al hombre al mundo, de la nada[30]. Está en el cielo, mirando a justos e injustos y anotando sus acciones en sus libros. Y en el día establecido pedirá cuentas a todos[31].

---

[25] Parece una alusión inequívoca a la ascensión de Cristo y el bautismo. No parece que pueda referirse a otra cosa el término *aerobatéō*, «andar por los aires» y el *anegénnēsen dihýdatos*, «regenerar por medio del agua». Véase PABLO, 2.ª *Epístola a los Corintios*, 12, 2.

[26] Parodia de EURÍPIDES, *Orestes* 757.

[27] Nueva parodia, ahora de ARISTÓFANES, *Aves* 693-694, en donde el Corifeo, dialogando con Pistetero, le explica los orígenes del Universo.

[28] Véase la *Primera carta a Timoteo* 1, 17.

[29] Alusión a Moisés, cf. *Ex.* 4, 10.

[30] Presenta el relato de Triefón toda una serie de reverberaciones bíblicas, véase *Ps.* 24, 2, *Génesis* 1, 6, e *Isaías* 44, 24.

[31] Para las alusiones de este párrafo debemos confrontar el Nuevo

CRITIAS. —¿E incluso anotan lo que las Moiras han 14
dispuesto en sus hilos para todos?

TRIEFÓN. —¿Qué cosas?

CRITIAS. —Las del Destino.

TRIEFÓN. —Habla, lindo Critias, de las Moiras que yo gustoso estoy dispuesto a oírte como buen alumno.

CRITIAS. —¿No dijo Homero, el famoso poeta, aquello de:

Y a la Moira, afirmo, no haber hombre que la haya evitado[32];

y respecto del gran Heracles:

Pues ni tan siquiera la fuerza de Heracles escapó a la Parca,
él, que era el más querido de Zeus el Cronida, soberano,
lo domeñó la Moira y la implacable cólera de Hera?

Y también dice que toda la vida entera y sus vicisitudes están sujetas a los designios del destino.

y allí después
sufrirá lo que la Parca y las pesadas Trenzadoras
le hilaron en el hilo enhebrado al darle a luz su madre[33].

Y que del Destino arrancan también las estancias en tierra extranjera:

Ya hasta Eolo llegamos, que me acogió propicio
y me impulsó. Mas no era aún mi Destino llegar a mi querida patria.

Testamento, concretamente *Mateo* 5, 45, *Apocalipsis* 20, 12 y *Hechos de los Apóstoles* 17, 31.

[32] Nueva cita de HOMERO, *Ilíada* VI 488, recogida ya por el propio LUCIANO, *Apología de los que están a sueldo* 8 (B.C.G., núm. 138, 1990, n. 11); los versos que siguen referidos a Heracles son también de la *Ilíada* XVIII 117-119.

[33] Las citas son ahora de *Odisea* VII 196-198, y XXIII 314-315.

De modo que el poeta ha atestiguado que todo sucede por obra de las Moiras. Y de Zeus dice que no quería a su hijo

rescatar de una muerte en el fragor de las armas,

sino más bien

sanguinolentas gotas vertió en tierra
en honor de su querido hijo, a quien Patroclo a punto estaba
de aniquilar en Troya[34].

En consecuencia, Triefón, no intentes añadir nada respecto de las Moiras ni aunque por algún casual surcaras los aires en compañía de tu maestro y fueras iniciado en el mutismo de los misterios.

15 TRIEFÓN. —¿Y cómo el mismo poeta, lindo Critias, dice que el destino es doble e incierto de modo que si uno lleva a cabo tal acción se encuentra con tal resultado, pero si lleva a cabo cual otra se topa con otro resultado diferente? Así por ejemplo, aplicado a Aquiles[35]:

Dos destinos llevan a un final de muerte;
si permanezco aquí y lucho en torno a Troya
se marchará a paseo mi retorno pero tendré una gloria
[inmarcesible
y si llegara a casa
a paseo se irá la excelsa fama y eternos serán los días de
[mi vida.

Y también aplicado a Euquénor[36]:

[34] Vuelve el personaje de Critias a citar a Homero, retornando nuevamente a la *Ilíada* XVI 442 y 459-461, en alusión a los avatares de Sarpedón.

[35] Nuevamente *Ilíada* IX 411-416.

[36] Otra cita de la Ilíada XIII 665-668.

Él, que conocía bien su destino de muerte, a la nave subió;
que en muchas ocasiones se lo dijo Poliido, el anciano bon-
[dadoso;
o perecer víctimas de cruel enfermedad en su palacio
o entre naves de Aqueos sucumbir a manos de troyanos.

¿No está todo eso escrito en Homero? ¿O se trata de una 16 falacia ambigua y escabrosa? Y si quieres te saco a colación la historia de Zeus. ¿No le dijo a Egisto que el destino le tenía decretada una larga vida si se mantenía al margen de adulterios y de conspiraciones contra Agamenón; pero que si se lanzaba a llevar a cabo tales acciones no tendría que aguardar la muerte? Eso ya lo he profetizado ya muchas veces, que si matas a tu vecino encontrarás la muerte de manos de la Justicia, mientras que si no actúas de ese modo, vivirás estupendamente,

y no saldrá a tu encuentro a toda prisa el fin de la muerte[37].

¿No ves qué deslavazadas, qué ambiguas y qué inconsistentes son las palabras de los poetas? Así que no hagas caso de ninguna de ellas a fin de que te inscriban en los libros celestiales de los buenos.

CRITIAS. — Vas dándole vueltas muy bien a todo para 17 ir a dar al mismo punto, Triefón. Pero dime si también están anotados en el cielo los actos de los escitas.

TRIEFÓN. — Todos están anotados siempre que sean positivos, incluso los de otros pueblos[38].

CRITIAS. — Muchos escritores dices que hay en el cielo para poder anotarlo todo.

TRIEFÓN. — «Cierra bien la boca y no digas ninguna

[37] *Ilíada* IX 416.

[38] Algunos comentaristas traducen esos otros pueblos por los gentiles, y como tal se les conoce en la Biblia. Véase *Hechos de los Apóstoles* 14, 27 y sigs.

tontería»[39] de un dios que está a la diestra; déjate más bien catequizar por mí, y hazme caso si quieres vivir hasta la eternidad. Si «desplegó el cielo como una piel de cuero y colocó tierra sobre el agua, dio forma a las estrellas, trajo al hombre al mundo de la nada», ¿qué hay de extraño en que anote las acciones de todos? Pues a ti mismo que has llevado a casa sencilla unos sirvientes y unas sirvientas, no se te pasa nunca jamás desapercibido ni el más mínimo movimiento que hacen, ¿cuánto más el dios que ha creado todo no va a recorrer con plena facilidad la actuación y el pensamiento de cada hombre? Es que para los hombres sensatos tus dioses han quedado reducidos a un mero pasatiempo.

18 CRITIAS.—Tienes toda la razón, y me ha sucedido lo de Níobe pero al revés; que me he convertido de piedra en hombre. Así que te pongo a ese dios por testigo de que no vas a sufrir mal alguno de parte mía.

TRIEFÓN.—«Si de verdad me quieres de corazón», no te comportes de forma diferente conmigo ni «ocultes una cosa en tu mente pero digas otra»[40]. Pero vamos, cántame el prodigio aquel para que yo también palidezca y me transforme de modo que no me quede sin voz como Níobe, sino que me transforme en pájaro como Aedón y vaya cantando al florido prado el prodigio que tanto te ha impresionado[41].

CRITIAS.—Por el hijo que procede del padre, eso no sucederá.

[39] Cita de ARISTÓFANES, *Nubes* 833-834, seguida de referencias totalmente contrapuestas que podemos encontrar en *Lucas* 1, 4 o en Pablo, *Epístola a los Corintios* 14, 19 y sigs.

[40] Otra retahíla de citas en este caso mal tomadas con imperfecciones métricas; la primera de ARISTÓFANES, *Nubes* 86 y la segunda de *Ilíada* IX 313.

[41] Otra metamorfosis, en este caso la de Aedón que significa «cantor», y que acabó sus días transformado en ruiseñor.

TRIEFÓN. — Toma del espíritu la fuerza de la palabra y habla, que yo me sentaré «aguardando a que el Eácida acabe de cantar»[42].

CRITIAS. — Había salido yo a la avenida a comprar 19
cuatro cosas que me hacían mucha falta cuando voy y veo a un montón de gente cuchicheando con la oreja pegada a los labios. Eché un vistazo al grupo y haciéndome una visera con la mano curvada sobre los ojos iba fijándome a ver si veía entre la gente a algún amigo. Voy y veo a Cratón, el político, que es amigo mío de la infancia y compañero de juergas.

TRIEFÓN. — Ya sé quién es, te refieres al inspector de Hacienda[43]. ¿Y qué pasó entonces?

CRITIAS. — Pues que a empujones logré llegar delante y 20
llegando ya hasta él me disponía a darle los buenos días. Un hombre de chicha y nabo, llamado Caríceno, un vejete, soltó un estornudo, carraspeó profundamente, y escupió una flema más azul que la muerte. Después empezó a hablar con un hilo de voz; «él, como decía yo antes, borrará las demoras de pago a los inspectores de hacienda al tiempo que pagará las deudas a los prestamistas, tanto las particulares como las públicas, recibirá los «eiramarcas» sin indagar sobre su capacidad»[44]. Y continuaba diciendo

---

[42] La frase nos lleva a los *Hechos de los Apóstoles* 1, 8 o a la *Epístola a los Romanos* 1, 4, en tanto que el verso lo hace a *Ilíada* IX 191.

[43] Obviamente «inspector de hacienda» es un anacronismo para designar a los *exisōstaí* griegos, *peraequatores* del latín, funcionarios de los que tenemos noticias a partir de Constantino, encargados de nivelar o equilibrar los impuestos que debían pagar los súbditos del Imperio.

[44] El término *eiramággas* es de traducción difícil. Es posible que se trate de monedas persas de oro como sugiere Rohde, aunque el contexto no las hace encajar bien; podría tratarse de magistrados, pero entonces hay que corregir en el texto además del término como hace Gesner; que lee *eirenárchas,* «magistrados en misión de paz», con el artículo *tás* por *toús,* lo cual es también problemático.

bobadas aún más hirientes. Los que estaban a su alrededor disfrutaban con lo que decía y prestaban atención a lo
21 novedoso que estaban escuchando. Otro tipo, llamado Cleuocarmo, con un capotillo raído, descalzo y medio desnudo, terció en la conversación rechinando los dientes y dijo: «Un tipo harapiento venido de las montañas con la cabeza rapada me enseñó esta inscripción en el teatro en caracteres jeroglíficos, que decía que él inundaría la calle principal de oro».

Yo, por mi parte, le contesté al modo de Aristandro y Artemidoro[45]: «Estos sueños no van a saliros bien; antes bien las deudas se te multiplicarán en la misma medida en que sueñes que las pagas; el tipo ese, igual que ha conseguido mucho oro, se va a quedar sin un óbolo. Me parece que mientras dormíais habéis llegado hasta la roca Leúcade "y al país de las fantasías"[46], luego de interpretar tantos sueños en el fugaz transcurso de la noche».

22 Ellos soltaron estruendosas carcajadas que casi se ahogaban de la risa al tiempo que me hacían reproches por mi ignorancia. Dije a Cratón: «¿Acaso, Cratón, es que he perdido el rastro por completo, por decirlo como el cómico[47], y no he seguido las huellas de los sueños conforme a Aristandro de Telmeso y de Artemidoro de Éfeso?».

Pero él replicó: «Calla, Critias. Si controlas tu boca te iniciaré en los misterios más hermosos y en acontecimientos que van a producirse de inmediato, que no son sueños

---

[45] Aristandro de Telmeso, localidad de Licia, era un adivino al servicio de Alejandro Magno, en tanto que Artemidoro de Éfeso es un contemporáneo de Luciano, autor de una fascinante *Interpretación de los sueños*, cuya lectura me permito recomendar a los lectores (cf. B.C.G., núm. 128, 1989).

[46] Véase HOMERO, *Odisea* XXIV 11-12.

[47] Tal vez como ARISTÓFANES, *Ranas* 902.

sino realidades que acaecerán aproximadamente en el mes de Mesoro»[48].

Nada más haber escuchado esas palabras de boca de Cratón y haber tomado nota de lo escurridizo de sus pensamientos, me sonrojé, y enfadado me marché al tiempo que iba poniendo muchas pegas a Cratón. Entonces un tipo me lanzó una mirada penetrante y aguda como la de un Titán y agarrándome el vestido me empezó a dar tirones intentando convencerme y conseguir soltarme una perorata de parte del viejo demonio[49] al que antes aludí.

Luego de un tira y afloja me convence, pobre de mí, de 23
que acuda a los impostores aquellos y, como se dice vulgarmente, «de que me caiga en suerte un día nefasto»; pues no paraba de afirmar que por ellos había sido iniciado en todos los misterios. «Atravesamos puertas de hierro y umbrales de bronce»[50]. Luego de subir montones de peldaños por una escalera de caracol llegamos a una mansión con los techos de oro, como cuenta Homero que era la de Menelao. Yo iba escudriñándolo todo, igual que hacía el jovencito isleño[51]. Y voy y veo no a Helena, por Zeus, sino a unos tipos con la cabeza agachada y la tez pálida. «Se

[48] Nombre egipcio del mes que corresponde a nuestro agosto, y que confiere al pasaje un aire exótico.

[49] Vistos los derroteros por los que va discurriendo no parece anacrónico o incorrecto mantener el término «demonio» *(daimōnios)*, referido al tal Caríceno, mencionado líneas arriba.

[50] Alusión al pasaje de la *Ilíada* VIII 15, en el que se alude a los abismos del Tártaro donde son encerradas las deidades rebeldes. Esta alusión, unida a la descripción que sigue, ha hecho pensar a algunos comentaristas que Critias se está refiriendo al lugar en que estaban encerrados los prisioneros de Focas.

[51] Para admirar en todo su esplendor el fabuloso palacio de Menelao, véase HOMERO, *Odisea* IV 40-60, visto por el «jovencito isleño» que no es otro que Telémaco cuando llegó a Esparta en busca de noticias de su padre.

alegraron de gozo al verme»[52] y se acercaron desde donde estaban enfrente. Preguntaban una y otra vez si es que les llevábamos alguna triste noticia. Pues parecía como si hicieran súplicas para que sucediera lo peor y se alegraran con noticias tristes, como hacen los plañideros en los teatros, al tiempo que murmuraban poniendo las cabezas cerca uno de otro. A continuación me preguntaron: «¿De qué familia procedes y cuál es tu ciudad?[53]. Pues por tu aspecto debes de ser honesto».

Y yo repliqué: «A juzgar por lo que veo por doquier hay pocos individuos honestos. Me llamo Critias y mi ciudad es
24 la misma que la vuestra». Como andaban dando tumbos por el aire, seguían informándose de cómo iban los asuntos de la ciudad y del mundo. «Son felices, todos, les dije, y lo van a seguir siendo». Ellos negaron levantando las cejas[54]. «No es así; la ciudad lleva en sus entrañas un germen malo». Y yo, siguiéndoles la corriente, les repliqué: «porque vosotros, como andáis por las nubes y veis todo como desde una atalaya, habéis hilado muy fino y habéis llegado a captar ese detalle. Pero..., ¿cómo van los asuntos del cielo? ¿Acaso va a eclipsarse el sol, va a seguir la luna un curso vertical? ¿Va Marte a cuadrarse con Júpiter y Saturno, a estar diametralmente opuesto al sol? ¿Entrará Venus en el mismo curso que Mercurio y concebirán hermafroditos de esos que tanto gusto os dan? ¿Enviarán torrentes de lluvia?

[52] Igual que Menelao y su séquito con Telémaco, en *Odisea* XV 164-165, al ver un halcón con un ganso alado entre sus garras, e interpretarlo como buen presagio.

[53] La referencia obligada es aquí el interrogatorio al que somete Telémaco a Atenea, bajo la forma de Mentor, en *Odisea* I 170.

[54] Negando al modo típicamente griego, tal y como puede verse hoy en día en Grecia; se levanta levemente la cabeza, al tiempo que se arquean hacia arriba las cejas. En ocasiones este movimiento se acompaña de una leve subida de la mano izquierda.

¿Cubrirán la faz de la tierra con un manto de nieve? ¿Traerán aquí abajo granizo y tiniebla? ¿Van a mandarnos peste, hambre y sequía? ¿Va a vaciarse el recipiente de los rayos? ¿Va a llenarse a rebosar la caja de los truenos?» Pero ellos, 25
como si tuvieran todo organizado <a su aire>, seguían con sus adorables tonterías..., que iban a cambiar las cosas, que «desórdenes y revueltas se adueñarían de la ciudad» y que los ejércitos serían derrotados por sus rivales. Alterado por ello, "hendido como un madero ardiente", con un grito agudo y seco les dije: «Demonio de hombres; no habléis con excesiva jactancia, «rechinando los dientes», contra hombres "con ánimo fiero de león", que respiran "lanza y picas y yelmos de blancos penachos"[55]; todo eso bajará a vuestra cabeza porque estáis arruinando por completo vuestra patria. Pues mientras deambuláis por los aires no habéis oído nada de eso ni habéis puesto en su sitio la ciencia matemática que con tantos esfuerzos habéis estudiado. Y si os han seducido profecías y falacias, por partida doble hay que acusaros de ignorancia; pues todo eso son invenciones de mujeres y pasatiempos infantiles propios de comadres, que en verdad las imaginaciones de las mujeres se complacen sobremanera en temas de esta índole».

TRIEFÓN. —¿Y qué replicaron a eso, lindo Critias, los 26
tipos esos rapados de todo seso y todo juicio?

CRITIAS. —No hacían ni puñetero caso y se refugiaban en sus esquemas mentales perfectamente trazados. Por ejemplo decían: «Permanezcamos diez días ayunando y soñaremos todo eso al tiempo que despiertos entonamos himnos durante toda la noche».

TRIEFÓN. —Y tú, ¿qué les contestaste? Pues lo que decían era importante y totalmente irresoluble.

---

[55] Frases que recuerdan de algún modo a ARISTÓFANES, *Ranas* 815, 1016 y 1041.

CRITIAS. —Tranquilo, que no fue una respuesta baladí; les di la mejor contestación.

«He aquí los chismorreos que dicen los ciudadanos de vosotros; que ese tipo de cosas os llegan cuando estáis soñando». Ellos, con una sonrisa entre dientes, replicaron: «Fuera del camastro nos llegan». Yo les dije: «si todo es verdad, hombres de los cielos, nunca desentrañaríais con seguridad las huellas del futuro, sino que ofuscados por ellos diréis bobadas respecto de lo que no existe ni va a existir. Pues no sé cómo andáis diciendo esas bobadas confiados en los sueños, y os da asco lo más hermoso y disfrutáis con asuntos viles sin sacar provecho de vuestro asco. Así que dejad a un lado todas esas absurdas fantasías y los planes malvados y profecías, no sea que un dios os mande a hacer puñetas por maldecir a la patria y por pronunciar
27 en su nombre palabras falaces». Ellos, entonces, «como un solo hombre», no dejaban de hacerme reproches. Si quieres te cuento lo que hicieron que me dejó sin voz como una estela (petrificado), hasta que tu útil charla me liberó de mi estado pétreo y me convirtió de nuevo en persona.

TRIEFÓN. —Calla, Critias, y no prolongues más sus memeces. Ya ves qué hinchado tengo el estómago, como si estuviera embarazado; pues he quedado mordido por tus palabras como por un perro rabioso. Y a no ser que me mitigue mi dolor bebiendo algún potingue que haga olvidar las cosas, el recuerdo mismo se alojará en mí y me producirá un gran dolor. Así que déjalos y empieza tu plegaria con el «Padre» y añade a continuación el cántico de los
28 muchos nombres... ¿Pero esto qué es? ¿No es ese Cleolao el que con sus pies «daba grandes zancadas»[56], que con prisa «viene y va»? ¿Habremos de saludarle?

---

[56] Véase *Ilíada* VII 213, y ESQUILO, *Coéforas* 3, y nuevamente ARISTÓFANES, *Ranas* 1153.

CRITIAS. — Por supuesto.

TRIEFÓN. — ¡Cleolao!

No pases tan deprisa ni te vayas de largo,
sé en cambio bienvenido si es que nos traes noticias[57].

CLEOLAO. — Hola, pareja fenómena.

TRIEFÓN. — ¿A qué tanta prisa? Estás casi sin respiración. ¿Ha ocurrido alguna novedad?

CLEOLAO:

Arrogancia ha caído, antaño pregonera
de los Persas,
y Susa ilustre ciudadela.
Y aún caería tierra entera de Arabia
por poderosa fuerza de mano poderosa[58].

CRITIAS. — Total, que la divinidad no deja nunca de su 29
mano a los hombres buenos sino que los impulsa siempre a mayor bienestar. Nosotros, Triefón, hemos encontrado lo mejor de lo mejor. Pues yo andaba preocupado con qué dejaría en el testamento a mis hijos después de mi vida. Pues conoces mi pobreza igual que yo tus bienes. Esto les basta a mis hijos; los días del Emperador, pues la riqueza no nos faltará y ningún pueblo nos asustará.

TRIEFÓN. — Yo también dejaré en herencia a mis hijos que vean Babilonia destruida, Egipto sojuzgado, los hijos de los persas afrontando «el día de la esclavitud», las incursiones de los escitas detenidas y cortadas de raíz. Y nosotros que hemos descubierto al Dios Desconocido en Atenas, de rodillas, con las manos extendidas al cielo, démosle

[57] Auténtico «pastiche» a base de un hexámetro defectuoso que recuerda *Odisea* VIII 230, y un trímetro yámbico de procedencia desconocida.

[58] Ésta sí es una parodia burlesca bastante lograda de ESQUILO, *Siete contra Tebas,* 794 y sigs.

gracias por habernos hecho dignos de ser súbditos de tan gran poder. A los demás dejémoslos con sus paparruchas y contentémonos con decir de ellos, como dice el refrán, que «no le preocupan ni a Hipoclides»[59].

---

[59] En relación con este refrán véase HERÓDOTO, VI 126-31, y el propio LUCIANO, *Heracles* 8.

81

CARIDEMO O SOBRE LA BELLEZA

Curioso opúsculo que se lee con agrado aunque no se percibe por parte alguna el típico estilo lucianesco. Y no aparece recogido este título en los mejores manuscritos de Luciano, aunque se trata de una parodia muy suave, muy ligera y poco agria de ciertos escritos platónicos. Tres personajes en el curso de un simposio pronuncian sendos discursos sobre la belleza en una línea del más puro corte platónico. Se trae constantemente a colación a Isócrates con su *Helena,* y curiosamente se mencionan citas del propio Luciano. Pero falta la agilidad, la fuerza, la vivacidad, el punto ácido de crítica que es rasgo distintivo de nuestro autor.

Posiblemente se trate de un trabajo realizado en alguna escuela de retórica por algún conspicuo profesor o algún alumno aventajado que obviamente conocían la obra de Jenofonte, de Platón, de Isócrates y de Luciano. El estilo es cuidado, se evita el hiato y se nos presentan largos párrafos con figuras literarias del más puro estilo retórico. La fecha no puede tampoco precisarse con exactitud.

HERMIPO. — Ayer casualmente iba dando yo un paseo, 1
Caridemo, por los arrabales, de un lado, porque necesitaba la relajación que proporcionan los campos, y de otro, porque andaba cavilando y necesitaba tranquilidad. Voy y me encuentro con Próxeno, el hijo de Epícrates. Luego de saludarlo como de costumbre, le pregunté de dónde venía y

a dónde se encaminaba. Y me dijo que él también había ido allí en busca del sosiego que suele proporcionar la contemplación del campo y para gozar de la brisa templada y suave que sopla sobre él, pues venía de una fiesta estupenda que se había celebrado en el Pireo en casa de Androcles, el hijo de Epícares, que había ofrecido un sacrificio a Hermes por la victoria que había obtenido al leer su
2 libro en las Fiestas Diasias[1]. Me contaba que se habían sucedido muchas situaciones finas y agradables, que se habían pronunciado encomios a la belleza por parte de ambos hombres, que él no podría relatármelos porque se le habían olvidado, viejo que estaba ya, y sobre todo porque no había metido mucha baza en la conversación; que en cambio tú podrías contármelo con facilidad porque tú personalmente habías pronunciado un encomio y habías estado atento a los demás a lo largo de todo el simposio.

CARIDEMO. — Eso es lo que aconteció, Hermipo; sin embargo no me resulta fácil explicártelo al detalle. Pues no era posible oír a todos debido al alboroto que producen los camareros y los comensales. Además una de las cosas más farragosas es recordar los discursos que se pronuncian en un simposio; pues sabes con qué facilidad hace el simposio olvidar incluso a quienes tienen una memoria excelente. Sin embargo en atención a ti voy a intentar hacer un relato lo mejor posible, sin omitir nada de lo que me venga a la mente.

3 HERMIPO. — Por eso mismo sabes que te estoy muy agradecido. Pero si vas a contármelo todo desde el principio, me daría por cumplido simplemente si me dices de qué trataba el libro que leyó Androcles, a quién venció y a quiénes de vosotros invitó al simposio.

[1] Fiestas en honor de Zeus, a las que alude TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 126, y el auténtico LUCIANO en un escrito anterior, *Icaromenipo* 24.

CARIDEMO. — El libro era un encomio de Heracles compuesto por él a raíz de un sueño que tuvo, según contaba. Había derrotado a Diotimo de Mégara que competía con él por las espigas y sobre todo por la gloria.

HERMIPO. — ¿Y de qué trataba el libro que leyó él?

CARIDEMO. — Era un encomio de los Dioscuros[2]. Pues no paraba de decir que él también había sido rescatado de enormes peligros por ellos, les había dado las gracias de este modo, máxime cuando ellos mismos le habían rogado que actuara así al aparecérsele sobre la punta de las velas en los peligros extremos. Había también en el banquete 4
otra gente, muchos parientes suyos, otros conocidos y especialmente otros que, dignos de pronunciar un discurso, habían realzado el simposio con sus aportaciones de sendos encomios, entre los que se encontraban Filón, el hijo de Dinias, y Aristipo, el hijo de Agástenes y yo, el tercero. Compartía mesa con nosotros también Cleónimo, el guapo, sobrino de Androcles[3], un jovencito blando y un tanto afeminado; parecía inteligente sin embargo, pues escuchó con gran atención los discursos. El primero en hablar sobre la belleza fue Filón, cuyo encomio comenzaba con estas palabras.

HERMIPO. — Para, para, compañero, y no empieces el encomio sin decirme antes el motivo por el que llevasteis la discusión a ese tema.

CARIDEMO. — Me estás haciendo perder el tiempo, amigo, pues hace tiempo que podía haberte contado toda la discusión y haberme largado. Pero ¿qué puede hacer uno si se lo pide un amigo? No hay más remedio que cumplir

[2] Los Dioscuros son Cástor y Pólux, gemelos, hermanos de Helena e hijos de Zeus y de Leda.

[3] Es de todo punto imposible determinar ni siquiera de modo aproximado la filiación y personalidad de cada uno de los asistentes a ese banquete.

5 todo lo prometido. Pues bien; si quieres saber la causa de la discusión fue precisamente el lindo Cleónimo. Estaba sentado entre su tío Androcles y yo cuando se produjeron muchos comentarios de las gentes más corrientes respecto de él, que no paraban de mirarlo impresionadas por su belleza. Dejando a un lado todo lo demás, se sentaron y empezaron a hacer encomios del muchacho. Nosotros complacidos y aplaudiendo el amor a la belleza expresado por esos hombres, intuíamos que era síntoma de gran vagancia por nuestra parte el que gentes corrientes nos superaran en temas tocantes a las formas más altas de la belleza, tema en el que creíamos ser superiores a ellos. Y así metimos baza en discursos acerca de la belleza. Nos pareció oportuno pronunciar el elogio del muchacho sin pronunciar su nombre —no hubiera sido elegante y le habría dado más altivez—, y no hablar sin orden ni concierto lo que a cada uno se le ocurriera, sino que cada uno por turno disertara cuanto le viniera a la cabeza sobre el tema propuesto[4].

6 Y Filón, el primero, pronunció las siguientes palabras: «Es curioso, ponemos interés en todas las actividades de cada día, como por ejemplo en las cosas bellas, y sin embargo sobre la belleza en sí no hacemos discurso alguno, sino que nos quedamos sentados en silencio como si temiéramos hablar sin darnos cuenta sobre algo que andamos persiguiendo afanosamente todo el tiempo. Pero ¿cuál sería el momento oportuno de utilizar las palabras si se preocupa uno por lo que nada vale y guarda silencio respecto de lo más bello de cuanto existe? Y ¿de qué otra manera podría preservarse lo más hermoso de los discursos sino

[4] Imposible no ver aquí la sombra de PLATÓN, *El Banquete* y *Fedro* en el inicio del diálogo; la localización de la conservación en un «locus amoenus», la presentación de los personajes, la narración del simposio y la forma de tomar parte en la conversación a lo largo del mismo están calcadas de los diálogos platónicos aludidos.

hablando del fin mismo de todo lo que hacemos, dejando a un lado todo lo demás. Pero para que no parezca que digo qué actitud hay que saber adoptar al respecto y que sin embargo no sé decir nada del tema, voy a intentar disertar al respecto con la mayor brevedad posible.

Todos han deseado ardientemente topar con la belleza, pero sólo unos pocos son dignos acreedores a ella. Y quienes se vieron favorecidos por la Fortuna con semejante regalo han sido tenidos con razón por los más dichosos y por los más colmados de honores, tanto por parte de los dioses como de los hombres. He aquí una prueba. De entre quienes pasaron de héroes a dioses están Heracles, el hijo de Zeus, los Dioscuros y Helena; el primero de éstos se cuenta que alcanzó esa gloria por su valor. Helena, por su parte, debido a su belleza, se convirtió en diosa[5] y fundamentó la divinización de los Dioscuros, que antes de que ella subiera al cielo, se contaban entre los habitantes del mundo subterráneo. Además, no es posible encontrar a 7
ningún hombre digno de tener trato de igualdad con los dioses a no ser quienes participen de la belleza. Por ella precisamente participó Pélope de la ambrosía con los dioses; y Ganimedes, el hijo de Dárdano, se cuenta que había llegado a dominar al más excelso de los dioses hasta un punto tal que Zeus no consintió compartir con ningún otro de los dioses el rapto del mozalbete, sino que pensó que le cuadraba a él sólo, bajando en un vuelo hasta el Gárgaro en el Ida, subir al muchacho hasta el lugar en que pudiera estar con él eternamente. Y se ha preocupado siempre tanto de los tipos guapos que no solamente tuvo a bien contarlos entre los habitantes del cielo luego de subirlos hasta allá, sino que él cada vez que se juntaba con sus

[5] Sobre la conversión en diosa de Helena, que tal vez llame la atención del lector, véase ISÓCRATES, *Helena* 1, 21, 31, 54, 61.

amantes en la tierra se convertía en lo que le parecía; y así se convirtió en cisne cuando se acostó con Leda, o va y toma forma de toro cuando raptó a Europa o adoptando el parecido de Anfitrión[6] va y engendra a Heracles. Y se podían contar mil tejemanejes ideados por Zeus para lograr estar con quienes ansiosamente deseaba.

8 Pero lo más importante y lo que a uno más le llama la atención es que en su trato con los dioses —con los hombres no tuvo trato a no ser con los hermosos— en sus arengas a ellos, digo, se ha dado de él una imagen de altanero, atrevido e impresionante por parte del poeta común de los griegos. Hasta el punto de que en la primera arenga a Hera, que ya antes estaba acostumbrada a reprocharle todo, la asustó de tal modo que se dio por satisfecha con salir incólume y con que la cólera de Zeus no pasara de las palabras. Y en la última perorata les infundió a todos los dioses no precisamente menos miedo al amenazarlos con arrancar tierra y mar y con todos los hombres incluidos. Pero cuando se dispone a gozar de la compañía de tipos guapos se vuelve tan manso suave y complaciente que encima de todo eso deja de ser Zeus para no mostrarse antipático a ojos de los mocitos, y adopta la forma de algo distinto, en especial de lo más bello y que más puede seducir a quien lo ve. Este es el respeto y la estima que le tiene a la belleza. Pero, para que estas palabras no parezcan una acusación a Zeus, sino una defensa de la belleza, no es sólo
9 Zeus el único dios que se ha dejado cautivar por ella. Pues si uno se fija con atención llegaría a descubrir que a todos los dioses les ha pasado lo mismo que a Zeus; así Poseidón,

[6] Alusiones ya sobradamente explicadas con excepción de la de Anfitrión para seducir a Alcmena y engendrar a Heracles. El lance dio título a una divertida comedia de Plauto.

que sucumbió ante Pélope; y Apolo ante Jacinto, y Hermes ante Cadmo[7].

Y las diosas no se avergüenzan de dar a ver su sumisión 10 a la belleza y hasta parece que tienen una especie de rivalidad a la hora de estar con tal o cual tipo guapo, y en explicar que entregan a los hombres a un héroe protector. Y además en lo que toca a las restantes actividades, cada diosa es protectora de alguna actividad en concreto y nunca discute con las demás respecto de los temas de su propia competencia. Así, Atenea que es considerada por los hombres responsable de lo concerniente a la guerra, no compite con Afrodita por lo que atañe a la caza; de igual modo ésta le cede los asuntos de la guerra. Y en lo que a bodas se refiere, Hera cede ante Afrodita sin enfadarse ésta con ella con temas de cuya vigilancia se encarga Hera.

Tan orgullosa está cada una de su belleza y cree superar a las demás, que incluso la Discordia, deseosa de que compitieran entre sí, no les puso otro tema de disputa que la belleza, pues creía que de ese modo se cumplirían fácilmente sus intenciones; sus cálculos resultaron ser correctos y atinados. Y a raíz de este hecho podría uno calibrar la importancia de la belleza. Cuando cogieron la manzana y leyeron la inscripción, albergando cada una la creencia de que la manzana era suya, como ninguna otra se atrevía a votar en contra de sí misma, lo que implicaba reconocer que era más fea que las demás, van y suben hasta Zeus, padre de dos de ellas y hermano y esposo de la tercera, para que dé su veredicto. Pero aunque él podía haber manifestado cuál era la más hermosa, y aunque en Grecia y en tierra bárbara había muchos hombres prudentes y sabios,

[7] Los amores de Poseidón y Pélope nos los cuenta FILÓSTRATO, *Imágenes* 789; los de Apolo y Jacinto, APOLODORO, I 3, 3, y OVIDIO, *Metamorfosis* X 162-219; con respecto a los de Hermes y Cadmo desconocemos otra fuente de información que no sea la de este texto.

le encomienda la decisión a Paris, el hijo de Príamo, emitiendo un voto claro y transparente en el sentido de que la belleza es superior a la inteligencia, la sabiduría y la fuerza.

11 Y han tenido siempre tanto cuidado y tanto interés en oír que son guapas que han logrado persuadir al magnificador de héroes y poeta de dioses que les dé unos epítetos sacados no de ningún otro sitio que de la belleza. Así Hera oiría con más placer ser llamada "de níveos brazos" que venerada diosa hija del excelso Crono, y Atenea no preferiría ser llamada Tritogenia antes que "de ojos glaucos"; y Afrodita valoraría más que nada el ser llamada "Dorada". Todos esos epítetos tienden a hacer notar la belleza[8].

12 Y esto es no sólo una prueba de la actitud de los poderosos ante el tema sino un testimonio fidedigno de que la belleza es superior a todo lo demás. Efectivamente, el voto de Atenea implica que la belleza aventaja a la valentía y la inteligencia, pues ella, que tenía el patrocinio de ambas virtudes, la puso por delante de ellas. Hera da a entender bien a las claras que la belleza es preferible a toda autoridad y poder, aceptando incluso como esposo al propio Zeus defensor a ultranza de la belleza. Y si sin duda alguna la belleza es algo tan divino y venerable y por lo que tanto se afanan los dioses, ¿cómo no va a ser algo estupendo para nosotros el imitar a los dioses de palabra y obra y poner todo lo que tenemos a disposición de la belleza?».

13 Ese fue el discurso de Filón acerca de la belleza, añadiendo al final que hubiera hablado más al respecto si no fuera porque sabía que está mal visto soltar largos discursos en un banquete. Inmediatamente después hizo uso de la palabra Aristipo, bien que tras el insistente ruego de Andro-

[8] A modo de ejemplo y pese a que los epítetos se repiten por doquier, véase para Hera, *Ilíada* I 55, para Atenea, *Ilíada* IV 515 o I 206, y para Afrodita, *Ilíada* III 364.

cles; no quería hablar, pues tenía un cierto reparo a hacerlo después de Filón. Dijo, no obstante, así:

«Muchas veces muchos hombres, desentendiéndose de 14 lo mejor y lo que más nos conviene, ponen sus afanes en otros temas de resultas de los cuales piensan obtener fama, aunque a quienes les escuchan sus discursos no les hagan provecho alguno y disertan, unos sin dejar de zaherirse mutuamente respecto de los mismos temas, los otros dando vueltas a cosas que no existen, y otros aún discuten sobre temas en modo alguno fundamentales, precisamente aquellos a quienes convendría dejarlos todos a un lado y fijarse a ver cómo podrían decir algo de más enjundia. Ahora, como creo que no tienen una idea saludable respecto de la realidad y sobre todo como pienso que no tiene sentido acusar a unas gentes de ignorar las mejores cosas e ir a tropezar con esas mismas gentes en temas más baladíes, voy a hacer el tema de mi discurso lo más útil y lo más hermoso para mi auditorio y al mismo tiempo el que cualquiera podría decir que es el más hermoso de oír[9].

Pues si estuviéramos haciendo ahora los discursos res- 15 pecto de otro tema cualquiera y no sobre la belleza, nos habría bastado con oír hablar a uno solamente, y dar el tema por zanjado. Pero este tema ofrece tan gran amplitud a quienes desean abordar su discusión que uno no se considera desafortunado porque su discurso no esté a la altura del tema, sino que al revés, se considera tocado por la fortuna en el caso de poder aportar algunos elogios a los que han prodigado previamente muchos otros. Pues respecto de un tema que ha recibido honores de parte de los poderosos, tan divino y tan afanosamente estudiado por los

[9] Imponente y farragoso exordio, en el que diecisiete líneas sólo cuentan con un punto después de la décima, al modo de los logógrafos más acreditados. Aún tardará Aristipo otro párrafo (15) en entrar en materia.

hombres, ornato más idóneo para los seres, que hace a quienes lo poseen ser codiciados por todos y a quienes les falta despreciables e indignos de ser mirados a la cara, ¿quién podría encontrar palabras para realizar un elogio acorde con su categoría? Pues pese a todo y dado que ni aun recibiendo elogios de boca de muchos se acabaría de realizarlo como le corresponde, no está fuera de lugar que intente yo decir algo al respecto, y eso que voy a pronunciar mi discurso después de Filón. Es la belleza lo más respetable y lo más divino de cuanto existe, de modo que voy a dejar a un lado múltiples ocasiones en que dioses han honrado a hombres hermosos.

16 En tiempos remotos Helena, engendrada de Zeus, despertó tal admiración en los hombres que incluso antes de haber llegado a la edad adulta, Teseo, que estaba en el Peloponeso para llevar a cabo una misión, al verla quedó prendado de su belleza, hasta el punto de que, pese a tener un trono sólido y una fama nada aleatoria, pensaba que sin ella no merecía la pena vivir la vida, y que sobrepasaría en felicidad a los hombres si pudiera lograr que ella se fuera a vivir con él. Así, dando vueltas a la cabeza, luego de rechazar el recibirla de su padre en matrimonio, pues no podía otorgársela por no estar aún en edad casadera, despreciando y desconsiderando su autoridad, desdeñando todas las terribles hazañas en el Peloponeso, tomó a Pirítoo para que le acompañara a raptarla y luego de raptarla con la oposición violenta de su padre, se la llevó a Afidna del Ática. Y le estuvo Teseo tan agradecido a Pirítoo por la ayuda que le prestó que lo amó hasta el resto de sus días de forma que la amistad entre Teseo y Pirítoo pasó a ser ejemplo para las generaciones posteriores. Y cuando Pirítoo tenía que ir al Hades para pretender a la hija de Deméter, Teseo, que pese a sus muchas recomendaciones no pudo disuadirle de su empresa, lo acompañó, pensando

que así pagaba la deuda de gratitud que con él tenía porque había arriesgado su vida. Y al regresar a Argos, 17 cuando Teseo se hallaba una vez más ausente, como ya estaba en edad casadera[10], los reyes de Grecia, aunque tenían mujeres hermosas y bien nacidas para llevarse en matrimonio, se reunieron para pedir su mano despreciando, por inferiores, a todas las demás. Sabiendo que tendrían que luchar por ella y temiendo que se originara una guerra en Grecia si se enfrentaban ellos unos con otros, realizaron de común acuerdo un juramento en el sentido de que ayudarían a quien fuera considerado digno de ella y de que no tolerarían que nadie intentara cometer alguna maniobra injusta, con lo que cada uno creía arreglar así su propia alianza. Se equivocaron todos en su idea particular excepto Menelao, pero en seguida pusieron a prueba la idea colectiva. No mucho después de producirse la disputa de las diosas respecto de su belleza, encomiendan el veredicto a Paris, hijo de Príamo; éste, pese a ser subyugado por los cuerpos de las diosas, se vio obligado a juzgar por los regalos que le ofrecieron. Y al darle Hera el dominio de Asia, Atenea la victoria en las guerras y Afrodita la boda con Helena, pensando que un reino no menor podría estar al alcance de hombres incluso mediocres, pero que en cambio los encantos de Helena al de nadie de las generaciones posteriores, prefirió la boda con ella.

Originada, pues, la famosa expedición militar contra 18 los troyanos, tan cantada por poetas, y avanzando Europa por primera vez contra Asia, los troyanos aunque podían seguir viviendo sin ningún temor en su tierra tras devolver

[10] Para todo lo relativo al capítulo 17 sigue siendo de gran utilidad confrontar ISÓCRATES, *Helena* 38-43. La historia de la amistad entre Teseo y Pirítoo, aquí narrada, ha sido tema de inspiración para artistas y escritores.

a Helena, y los griegos, aunque podían haber dejado que la tuvieran ellos y haberse visto libres de los inconvenientes derivados de la guerra y de la expedición militar, ambos a dos ninguno quisieron, en la idea de que nunca encontrarían una guerra con mejor objetivo por el que morir. Y los dioses, aunque sabían positivamente que sus hijos morirían en la guerra, no los disuadieron, sino que los incitaron a ella en la idea de que morir luchando por Helena les reportaría una gloria no inferior al hecho de ser hijo de los dioses. ¿Y por qué menciono a los hijos de los dioses? Los propios dioses se enfrascaron en una guerra de más envergadura y más terrible que la que libraron antaño contra los Gigantes; pues en aquella ocasión luchaban alineados unos con otros y en ésta enfrentados unos contra otros. ¿Qué prueba más clara que ésta podría haber para hacer ver en qué medida la belleza está en un escalón superior a las demás cosas de los hombres a la consideración de los jueces inmortales? Pues de cualquier otro tema nadie les ha visto nunca discutir y, en cambio, por la belleza no sólo han entregado a sus hijos sino que se han enfrentado unos con otros, habiendo incluso algunos que han resultado heridos, ¿cómo no van a tenerla por voto unánime en mayor estima que a todo?

19 Pero para que no parezca que ante la imposibilidad de decir cosas respecto de la belleza estamos constantemente dando vueltas a lo mismo, quiero pasar a otro caso en modo alguno menos significativo de la dignidad de la belleza, que los anteriormente expuestos; me refiero a Hipodamía, la hija de Enomao el arcadio[11], y a las víctimas de su belleza a quienes ella indujo a preferir la muerte

[11] La historia de Hipodamia viene contada en APOLODORO, *Biblioteca* III 10, 1; PAUSANIAS, VI 21, 6-11, y antes por PÍNDARO, *Olímpicas* I 67-90.

a seguir viendo la luz del sol si se veían apartados de ella. Pero cuando la muchacha tuvo ya edad casadera y vio el padre que era con mucho superior a las demás, prendado de su belleza —la poseía en tal grado que había despertado la atracción de su progenitor contra la naturaleza—, deseando por ello justamente tenerla a su lado, fingiendo que quería entregársela a quien fuera digno de ella, evitando de paso las censuras de los hombres, va y proyecta un plan más nefasto incluso que su pasión, con el que creía que se garantizarían fácilmente sus pretensiones. Unciendo —lo que estaba muy a su mano— los corceles más veloces que hubiera en Arcadia a un carro fabricado con una técnica especial de cara a conseguir la máxima rapidez, rivalizó con los pretendientes de la muchacha, ofreciendo a los que lo rebasaran, como premio de la victoria, a su propia hija; y si eran derrotados cortarles la cabeza. Y tuvo a bien que ella subiera en el carro con ellos a fin de que, distraídos, se olvidaran del certamen. Pero ellos, una vez que el primero que probó suerte en la carrera perdió tanto la vida como a la muchacha, sospechando que era propio de mozalbetes andar con dudas a la hora del certamen o cambiar alguna de las bases previamente establecidas y aunque detestaban la crueldad de Enomao, seguían rivalizando a ver quién moría antes como temerosos de perder la ocasión de morir por la muchacha. Y la matanza de jóvenes alcanzó el número de trece. Pero los dioses, llenos de aversión hacia la perversidad de Enomao y compadecidos a un tiempo de los que habían muerto y de la muchacha —de los primeros porque se habían visto privados de semejante logro, y de la muchacha porque no se sacaba debido partido de su belleza—, inquietos por el joven que se disponía a competir —Pélope era—, deciden favorecerle con un carro fabricado con una técnica mejor y con corceles inmortales para que, por medio de ellos, lograra ser dueño de la muchacha, lo que

tuvo lugar tras haber dado muerte a su suegro nada más acabar de obtener la victoria.

20 Así, el tema de la belleza parece ser a ojos de los hombres algo divino, digno de toda estima y objeto codiciado en muchos lugares por los dioses. Por ello nadie podría censurarme con razón por haber resuelto deliberadamente dar esta disertación útil sobre la belleza». Tal fue el discurso de Aristipo.

21 HERMIPO. — Sólo faltas tú, Caridemo, para con tu discurso poner la rúbrica a las hermosuras de la belleza.

CARIDEMO. — En absoluto me obligues, por los dioses, a seguir más lejos. Lo que se ha dicho hasta ahora es suficiente para hacer ver el curso de la reunión; y además se me ha borrado de la memoria lo que dije; en efecto es más fácil que uno recuerde lo que han dicho los demás que lo de uno mismo.

HERMIPO. — Pero es que es justamente eso de lo que teníamos ganas desde el principio; no nos interesaba tanto escuchar los discursos de los demás cuanto los tuyos. De modo que si nos privas de ellos, tu trabajo al contar los de los demás no habrá servido para nada. Así que, por Hermes, cuéntanos el discurso entero tal y como prometiste desde el principio.

CARIDEMO. — Si te hubieras contentado con esos habría sido mejor y me habría librado de estas molestias. Pero puesto que tienes tantas ganas de oír mi discurso, no tengo más remedio que hacerte caso. Mis palabras, pues, fueron las siguientes:

22 «Si yo fuera el primero en empezar a hablar sobre la belleza, necesitaría densos proemios. Pero como me dispongo a hablar luego de haberlo hecho otros muchos, no será improcedente el dar por empleado sus discursos como proemios y continuar a partir de ese punto, máxime cuando los discursos no se están pronunciando en lugares diferen-

tes, sino aquí y en el mismo día, de manera que es posible que incluso los presentes, sin darse cuenta, estén pronunciando los discursos no cada uno a su aire, sino exponiendo cada uno por partes el mismo discurso. Lo que cada uno ha dicho en su turno acerca de la belleza bastaría para dar buena fama a cualquier otro, pero a mí me queda nada menos que las generaciones venideras no escatimen elogios de la belleza al margen de los que se han dicho hasta ahora. Pues trae desde muchos lugares muchas ideas que uno cree que debería exponer en primer lugar, como si uno estuviera en un prado de flores en el que a medida que se van viendo le entran a uno ganas de cogerlas. Yo eligiendo de entre esas ideas las que me parece que no sería bueno omitir, hablaré con brevedad a fin de devolverle a la belleza lo que le corresponde y de quedar bien con vosotros sin soltaros una perorata.

A quienes por su valor o por cualquier otra de las vir- 23
tudes parecen ser superiores les deseamos por envidia, a no ser que por su buen comportamiento diario nos obliguen a estar a bien con ellos, que las acciones que emprendan no les salgan bien. Y de quienes son hermosos no solamente no envidiamos la flor de su juventud, sino que nada más verlos quedamos cautivados y los amamos en secreto y no dudamos en ser esclavos de ellos en la medida que podemos, como si fueran superiores. Pues uno serviría más gustosamente a un tipo guapo antes que dar órdenes a quien no lo es [12], y uno estaría más contento con él si le da
muchas órdenes que si no le da ninguna en absoluto. Y de 24
los otros bienes que necesitamos, nuestro afán por ellos no

[12] Impresionante la afirmación de Caridemo que prefiere recibir órdenes y estar al servicio de un tipo hermoso antes que dárselas a un tipo feo; se trata tal vez de una hipérbole a las que tan aficionado es el griego para poner de relieve la idea que se desea destacar, y esa hipérbole se formula en términos de preferencia, no de referencia ni de diferencia.

se prolonga una vez que damos con ellos; de la belleza en cambio no se ha hartado nunca nadie. Pues aunque superemos en belleza al hijo de Aglaya [13], que se embarcó a Ilión con los aqueos, o al bello Jacinto o al lacedemonio Narciso, nos parece que no nos basta, como si temiéramos ser superados sin darnos cuenta por las generaciones venideras. Por decirlo de alguna manera: la belleza es un ideal común de todas las actividades de los hombres; ni dejan de tenerla en cuenta los generales a la hora de alinear el ejército, ni los oradores a la hora de componer los discursos, ni sobre todo los pintores al pintar sus cuadros. ¿Pero a qué mencionar actividades que tienen la belleza como fin? E incluso lo que aportamos forzosamente porque es útil no dejamos de afanarnos en organizarlo en la medida de lo posible con la máxima belleza. A Menelao no le importaba tanto el uso de su palacio cuanto el impresionar a los que a él acudían, y por eso lo construyó tan lujoso y tan hermoso; y no fue una idea descabellada. Se cuenta que le gustó tanto al hijo de Ulises cuando llegó a él en busca de información referente a su padre que se lo dijo a Pisístrato, el hijo de Néstor:

Estar allí dentro era como estar en el patio de Zeus Olímpico [14].

Aún más, el propio padre del muchacho, que navegaba con los griegos contra Troya, llevaba unas naves de rojizos costados [15], no por otra razón sino para poder causar

---

[13] Este no puede ser otro que Nireo, a decir de HOMERO, *Ilíada* II 672, el más hermoso y apuesto de cuantos griegos guerrearon en Troya, personaje del *Diálogo de los muertos* 30, obra del auténtico Luciano.

[14] Cita de *Odisea* IV 74, recogida por Luciano en varios de sus escritos; *Acerca de la casa* 3, *Sobre los que están a sueldo* 15, *En pro de los retratos* 20.

[15] Sobre la pintura llamativa de las naves de Ulises para causar impacto a los posibles adversarios véase *Ilíada* II 637.

impresión en quienes las vieran. Y si alguien desea examinar con detenimiento cada una de las artes encontrará que todas tienen su vista puesta en la belleza y su consecución como algo importante.

La belleza parece ser superior a todas las demás cosas 26
en tan gran medida que aunque uno podría encontrar otras más estimadas que las que participan o de justicia o de sabiduría o de valor, no puede encontrarse nada mejor que las que han tenido algo en común con la forma ideal, máxime por cuanto que no hay nada menos estimado que lo que no la posee. Así, sólo a quienes no son guapos llamamos feos, en la idea de que nada es lo que pueda tener cualquiera si le falta la belleza. Pues a quienes o rigen los 27
destinos colectivos del pueblo en democracia o a quienes están sujetos a los tiranos, les llamamos demagogos o aduladores, respectivamente, y en cambio admiramos a quienes están bajo el poder de la belleza y llamamos a quienes se interesan por las cosas bellas "amantes del esfuerzo" y "amantes de la belleza" y los consideramos benefactores colectivos. Y cuando la belleza es tan venerable y forma parte de las plegarias de todos, cuando la gente considera una ventaja el poder estar de algún modo a su servicio, ¿cómo no podría alguien reprocharnos con toda razón que estando en nuestra mano el obtener tan gran ventaja la tiremos por la borda a propósito sin ser capaces de darnos cuenta de que nos estamos perjudicando?».

Hasta aquí mi discurso, tras suprimir muchas de las cosas que estaba en mi mano haber dicho sobre la belleza, porque estaba viendo que la reunión se prolongaba demasiado.

HERMIPO. —¡Felices vosotros que pudisteis disfrutar de semejante reunión! Ahora ya, gracias a ti, casi he disfrutado tanto como vosotros.

82

NERÓN

El visitante que se detenga hoy en día en Corinto y sus alrededores verá cómo cobra vida un texto como este *Nerón* leído sobre el empedrado del *díolkos* o junto al maravilloso puerto natural de Perichorá, donde afortunadamente no llegan los autocares del turismo de masas. Ahí se ve bien el problema que constituía el paso del Jónico al Egeo para personas, embarcaciones y enseres. La construcción de un canal estaba ya en la mente de los antiguos. Nerón da el primer golpe de pico pero, veleidoso él, desiste de su intento. A partir de esa instantánea Musonio y Menécrates, protagonistas del opúsculo, llevan el diálogo a otros terrenos sin recatarse de caricaturizar al Emperador. No en vano, Musonio había sido desterrado y Menécrates, si hemos de hacer caso a Suetonio, *Nerón* 30, y Petronio, 73, 19, era uno de los tañedores de lira que gozó en su día de la predilección de Nerón, cuyos gustos en materia musical conocía bien.

Al menos tres manuscritos adscriben esta obra a la pluma de Luciano, con cuyo estilo, sin embargo, parece casar bastante mal. El título *Nerón (Nero)* se encontró en la *Suda* dentro de la lista de obras del más antiguo de los tres Filóstratos que conocemos.

1 MENÉCRATES. — El túnel del Istmo en cuya construcción, Musonio, dicen que tomaste parte, ¿tenía para el tirano un significado griego?

MUSONIO. — Sábete, Menécrates, que Nerón tenía unos

deseos aún mejores; efectivamente con una apertura del Istmo de veinte estadios[1] les ahorraba a los que vienen por mar el rodeo del Peloponeso pasando por el Cabo Malea. Y esa obra habría reportado gran utilidad al comercio, a las ciudades costeras y a las del interior, pues a éstas le basta con su propia producción si van bien las cosas de la costa.

MENÉCRATES. —Explícanoslo, Musonio, que estamos deseosos de escucharte, a no ser que tengas algún otro tema más urgente.

MUSONIO. —Ya que estáis deseosos, os lo voy a contar, pues no sé cómo podría complacer mejor a quienes han llegado a esta escuela tan austera dispuestos a aprender. Los cantos trajeron a Nerón a Acaya junto con su pro- 2
funda convicción de que ni las Musas le superaban en dulzura. Y su deseo era obtener la victoria en el certamen de canto en los Juegos de Olimpia, que sólo tienen competiciones deportivas; pues desde luego los Juegos Píticos le pertenecían más a él que al propio Apolo; creía que ni el mismísimo dios podía rivalizar con él a la hora de cantar o de tocar la cítara. El Istmo en cambio no entraba en los proyectos forjados a distancia, sino que al toparse con la naturaleza del lugar, se entusiasmó con la idea de una obra grandiosa, deseoso de emular al rey de los aqueos que marcharon contra Troya, por cómo separó Eudea de Beocia con el Euripo a la altura de Calcis; y aún más a Darío, por cómo hizo el puente sobre el Bósforo para atacar a los escitas[2]. Y quizás pensó, antes que en ellos, en las obras de Jer-

[1] El canal en la actualidad tiene 6 km. de longitud y 23 m. de ancho. Una longitud, pues, superior a los 20 estadios a los que alude el texto, que suponen aproximadamente algo más de 3 km.

[2] Si hemos de hacer caso a HERÓDOTO, IV 83 sigs., no hay dudas respecto de la empresa de Darío; en lo referente al rey de los aqueos,

jes, las más grandiosas [3], y además en cómo al poder reunirse todos debido a la poca distancia entre ellos, sería posible que Grecia al completo ofreciera su hospitalidad de un modo esplendoroso a los forasteros. Pues las naturalezas de los tiranos, aunque estén borrachas, siguen teniendo sed de
3 oír esta clase de palabras. Saliendo a la puerta de su tienda entonó un himno en honor de Anfítrite y Poseidón y una canción breve para Melicertes y Leucotea [4]. Y luego de entregarle el gobernador de Grecia un pico de oro, se fue al pie de la excavación entre cánticos y aplausos. Y golpeando tres veces el suelo, creo, tras animar a quienes se les habían confiado los primeros trabajos a que pusieran manos a la obra con energía, se subió a Corinto creído de que había superado con creces todas las hazañas de Heracles. Los presos acometieron los trabajos más pesados en los terrenos más rocosos en tanto que los soldados hacían lo propio en los de suelo terroso y plano.

4 Al cabo de setenta y cinco días de estar uncidos al yugo del trabajo bajó al Istmo desde Corinto la noticia aún sin confirmar de que Nerón había cambiado de idea respecto de la excavación. Decían que los egipcios al hacer la medición de cada uno de los dos mares se encontraron con que no estaban al mismo nivel, sino que pensaban que por el lado del puerto Lequeo estaba más alto y temían por Egina en el sentido de que si semejante cantidad de agua se

Eubea, Beocia y el Euripo parece que hay una amalgama confusa de datos en la mente del autor.

[3] Igualmente HERÓDOTO, VII 22, habla de la obra de ingeniería acometida por Jerjes a través del Atos.

[4] Anfítrite es la esposa de Poseidón, auténtica reina del mar, que según la leyenda había sido llevada a su presencia desde más allá de las llamadas Columnas de Heracles a lomos de delfines. Melicertes, hijo menor de Ino, fue arrastrado al mar por ella, convirtiéndose después en Palemón, en tanto que su madre pasaba a ser Leucotea. En honor precisamente de Palemón Melicertes se instituyeron los Juegos Ístmicos.

derramaba sobre la isla sería anegada y desaparecería. Pero a Nerón no le habría hecho desistir de excavar el canal ni el mismo Tales, el hombre más sabio y el mejor estudioso de la naturaleza, pues estaba más enamorado del canal que de cantar en público. Pero la revolución de los pueblos del 5
Oeste y un tipo muy agudo e incisivo llamado Vindex, que se había sumado a ellos, hizo salir de Grecia y del Istmo a Nerón, que hizo sus cálculos en vano. Pues me consta que los mares tienen el mismo nivel entre sí y el mismo nivel que la tierra. Por cierto, cuentan que los asuntos de Roma se le van cayendo de las manos y escapando a su control. Eso lo oisteis vosotros también ayer de boca del «quiliarco»[5] cuya nave encalló.

MENÉCRATES. — Y la voz del tirano, Musonio, que es 6
la causante de su chifladura por la música y de su amor a los certámenes de Olimpia y de Delfos, ¿cómo es? Pues de quienes se acercan por mar a Lemnos, unos la admiraban mientras otros se reían de ella.

MUSONIO. — Pues tiene una voz, Menécrates, ni para despertar admiración ni para mover a burla; la naturaleza se la hizo soportable y razonablemente afinada. Su voz es por naturaleza hueca y grave, bien contenida en su garganta. Y por su propia constitución, sus cantos tienen un cierto zumbido. Los tonos de su voz la suavizan cuando no se entrega tanto y se deja llevar por una moderación de tonos, una melodía atractiva y un acompañamiento correcto de cítara, y cuando da con el momento exacto de andar, de parar y volver a andar y adecuar el movimiento de cabeza a la melodía; sólo que resulta vergonzoso que el rey crea que hace todo eso a la perfección[6].

---

[5] Se trata de un comandante que tiene bajo su mando un contingente de 1.000 hombres.

[6] Es difícil recoger todos los matices que tiene el texto griego en lo referente a la conformación de la garganta, la emisión de la voz, la melo-

7 Y si se ponía a imitar a quienes eran mejores que él, ¡vaya risa que se le venía encima de parte de los espectadores, pese a que pendían sobre ellos innumerables amenazas caso que se rieran de él! Pues mueve sin ton ni son la cabeza al tiempo que contiene la respiración y se pone de puntillas arqueándose como los que están en la rueda del tormento. Y aunque por naturaleza es rojizo se pone más colorado, que le arde la cara incluso. Su respiración en cambio es corta y a veces insuficiente.

8 MENÉCRATES.—¿Y sus rivales, Musonio, cómo se someten a él? Pues le tienen contento, seguro, con cierta habilidad.

MUSONIO.—Pues sí, con habilidad como la de los pugilistas que se dejan caer a posta. Pero toma buena nota, Menécrates, del actor de tragedias que murió en el Istmo; iguales son los peligros referentes a las buenas artes si los que las ponen en práctica hacen demasiada gala de ellas.

MENÉCRATES.—¿De qué se trata, Musonio? Pues en verdad no he oído la historia.

MUSONIO.—Escucha una historia insólita que sin embargo tuvo lugar a la vista de los griegos.

9 Aunque la ley establece que en el Istmo no puede haber certámenes de comedia ni de tragedia, a Nerón le vino en gana vencer en un certamen de tragedia. Y allá que acudieron al certamen muchos participantes y, entre ellos, un epirota que tenía una voz magnífica sobre la que había asentado la fama y la admiración. Hizo notar con más boato que de costumbre que estaba enamorado de la corona y que no renunciaría a ella sin que Nerón le diera diez talentos por la victoria. Éste estaba furioso y cabreado; le había escuchado en la trastienda a lo largo del certamen. Y

día del canto, etc. SUETONIO en la *Vida de los Césares (Nerón* 20), realiza una descripción menos detallada.

al romper los griegos en ovaciones dirigidas al epirota, va y envía a su secretario con la orden de que se rindiera ante él. Y como quiera que él levantaba más la voz y seguía compitiendo en noble lid, Nerón va y le envía a sus propios actores sobre las tablas del escenario como si fuera una parte de la obra. Y escudándose en unas tablillas dobles de marfil, las utilizan como puñales y acosando al epirota contra la columna cercana, le cortaron la garganta golpeándole con el filo de las tablillas [7].

MENÉCRATES. —¿Y venció Nerón en el certamen de 10
tragedia, Musonio, luego de perpetrar acción tan execrable a la vista de los griegos?

MUSONIO. — Un juego de niños eso para un joven que asesinó a su madre. ¿Qué hay de extraño en que hubiera asesinado a un actor cortándole las cuerdas vocales? Pues hasta se le pasó por la cabeza bloquear la cavidad de la Pitia de donde emanan las profecías para que ni siquiera Apolo tuviera voz; y eso que la Pitia lo clasificó con Orestes y Alcmeón, a quienes el asesinato de su respectiva madre reportó cierta fama y renombre, pues lo cometieron vengando a sus padres. Él, en cambio, que no podría nadie decir a quién vengó, creía que era víctima de un insulto por parte del dios, pese a haber escuchado unas palabras bastante más suaves que la realidad de los hechos [8].

Pero, perdón que interrumpa, ¿qué nave es esa que se 11
acerca? Al parecer trae algo bueno, pues vienen los marine-

[7] Hemos mantenido la aparente incongruencia de tiempos y aspectos que salpican el relato, tal y como aparece en griego, fruto de la inquietud de quien está narrando los hechos con una cierta alteración nerviosa.

[8] El enfado de Nerón, según da a entender el autor del texto, sería debido a algún oráculo desfavorable para su persona, si bien las noticias de Suetonio al respecto, *Nerón* 39, 40, no parecen recogerlo así. Posiblemente en el subconsciente del Emperador estuviera fijada la imagen de Apolo como maestro en el manejo de la lira a quien era imposible derrotar.

ros con la cabeza coronada como un coro que trae buenas noticias, además alguien desde la proa está extendiendo la mano con la intención de darnos ánimos y saludarnos; si no oigo mal, dice a voces que Nerón «se ha ido».

MENÉCRATES. — Eso sí, Musonio, es lo que dice a gritos con mayor claridad cuanto más se va acercando a tierra.

MUSONIO. — ¡Qué bien, dioses! Pero... no les demos las gracias, que dicen que no conviene darlas por los difuntos.

83

EPIGRAMAS

Los códices de Focio así como unos pocos de los ejemplares más recientes de la tradición manuscrita han hecho llegar hasta nosotros una serie de epigramas que en la mayoría de los casos no corresponden a la pluma de Luciano. Otros, en cambio, que sí pueden atribuírsele con relativa seguridad, nos han llegado a través de códices de carácter antológico, que incluyen pequeños epigramas de diversos autores; se trata del *Codex Palatinus* 23 y del *Codex Planudeus (Marcianus* 481). La monumental obra de A. S. F. Gow, *The Greek Anthology, Sources and Ascriptions,* Londres, 1958, los recoge, atribuyéndolos ora a Luciano, ora a Lucilio —contemporáneo de Nerón—, ora a Juliano; la semejanza de la grafía entre estos tres nombres habría llevado fácilmente a los copistas a cometer errores. Sucede así que los epigramas que aquí aparecen, con excepción del primero, están recogidos en la versión correspondiente de la *Antología Palatina* antes mencionada, de forma muy especial en los libros X y XI. En la traducción consta la referencia correspondiente.

El problema surge a la hora de determinar si esos epigramas atribuidos a Luciano son realmente obra de nuestro autor. Tal vez lleve razón Macleod cuando afirma que van demasiado lejos quienes como G. Setti, a finales del siglo pasado, dieron por sentada su autenticidad. Nos sentimos más identificados con quienes se resisten en la medida de lo posible en ver aquí la huella de Luciano. Varios de esos epigramas son intrascendentes, absurdos, puros pasatiempos; los que incluyen reflexiones sobre la vida y su

sentido palidecen de endeblez ante la consistencia de trabajos inequívocamente lucianescos. Un autor que se complace en el ensayo filosófico, que domina el diálogo, no tiene ninguna necesidad de demostrar que domina también la, por otra parte, interesante y no siempre fácil técnica del epigrama. Los defensores de la autoría lucianesca apuntan más a cuestiones de fondo que de estilo, aduciendo que varios de los pensamientos vertidos en los epigramas coinciden con los expuestos por el autor a lo largo de su obra; filósofos, deportistas, ricachones, enfermos de gota, heteras de mal vivir desfilan por estas páginas dispuestos a recibir por última vez unos dardos disparados por alguien que deseaba tal vez parecerse a Luciano, pero que carecía de su ingenio. Los presentamos en su forma versificada, aunque como es lógico sin verter el metro —dístico elegíaco— al metro castellano, dando prioridad al ritmo e intentando transmitir la concisa elocuencia que los caracteriza.

1[1]

[Conocedor de antiguas necedades, esto escribió Luciano,
que hasta lo que parece serio es tontería a ojos de los [humanos,
pues sin lugar a dudas entre los hombres no hay sensatez [alguna
y lo que a uno le parece extraordinario para los demás es [tema de risa.]

[1] Epigrama que no consta en la *Antología Palatina* y que aparece citado por Focio, *Biblioteca* 128, con el título de *tò têi bíblou epígramma*, es decir «el epigrama de su propio libro», cual si de una presentación se tratara.

2 (*A. P.* VI 17.—J. 49)

¿DE LUCIANO?[2]

—Ofrenda a Afrodita de parte de tres prostitutas—
A ti, Cipris, dichosa, estos juguetes dedicaron tres heteras;
cada una en función de su trabajo.
Esto Eufro, por lo que le reportan sus nalgas;
Eso Clío, por lo que obtiene según las reglas de la natura-
[leza
y eso Átide, por lo que debe a su paladar.
Así que a cambio, envíales, señora,
a la una los encantos de los maricas,
a la otra los de las mujeres,
y a la tercera lo de ninguna de las otras dos.

3 (*A. P.* VI 20.—J. 33)

[DE JULIANO[3]

A Grecia, debeladora del baluarte medo,
Lais la cautivó con su belleza;
sólo pudo ser vencida por la vejez
y te ofrendó, Afrodita, a su amigo que fue de juventud, a
[su implacable acusador;
ahora aborrece ver la forma irreversible de la vejez canosa
y odia hasta la sombría imagen que se refleja en él.]

[2] Sin duda el más subido de tono de todos los epigramas que aquí se presentan, con alusión al sexo anal y oral. Con todo ofrece sus problemas la traducción de *ouraníon* como velo del paladar. Véase en cualquier caso *A. P.* V 49 y VI 13.

[3] Difícil de captar el sentido de este epigrama si no se acierta con la palabra clave que aquí aparece velada; se ofrece a Afrodita un espejo amigo, *acusador* que refleja implacable el paso del tiempo. La «vejez canosa» nos lleva al incomparable poema de ANACREONTE, 44D: «canosas mis sienes y blanca la cabeza...». La belleza de Lais debía de ser excepcional, según atestigua otro epigrama que se lamenta por su juventud perdida (*A. P.* VI 18).

4 (*A. P.* VI 164.—J. 34)

[DE LUCILIO[4]

—Ofrenda de Lucilio—
A Glauco y a Nereo y a Ino y a Melicertes
y al cronida de los abismos y a los dioses samotracios;
salvado de las aguas del mar, Lucilio,
yo, me he cortado de la cabeza el pelo,
que no tengo otra cosa.]

5 (*A. P.* VII 308.—J. 28)

DE LUCIANO[5]

A mí, Calímaco, un chico de cinco años, que vivía sin [problemas,
me arrebató el tenebroso Hades.
Mas no llores por mí; pues viví, sí, poco tiempo
y poco participé de las desgracias de la vida.

6 (*A. P.* VII 339)

[—DESCONOCIDO—[6]

Sin culpa alguna nací de quienes me engendraron
y luego de haber crecido desdichado, voy al Hades.

[4] Se trata tal vez de una parodia de dedicaciones o consagraciones de quienes habrían logrado sobrevivir a un naufragio. Cf. MACROBIO, *Sátiras* V 17; AULO GELIO, XIII 27, 1; VIRGILIO, *Geórgicas* 1437; y el propio LUCIANO, *Diálogos marinos* 5.

[5] Un par de dísticos que por su sencillez y encanto constituyen uno de los más bellos epigramas; guarda relación con el núm. 453 de Calímaco, el polifacético escritor de época helenística.

[6] «El hombre es el sueño de una sombra»; esta línea de pensamiento esbozada con tanta belleza por PÍNDARO, *Píticas* VIII, y SIMÓNIDES, 6D llega hasta el autor de estos dísticos; en la última parte los ecos nos llevan

¡Oh unión mortífera de los padres; ay de mi destino
que me acercará hasta la muerte aborrecible!
Nada fui mientras viví, y como antes, tampoco ahora seré
[nada,
pues nada de nada es el linaje de los mortales.
¡Arriba la última copa, compañero,
échame a Bromio, olvido de las penas!]

7 (*A. P.* IX 74.—J. 13)

—ANONIMO—[7]

Campo fui antaño de Aqueménides, y ahora de Menipo,
y luego iré pasando de uno a otro,
pues entonces creía poseerme aquél y luego el otro
pero por completo no soy de nadie, tan sólo de Fortuna.]

8 (*A. P.* IX 120.—J. 8)

—DE LUCIANO—[8]

Un hombre tonto es un tonel agujereado
en el que desperdicias todas las gracias que en vano viertes.

más bien a ALCEO, 96D, y ANACREONTE, 43D; el vino que hace olvidar las penas y que es citado también por un poeta tan proclive al pesimismo como TEOGNIS, 879-884. Bromio es obviamente una advocación de Dioniso, el dios del alarido, que brama como un toro o ruge como un león o alerta con sus gritos, cf. EURÍPIDES, *Bacantes* (B. C. G., núm. 22, 1979, pág. 348, n. 5).

[7] El campo que va cambiando de dueño; sus propietarios pasan; él permanece; así es la vida de los hombres.

[8] Brevísimo epigrama, un simple dístico en una línea de pensamiento muy traída al caso por el propio LUCIANO, *Timón* 18, *Hermótimo* 61, y sobre todo *Diálogos de los muertos* 21, 4; también es interesante ver reflejada la idea de TEOFRASTO, *Caracteres* 20, 9, idea ya esbozada por JENOFONTE, *Económico* VII 40: no se hizo la miel para la boca del asno.

9 (*A. P.* IX 367.—J. 2)

—DE LUCIANO—[9]

Terón, el hijo de Menipo, siendo joven
dilapidaba la fortuna de su padre sin mesura,
pero Euctemón, amigo de su padre,
al pensar que estaba consumido por la dura pobreza,
llorando por él lo rescató y lo convirtió
en marido de su hija colmándolo de dones.
Mas en cuanto a Terón le llegó a las entrañas la riqueza
al punto se metió en los mismos gastos
dándose a disfrutar a placeres del vientre sin mesura
con la ansiedad de sus pasiones viles.
Así cubrió a Terón la segunda ola devastadora
de la funesta pobreza.
Euctemón lloraba por segunda vez, mas ya no por aquél,
sino por la dote de su hija y por su matrimonio.
Ahora ya sabe que un hombre que hace mal uso
de sus propias cosas, no es de fiar en las ajenas.

10 (*A. P.* X 26.—J. 3)

DE LUCIANO[10]

Como vas a morir, disfruta de tus bienes;
como vas a vivir, administra tus bienes;
que hombre sabio es quien pensando ambas cosas
ahorra y pone tasa al gasto.

---

[9] Una de tantas historias del nuevo rico irresponsable que dilapida sus bienes sin pensar en el mañana. Respecto de la dureza de vida inherente a la pobreza conviene recordar a TEOGNIS, 173-182, quien se expresa en esos dísticos, en el siglo VI a. C., de forma cruda y rotunda.

[10] Toda una llamada a la sensatez que implica armonizar el disfrutar de la vida con el administrar los bienes, en una línea distinta de la apuntada en el epigrama anterior; cf. al respecto ISÓCRATES, I 9.

11 (*A. P.* X 27.—J. 9)

—DEL MISMO—[11]

Al hacer algo absurdo pasarías tal vez inadvertido a los [hombres,
mas no al dios, ni aunque te lo propongas.

12 (*A. P.* X 28.—J. 5)

—DEL MISMO—[12]

A quienes les va bien, la vida entera les resulta corta,
mas a quienes mal, una sola noche le resulta una eternidad.

13 (*A. P.* X 29.—J. 6)

—DEL MISMO—[13]

No es el Amor quien transgrede las leyes del linaje humano,
sino que es un pretexto para las almas libertinas de los [hombres.

[11] Un simple dístico para recordar que es imposible escapar al control de los dioses; ¿puede alguien pensar de verdad que es Luciano el autor de este epigrama?

[12] Hermoso dístico para una hermosa idea que trae a la memoria frases lapidarias de algunos corifeos de tragedia, portavoces acreditados de sus autores.

[13] El amor como escudo para explicar actitudes de otro modo inexplicables.

14 *(A. P.* X 30.—J. 7)

—DE LUCIANO—[14]

Los favores rápidos son los más dulces,
pues todas gracias que se retrasan
son vanas y no deberían llamárseles gracias.

15 *(A. P.* X 31.—J. 4)

—DE LUCIANO—[15]

Mortales son las cosas de los mortales, y todas van a nues-
[tra vera
y si no, ya vamos nosotros a la vera de ellas.

16 *(A. P.* X 35.—J. 14)

—DE LUCIANO—[16]

Si te van bien las cosas, eres amigo de mortales y de dioses
[dichosos,
y fácilmente escucharán tus súplicas;
si tienes un tropiezo, ya no tienes amigos,
sino que de golpe todo se te torna adverso,
sujeto a los vaivenes del Destino.

[14] Absolutamente intranscendente y chocante con el pensar de Luciano este dístico por otra parte melodioso al oído con acumulación de fonemas líquidos y nasales.

[15] Este dístico, en cambio, sí parece ajustarse más al pensar y al estilo de Luciano.

[16] Un pensamiento de tipo escéptico que vincula la suerte de los hombres con la de los propios dioses; si a uno le van saliendo bien las cosas, sus influencias llegan al mismísimo Olimpo; un tropiezo puede dar con todo al traste, y el pobre mortal cae entonces en desgracia.

17 (*A. P.* X 36.—J. 10)

—DEL MISMO—[17]

Nada encontró Naturaleza entre los hombres más nocivo
que un hombre que simula una amistad sincera;
pues no tomamos precauciones ante él como ante un ene-
[migo,
sino que al quererle como amigo, nos hacemos entonces
[más daño todavía.

18 (*A. P.* X 37.—J. 16)

—DEL MISMO—[18]

La decisión pausada es la mejor con mucho;
la rápida, que es fruto de la precipitación, obliga a rectifi-
[car.

19 (*A. P.* X 41.—J. 12)

—DE LUCIANO—[19]

Riqueza, la del alma; es la única verdadera;
la de otro tipo más penas que ventajas comporta;
a quien mucho tiene y es rico, es justo celebrar

[17] El epigrama previene sobre el falso amigo; véase respecto de las amistades peligrosas TEOGNIS, 305-308, ya en el siglo VI a. C.

[18] Otra sentencia que apela a la serenidad y a la sensatez en la línea del propio TEOGNIS, 329, y de numerosos personajes —corifeos y adultos cercanos al umbral de la tercera edad— que han salpicado con esta línea de pensamiento la tragedia griega.

[19] Este epigrama, más largo que todos los anteriores, sí encierra un pensamiento inherente a Luciano; afanarse en amontonar bienes no sirve para nada; la verdadera riqueza es la de los bienes del espíritu.

si es capaz de sacar provecho a sus bienes.
Pero si alguien se deshace haciendo cálculos
afanándose en apilar riquezas unas sobre otras,
el tal se afligirá cual abeja en paneles perforados,
pues serán otros quienes la miel se lleven.

20 *(A. P.* X 42.—J. 11)

—DEL MISMO—[20]

De inefables palabras sea la lengua sello;
vale más ser guardián de palabras que de riquezas.

21 *(A. P.* X 43.—J. 17)

[—DESCONOCIDO—[21]

Seis horas son más que suficientes para los trabajos
y las cuatro que siguen, al hombre dicen con sus letras:
[VIVE.]

[20] Precioso dístico, en una línea que, hemos de pensar, arranca del propio HOMERO, *Odisea* XIV 466: hay cosas que no se pueden ni se deben decir; es preferible guardar palabras que guardar riquezas.

[21] Este epigrama necesita una aclaración, pues se trata de un juego de palabras de autor desconocido; la idea que quiere transmitir parece clara: la vida es un cúmulo de tribulaciones, esfuerzos y pesares para los hombres. Habla el epigrama de seis horas, que pueden entenderse como las primeras horas del día, las horas de trabajo; en efecto, las letras del imperativo ZHΘI, «vive», corresponden a los números 6, 7, 8 y 9. De manera que si las primeras letras y primeras horas son para trabajar penando y las otras cuatro son para vivir, convendremos en que la vida es una sucesión de trabajosos pesares.

22 *(A. P.* X 58)

[—DE PALADAS—[22]

Desnudo vine a la tierra; bajo tierra iré desnudo;
¿para qué sufrir en vano, si veo un final desnudo?]

23 *(A. P.* X 107.—Eur. Fr. 1025. I Nauck)

[—DE EURÍPIDES O MENANDRO—[23]

Al margen de un dios ningún mortal prospera.]

24 *(A. P.* X 122.—J. 15)

[—DE LUCILIO—[24]

Mucho es el poder de la divinidad, por raro que parezca:
a los pequeños ensalza y a los grandes rebaja
y pondrá fin a tu jactancia y a tus humos
aunque un río te ofrezca manantiales de oro;
que el viento a veces sabe derribar no un junco ni malva
sino los robles y los plátanos más altos.]

[22] Breve expresión de la sentencia cristiana «recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás».

[23] Sorprende encontrar aquí este verso que la tradición manuscrita atribuye a Eurípides, Luciano y Menandro, y que cuadraría más al primero o a cualquier otro de los trágicos. Algunos códices incorporan tres versos más.

[24] Inútil estrellarse contra la divinidad que abate al poderoso y ensalza al inferior. En igual sentido se expresan EURÍPIDES, *Alcestis;* el propio LUCIANO, *El banquete* 48; HESÍODO, *Trabajos y Días* 5-6, y HORACIO, *Carmina* II 10, 9-10.

25 (*A. P.* XI 10.—J. 27)

[—DE LUCILIO—[25]

Conocéis la ley del banquete; hoy a vosotros,
Aulo, os invito con nuevas normas al simposio;
no habrá ningún poeta que hable aquí sentado
ni tú presentarás ni traerás problemas literarios.]

26 (*A. P.* XI 17)

[—DE NICARCO—[26]

Estéfano era a un tiempo mendigo y jardinero; ahora hace [progresos;
es rico y ha pasado de golpe a ser «Filestéfano»,
añadiendo cuatro hermosas letras al primitivo Estéfano.
Al cabo del tiempo será «Hipocratipíades»
o incluso por su molicie «Dionisiopeganodoro»,
pero para las gentes del mercado sigue siendo Estéfano.]

[25] Curioso epigrama en el que un anfitrión ruega a sus amigos que acudan al banquete que les ofrece sin ánimo de entrar en disquisiciones literarias de altura.

[26] Caricatura del nuevo rico, que, sin embargo, no conseguirá engañar a quienes le conocen desde sus comienzos. Véanse botones de muestra en Demóstenes, *Corona* 130; el propio Luciano, *Timón* 22, y, en latín, Marcial, VI 17. A efectos de una correcta comprensión conviene detenerse en la formación de los nombres propios que tienen un gran sentido cómico. De Estéfano pasa a Filostéfano; de ahí a Hipocratipíades con dos raíces propias de la aristocracia: *híppos,* «caballo» y *krátos,* «poder», «fuerza». Y con respecto a Dionisopeganodoro no deja de ser curioso, pues Dioniso es nombre de abolengo, pero *pḗganon* es el nombre de una verdura; sería algo así como «Dionisoborraja», al estilo del Fidípides aristofánico, que era *Fid-pheídomai,* «ahorrar» por parte de padre cazurro, y era *híppidēs* por parte de madre, nueva rica con manías de grandeza.

27 (*A. P.* XI 68)

[—¿DE LUCILIO?—[27]

Algunos dicen, Nicila, que te tiñes los cabellos
que compraste todos negros en el mercado.]

28 (*A. P.* XI 80.—J. 20)

—¿DE LUCILIO?—[28]

Al pugilista Apis, porque jamás lesionó a nadie
sus compañeros le dedicaron este monumento.

29 (*A. P.* XI 81.—J. 21)

[—¿DE LUCILIO?—[29]

En cuantas competiciones de pugilato organizaron los grie-
[gos
en todas competí yo, Androleo;
me dejé un oído en Pisa y un ojo en Platea.
En Delfos me sacaron sin aliento.
Damóteles mi padre por boca del heraldo

[27] Intrascendente dístico que recuerda a MARCIAL, VI 12, y que obviamente no debe ser de Luciano.

[28] Inicia este epigrama una pequeña serie destinada a sacar punta a algunos de los personajes populares de la Antigüedad: los atletas o mejor los deportistas. «Éste no *lesionó* a nadie»: hay una carga de ironía y no porque fuera un noble deportista sino porque es débil, poco combativo o incluso tan cobarde que no acepta pelea.

[29] Este luchador, en cambio, es todo un paradigma de arrojo y combatividad.

hizo saber a sus conciudadanos
que me sacaba de las pistas o muerto o mutilado.]

30 *(A. P.* XI 105)

[—DE LUCILIO—[30]

Andaba yo buscando al gran Eumecio; pero él dormitaba
con las manos extendidas bajo una salsera pequeñita.]

31 *(A. P.* XI 129.—J. 25)

[—¿DE CER(E)ALIO—[31]

Un poeta al llegar a Istmia para competir
y encontrar poetas dijo estar «paristmíaco»;
vuelve a intentarlo en Delfos; claro que si de nuevo los [encuentra
ya no puede decir; «ahora también estoy "paradélfico"».]

[30] Un juego de palabras intercalado entre los epigramas de los deportistas: Eumecio, literalmente «bien largo», con los brazos estirados ¡debajo de una salsera!

[31] Aquí es un competidor no de pugilato, sino en un certamen literario de los que tenían lugar al arrimo de las competiciones panhelénicas; nuevamente hay un juego de palabras con los Juegos Ístmicos que tenían lugar en Istmia, muy cerca de Corinto —se conserva bien aún la línea de salida del estadio—. *Parístmia* son las paperas, *parapýthia* no es nada, pero sirve para hacer el chiste con el equívoco anterior.

32 (*A. P.* XI 212.—J. 53)

[—DE LUCILIO—[32]

Ordené, Diodoro, que pintaras a mi hijo hermoso
pero tú me presentas al hijito de otro
poniéndole cara achatada de perro; así que lloro
cómo me ha nacido un Zopirión de Hécuba.
Y además, por seis dracmas, yo Erasístrato, el carnicero,
desde las fiestas de Isis tengo por hijo a un Anubis.]

33 (*A. P.* XI 239.—J. 24)

[—¿DE LUCILIO?—[33]

Ni la Quimera según la cuenta Homero despedía un aliento
[tan pestilente
ni la manada de toros, como dice el relato, que resoplaban
[fuego,
ni toda Lemnos ni los excrementos de las Arpías
ni el pie gangrenado de Filoctetes.
Así que por unanimidad, Telesila, superas a Quimeras,
grangrenas, toros, aves y mujeres lemnias.]

[32] Un pintor de la época puesto en solfa por un sufrido cliente, a cuyo hijo le ha pintado cara de perro; y hay dos exageraciones al compararlo con Zopirión, recordando que Hécuba fue convertida en perra al final de su vida, y con Anubis, el dios egipcio con aspecto de chacal.

[33] Increíble epigrama tal vez no para dar a entender el mal olor de la poetisa Telesila del siglo V a. C., sino la mala calidad de sus versos. El episodio de Homero al que se alude está recogido en *Ilíada* VI 182; sobre las mujeres de Lemnos y el pie de Filoctetes ya se han dado explicaciones en el presente volumen. Las Harpías, por su parte, son genios alados, raptoras de almas, que en el caso particular del rey Fineo fueron especialmente crueles, pues, según la leyenda, todo cuanto tenía el rey ante sus ojos se lo arrebataban, en especial los alimentos; lo que no podían llevarse lo ensuciaban con sus excrementos.

34 *(A. P.* XI 240)

[—¿DE LUCILIO?—[34]

No sólo huele que apesta Demostrátide sino que de resultas
[del olor que despide
hace a quienes la huelen oler igual, a cabrón.]

35 *(A. P.* XI 274.—J. 26)

—DE LUCIANO—[35]

Dime, que te lo pregunto, Hermes, ¿cómo descendió
el alma de Loliano a la mansión de Perséfone?
Milagro si en silencio; algo se le ocurrió y quería
enseñártelo. ¡Ay del que se tope con él incluso muerto!

36 *(A. P.* XI 278)

[—DE LUCILIO—[36]

Enseñas fuera los males de Paris y Menelao
cuando tienes dentro muchos Paris de tu Helena.]

[34] Lo mismo que nos cuenta aquí Lucilio referido a Demostrátide, lo dice CATULO, 99, de un tal Rufo.

[35] Loliano no para de hablar ni incluso después de muerto; cf. FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* I 23, 1, 2.

[36] Advertencia del autor a alguien a quien burla y engaña su mujer.

37 (*A. P.* XI 294)

[—¿DE LUCILIO?—[37]

Riqueza de rico tienes, pero alma de pobre.
¡Ay, rico para tus herederos, y para ti pobre!]

38 (*A. P.* XI 295)

[—¿DE LUCILIO?—[38]

Si tienes a algún Dioniso en tu casa,
quítale la yedra y corónalo con hojas de lechuga.]

39 (*A. P.* XI 396.—J. 48)

—DE LUCIANO—[39]

Muchas veces me mandaste vino y muchas veces te lo [agradecí
al deleitarme con ese néctar de tan agradable paladar;
pero ahora si de verdad me quieres, no me lo mandes;
que ya no me hace falta un vino así, pues no tengo lechu- [gas.

[37] Otra reflexión sobre la tacañería y la pobreza de espíritu.

[38] Quitarle a Dioniso la yedra y cambiarla por lechuga sólo puede querer decir cambiar el vino por el vinagre con el que se adereza la ensalada; se trata, pues, de una protesta o censura contra alguien que ha servido un vino en mal estado en el banquete.

[39] *Se insiste en la misma idea y con el mismo símil.*

40 (*A. P.* XI 397.—J. 48)

—DEL MISMO—[40]

Contando sus dineros a millares Artemidoro
sin gastar nada vive la vida de una de esas mulas
que muchas veces llevan sobre sus lomos carga preciada de
[oro
y no comen más que berza.

41 (*A. P.* XI 400.—J. 22)

—DE LUCIANO—[41]

Sé propicia, Gramática, fuente de vida, sé propicia
tú que hallaste como remedio a nuestra hambre el «canta,
[diosa, la cólera».
Convendría construirte un nuevo templo todo hermoso,
y altar de sacrificios no carente;
pues de ti están llenos los caminos, y llenos mar
y puertos, Gramática de todos receptora.

---

[40] Nuevo alegato contra la tacañería y la pobreza de espíritu; nadando en la abundancia lleva el protagonista la vida de una mula que come berzas como el protagonista de *El asno* de Luciano.

[41] Himno en tono irónico y paródico a la gramática, *grammatikḗ*, cuya traducción resulta de excesivo impacto, pues se refiere a las letras, a la literatura más que a la gramática en sí. Los versos finales parecen una parodia de la invocación a Zeus en el comienzo de ARATO, *Fenómenos* 2-4, previamente parodiada por el propio LUCIANO, *Prometeo* 14, e *Icaromenipo* 24.

42 (*A. P.* XI 401.—J. 52)

—DEL MISMO— [42]

Un médico me envió a su querido hijo
para que conmigo aprendiera la literatura.
Y como sabía el «canta la cólera» y el «causó miles de [males»
y el tercer verso que acompaña a estos
«precipitó al Hades muchas almas aguerridas»
ya no me lo manda a casa para que le enseñe.
Y al verme el padre, dice: «Gracias te doy, amigo,
pero el niño puede aprender eso conmigo.
Que yo también al Hades muchas almas precipito
y para eso maldita falta que me hace un literato».

43 (*A. P.* XI 402.—J. 50)

—DEL MISMO— [43]

Ninguno de los dioses, Erasístrato, haga para mí
la molicie tuya en la que muellemente vives,
comiendo exóticamente cosas que te perjudican el estó- [mago,
peores que el hambre,
que ojalá comieran los hijos de mis adversarios.
Antes preferiría pasar hambre de la que pasé
que tener que atiborrarme con las verduras de tu molicie.

---

[42] Alusión aparente a la ineficacia de los malos profesores de gramática y literatura que de hecho encubre la ignorancia o mejor la incultura y la poca paciencia que tiene el padre de familia a quien se alude en el epigrama.

[43] El autor prefiere la vida austera al lujo desenfrenado.

44 (*A. P.* XI 403.—J. 47)

—DEL MISMO—[44]

Diosa que odias la pobreza, la única domadora de la [riqueza,
que conoces por doquier el buen vivir;
si te alegras asentada en pies ajenos,
sabes llevar el bastón y cuidarte de los ungüentos
te deleita la corona y la bebida de Baco Ausonio,
eso no se halla en parte alguna entre los pobres;
por eso ahora rehúyes el umbral desprovisto de bronce de [la pobreza
y te complaces yendo a los pies de la riqueza.

45 (*A. P.* XI 404.—J. 39)

—DEL MISMO—[45]

Nunca embarca en la barca Diofanto el herniado
dispuesto a ir al otro lado.
Pero poniendo sus cargas todas encima de la hernia
e incluso el burro, navega a vela desplegada.
Así que vana fama en las aguas tienen los Tritones
si hasta un herniado puede hacer lo mismo.

---

[44] Alusión a la gota, que parece ser una obsesión de Luciano; se utiliza una vez más para criticar a quienes abusan de los placeres del vientre y viven una vida muelle y regalada; no hay pobres gotosos.

[45] Pintoresca parodia de quienes ofrendaban hernias votivas; la enfermedad parece haber sido la clave de la salvación de un náufrago. Véanse temas similares en *A. P.* 132, 342, 393.

46 (*A. P.* XI 405.—J. 40)

—DEL MISMO—[46]

Nicón, de nariz aguileña, olfatea mejor el vino
pero no puede decir con rapidez cómo está.
En tres horas de verano a duras penas se percataría
ni aunque tuviera una nariz de doscientos codos.
¡Ay gran narizotas; cuando cruce un río
pescará con ella pececitos muchas veces!

47 (*A. P.* XI 408.—J. 38)

—DE LUCIANO—[47]

Tiñes tu cabeza, mas tu vejez ya nunca teñirás
ni estirarás las arrugas de las mejillas,
así que no te maquilles la cara toda con pinturas.
No hay nada que hacer. ¿A qué darle vueltas? Nunca jamás
los coloretes ni los polvos harán de Hécuba una Helena.

---

[46] Un epigrama en apariencia un tanto absurdo criticando también un defecto físico; en este caso, una nariz superlativa que tal vez inspirara a nuestro Quevedo. Si se examina a fondo se verá que se subraya la importancia de la calidad frente a la cantidad.

[47] De nuevo la vejez implacable e ineludible y el pesimismo que se produce ante ella en la línea de los antiguos poetas líricos. Véase como botones de muestra MIMNERMO, 1D, 2D, 3D, 4D, 5D, 6D; ANACREONTE, 44D, y TEOGNIS, 567-570.

48 (*A. P.* XI 410.—*J.* 46)

—DE LUCIANO—[48]

En el banquete vimos la gran sabiduría
de Cínico el barbudo, el que va apoyado en el bastón.
Primero se abstuvo de altramuces y de rábanos
diciendo que la virtud no debe ser esclava del vientre.
Mas cuando ante sus ojos vio una teta de lechona blanca
[como nieve
con salsa amarga que borró de su mente tan sabios pensa-
[mientos
contra lo esperado la pidió y se la tragó de golpe
y dijo que la teta en cuestión no transgredía la virtud.

49 (*A. P.* XI 420.—J. 51)

—¿DE LUCIANO?—[49]

Los cabellos, si callas, son sensateces; pero si charlas
verás que como los de juventud no son sensateces sino
[cabellos.

48 Un circunspecto filósofo que ante una buena tajada de lechón asado decide dejar su dieta de altramuces y rábanos; un varapalo más para los filósofos de la época a quienes con tanta acritud fustiga Luciano a lo largo de toda su obra.

49 Las canas tienen, no obstante, también sus ventajas, en la línea de otra corriente divergente de pensamiento ya expresada por SOLÓN, 22D: «envejezco sin dejar de aprender un montón de cosas».

50 *(A. P.* XI 427.—J. 23)

—DE LUCIANO—[50]

Un exorcista al que le olía la boca alejó a un demonio
charlando mucho, pero con la fuerza no de los conjuros
[sino de los efluvios.

51 *(A. P.* XI 428.—J. 19)

<—DEL MISMO—>[51]

¿Para qué lavas en balde un cuerpo de indio? Reflexiona:
no puedes iluminar una noche oscura.

52 *(A. P.* XI 429.—J. 35)

—DEL MISMO—[52]

Entre tantos borrachos quería estar sobrio Acindino;
por eso fue él realmente el único que parecía estar borra-
[cho.

---

[50] Una pulla a un exorcista que aleja los malos espíritus con los efluvios de su boca maloliente.

[51] Es absurdo empeñarse en misiones imposibles y en nadar contra corriente.

[52] El propio Teognis, tan serio y circunspecto, nos sorprende con una reflexión similar (v. 627): no se debe ir a contrapelo de los demás ni aún para mantenerse sobrio rodeado de borrachos.

53 (*A. P.* XI 430.—J. 45)

—DEL MISMO—[53]

Si por dejar crecer la barba crees dominar la filosofía
al punto un cabrón bien barbudo será todo un Platón.

54 (*A. P.* XI 431.—J. 18)

—DEL MISMO—[54]

Si eres rápido en comer y luego racaneas al correr
come con los pies y corre con la boca.

55 (*A. P.* XI 432.—J. 36)

—DEL MISMO—[55]

Un necio apagó la antorcha, picado por muchas pulgas
diciendo: ¿A que así ya no me veis?

56 (*A. P.* XI 433.—J. 41)

—DEL MISMO—[56]

Pintor, robas sólo las formas, pero no puedes
arrebatar la voz, subyugado como estás por el color.

[53] Nueva alusión crítica a las pintas externas de los filósofos de la época.

[54] Intrascendente juego de palabras cuya autoría me resisto a atribuir a Luciano.

[55] Otro dístico intrascendente que no hace sino invitar a la sonrisa.

[56] El pintor es un artista que está bien considerado pero tiene sus limitaciones. Nótese que se considera al pintor «un ladrón de la realidad».

57 (*A. P.* XI 434.—J. 37)

—DEL MISMO—[57]

Si ves una cabeza rapada, y pecho y hombros,
no preguntes; estás viendo a un calvo tonto.

58 (*A. P.* XI 435.—J. 42)

—DEL MISMO—[58]

Me tengo que asombrar de que Bito es un sofista
si no tiene ni sentido común ni dos dedos de frente.

59 (*A. P.* XI 436.—J. 43)

—DEL MISMO—[59]

Es más fácil encontrar cuervos blancos o tortugas con alas
que un orador capadocio que valga la pena.

60 (*Ant. Gr.* XVI 154.—J. 29)

—DE LUCIANO O DE ARQUIAS—[60]

Ya ves, amigo, a la pétrea Eco, compañera de Pan,
que devuelve con su canto la voz que le lanzan,

---

[57] Otra forma de criticar a los filósofos cínicos que tenían esas manías como rasgos distintivos de su indumentaria.

[58] Nueva pulla a los filósofos.

[59] Si hemos de hacer caso a FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* II 1b, los oradores capadocios dejaban bastante que desear en su empleo del lenguaje: confundían largas y breves y cometían varios errores con las consonantes.

[60] Se toma tal vez la leyenda de la ninfa Eco para instar al destinatario del epigrama a ser consciente de lo que dice y a reflexionar al respecto.

parlanchina imitadora de todas las voces, juguete grato a los pastores; lo que dices, eso escucha y luego vete.

61 *(Ant. Gr.* XVI 163.—J. 30)

—DE LUCIANO—[61]

Nadie vio a la Afrodita de Pafos desnuda. Y si alguien la [vio,
ése es el que erigió la estatua a Afrodita de Pafos desnuda.

62 *(Ant. Gr.* XVI 164.—J. 31)

—DEL MISMO—[62]

Por tu hermosa figura, Cipris, te dediqué una estatua,
pues no tenía nada mejor que tu hermosura.

63 *(Ant. Gr.* XVI 238.—J. 32)

—DE LUCIANO—[63]

Guardián de sarmientos secos a mí, Príapo,

---

61 Nueva reflexión sobre el artista y su obra. ¿Quién puede saber realmente cómo era Afrodita desnuda?

62 No parece que tenga que ver ni tan siquiera con la Afrodita de Cnido el presente dístico, que parece la dedicatoria de un escultor.

63 Curioso epigrama que se explica si traemos a colación las estatuas del jardín de Príapo, hijo de Dioniso y Afrodita, deforme en su concepción por obra de Hera, dotado de un falo anormalmente largo. Afrodita lo abandonó en los montes; pasó pues por ser una divinidad de carácter rústico y tosco. Guardaba las viñas y jardines, y su miembro viril era su auténtica espada.

según la costumbre, Eustóquides me ha lanzado al vacío;
He sido así arrojado a un abismo profundo;
el que llegue hasta aquí, no podrá robar nada...
como no sea a mí, el vigilante.



84

TIMARIÓN O SOBRE LOS PROPIOS SUFRIMIENTOS

Se cierra este volumen con una extraña narración, obra de algún imitador de época bizantina todavía, cuya aparición dentro de la producción lucianesca es de todo punto inexplicable. El que el *Códice Vaticano griego* 87 lo recoja —único— entre las obras de Luciano —por el puro y simple hecho de estar compuesto *Luciani more modoque* no justifica, creemos, su inclusión entre las obras del Sirio.

Convengamos, sin embargo, en que se trata de un buen imitador, que ha sabido captar la tendencia de Luciano a la caricatura y su agudeza a la hora de la crítica. Entre otras cosas, lo que se caricaturiza aquí son los milagros de San Demetrio; a partir de una descripción minuciosa y colorista de la romería del santo en Tesalónica, que nos trae a la memoria cortejos como los descritos en *El asno* o en *Alejandro o El falso profeta,* se nos introduce en el Hades tan querido a Luciano para hacer una pormenorizada crítica de personajes famosos; en esta ocasión son los médicos el blanco de ataque del autor del opúsculo. Pienso que su intención ha sido ridiculizar los milagros del santo en la línea lucianesca de no admitir en la religión ningún elemento que no se atenga estrictamente a los dictados de la más cruda realidad; sin lugar a dudas, el imitador ha conocido la colección que con el nombre de *Milagros de San Demetrio* se compiló en Tesalónica en la segunda mitad del siglo VII d. C. En ellos, además de ofrecerse abundante y detallada información sobre aspectos políticos y militares de la época, se pinta un cuadro interesante y vivo del mundillo intelec-

tual e ideológico de la Macedonia y la Tesalónica de finales del siglo VI; en concreto, se nos informa allí de la existencia de médicos a lo largo y ancho de toda la región y de brotes de epidemia de peste, que los galenos se esfuerzan por explicar desde una óptica científica que choca con quienes, desde un prisma más teológico o religioso, creen ver en las epidemias un castigo de la divinidad a los comportamientos poco cristianos de los habitantes de Tesalónica. No faltan tampoco pensadores de cuño escéptico que desconfían de unos y otros. Con esa partitura ante sus ojos el imitador de Luciano ha escrito una historia pintoresca: Timarión, un ciudadano de a pie, acude a la romería de San Demetrio, contrae una enfermedad y muere... ¡prematuramente!... y ¡parcialmente!, pues volverá a la vida luego de pasearse por todos los recovecos de los mundos subterráneos, llegando incluso a sentar en el banquillo de los acusados a los genios de la muerte —que obedientes ciegos de las tesis médicas— se lo han llevado de este mundo antes de tiempo. Se da a ver así que los médicos no son infalibles, que se equivocan en sus apreciaciones; se pinta una imagen de Hipócrates en el Hades un tanto desmitificada, en una línea que muy posiblemente hubiera trazado Luciano, caso de haber estado en el lugar de su tardío imitador, cuya fecha tampoco es posible precisar con exactitud. No obstante, evidencias internas del propio escrito parecen no ofrecer dudas con respecto a un término *post quem;* se alude a la familia de los Ducas, dinastía de cuño aristocrático que se jactaba de ser descendiente de un duque de Constantinopla familiar de Constantino el Grande. Si bien apareció en la historia a mediados del siglo IX, sólo dos de sus miembros, Constantino X y su hijo Miguel VIII, llegaron al trono. Parece, pues, evidente que el autor de esta fantasiosa parodia difícilmente podría haberlo escrito antes del 1059 en que ascendió al trono Constantino, siendo lo más probable que se haya compuesto... a comienzos del siglo XIII. En cualquier caso, resulta prácticamente de consulta obligada el trabajo de R. Romano, *Pseudo-Luciano, Timarione. Texto critico, introduzione, traduzione commentario e lessico,* Univ. de Nápoles, 1974.

1 CIDIÓN. — Aquí está el apuesto Timarión.

Llegaste, Telémaco dulce luz[1]

Pero... ¿qué es lo que te ha impedido subir hasta tan tarde, y eso que prometiste volver aquí arriba cuanto antes?

Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo [sepamos[2]

que vas a hablarle a un amigo de antes y de ahora.

TIMARIÓN. — Amigo Cidión, ya que me has traído a la memoria los poemas de Homero ansioso por conocer mis experiencias, parece lógico que tome yo prestados los versos de los trágicos para elaborar mi relato a fin de que siendo un tanto especiales mis experiencias resulte también especial mi relato.

CIDIÓN. — Habla, pues, Timarión, fenómeno, y no desperdicies la ocasión; que estamos ansiosos de noticias, no nos abrases y nos compunjas más.

TIMARIÓN. — Ay, ay.

¿Por qué mueves eso y tiras para arriba del cerrojo[3]

y nos llevas desde Troya, como dice el refrán? Ahora que... me servirán como proemio los versos de Eurípides; viene al pelo aplicarlos desde el principio a situaciones semejantes:

No hay palabra ninguna tan terrible de decir,
ni sufrimiento, ni desdicha impulsada por los dioses

---

[1] Parodia de HOMERO, *Odisea* XVI 23 y XVII 41.

[2] Nueva cita de HOMERO, *Ilíada* I 363.

[3] Ahora se trata de parodiar a EURÍPIDES, *Medea* 1317, a su vez parodiada por ARISTÓFANES, *Nubes* 1397.

que no venga a abrumar a la naturaleza humana[4].
Pues en verdad la tierra no alimenta ser alguno más
[lamentable que el hombre[5].

Si te contara punto por punto lo que me ha sucedido, buen amigo, dirías que más valdría que me hubiera callado sin dar rienda suelta a mi verborrea para aplacar vuestra curiosidad.

CIDIÓN. — A partir de ahora comienza a contar el 2
relato, amigo, mientras tengas luz del sol; pues es el filo del atardecer; y además conviene que nosotros, si la necesidad nos urge, nos vayamos a casa aún de día[6].

TIMARIÓN. — Ya sabes, amigo Cidión, pues lo has aprendido de mí cada vez que encontrábamos un momento oportuno, cuán piadoso y devoto era el responsable de la expedición. Y no hay que decir al respecto nada más que lo que tú ya sabes. Una vez que estuvimos alineados salimos de la ciudad, y una especie de previsión divina que nos ayudaba nos facilitó el recorrido y dispuso bien todos los pormenores del viaje; por decirlo en una palabra, nos proveyó de recursos para el camino con desembolsos y asignaciones propios de sátrapas, pese a que nos habíamos puesto en camino, en verdad, cual filósofos modestamente[7]. Pues no dejaron de reconocer a ninguno ni los amigos del recorrido ni los huéspedes de nuestros padres; antes bien, el

[4] La serie de versos que se entrecomillan a continuación corresponden a EURÍPIDES, *Orestes 1-3*, parodiados antes por el propio LUCIANO, *Zeus trágico* 1. Véase también CICERÓN, *Tusculanas* IV 63.

[5] Nueva alusión a HOMERO, *Ilíada* XVIII 446, y *Odisea* XVIII 130.

[6] Impertinente alusión a la hora de la cena que al parecer no puede esperar, cuando aún hay luz del día. Consúltense las palabras de Ulises a Telémaco en *Odisea* XXI 429, instantes antes de comenzar a disparar sus flechas contra los pretendientes.

[7] Comienza lo que podemos dar en llamar el relato de la romería, que

uno al salir al campo se encontró con uno, y el otro al volver del campo se topó con otro; al uno se lo indicó un esclavo, o de casualidad iba por el camino, o cayendo por allí de improviso, o trabajando la tierra con el arado al borde del camino. En una palabra, no había nadie que al vernos no nos agasajara. Y ¿qué decir de los banquetes de ellos?, ¡qué abundantes y agradables!, por explicarlo con una sola expresión, ¡propios de sátrapas y tiranos! A juzgar por los hechos, amigo, podrías saber cómo existe cierta providencia que se ocupa de todo lo necesario, de la que se deriva una forma de vida cómoda para quienes han elegido dedicarse a la filosofía. Y, en efecto, a nosotros que no nos preocupamos en absoluto de tomar cosas de casa para el camino o que no nos abastecimos de alimentos o bebidas, al punto desde la primera parada no dejó de hacer abundantes desembolsos. Lo de la ida, con tantas cosas, resultó muy agradable y llevadero; lo de la vuelta en cambio resultó lamentable y digno de una tragedia.

3 CIDIÓN. —¡Mira que eres rácano para explicarte, amigo!, que andas siempre remoloneando y como a trompicones cuando te pones a contar cosas, sin anunciarnos nada relevante. Pues aún sin esbozar ni siquiera el relato de la bajada y sin haber expuesto nada del periplo por la zona, te lanzas a recordar el retorno y, como perseguido por perros o por escitas, te apresuras a sumergirte rápidamente con tu relato en Bizancio, como si sólo allí estuviera tu salvación y tu liberación de los que te persiguen. Pero, amigo, ánimo, que no vas a sufrir nada terrible, siempre que nos cuentes lo que te ha sucedido tranquilamente, que no tienes nada que temer.

TIMARIÓN. —¡Vaya con tus ansias insaciables, querido

---

se abre con estos detalles aludiendo al desahogo de los peregrinos y a la excelente acogida que se les dispensa allí por donde pasan, fruto ya se ve de la «providencia divina».

Cidión!, en verdad eres insaciable para oír relatos e historias de todo tipo. Hablemos, pues, de cómo se sucedieron los acontecimientos y así podrás conocer con exactitud si una corneja revoloteaba a nuestro alrededor o si se adhería una piedra a las pezuñas de los caballos, o si se nos enganchó alguna zarza del camino; no pasaremos por alto en nuestro relato nada de eso. Descendimos, pues, hasta la famosa Tesalónica, antes de que tuviera lugar la fiesta de Demetrio, el mártir. Y nuestra moral estaba alta y nuestro cuerpo en plena forma. Puesto que para nosotros es lo mismo no hacer nada que para los judíos comer carne de cerdo, y ya que no podíamos afanarnos en discursos, y como además la ocasión así lo pedía, llegamos a orillas del río Axeo para cazar[8].

Ése es el mayor de los ríos de Macedonia, que nace en los montes de Bulgaria a partir de finas y estrechas corrientes de agua, y luego de reunirlas a medida que va bajando —Homero bien podía decir aquello de «excelente y grande»[9]— baña la antigua Macedonia, llega hasta Pela y desemboca en el litoral cercano. El paraje desde luego merece la pena. Para los campesinos es pródigo en todo tipo de semillas y fértil. Para los soldados, excelente para montar a caballo; para los generales más excelente aún para desplegar y disponer las falanges y permitir el avance de los hoplitas sin tener que dividir la falange. Así de despejado es el paraje, carente de matojos y liso hasta la exageración. Y a quien le apetezca cazar, podría decir que allí, hasta la mismísima Fedra, aunque no se enamorara de Hipólito[10],

[8] La expedición llega al río Axeo, punto emblemático de referencia obligada, cuyo curso y situación describe el protagonista del relato con detalle.

[9] Cita homérica de *Ilíada* II 653, aplicada no a un río sino a un héroe, Tlepólemo el Heraclida, que procedía de Rodas.

[10] Alusión al panorama pintado por EURÍPIDES, *Hipólito* 218-19.

gustaría de montar perfectamente a caballo y llamar a gritos a sus perros y azuzarlos a los ciervos moteados.

4 Así es el paraje que baña el Axeo. Y así también, nosotros, pasamos allí un rato estupendo con nuestros «huéspedes patrios» y compartimos con ellos las actividades de la caza antes de la fiesta. Al comenzar ésta, regresamos de nuevo a la ciudad. Y luego de acercarnos a santuarios y templos de los dioses y de rendir a cada uno el culto debido, pasamos el rato a las puertas de fuera junto a la muchedumbre que allí se apiñaba. Los festejos comienzan con seis días de antelación respecto del día de la festividad, y acaban dos días después [11].

CIDIÓN. — Nuevamente nuestro amigo Timarión es muy suyo, y tan pronto como uno se descuida regresa a sus hábitos de siempre; pues en sus relatos solía hacer mención sólo del principio y del final, dejando a un lado lo del medio, igual que ahora, como si se olvidara de mi petición y de su propia promesa, y no anda contando punto por punto lo referente a la fiesta solemne, de su magnitud y su esplendor, de su aglomeración y su riqueza, de todas las mercancías, sino que tan pronto ha mencionado su comienzo y su final da por terminado ya el relato. Pero como dice el poeta:

no has pasado inadvertido al hijo de Atreo, a Menelao [caro a Ares [12].

TIMARIÓN. — Temo, querido Cidión, que si te hiciera caso, pasaríamos la noche entera en vela desmenuzando el relato según tu criterio. Pero ¿a qué sufrir? Así de inexorables son las peticiones de los amigos y rozan la tiranía; con-

[11] Obsérvese cómo, al igual que en nuestros días, el día de la festividad del patrón va precedido y sucedido de diversas jornadas festivas.

[12] Cita homérica de *Ilíada* XVII 1.

que no sería lícito desatender la orden sea cual sea[13]. Contemos, pues, desde el principio.

Las fiestas «Demetrias» son como las Panateneas en 5
Atenas o las «Panjonias» en Mileto. También en Macedonia se produce una gran aglomeración de gente. Y a ella afluye no sólo la masa autóctona y genuina, sino gentes de todo tipo y lugar, griegos de todas partes, misios vecinos, razas variadas procedentes del Istro incluso hasta Escitia, gentes de Campania, de Italia, de Iberia, de Lusitania y celtas de los del otro lado de los Alpes, por decirlo en dos palabras: las arenas del mar mismas envían suplicantes y emisarios al mártir; tal es su fama por toda Europa[14].

Yo, como soy de Capadocia, de la parte más alejada, y aún no había tenido experiencia personal del tema sino que lo había captado de oídas, quería ser testigo ocular de todo el espectáculo por mis propios medios, no fuera que se me escapara algún detalle; visto lo cual me subí a una atalaya desde la que se divisaba la muchedumbre, y sentado allí contemplaba el espectáculo a mi aire. Lo que había allí era lo siguiente: Tenderetes de vendedores unos frente a otros alineados sin solución de continuidad en filas paralelas; dichas filas se extendían sobre una amplia superficie e iban a dar a una ancha avenida en el medio, en el espacio que

---

[13] Esta insistencia por parte de los interlocutores de quienes protagonizan diversos diálogos en el *corpus* lucianesco aparece, por ejemplo, en *Menipo* 3, y logra sus frutos, pues el protagonista cede ante los requerimientos del amigo. Aquí no se hace ninguna excepción y Timarión comienza su increíble y alucinante relato.

[14] La fama de San Demetrio está cimentada en su poder taumatúrgico. Natural de Tesalónica, a comienzos del siglo IV, se distinguió por su militancia cristiana activa frente al poder establecido, lo que le acarreó el martirio. Se contaba que gracias a la fuerza divina que podía transmitir, su compañero Néstor había logrado derribar a Lieo, un gladiador de fuerza y estatura descomunales, invicto hasta entonces en la arena de Tesalónica.

separa a ambas. Y permitían el paso a la riada de gente. Al ver lo apretado de ellas y su regular disposición podría uno decir que tenían trazadas líneas que partiendo desde puntos opuestos se alejaban. Oblicuamente a las filas, se agrupaban otros tenderetes también sin solución de continuidad pero ya no a lo largo sino que resultaban ser como unas pequeñísimas patas de reptiles. Y el espectáculo desde luego era digno de verse, pues había, sí, dos filas de hecho, pero parecía a la vista un animal o un ser vivo por lo compacto y lo simétrico de la disposición. Y se podía ver un reptil de tiendas, como si estuviera apoyado sobre unas patas que eran las tiendas adaptadas en disposición oblicua.

Para mí, que veía la doble línea de la disposición de las tiendas desde mi atalaya, el panorama podía compararse al ciempiés, que en su avance deja ver bajo el vientre unas patas pequeñísimas y apretadas [15].

6 Y si quieres ver lo que había dentro, amigo mío, tan detallista tú, lo vi al bajar después de la atalaya, un espectáculo variopinto; qué cantidad de vestidos y bordados de hombres y mujeres; y cuantos productos transportan naves cargueras desde Beocia y el Peloponeso, y cuantos desde Italia a Grecia. Pero también aportaban contingentes Egipto, Hispania y las Columnas de Hércules, que habían tejido las más bellas piezas de sus ajuares. Esos géneros los transportan sin interrupción comerciantes desde esas regiones a la antigua Macedonia y Tesalónica. El Ponto Euxino, cercano a Bizancio, que envía desde allí sus propios productos, realza la fiesta, y los productos son traídos desde allí a lomos de muchas mulas. Todo eso, bajé un poco después y lo observé. Y mientras aún estaba sentado en la atalaya

[15] Desde la atalaya, Timarión tiene la impresión de que los tenderetes de la romería constituyen una especie de gigantesco ciempiés, o cualquier otro tipo de miriápodo semejante. Pruébese a trazar un croquis con la descripción que da el autor y se comprobará.

podía ver las razas y las cantidades de animales. Y cómo un griterío ensordecedor entremezclado se me metía en los oídos; caballos relinchando, bueyes mugiendo, ovejas balando, cerdos gruñendo y perros ladrando. Seguían a sus amos como enemigos de lobos y ladrones.

Cuando hube visto todo aquello con detenimiento y me harté ya de espectáculo, me encaminé de nuevo a la ciudad con el deseo ardiente de ver otro tipo de cosas y en, especial, la asamblea sagrada[16]. Tiene lugar durante tres noches completas una reunión de muchos sacerdotes y de muchos fieles repartidos en dos coros que honran al mártir con sus himnos. A su frente está el sacerdote principal como presidente de la asamblea que dirige el culto como estima conveniente y dispone sobre los diversos rituales a seguir. Dichos rituales tienen lugar de noche y se celebran a la luz de las antorchas.

Cuando la Aurora de rosáceos dedos, hija de la mañana, se
[da a ver[17],

que diría Homero, el prefecto del lugar se coloca pegado al templo avanzando con escolta abundante y deslumbrante de escuderos, realzando su comitiva muchos jinetes y no pocos soldados de infantería.

Y una vez que el pueblo estaba en una posición elevada 7
delante de la entrada, aguardando con impaciencia la presencia de él —aún sin efecto— me reuní con algunas de las gentes del pueblo que ansiaban ver el espectáculo. Y a una distancia de aproximadamente un estadio me topé con el cortejo procesional y a raíz de verlo experimenté un gozo

[16] Acabada la descripción de lo más parecido a «las ferias» de nuestros pueblos, comienza ahora el relato pertinente a los actos puramente religiosos.

[17] Cita de HOMERO, *Ilíada* I 477, y *Odisea* II 1.

no precisamente casual. Y el resto de la gente corriente la que procedía del campo y venía del pueblo, ¿cómo podría describirla? Los elegidos, alguien podía decir un batallón de mercenarios, abrían el cortejo de forma admirable, todos en pleno apogeo de sus vidas, todos rebosantes, hombres del «Ares Enialio»[18], «mistas» y discípulos, que engalanaban sus vestimentas con adornos y ribetes de seda, con su cabellera rubia rizada. Al haberse fijado con atención en sus cabelleras se podría decir con toda exactitud aquello del poeta, «respecto de su cabeza» su naturaleza era así:

con el pelo rizado llegó, semejante a la flor del jacinto[19].

Ufanos, a lomos, los portaban caballos de Arabia con las patas delanteras levantadas, mostrando con sus brincos como si fueran a entregarse al viento y abominaran de la tierra. También ellos parecían participar del esplendor que los rodeaba, pues hay que ver cómo brillaban las bridas con oro y plata, cómo, complaciéndose en la vistosidad de su aparejo, y moviendo en derredor sus cuellos bien engalanados, avanzaban también ellos en compacto movimiento y al trote militar. Había entre ellos un pequeño intervalo y el jefe cabalgaba en airoso movimiento. Amores, Musas y Gracias corrían delante y detrás de ellos[20]. ¿Cómo podría explicarte, querido Cidión, la sensación de serenidad que se asentó en mi espíritu y la plenitud de júbilo?

CIDIÓN. — Cuéntame, pues, amigo Timarión, quién era él y de qué padres había nacido, y qué es lo que acertaste a ver a lo largo del camino y explica punto por punto todo lo

[18] Apelativo de Ares que se cita en las tablillas micénicas y que puede leerse en *Ilíada* XVIII 210-11.

[19] Una vez más alusión a Homero.

[20] Recuérdese una estampa parecida en los *Diálogos marinos* 15, 3.

demás empezando desde el principio sin interrupción, atendiendo a nuestro requerimiento.

TIMARIÓN. — Su linaje, a juzgar por lo que he oído, 8
tras hacer indagaciones de boca de quienes lo saben bien, es por parte de ambas ramas «heroico» e ilustre[21]. Su abuelo paterno estaba al cargo de los asuntos más importantes de la gran Frigia, y alardeaba de riquezas y tenía bien a gala su reputación. Respecto de él se contaban antiguas historias que transmitían su famosa ascendencia. Su padre no sólo sabía muchas y muy antiguas historias, sino que era de naturaleza brava y sobresalía entre los demás en el manejo de las armas, y se llevó como premio de su excelencia guerrera a la bella esposa, que procedía también de los linajes más distinguidos de sangre real y que era a su vez descendiente de los «Ducas», que anda en boca de todos[22]. Y «heroico», según sabes, era también su linaje, que al parecer descendía desde Italia y los Enéadas hasta la hija de Constantino, según cotilleos de mucha gente. Y ¿quién no conoce al padre de ella, destacado en tareas consulares y puesto a prueba en las empresas militares de mayor envergadura, y presumiendo siempre de la noble e incomparable cuna de su hija? Eso al menos es lo que yo había podido escuchar de boca de los presentes y de cuantos conocían su ascendencia; quizás «de muchas cosas, unas pocas» y «de grandes, pequeñas»[23], al menos, tal y como me vino al caso que me lo contaran. Pero... volva-

---

[21] Parece que al frente del cortejo se halla el mismísimo emperador, Miguel VII Ducas, a juzgar por los datos que proporciona el texto.

[22] Se menciona aquí la leyenda que hacía descender a los Ducas, que en el texto aparecen inequívocamente con mayúsculas, del mismísimo Constantino el Grande.

[23] Luciano gusta de emplear esa expresión que su imitador conoce bien y trae oportunamente al caso; véase, por ejemplo, *Vida de Demonacte* 67, y *El banquete* 26.

mos de nuevo al hilo del relato y continuemos con la procesión.

9 Pues como dije anteriormente, una masa de mercenarios abría la comitiva. Y dejando un intervalo en la continuidad de la comitiva, como cuando se rompe un cable, aparecía el apuesto «Dux». Y

ni el lucero de la Tarde ni la Aurora dejan tan perplejos[24]

como nos dejó él entonces al venir frente a nosotros. Y

radiante su mirada como la de quien ha bebido vino y
[blancos sus dientes como la leche[25].

Su cuerpo estaba bien formado, de porte esbelto y con belleza en todos sus miembros, de buena estatura, de modo que bien le cuadraba lo que en voz baja se andaba diciendo de él, que no era posible añadirle ni quitarle nada. Su talle, como el de un ciprés que crece recto, se arqueaba y cimbreaba sobre su cuello, como si la naturaleza le hubiese castigado esa desproporción y hubiese organizado la inflexión del cuello para que pudiera girarse mejor. Y el primer impacto que producía su mirada, era una sensación de frialdad y distanciamiento[26]. Una vez que estuvo cerca de nosotros que, como era preceptivo, estábamos celebrando los ritos de la reunión, producía una impresión extraña y difícil de explicar. Pues como un cierto brebaje

que tenía mezclados muchos venenos excelentes pero tam-
[bién muchos nefastos[27]

---

[24] Véase Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1129b.

[25] Esta cita parece tomada de *Génesis* 49, 12.

[26] Se traza a continuación un retrato del «Dux» que recuerda el que traza el famoso cronista bizantino Miguel Psellos, *Cronologicón* VII 2-8, respecto de Miguel VII Ducas.

[27] Cita de *Odisea* IV 230, con la adición de *échōn* y *kaí*, que deshacen el hexámetro homérico.

igual de variada era la primera impresión que producía el verlo, ora derrochando la gracia de Afrodita y, a poco que penetraras en él, se desprendía de sus ojos el ímpetu de Ares, y al cabo de un rato daba a ver la majestuosidad de Zeus, ora parecía Hermes mirando de reojo con faz aterradora; en cualquier caso, la mirada siempre altanera y siempre dispuesto a extenderse sobre los temas que iban saliendo, aclarando el argumento y exponiéndolo de forma convincente. Esa era su disposición de ánimo entonces cuando lo tuve tan cerca. Su cabellera no era en modo alguno negra, pero tampoco totalmente rubia; un tinte resultado de la mezcla de ambos colores —inapropiados cuando se dan puros— embelleció admirablemente su cabellera; y es que el color negro es sucio y feo y el rubio resulta femenino y poco varonil; la mezcla en cambio de ambos le confería un gran atractivo sin menoscabo de su masculinidad. Se diría que una especie de Safo cantaba su presencia cuajada de seducción, donaire y de melodiosa música. Y, seducido bien podría uno decir aquello de los laconios «ay, ay hombre divino»[28]. Mas lamenta el que nadie lo dijera.

Pues bien, el noble, al estar a las puertas del recinto 10
sagrado, devolvió al mártir la sagrada invocación y se produjo de parte del gentío un silencio religioso ofrecido como de costumbre por el presidente de la reunión. Se detuvo según el paso de costumbre y ordenó que se presentara el sumo sacerdote, tal y conforme el ritual establecido. Entonces, por fin, y dentro de los actos mejor ejecutados de la fiesta —como era lógico dada la naturaleza de los espectadores—, se dejó oír una salmodia divina de acción de gra-

[28] La expresión de los laconios no parece clara, por cuanto que el término griego *seîos* no parece totalmente seguro en el texto. Si es así, Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1145a, refleja la expresión; si por el contrario es *Theîos* hay que remitirse a Platón, *Menéxeno* 99d. En cualquier caso, *seîos* es el término laconio para *theîos*.

cias entonada con ritmo, compás y responsión. Pues no se trataba sólo de un himno cantado por hombres, sino que mujeres piadosas y monjas en derredor del ala izquierda del santuario, repartidas en dos coros alternantes ofrecían al mártir su ofrenda. Y luego de haberse consumado los rituales del sacrificio, todo conforme a lo acostumbrado, y el servicio religioso, nosotros, tras invocar al dios y pedirle al mártir por un buen viaje de regreso a casa, nos fuimos a reunir con el resto de la gente. Y volvimos allí de donde salimos. ¿Con qué lengua, Cidión, podría contarte las desgracias que me sucedieron? Y si tan sólo al relatarlas experimento los mayores sufrimientos, cuánto dolor dirías que hay en ellas, abatido yo por tan tremendos males y destructivas enfermedades?

CIDIÓN. — Habla, amigo Timarión, y explica lo que te ha sucedido a ti, que es el objeto primordial de esta conversación, pues de lo que les sucedió a los demás ya me has explicado bastante.

11 TIMARIÓN.[29] — Una vez que regresamos de la fiesta a la hospedería de costumbre, una fiebre impetuosa que hizo presa en nosotros durante toda la noche nos tuvo casi medio muertos y nos impidió el regreso, reteniéndonos sobre la camilla. Ese es el motivo de mi tardanza, querido Cidión, por el que preguntabas al comienzo de la historia. Pues parecía obligado que aguardáramos el período de tiempo que durara la enfermedad, a fin de someternos a observación y curarnos. Así, alimentados a base de verduras y vinagres, pasamos el día siguiente bastante mejor. Pero al siguiente —era ya el tercero desde que empezó la enfermedad— la fiebre hizo presa de nuevo en nosotros y era verdaderamente el «terciario» por decirlo exactamente

[29] Entramos ahora en la odisea personal de Timarión, una vez narrado su viaje de ida a Tesalónica y descrita la fiesta de San Demetrio.

con la expresión de la ciencia médica[30]. No obstante, y creyendo que el asunto no era grave, dado que al quinto día la fiebre debería haber desaparecido por completo (puesto que ese es el síntoma de quien contrae la enfermedad), echándole valor me pongo en marcha rumbo a Bizancio, pensando que liberado ya del «terciario» en pocos días podría llegar bien a casa. Pero al parecer el final de ésta fue origen de dolores y el comienzo de la muerte. Y cuando desapareció la fiebre nos acompañó una inflamación de hígado y una diarrea espeluznante que nos hacía expulsar bilis mezclada con sangre pura consumiendo las carnes y destrozando el estómago cual una víbora.

Se podían ver otros muchos síntomas terribles en un 12
solo cuerpo. Además, el cansancio del viaje se bastaba por sí solo para destrozar el cuerpo más fornido en medida no menor que la enfermedad. El ardor del hígado era propiamente una chimenea. Y la descomposición del vientre era la más pura muerte; y las punzadas internas de dolor, auténticas uñas de hierro. Añadíase a todo eso una prolongada abstinencia, antesala inequívoca de la muerte. Así que con todos estos achaques a cuestas, querido Cidión, como un fardo de esos que se echan a lomos de caballos me puse en camino de Bizancio. Hasta bastante más de la mitad del camino iba resistiendo mal que bien mi cuerpo maltrecho. Y cuando llegamos a la ribera del Hebro —que es el río más famoso de Tracia—, entonces hicimos un alto en nuestro viaje y en nuestra vida, porque lo que nos sucedió después no fue vivir. Pues allí el sueño, padre de la muerte, se adueñó de nosotros y no sé cómo contar... el viaje al Hades

[30] Las tribulaciones de Timarión tienen en sus orígenes lo que hoy llamaríamos una especie de «salmonella», se trata de una especie de intoxicación. Para la sintomatología de estas fiebres «terciarias» y su denominación, cf. HIPÓCRATES, *Nat. Hom.* 15; GALENO, 18 (2), 246.

en que nos metió. Al recordarlo mis palabras se mezclan de pavor y temblor y casi no puedo articular palabra.

CIDIÓN. —Por favor, mi muy admirado Timarión, no des por terminada esta reunión sin explicarnos cómo te fue en el viaje al Hades.

13 TIMARIÓN. —Pues bien, querido Cidión, una vez que mi maltrecho cuerpo se vio presa de la diarrea y sobre todo del ayuno de veinte días, dormí al parecer el último sueño.

Hay por doquier una especie de «daimones justicieros» que por designio divino castigan a quienes se apartan de las leyes divinas. Pero también hay otros «daimones buenos» que premian a los buenos. Así también conductores de almas que separadas ya del cuerpo las llevan de cualquier forma a presencia de Plutón, Éaco y Minos, para ser juzgadas conforme a las costumbres y leyes de los muertos y seguir después su propia suerte y su propio destino. Algo así es lo que nos sucedió a nosotros. No era aún medianoche cuando unos hombres sombríos de aspecto siniestro, suspendidos en el aire, van y se colocan al pie de mi cama sobre la que me había yo echado deprisa y corriendo a intentar conciliar el sueño. Y al mismo tiempo veía, pero se me había quedado clavada la imagen de esa nueva visión que tenía, y contenía la voz en enorme tensión, pero realmente no podía articular palabra. Y no puedo decir si aquello era vigilia o sueño ya que el miedo me impedía discernir con claridad. Ahora bien, fíjate si la situación era clara y nítida que incluso ahora mismo me parece tenerla ante mis ojos[31]. Pues una vez que estuvieron sobre mí y

[31] A caballo entre la realidad y la fantasía, entre el sueño y la vigilia, Timarión expresa sus impresiones con gran plasticidad y claridad. Recuerda algunas vivencias del sueño de Penélope, *Odisea* XIX 535-555, que Ulises etiqueta como visión real más que como sueño. Véase también una vivencia parecida en el maravilloso opúsculo de LUCIANO, *El sueño*, en especial el capítulo 5, que ha sido modelo del imitador que escribió *Timarión*.

colocaron sobre mi lengua una especie de cadena imposible de soltar, bloqueando mi habla bien por el temor que infundía su visión, bien con alguna fuerza oculta, comienzan a decir acompañando el habla de un susurrante tono que al que pierde el «cuarto de los elementos», vaciando toda la bilis, en lo sucesivo no le está permitido vivir, teniendo que arreglárselas sólo con los otros tres elementos[32]. Que incluso a Asclepio y a Hipócrates les consta bien a las claras y por escrito en una estela que hay en el Hades que es imposible que un hombre pueda vivir privado de uno de los cuatro elementos y eso por muy fornido que tenga el cuerpo. Así pues, «acompáñanos, desdichado», dijeron en tono cruel, «y cuéntate, cadáver, entre el número de los cadáveres»[33]. Y yo —¿qué otra cosa podía hacer, pri- 14
vado como estaba de todo tipo de ayuda?— los seguí y a mi pesar me dejaba llevar por los aires por el mismo sistema que ellos, ligero, liviano, sin notar el peso de los pies, igual que las naves que navegan sin esfuerzo con viento de cola, avanzando con fluidez, igual que se deja oír el silbido seco del disparo cuando flechas despedidas de arcos trazan su recorrido. Y luego de haber atravesado el río sin mojarnos, el río al que alude la leyenda, a través de la laguna Aquerusia, como la llamaban también aquellos hombres, llegamos a las inmediaciones de una abertura subterránea bastante más grande que la boca de un pozo. Lo que se daba a ver de la embocadura eran unas tinieblas desagradables y repulsivas, y yo no quería bajar por allí. Pero ellos cogiéndome por la cintura me sujetaban. Y uno de ellos, metiendo la cabeza por la embocadura, tiraba de mí al tiempo que

[32] La pérdida del llamado por los médicos «cuarto elemento», esto es, la bilis, acarrea un desequilibrio en el organismo que comporta la muerte. Véase al respecto HIPÓCRATES, *Nat. Hom.* 4-5, y GALENO, I 492 y sigs., V 672 y sigs.

[33] Parodia de los *Diálogos de los muertos*, concretamente 3, 1.

me conminaba con la mirada. Yo me resistía intentando agarrarme al borde con las manos y los pies hasta que el que venía detrás me dio un puñetazo en las mejillas, y dándome incluso golpes en la espalda me empujó con ambas manos para el fondo de aquella siniestra abertura[34]. Caminando desde allí un trecho muy sombrío y muy desierto, llegamos a duras penas a la puerta de hierro con la que se cierran los reinos de Hades y que no puede volver a cruzar ninguno de los que la ha franqueado. Realmente es impresionante por su tamaño y su peso y por el remachado de sus adornos. Pues no está hecha de madera sino de acero toda ella, cerrada con cerrojos de acero también de increíble tamaño, peso y grosor.

Los guardianes de la parte anterior eran unos dragones que despedían fuego por los ojos y un perro muy ladrador; *al que los griegos solían* llamar Cerbero, de aspecto espantoso y —por qué no decirlo— terrible. En la parte interior hacían guardia unos tipos siniestros que nunca sonreían, cuya mirada rezumaba antipatía, estirados y con ceño fruncido, como si acabaran de bajar recién llegados de una cuadrilla de maleantes, con unas pintas toscas; pese, no obstante, a su aspecto feroz, al ver a quienes llevaban a los muertos, abrieron las puertas gustosamente. El propio Cerbero, meneando la cola a un lado y otro, saludaba echándose al suelo y los dragones emitían un suave susurro, al tiempo que los "necragogos" me invitaban a pasar a lugares más recónditos. ¿A dónde podía yo marchar, así, privado de ayuda y llevado a una nueva vida terrible y extraña? Y mientras me llevaban, los guardianes de las puertas, fijando su vista en derredor mío, van y dicen: «Ese

[34] La boca de Hades impone respeto a quienes se plantan ante ella; las puertas también impresionantes causan un impacto especial a quien las ve por primera vez; cf. al respecto el propio LUCIANO, *Travesía* 4, *Patriota* 23, y HOMERO, *Ilíada* VIII 15.

que va a comparecer ante Éaco y Minos es el que ayer andaba repitiendo la cantinela de que alejando de sí el cuarto elemento vivía sin bilis, con los tres restantes, y podía vivir contra la opinión de Hipócrates, Asclepio y toda la corte de médicos. Traed aquí a ese desgraciado que anda haciendo elucubraciones sobre la composición del cuerpo. ¿Dónde se ha visto que un hombre pueda vivir la vida de los mortales sin los cuatro elementos humorales?».

Cidión. — También yo pienso, querido Timarión, que 16
todo eso era espantoso, y se me ponen los pelos de punta sólo con oírlo. Mas, entre tan gran tiniebla y oscuridad ¿cómo podías distinguir los rostros de los guardianes y fijarte en todo lo demás?

Timarión. — Querido Cidión, es muy sencillo; en el Hades todo es tenebroso y sombrío[35]. Hay luces «artificiales», una de troncos y carbones, otra de maderas de toneles, la masa vulgar y corriente. Ahora bien, quienes en la vida han sido famosos e ilustres encienden antorchas y suelen llevar una existencia luminosa. Yo al menos conocí a muchos así, en mi deambular por las moradas de los muertos.

Cidión. — Pues sigue contándonos el relato volviendo al punto en el que lo dejaste.

Timarión. — Una vez que hubimos franqueado la puerta aquella de acero, íbamos ya no por los aires como antes, ni con prisa y velocidad como si atravesáramos a la carrera un territorio enemigo, sino con calma y paso lento, relajados de la tensa marcha, tal vez porque me compadecían, ellos, hombres sin compasión. En nuestro camino pasamos al lado de muchas moradas anónimas y vulgares y por doquier salían al encuentro de los «necragogos» y se incor-

---

[35] Expresiones calcadas de Luciano, *Menipo* 9, y *Sobre el luto* 2.

poraban un poquito a saludarles como los niños a sus pedagogos.

17 Y fuimos a caer a una mansión muy bien iluminada. Yacía a su lado un anciano con una barba que no le colgaba demasiado. Estaba reclinado sobre el codo izquierdo, con la mano izquierda sosteniendo su mejilla. A su lado se encontraba una olla de bronce de gran tamaño llena de carnes de cerdo en adobo y de col frigia, todo ello empapado de grasa. Y el viejo, con tranquilidad, metía en la olla no dos o tres dedos de su mano derecha, sino que sacaba y vertía en su boca la palma de la mano entera con avidez, como si engullera grandes cantidades de líquido. Por su aspecto parecía estar contento y de buen humor y acogedor con los presentes, y al verme me saludó con estas tranquilas y suaves palabras: «Ven, extranjero, me dijo, y sentándote a nuestro lado, mete tu mano en la olla y prueba el alimento de los muertos». Y no quise dado que con mi cambio de vida no tenía capacidad de discurrir y que además temía a los "necragogos"[36], no fuera que pusieran en mis carnes sus nudillos. Ellos saludaban aquí y allá a los muertos como si vinieran de un largo viaje, y éstos, a su vez, se entretenían charlando y me dieron la ocasión de observar la forma de vida de los muertos. Mientras observaba yo al anciano, se pone a mi vera un hombre corriente, de entre los muchos que allí había, una buena persona, al parecer, y me iba haciendo toda una serie de preguntas: que quién era, de dónde procedía y a resultas de qué clase de muerte había ido a parar al Hades. Y yo le iba contestando la verdad a cada pregunta.

18 Y como el tipo aquel hizo buenas migas conmigo le

[36] Mantendré en adelante la palabra «necragogo» entrecomillada porque dada la índole del relato me parece que cuadra a la traducción mejor que cualquier expresión que resultaría perifrástica y de menor expresividad.

pregunté quién era el anciano aquel y cómo se llamaba. Y el buen hombre aquel, que era ya mi anfitrión, me dijo: «Ay, recién llegado, el nombre del viejo no lo preguntes, que te puede acarrear problemas a ti preguntarlo y a mí contestarlo. La ley de Minos y Éaco ha dispuesto un castigo para quienes pregunten o comenten sobre el nombre del anciano; todo lo referente a él pertenece al dominio de lo irrevelable por disposición legal. Los restantes detalles concernientes a él te los voy a decir. Según dicen, procede de la gran Frigia, de familia noble e ilustre. Vivía entre la gente con honradez y abandonó la vida en opulenta vejez y ahora, según puedes ver, administra la mansión de Hades "a toda grasa"[37]». Así habló mi anfitrión. A mí, al tiempo que movía los ojos en derredor, me cayeron ante la vista dos ratones grasosos, gordotes y de piel suave, semejantes a los cerdos que crían los hombres en sus casas con harina y salvado. Y angustiado, ante la nueva visión, le dije a aquel buen hombre: «Querido amigo, todo lo del Hades parece pura y simplemente odioso y abominable, y por ende muy proclive al desprecio por parte de quienes están en la vida. Pues precisamente el hecho de que haya ratones en nuestro mundo es una de las cosas más insoportables para mí. Y a mí, que siento repugnancia por ellos más que por cualquier otro bicho repugnante, me parecía que al bajar aquí sentiría al menos el alivio de librarme de sus molestias. Ahora que si también va a haber que pelear con ellos, voy a necesitar otra muerte y en mi segundo descenso no sé a qué clase de Hades bajaré».

Al cabo de un rato el buen hombre aquel va y me dice: 19
«Me llama la atención, buen hombre, cuán ignorante e

[37] Por más que la expresión pueda resultar basta y ordinaria, se ajusta bastante, creemos, al texto griego; y si se lee la loa a las ratas que viene a continuación se comprenderá que no desentona. Con respecto a estos animales, cf. *Antología Palatina* VI 302 y 303.

inexperto eres de cosas que son muy claras. ¿No sabes cómo han sido engendrados los ratones, que en regiones sin lluvias se abre la tierra y al punto brotan batallones de ratones?[38]. Además, lo natural es que sus raíces sean "subterráneas" y que abunden aquí abajo en el Hades más que en el mundo de los vivos; pues no es procedentes de allí como los tenemos nosotros, sino que procedentes de nuestros dominios y de lo más hondo de la tierra suben a darse a ver hasta su superficie. Conque, no te llame la atención que haya ratones en nuestros dominios, ya que en cierto modo están acostumbrados a nosotros y llevan la misma vida que nosotros y no se inquietan ni les dan miedo las musarañas. ¿O no los ves, qué contentos, cómo se entretienen viendo al viejo comer? Y además, ¿cómo disfrutan y chascan las mandíbulas y se relamen al tiempo que toman parte ellos también más que el anciano en el guiso?».

Y así sucedía, tal como lo contaba, al tiempo que yo distinguía a los ratones con todo detalle. Además añade, «¿cómo apuntan a la garganta del anciano y aguardan su sueño? Y al percatarse de los ronquidos que despide el viejo cuando está profundamente dormido, se colocan a su vera y le lamen la mejilla que rezuma salsa del guiso y se alimentan de las migajas adheridas hasta saciarse y de resultas de ello así viven, ya lo ves, bien gordetes».

20 Todo eso me permitió conocer el descanso de nuestros portadores que se prolongó un rato. Acto seguido se apostaron a nuestra vera y proseguimos nuestro avance, y después de haber recorrido unos cuatro estadios y tras pasar por delante de varias moradas fuimos a dar a una mansión brillante ligeramente iluminada con antorcha y a una tienda mucho más iluminada. Y de la tienda se desprendía una

[38] Sobre esta forma de generarse los ratones, cf. ARISTÓTELES, *Historia de los Animales* 580b.

especie de rugido. Yo también mirando a mi alrededor y al ver desocupados a mis porteadores, de tertulia con los muertos —pues al parecer son conocidos y amigos suyos—, suavemente y como escapado furtivamente a su vista, me acerqué a la tienda y desde un agujero observaba a ver qué es lo que había dentro, y de quién era el rugido aquel tan pesadísimo de soportar.

Tumbado en el suelo había un hombre con los ojos taladrados por un hierro; yacía apoyado sobre el costado y el codo izquierdo sobre una alfombra laconia; su cuerpo era de gran estatura, no con muchas carnes, más bien con bastantes huesos y muy ancho el pecho

Así yacía en el suelo sobre un gran espacio olvidado del
[arte de conducir carros[39]
No se parecía a un hombre que come trigo, sino a una cima
[cubierta de bosque[40].

A su lado se sentaba otro anciano que intentaba tal vez aliviar con palabras y recomendaciones el momento de su mayor sufrimiento. Pero, a lo que se veía, no quería hacerle caso, pues no paraba de negar con la cabeza y de hacer ademanes desdeñosos con la mano al viejo. A él también se le desprendían de la boca olores pestilentes.

Luego de haberme fijado con detenimiento en lo que 21
allí sucedía, volviéndome un poco a donde mis porteadores, me aparté de la tienda e iba observando un lugar donde poder verlos, cuando me topo con uno de los muertos, añejo, al parecer, de aspecto esmirriado, uno de tantos a quienes sacan de la vida fiebres agotadoras. Al verme, dedujo por color de la piel que yo era un recién fallecido

[39] Cita de *Ilíada* XVI 776, trayendo a colación nada menos que el cadáver de Patroclo.

[40] A renglón seguido se cita *Odisea* IX 190-91, en alusión al Cíclope.

—pues los que acaban de morir, al descender al Hades, conservan en cierta medida la tez sonrosada de la vida y por eso son reconocidos con toda facilidad por los muertos añejos— y acercándose a mí me saludó con estas palabras: «Hola, recién muerto, dame noticias de lo que pasa en la vida. ¿Cuántas caballas dan por un óbolo? ¿A cómo van los bonitos, y los atunes y los arenques? ¿A cuánto está el aceite? ¿Y el vino? ¿Y el pan, y todo los demás? Y lo que más necesito saber y no sé, ¿ha habido una gran captura de chanquetes? Pues yo vivía con gusto de todos esos manjares en vida y los apreciaba más que una lubina».

Eso me iba diciendo aquél y yo le respondía a cada punto la verdad. Luego de darle noticias de cuanto acaecía en la vida, quise yo a mi vez saber de boca suya quién era el habitante de aquella tienda, y el anciano que se sentaba a
22 su lado y el motivo del rugido en cuestión. Y el hombre aquel de tres al cuarto me dijo: «El que vive en esa tienda cuyos pesados mugidos acabas de oír es el famosísimo Diógenes de Capadocia[41]. Todo lo referente a él ya lo aprendiste en vida, cómo subió al trono, cómo marchó en expedición militar contra los escitas al Norte, cómo fue hecho prisionero. A continuación fue puesto en libertad y al regresar a Bizancio ya no fue aceptado en el trono, sino que capturado después de la guerra, bajo juramento y contra lo prometido, según ves, lo dejaron ciego y vino a dar a estos lares víctima de engaño y de un terrible veneno. El viejo que se sienta a su lado es un noble de los que viven en la gran Frigia. Solía ser en vida consejero suyo y compañero de actividades. Y ahora, compadeciendo su suerte, en recuerdo del trato de antaño, está a su lado constantemente

[41] Alusión más que probable a Romano IV Diógenes, que casó también con Eudocia, la esposa de Constantino X Ducas.

y en la medida de lo posible intenta aliviar el recuerdo de sus desgracias con palabras y argumentos apropiados».

Ésas son las noticias que me dio el tipo aquel, y mis porteadores se colocaron de nuevo a mi vera y me movían con más diligencia hacia adelante, al tiempo que me decían «Marcha más rápido, que vamos a llegar ya al consejo de los jueces y pronto te vas a librar de nosotros».

«¡Vaya!, exclamé yo, aquí también hay consejo de jueces y procesos y sentencias, como en la vida.»

«Aquí más, dijeron ellos, pues aquí se examina al detalle la vida entera del hombre y a cada uno se le da su merecido sin poder escapar jamás a la decisión del consejo de jueces.»

En medio de estas palabras íbamos avanzando y al 23
cabo de un rato nos salió al encuentro un hombre muy alto, de cabellos blancos y el cuerpo enjuto, por lo demás de aspecto alegre, ingenioso a más no poder, que abría y retorcía la boca al hablar y que se reía a carcajadas, al tiempo que decía a los «necragogos»: «Hola, ¿quién es ese recién muerto al que acabáis de acompañar?». Y sin dejar de hablar, dirigía sus ojos a mí, observaba mi aspecto con detenimiento y se fijaba en mí minuciosamente. Y tras una breve pausa soltó un grito agudo y ansioso: «Queridos dioses, ése es Timarión, el más querido, con quien compartí varias veces opulentos banquetes, que acudía conmigo a la cátedra de los filósofos en Bizancio». Y abrazándome me estrujaba fuertemente con ambas manos.

Yo, por vergüenza, me había quedado inmóvil, al ser saludado con tanta efusividad por aquel hombre al parecer importante, pues yo no sabía quién me abrazaba y desconocía quién era él y cuál sería el saludo apropiado a su dignidad. Consciente de ello me redimió de mi ignorancia y dijo: «¿No conoces, buen hombre, a Teodoro de Esmirna, el filósofo más destacado y famoso en Bizancio por la

exposición de doctrinas elevadas y brillantes?». Al oír eso me turbé, por la impresión que me produjo su aspecto y el porte de su cuerpo y le contesté: «Ay, sofista, recuerdo la voz y la nitidez de tu verbo, la curvatura de tu boca y la estatura de tu cuerpo, que le cuadraba en vida al filósofo aquel de Esmirna; en cambio, a juzgar por la salud que se te ve y la compostura de tu cuerpo, no puedo recomponer la imagen de quien con el cuerpo doblado por la artritis, llevado en camilla, disertaba ante el rey tumbado y comía tumbado, apoyado en un codo».

24 «Te voy a resolver esa contradicción, tú, el mejor de mis alumnos», dijo el sofista. «Arriba —en el mundo, y a lo largo de la vida— como realizaba muchas disertaciones ante los reyes para halagarlos, me ganaba muchas monedas de oro y obtenía el fruto de buenas ganancias no mediocres. Pero todo eso se fue viniendo abajo, fruto de opíparos banquetes y comilonas sibaritas. Lo sabes tú, que muchas veces compartiste nuestra mesa, que la administración de mi casa era la propia de los grandes señores. De ahí arranca la causa de mi artritis y el endurecimiento de mis dedos, bloqueadas las articulaciones por excrementos de flema sólidos como piedras. Dolores sobrevenidos como resultado de ello horadaban mi cuerpo y mi espíritu; entonces mi cuerpo comenzó a debilitarse y enfermé. Aquí en cambio es todo lo contrario: dieta propia de un filósofo, mesa liviana y vida sin problemas, podría decir que sin preocupaciones. Y he aplacado mi voraz estómago a base de berros, mucha malva y asfódelo y estoy absolutamente convencido de que tenía razón el de Ascra:

no saben cuánto alimento hay en la malva y el asfódelo[42].

[42] Cf. Hesíodo, *Trabajos y Días* 40-1.

En resumen, que la palabrería y la jactancia eran para la galería. Lo de ahora, en cambio, es verdadera sabiduría y verdadera educación, con menos contenido de palabrería y demagogia. Así que te he comunicado esto, intentando borrar el extravío de tu alma y rechazando nuestro trato de antaño. Más adelante conocerás todo lo que a mí respecta. Pero tendrás que decir también tú a tu "mistagogo" con qué clase de muerte abandonaste la vida y cuál fue la causa última de tu bajada a nuestros dominios». «Ninguna causa de muerte, repliqué, he tenido, oh tú, el mejor de los maestros; pues ni espada de guerra, ni atentado ni accidente ni enfermedad crónica ha hecho presa alguna en mi cuerpo, sino al parecer la fuerza tirana de estos vuestros "necragogos", que han tirado con fuerza de mi cuerpo cuando aún tenía vida. Te lo voy a contar de cabo a rabo. Yendo a Tesalónica para un asunto, cuando me disponía a emprender el retorno fui presa de una fiebre feroz y de un tremendo ardor de hígado. Acompañó a esos síntomas una diarrea absolutamente incontenible; devolví toda mi bilis teñida con un poco de sangre. Y la diarrea era constante hasta que llegamos a orillas del Hebro de Tracia —ya sabes, el ancho y navegable río de Tracia—. Y acampando allí, a la ribera y tras darnos un descanso a mí y a los caballos que me llevaban, aquella tarde no aguanté mal la enfermedad.

Me parece que era la segunda noche que llevábamos allí cuando sucedieron los hechos. Llegó la noche, y todos dormían gratamente. Yo también dormí. Pero hacia la medianoche, los "telquines"[43], esos "necragogos", se me vienen a mi cama cuando aún andaba yo en sueños. Al

[43] Oportuna y ocurrente alusión a unos seres malévolos con propiedades mágicas que se localizaban en la isla de Rodas, y que eran especialmente duchos en el trabajo de los metales. Calímaco aplicó esa etiqueta a los críticos que fustigaban sus obras.

verlos contuve mi voz y no tuve fuerzas para despertarme. Presa de esa visión, dejé llevar mi cuerpo sin oír de sus bocas más explicación para llevarme que la siguiente: «ése es el que ha perdido uno de los "elementos", la bilis toda; según el dictamen de Asclepio y de Hipócrates y de toda la corte de médicos no puede seguir viviendo; así pues, el desgraciado debe ser separado de su cuerpo».

26 Eso dijeron. Y yo, dejándome llevar por no sé qué fuerza, iba por mí mismo como un copo de lana, transportando por las narices y la boca fácilmente, cual soplos que salen de ella una vez abierta. Y ahora, según ves, estoy aquí abajo, en el Hades, haciendo memoria del verso del poeta:

Y de sus miembros el alma volando se marchó hasta el
[Hades[44].

Pero, en fin, si son verdaderas las teorías de los malditos filósofos aquellos respecto del destino, yo aún no he completado el tiempo fijado por el destino a mi vida. Así que ahora, si es que existen justicia y sentencias entre los jueces del mundo subterráneo, que reparen las acciones injustas, fíjate a ver cómo vas a ayudarme a mí, tu alumno, que voy a tener que pelear un proceso por ilegalidad contra estos miserables».

Al tiempo que iba hablando así, me eché a llorar. Y él me consolaba y se mostraba conciliador diciendo: «Ánimo; no te preocupes por eso; te vamos a ayudar con todas nuestras fuerzas y pondremos todo el énfasis en afirmar que debieras recobrar esa segunda vida que tanto anhelas volver a vivir. Tú simplemente mira a ver cómo vas a enviarnos desde allí arriba hasta aquí abajo todo lo que anhelamos; me refiero a mi alimento acostumbrado».

27 «Las cosas que me estás contando, repliqué, tú, el más

[44] Cf. Homero, *Ilíada* XVI 856 y XXII 362.

fatuo de los hombres, que son increíbles antes de que puedan existir, me parecen fabulosas y auténticas quimeras, como las que modelan en las casas escultores y pintores, hipocentauros, esfinges y cualquier otro ejemplar fantasioso de la mitología. Pero dime tú, el mejor de los sofistas, confiado en qué habilidad de argumentación dices que podrás liberarnos, máxime cuando Éaco y Minos, los jueces, son griegos y sienten odio hacia nosotros los galileos[45], tales como tú, que eres devoto y discípulo de Cristo». «El fundamento de mi confianza, replicó el sofista, no lo desconoces tú tampoco. Tengo ahora una agilidad mental que cae de plano sobre las objeciones que se me plantean y que les da al punto la réplica adecuada, y una clarividencia para encontrar en cada momento el argumento exacto y ajustado e incluso conocimiento empírico de las doctrinas médicas. Así que utilizando en pequeña escala estas capacidades, voy a derrotar a esos jactanciosos y a los dioses médicos de los griegos.

Asclepio, por su fama llevadera y su falsa divinídad, 28
lleva muchos años que ni siquiera habla. Y si se ve acuciado por la necesidad de responder a las preguntas de otros —pues él ha alejado de sí mismo todo pretexto de conversación— obliga al que interroga a escindir en dos la pregunta, o afirmación o negación; entonces él, según le parece, afirma o niega con la cabeza. Así es que esa sería la respuesta para Asclepio. Hipócrates, aunque habla, habla poco, frases de un verso, como mucho dos, y las que dice son enigmáticas y poco adecuadas a los tribunales, y ridículas, como por ejemplo aquella que dice:

medicarse y remover cosas cocidas, no crudas
en los dolores de vientre y en los vómitos[46].

[45] Parece que con la denominación «galileos» se designa a los cristianos en la época y en los lugares que alude este opúsculo.

[46] Cf. HIPÓCRATES, *Aforismos* I 22, 1, 2.

Tema de risa para los jueces, que hablan otras lenguas. Pues Minos es cretense; Éaco, griego genuino procedente de la antigua Hélade y de Tesalia. Y basta con que un jonio o un dorio de entre los muertos se lance a soltarles una perorata para que se echen a reír a mandíbula batiente.

Erasístrato[47], por su parte, es ignorante en todo tipo de doctrina filosófica y gramatical y tampoco anda muy fino en lo referente a la ciencia médica, y sus conocimientos, por pura y simple práctica, se refieren a aspectos intrascendentes, según las teorías de chicha y nabo de los médicos, fruto de su inteligencia natural y de la práctica rutinaria de muchos casos. Basado en ella detectó el amor de Antíoco por Estratónice[48], lo que lo encumbró a las alturas.

29 Y el genio Galeno, a quien respeto más que a los demás, por contar tal vez con ayuda divina, está ahora un tanto distanciado del consejo de médicos. El motivo —lo que antes yo acababa de oírselo aducir como razón—, el libro «Sobre las diferentes fiebres». Ocupa ahora un ancho rincón y apartado de todo contacto y barullo anda enfrascado en la tarea de añadidos y corrección de errores del libro. En cierta ocasión afirmó que el trabajo posterior sería de más envergadura que el anterior. Y faltando él, poco esfuerzo supondrá superar a esos jactanciosos y desvergonzados médicos.

Pero no temas a los jueces religiosos griegos. Están

[47] Uno de los médicos más famosos. Contemporáneo del médico Herófilo, trabajó en Alejandría a principios del siglo III a. C., siendo especialmente relevantes sus estudios de fisiología. Comparte con Hipócrates únicamente la notable valoración que adjudica a la didáctica.

[48] Al parecer se trae a colación a Estratónice, hija de Demetrio Poliorcetes y esposa de Seleuco I Nicátor, y a Antíoco, hijo de Seleuco pero no de ella, quien le hacía insinuaciones amorosas; cf. el propio LUCIANO, *No debe creerse con presteza en la calumnia* 14, e *Icaromenipo* 15.

demasiado preocupados por la justicia. Por ello han subido al trono judicial. Las diferencias de religión de los encausados no les preocupan, pues a quien lo desea le está permitido, a voluntad, hacer su propia elección. Sin embargo, como la fama de los galileos se propaga por toda la tierra y alcanza toda Europa y parte de Asia, pareció oportuno a la providencia instaurar un compañero de tribunal de la entidad de los jueces griegos. Y ahora Teófilo, rey que un día fue de Bizancio, legisla en compañía de ellos y no hay decreto que se apruebe sin su anuencia[49].

Sabes, pues lo habrás oído contar de él, que era un hombre de una justicia exagerada. Así que no hay temor alguno de que no nos haga caso o nos prive de una sentencia justa. Limitémonos a comparecer ante el tribunal. Tú cuídate de no hablar, ya que no tienes cualidades para hacer la acusación. Me ofrecerás la oportunidad de hablar sin interrupción».

Entretanto, los "necragogos" le preguntaban si me cono- 30
cía. Dijo que sí, que era alumno suyo. «¡Voy a ir con vosotros y voy a ayudarle en la acusación contra vosotros, pues ha sufrido una gran injusticia al ser arrebatado de la vida antes de tiempo».

Así habló y todos a la vez echamos a andar y avanzábamos poco a poco. Y al cabo de caminar unos quince estadios por el paraje tenebroso y sombrío aquel acertamos

[49] Repasada la lista íntegra de emperadores bizantinos, no hay más Teófilo que quien sucedió a Miguel II el Tartamudo. Reinó entre 829 y 842 y practicó una política iconoclástica bastante rígida, plasmada en la publicación de un duro edicto en el 832. No se sabe, pues, en qué sentido interpretar sus dotes como supuesto asesor jurídico del Tribunal del Hades para temas relacionados con los cristianos. Su cita es también un buen punto de referencia para la datación del diálogo. Desconcierta que más adelante (cap. 33) se le llame Teófilo el «Galileo». Dudo que pueda aludir a un jurista bizantino del siglo VI que participó en la redacción del *Digesto*.

a ver el resplandor de una luz. Nos acercamos hacia donde procedía y vemos la luz más amplia y así, liberados poco a poco de la oscuridad, fuimos a dar a un paraje iluminado, regado con agua y adornado con plantas de todas clases y atravesado por un río. Árboles de todo tipo, pájaros que entonaban trinos finos y melodiosos y a sus pies una alfombra de césped. Y —tal como había oído yo de boca del filósofo que ya lo pronosticaba por su conocimiento de lo que hay en el Hades—, no hay invierno en el lugar ni diferencia del paisaje que se ve; todo es imperecedero y no envejece; los árboles tienen frutos perpetuos y no hay más que una única estación primaveral, que no experimenta cambios ni diferencias en absoluto. Ésa era la que en la vida solíamos llamar con cierto recato la Llanura Elisea y el Campo de Asfodelos. Eso oí de boca del filósofo en cuanto vimos por primera vez el resplandor.

31 Una vez que estuvimos en el pasaje iluminado, a requerimiento del sofista[50], nos sentamos un rato en la hierba a descansar, y a continuación nos levantamos e hicimos ya todo el recorrido hasta las puertas del tribunal.

Yo, al menos, dado que no tenía experiencia ninguna de esos temas y como además no era muy ducho en discursos, tenía un miedo enorme, e iba pegadito al filósofo y le iba comunicando mis temores. Él me animaba con sabias palabras y se esforzaba para que todo nos saliera bien. «Simplemente cuídate, me dice, si recobras la vida, de enviarnos de arriba lo que necesitamos aquí; pues desde que descendí aquí no se me ha dado acceso a caldo impregnado de grasa de cerdo. Lo demás, sin embargo, lo

[50] Nótese que el término empleado en griego es *sophistés* cuya traducción por «sofista» constituye un anacronismo. Hemos preferido alternarlo con el término «filósofo», menos marcado pero que tal vez se ajuste mejor al espíritu del texto.

oirás más tarde, una vez dado el veredicto de que recobres la vida».

En conversaciones de esta índole íbamos avanzando y a menos de un tiro de flecha apareció el tribunal y se podía oír ya la resolución de un juicio: César había sido asesinado injustamente por Casio y Bruto. No puedo decir qué se decidió, pues yo tenía toda la atención puesta en mí mismo y estaba completamente absorto en mis problemas.
Una vez que hubieron salido aquéllos (César, Casio y 32
Bruto), unos ujieres[51] se acercaron a nosotros y dicen: «¿Tú qué dices, recién muerto? Tú también vas a comparecer ante el tribunal».

Pero el filósofo, empujándome con el brazo hacia atrás, tomó la palabra a partir de entonces y dijo: «Empleados del tribunal, llevadnos a la mayor rapidez ante los jueces más justos y veréis cómo se ha perpetrado la más ilegal y la más impía de cuantas injusticias se recuerdan, que no es otra que la que han cometido los "necropompos" estos contra este desgraciado. Pero considerando el caso en cuestión según las leyes de los muertos, nos vamos a apartar de esos pérfidos "psiquiagogos"[52] y vamos a apelar a Minos, a Éaco y a Teófilo de Bizancio contra esos hombres miserables que ultrajan la justicia. En compañía nuestra, pues, haréis comparecer a éstos ante el tribunal para que sean juzgados de los delitos que cometieron contra las leyes de los muertos. Pues ¿de cuándo acá se ha decretado para los

[51] Tal vez resulta excesivamente chocante el término «ujieres» *(eisagogeîs),* literalmente «introductores de los tribunales», pero creemos que se adapta a la función que desempeñan en este pintoresco tribunal esos personajes. Líneas más abajo son llamados *diákonoi,* «empleados, servidores, ordenanzas del tribunal».

[52] Nótese que los «necragogos» son llamados ahora «psiquiagogos», esto es, «acompañantes de almas».

moradores del Hades que se separe el alma del cuerpo cuando aún tiene vida y el enfermo está viviendo aún su vida a lomos de caballo y comiendo su ración cotidiana de gallina?».

33 Eso dijo el filósofo y los ujieres, cogiendo a los «necragogos» con sus manos, los llevaron en compañía nuestra a presencia del tribunal y comparecimos todos ante Éaco y Minos y Teófilo el Galileo.

Los griegos llevaban vestido muy ancho y una tiara en la cabeza al modo de los caudillos árabes; llevaban puestos zapatos de un color parecido al violeta. Teófilo, en cambio, no llevaba ninguna vestimenta especial o llamativa; la sencillez y la austeridad eran todo su atavío y hasta podría ponerse en duda su rango regio por su aspecto humilde y modesto. Ahora bien, en cuanto a la rectitud de su justicia y al resto de sus virtudes destacaba sobremanera y era digno de consideración. Pero aun estando en ese punto de sencillez, transmitía la gracia de sus ojos y su rostro presentaba un aspecto brillante y radiante.

A su lado se encontraba un joven vestido de blanco, rasurado, semejante a los eunucos que escoltan a las reinas, radiante él también y con su rostro resplandeciente como el sol. Y no paraba de susurrarle al oído al rey. Yo también le iba preguntando al filósofo: «Ese que está sentado, a juzgar por lo que me dijiste anteayer, sé que es Teófilo de Bizancio, pero el eunuco que está a su lado no sé quién es». El filósofo replicó: «¿no sabes, amigo Timarión, que a cada uno de los reyes cristianos se le ha concedido un "ángel" que le indica lo que debe hacer? También aquí lo acompaña, igual que lo acompaña en vida».

Así discurría nuestra conversación, acompañada del constante bisbiseo de nuestros ujieres, y el filósofo, abriendo la boca, como solía, con rostro severo y entrelazando sus
34 manos soltó un grito agudo. «Timarión, hijo de Timónico,

acusa de ilegalidad a "Oxibante" y "Nictíon", sus "necragogos"[53]. Efectivamente, las leyes de los muertos proclaman sin ningún género de dudas que no se debe hacer bajar ningún alma al Hades antes de que el cuerpo o bien haya perecido todo él o alguna de sus partes vitales y esté privado de las energías del alma. Y que además, al separarse del cuerpo el alma debe permanecer aparte hasta pasados tres días, al cabo de los cuales se permite a los "necragogos" hacerse cargo de ella. Pues bien, ellos, sin tener en cuenta para nada ninguno de estos divinos preceptos, cuando Timarión aún estaba bien —comía, bebía y montaba a caballo—, antes de lo debido, los "necragogos" estos, a toda prisa van y se plantan a su vera al filo de la medianoche en el campamento ribereño y por la fuerza apartaron de su cuerpo su alma, que se hallaba sólidamente unida a él y que se resistía a separarse[54]. Por ello aún está un poco sanguinolenta y le rezuman gotas secas, de sangre, pues estaba unida sólidamente con su cuerpo cuando fue apartado con violencia. Es de justicia, pues, jueces, devolverle la vida a este hombre y hacerle recobrar su propio cuerpo y hacer que cumpla el tiempo establecido por el destino. Y cuando llegue a los límites de su naturaleza, que baje de nuevo aquí, a juntarse con los muertos, como está mandado». Así habló, y Minos, lanzando una mirada penetrante a los «necragogos» dijo: «Alegad vosotros, sinvergüenzas, lo que tengáis que decir al respecto, pues no os va a ir nada bien si se demuestra que habéis actuado contra las leyes de los muertos».

Y Nictíon, que era un poco más lanzado que Oxibante,

[53] Los «necragogos» tienen nombres concretos que son de tipo «parlante»; así Oxibante quiere decir «que anda, que va deprisa», y Nictíon algo así como «noctámbulo» o en expresión más lorquiana «nochero».

[54] Nótese los bruscos cambios de tiempo y aspecto, mantenidos por nosotros en la traducción, pese a que pueden desconcertar al lector.

35 va y dice: «Nosotros, divinísimos jueces, llevamos dedicados a estos menesteres desde tiempos remotos, desde los de Crono, y conocemos con toda exactitud las disposiciones sobre los descensos y sabemos todas las causas por las que un alma se baja al Hades. Nosotros íbamos desde Tesalónica hasta el río mayor de Tracia, al acecho del desdichado Timarión aquí presente, quien por causa de una diarrea había vaciado totalmente el cuarto elemento, la bilis, con toda claridad y por haberlo aprendido de los médicos más importantes, sabemos que es una regla absoluta que por su propia naturaleza un hombre no puede vivir sólo con tres elementos. Y como vimos que al cabo de treinta días completos no tenía nada de bilis, llegamos hasta su cama y llamamos a su alma a nuestros dominios, pues no era lícito que estuviera en compañía de un cuerpo en tal estado. Tomad la decisión que os parezca, jueces divinísimos, que nosotros nos someteremos a vuestros preceptos».

Así hablaron ellos. Los jueces, al cabo de un rato de intercambiar opiniones al oído, decidieron aquel día posponer el veredicto. Nos dijeron que era necesaria la presencia de los insignes médicos Asclepio e Hipócrates para juzgar el caso con más fundamento en su presencia. «Se requiere la ciencia de los médicos. El juicio queda aplazado para más adelante. Al cabo de tres días nos volveremos a reunir y el dictamen de los médicos más eminentes resolverá las dudas».

Así hablaron los jueces y levantándose se marcharon a un lugar más retirado del prado. Y a nosotros los ujieres nos cogieron y junto con los "necragogos" nos llevaron hasta el paraje sombrío aquel, sólo que no muy lejos, hasta dentro, sino adonde aún se podía participar de la iluminación aquella, una luz blanquecina que al parecer era el resplandor fruto de la mezcla de ambas.

36 Una vez que los jueces hubieron examinado todos los

detalles del proceso, el filósofo, susurrándome al oído, va y me dice: «Eh, tú, vete a la sombra del pino aquel —al tiempo que señalaba uno alto y tupido—, y junto a su sombra encontrarás unas especies de verduras; unas te resultarán conocidas y otras desconocidas. Arráncalas de raíz y tráetelas contigo. No hay nada putrefacto en ellas, sino que son riquísimas y muy nutritivas. Y si tienes que aguardar aquí aliméntate de ellas y disfruta con nosotros; las plantas que aquí crecen, por gozar de una brisa y de un clima más divino, antes de comerse tienen un olor agradable y después dejan un regusto de igual índole.

Y yo, haciendo caso inmediato a mi maestro, marché bajo el pino y recogiendo cuantas verduras estimé oportuno, hice un acopio de ellas. Y tras reunirme con el filósofo, al punto nos pusimos en marcha con nuestros portadores y nuestros adversarios. Y tras permanecer junto a la frontera del paraje iluminado y del sombrío por espacio de dos días con sus noches, al amanecer del tercero, al filo del canto del gallo —podía uno imaginarse—, tras levantarnos nos dirigimos al tribunal, y tras cubrir el trayecto con mayor rapidez, llegamos ante la tribuna de los jueces sin que nadie nos guiara.

La Aurora de peplo azafranado se expandía por toda la faz
[de la tierra[55].

Asclepio e Hipócrates, sentados junto a los jueces, hablaban y observaban qué sentencia se había dictado respecto de nosotros, al tiempo que ordenaban al heraldo que les llevara el acta del proceso celebrado tres días antes contra Nictíon y Oxibante. Y aquél, como era costumbre, dijo: «Los que hace tres días presentasteis una acusación contra

[55] Cf. HOMERO, *Ilíada* VIII 1, o XXIV 695.

Oxibante y Nictíon, compareced ahora para que se haga público el dictamen que emite hoy el divinísimo tribunal».

37 Y los ujieres, tomándonos a todos nosotros, acusadores y acusados, nos hicieron pasar y nos presentaron ante el tribunal. Y mientras el filósofo estaba pendiente de lo que se debía decir yo no paraba de dirigir la vista a Asclepio e Hipócrates. Y el rostro de Asclepio no lo vi, estaba cubierto por un velo con bordados de oro transparentes y que dejaba pasar la luz de modo que él podía verlo todo sin ser él visto por nadie, como llevado por la vana creencia de que era un dios, el muy loco.

Hipócrates parecía un árabe, con un turbante recto y acabado en pico que llevaba en la cabeza[56]. La túnica le llegaba hasta los pies, suelta y con bordado continuo toda ella, de una sola pieza. Su barba, caída hacia abajo, estaba canosa al cincuenta por ciento. Llevaba la cabeza rapada, como los estoicos; tal vez el propio Zenón tomó de él el rasurado, imponiéndolo como norma a los partidarios de su secta.

Mientras yo me fijaba en esos detalles el secretario presentó el acta y la iba leyendo para que pudiera oírse. Lo que estaba escrito era lo siguiente: «Timarión, hijo de Timonico, denuncia a Oxibante y a Nictíon; desde el principio hasta el final; tanto el análisis de los jueces como el aplazamiento de la sentencia hasta que comparezcan como asesores Hipócrates y Asclepio». Y una vez que el secretario dio fin a la lectura del acta, tras intercambiar en voz baja palabras Hipócrates y Asclepio, convocado también Erasístrato, se mantuvieron un rato en silencio, al cabo del cual Hipócrates, con la mirada crispada dice: «Nictíon y Oxibante, decidnos: ¿de qué enfermedad era entonces presa el alma de Timarión, y si estaba separada del cuerpo

[56] Cf. al respecto PLUTARCO, *Moralia* 340c.

cuando vosotros, arrebatándola por la fuerza mientras aún sentía atracción por su cuerpo, la trajisteis aquí abajo?».

Y los "necragogos" replicaron al cabo de un rato: «Nosotros, oh tú el más insigne de los médicos, no hemos cometido ninguna acción ilegal o inconveniente a vuestras reglas. Vosotros sois los que fijasteis esa regla en la vida, que no puede vivir ni nacer aquello que no participe de los cuatro elementos: sangre, flema, bilis negra y bilis clara. Y que si alguno de los seres vivos se ve privado de cualquiera de esos cuatro elementos ya no se puede seguir viviendo. De acuerdo con ello y cumpliendo el encargo que se nos ha dado en el mundo, después que vimos a ese pobre que durante treinta días con sus respectivas noches perdía sin parar toda la bilis, mezclada incluso con sangre, dedujimos por la ciencia que el hombre en cuestión no podía seguir viviendo, ¿dónde le iba a quedar un atisbo de ese humor que no paraba de vaciarlo durante tantos días? Y entonces no le arrancamos el alma del cuerpo de forma violenta, sino que acercándonos a sus narices con toda la educación y con una pequeña absorción tiramos de ella hacia arriba sin que opusiera resistencia, pues su cuerpo estaba ya hecho polvo por la crisis tan prolongada». 38

Así hablaban los "necragogos" que luego guardaban silencio. Y los ujieres nos dijeron: «Decid vosotros también rápido lo que tengáis que alegar para que se ausente del tribunal Asclepio, el dios más insigne de los médicos, que llevaba muchos años sin comparecer aquí y que por el rango divino que tiene intenta evitar los contactos con los hombres». Y el filósofo, abriendo la boca, se expresó en estos términos:

«Divinísimos jueces, patronos y jefes de los médicos; 39
acabáis de escuchar toda la sarta de paparruchas que han soltado por su boca los sinvergüenzas "mistagogos" esos, urdiendo de mala forma argumentos de retórica injusta

contra el alma. Y a partir de ahora se verá que han tornado el relato en su propia contra.»

Hipócrates, a continuación, se volvía y preguntaba al oído a uno de los introductores quién era y de dónde había salido el deslenguado y osado aquel que hablaba en defensa de Timarión. Y aquél le explicó todo al respecto, que había nacido en Esmirna, que se había criado en Bizancio y que ocupando allí 'el trono de la sofística' había llenado sus reinos de corrupción y que gozó de gran honra y cortejo por parte de los reyes. Eso es lo que le decía a Hipócrates el tipo aquel, que yo lo oía un poco.

Y el sofista replicó: «Los propios "necragogos" afirmarán que el cuerpo aún no estaba listo para la muerte. Pues un cuerpo que cabalgaba desde Tesalónica ¿cómo iba a estar para morir y no para vivir aún en condiciones? Además, las leyes de los muertos disponen que el alma se vea apartada, pero que eso se lleve a cabo según la observancia religiosa de cada muerto, de modo distinto para unos u otros; para los cristianos, por ejemplo, la bajada al Hades se cifra al cabo del trigésimo noveno o cuadragésimo día. Y ellos condujeron su alma aquí abajo, al Hades, sin tener en cuenta las normas religiosas establecidas». Y Nictíon gritó con vehemencia. «No había quien pudiera cumplir los deberes religiosos establecidos con Timarión; era un caminante y extranjero, y no tenía quien lo purificara conforme a los rituales religiosos».

«Pues aunque no hubierais tirado del alma por la fuerza habría que examinar ahora por parte de hombres escrupulosos el aspecto de ella; pues aún tiene adherencias de carnes, fruto de ser arrancada con violencia del cuerpo.»

40 Y al punto la entregaron para la inspección a cargo de «Oxiderción» y «Nictoleustes»[57], quienes tras examinarla

[57] Curioso juego de palabras en relación con los nombres de los

en su aspecto en su totalidad y parte a parte dijeron a los jueces: «El aspecto general del alma, inspeccionada en superficie, presenta un tono sanguinolento, como quienes esforzándose en la guerra rezuman sudor mezclado con sangre. Al observarla parte por parte, aparecen franjas teñidas de sangre pura que dan a ver aún algo de aliento vital. Y quedan adheridos algunos fragmentos de carnes, vivas y todas ellas teñidas en sangre.

Y el sofista volvió a hablar a voz en grito: «Ya tenéis, jueces, la información de mis palabras. Pues si de algún modo estaba sólidamente cogida al cuerpo, ¿cómo iba a vaciársele totalmente el cuarto elemento, ya que la naturaleza, como dicen los médicos más eminentes, con la pérdida de uno de los elementos entrega fácilmente también el alma? Que lo que se vació no era uno de los elementos vitales sino el alimento diario que forzosamente se separó por el ardor del hígado, parecido a la bilis y negruzco, se verá con claridad a raíz de un segundo examen. Pues efectivamente el alma de Timarión tiene la zona en torno al hígado toda carente de bilis, donde tiene lugar la producción de sangre. De ahí también que el alimento diario, corrompido y adoptando un aspecto bilioso, hacía también que la expulsión de los excrementos adquirieran un aspecto bilioso. Con lo que lo que expulsaba no era la auténtica bilis 'elemental' y pura sino los propios excrementos de rigor mezclados con bilis más abundante de la cuenta por la inflamación del hígado».

Esas fueron las palabras del sofista y los jueces estuvie- 41
ron en silencio durante un tiempo, al cabo del cual el heraldo ordenó guardar silencio en la sala. Los jueces deli-

necragogos. Estos inspectores se llaman ahora Oxiderción ('aguda-perspicacia'), frente a Oxibante ('rápido-camina') y Nicto-leustes ('que ve incluso de noche'), frente a Nictíon ('nochero').

beraban entre sí en compañía de los médicos insignes y mezclaron las piedrecitas, como era su costumbre, con habas; la votación fue favorable a nosotros y así constó en acta.

Y el sofista bizantino se había puesto en pie junto a ellos, apostado junto a la tribuna por su destreza y su rapidez para improvisar, de forma que yo también oí de boca de los ujieres estas palabras: «También ahora vas a ver, dicen, que él no va a tardar mucho en dictarle al secretario la sentencia».

Tras tomarse un pequeño descanso, los jueces, que habían mandado llamar al bizantino, acompañado también de Aristarco, le iban comentando punto por punto los pormenores de la sentencia. Y enseguida el bizantino dirigía la sesión, aunque susurraba la mayor parte de las palabras, pues aún no había abierto la comisura de los labios. Aristarco actuaba como secretario y Frínico como presidente. Y una vez entregada al secretario la sentencia completa se procedió a dar lectura pública de ella en estos términos:

«El divinísimo tribunal, formado por eminentes médicos y por el divinizado Asclepio, ha tenido a bien expulsar del cuerpo de "necragogos" a Oxibante y a Nictíon por haber transgredido las leyes de los muertos. Asimismo, devolver a Timarión a la vida, introduciendo su alma en su propio cuerpo. Y que cuando cumpla el tiempo fijado por el destino y luego que se le hayan rendido las correspondientes honras fúnebres, que descienda de nuevo al Hades en compañía de los "necragogos" que le correspondan».

42 Acabada en esos términos la sentencia, los jueces se levantaron y se disolvió el tribunal. Los jueces se marcharon a su lugar de siempre en el prado, y por otro lado del mismo caminaba con cierta parsimonia Asclepio en compañía de los médicos.

Los cristianos todos prorrumpieron en un grito de alegría al tiempo que daban saltos y abrazaban al sabio de Esmirna y veían signos de divinidad en las intenciones y los términos y la organización del discurso.

Los ujieres que nos llevaron volvían por el Hades. Pues a ellos se les encomendó nuestra devolución a la faz de la tierra. Así que ya de regreso íbamos caminando por los parajes tenebrosos de Hades cuando fuimos a dar con las moradas de los filósofos y sofistas.

Y nuestro sofista, agotado tanto del viaje como de la excesiva tensión de la preocupación, pidió a nuestros ujieres que nos quedáramos todos juntos allí, al aire libre, según el modo de vida de los filósofos. Y que al día siguiente, después de dejarlo junto a los filósofos, me devolvieran a la vida por el camino más corto posible. Así sucedió, y como dice el poeta:

los demás dioses y hombres que combaten en carro
dormían la noche entera, pero en mí no hizo mella el sueño
[profundo[58]

sino que en mi afán de conocer todo lo que hay en el Hades estuve depierto toda la noche, fijándome en cada detalle.

Vi a Parménides, Pitágoras y Meliso, a Anaxágoras y a 43
Tales y a los demás jefes de las diversas escuelas filosóficas sentados en actitud tranquila, charlando relajada y pausadamente, dialogando unos con otros respecto de sus doctrinas. A Diógenes lo tenían marginado y apartado de la reunión. Éste, a su vez, iba de acá para allá sin descansar los dos pies, con talante hosco y desafiante, y era capaz de llegar a las manos con todo el que se le pusiera por delante.

[58] Cf. *Ilíada* II 1-2.

Vi allí a Juan de Italia[59], que quería ocupar sede junto a Pitágoras, quien lo rechazaba con cierta sequedad, diciendo: «Vestido con el vestido de los galileos, sinvergüenza, que por lo que cuentan es divino y celestial —el bautismo, claro—, ¿pretendes alinearte con nosotros que basamos nuestras investigaciones en la ciencia y en la sabiduría silogística? Despójate, cuando menos, de ese vestido o apártate de nuestro círculo». Pero él no quería despojarse. Lo seguía también un hombrecillo de chicha y nabo, una escoria por decirlo de forma vulgar, ciudadano, muy ingenioso, un tanto bufón, que se metía con todos los que le salían al encuentro, en forma métrica, con versos yámbicos, de mente hueca, que prometía el oro y el moro y que engañaba a la chusma ignorante. Y por más que te lo topes no encontrarás nada de sabio ni de agradable en él. Parecía imitar el carácter de su maestro. Pues así era él también, calumniador, maldiciente, jorobado, autosuficiente y todo lo que de
44 ello se deriva. Además se topó con la horma de su zapato. Pues al acercarse al «perro» Diógenes e intentar tomarle el pelo, éste a su vez, acrecentando su inmodestia, cayó en una trampa sin darse cuenta. Pues Diógenes, sin aguantar sus impertinencias y como un perro ladrador, la emprendió a gruñir y ladrar; replicó el otro con ladridos (pues ansiaba él también la forma de vida «perruna») y se enzarzaron en una pelea. El italiota le mordía el hombro, pero Diógenes, agarrándole la garganta, habría sido capaz de estrangularlo si no es porque Catón el Romano, otro más echado a perder por los filósofos, apartó al italiota de la boca de Diógenes.

«Canalla, exclamó Diógenes; Alejandro, el hijo de Filipo,

[59] Resulta complicado decir quién es este Juan de Italia que se enzarza con Diógenes en una pelea barriobajera, y que es llamado también «escoria de Bizancio».

el que sometió toda Asia como si fuera una pequeña granja, acercándose a mí mientras tomaba tranquilamente el sol en Corinto, se puso a mi lado y me habló con un cierto respeto y una cierta deferencia. Tú en cambio, que eres la escoria de Bizancio, aborrecido por todos los galileos, te atreves a hablarme en tono arrogante?... ¡Por la filosofía cínica de la que he llegado a ser el exponente principal!, ¡como te atrevas a dirigirme la palabra una sola vez, te va a hacer falta una segunda tumba y una segunda muerte dolorosa!».

Y Catón, cogiendo a Juan de la mano lo apartó a un lado. Y cuando llegaron a las moradas de los rétores sofistas éstos, puestos en pie, comenzaron a apedrear a Juan diciendo: «Aparta a ése de nosotros, Catón, que no pinta nada aquí, pues no sabía ni una letra de gramática y era el hazmerreír cuando se ponía a escribir discursos». Y ése, objeto de las chirigotas e insultos despiadados por parte de todos, entre gemidos decía: «Aristóteles, Aristóteles» y... «¡Ay silogismos y sofismas...!, ¿dónde estáis?. Si estuvieras ahora a mi lado, derrotaría a esos filósofos y sofistas necios y al peor de ellos, al paflagonio Diógenes, vendedor de cerdos».

En estas llegó también el sofista bizantino y al acercarse 45
a los filósofos lo saludaban efusivamente: «Hola, bizantino», se dejaba oír con frecuencia. Pero, eso sí, hablaba con ellos de pie y ni ellos se sentaban con él ni él se mezclaba con ellos. Cuando pasaba por delante de los sofistas, éstos le dispensaban grandes honores; todos se levantaban a su paso y, o bien se sentaba en medio de todos cuando se detenía por propia iniciativa, o los presidía cuando se disputaban la cátedra; admiraban lo agradable de sus mensajes, lo dulce y lo claro de su dicción, lo sencillo, lo asequible y lo accesible de su discurso, familiar y adaptado a todo tipo de doctrina. «Oh, rey sol», le decían continuamente.

Esa invocación le había costado mucho trabajo conseguirla del rey, según supe yo tras preguntarle al respecto.

CIDIÓN.—¿Y qué, amigo Timarión?, ¿no vas a contarme nada de tu sofista de Esmirna, de qué reputación gozaba entre el círculo de sofistas?

TIMARIÓN.—No tenía mucho trato con aquellos jefes de escuelas filosóficas jactanciosos, a no ser para hacerles alguna pregunta o por algún asunto relacionado con las doctrinas filosóficas. Tenía, en cambio, el mayor trato con los famosos retores y sofistas: Polemón, Herodes y Arístides. Con ellos, que eran de su mismo estilo, trataba sin miedo y charlaba tranquilamente; le ponían en medio de ellos cuando pasaba por allí procedente de algún sitio y se sometían a su criterio respecto de esquemas, caracteres y actividades retóricas.

46 Eso es lo que pude discernir, amigo, en el breve lapso de una noche de verano, descansando desde por la tarde con el ujier y el sofista. Pero mientras ellos dormían yo iba escrutándolo todo punto por punto. Cuando se despertaron el sofista se acercó a mí y me levantó y me dijo: «Levántate, amigo Timarión, y vuelve de nuevo a la vida, pues no es mucho el tiempo que tienes para volver a ella. Procura enviarnos desde arriba lo que nos falta».

«Procuraré, repliqué, que lo mío llegue a ser tuyo. Pero dime qué es lo que necesitas de allí para que no desatendamos tus inquietudes; así que simplemente encárganos lo que quieres.»

«Envíanos, oh tú, un carnero de cinco meses, dos gallinas de tres años sacrificadas y bien cebadas, como las que venden los mercaderes de aves en el mercado, bien trinchadas al estilo de los vendedores que las rocían con un poco de grasa por la parte de la pechuga y la pegada a los muslos, y un cochinillo de un mes que aún mame, bien cebado.»

Esas fueron las palabras del sofista, quien abrazándome

y a mi lado aún añadió: «Que te vaya bien en tu camino de regreso a la vida. Anda pronto sano y salvo con los tuyos, antes de que la noticia llegue a Bizancio y de que tus parientes se llenen de lamentos por ti, que son muchos —lo sé bien— los que te quieren».

Tras separarnos de él, caminábamos con rapidez sin pararnos en nuestra carrera con cualquier pretexto. Al paso vimos a nuestra izquierda a Filáreto de Armenia y a Alejandro de Feras y al pérfido Nerón removiendo excremento humano, cuyo mal olor llegaba hasta la salida[60].

Llegamos, pues, a la embocadura y al punto, siguiendo al ujier sin obstáculo alguno, atravesamos la embocadura y subimos hasta el aire puro y, por fin, vimos la Pléyade y las Osas.

Y yo no sabía a dónde dirigir mi maltrecho cuerpo; 47
como soplaba el viento me dejé llevar a impulsos suyos hasta llegar cerca del río y reconocer la casa en la que yacía mi cuerpo. Y en compañía del ujier desde el río, tras alejarme de él, me introduje por la ventana del tejado que se articula en los hogares para la salida de los humos. Y ajustándome bien me metí en mi cuerpo a través de las narices y la boca. Tenía demasiado frío, debido al rigor del invierno y, sobre todo, al de la «necrosis». Aquélla, desde luego, me pareció una de las noches en que uno tirita de frío. Y a la mañana siguiente, convenientemente pertrechado, tomé el camino de Bizancio.

Y aquí me tienes, sano y salvo, querido Cidión, y ya ves que te cuento mis cosas. Tú mira a ver si encuentras a algunos «recién muertos» a quienes les encarguemos llevarle al sofista lo que nos ha pedido. Pero ojo, no vayan a ser hombres respetables y de vida digna, a los que el encargo les moleste, sino más bien a alguno de los andrajo-

[60] Cf. Plutarco, *Moralia* 567 y sigs.

sos paflagonios que viven por los mercados, a quienes les parecerá una ventaja el ser enviados al Hades con carne de lechón. Pero... es ya hora de dormir, así que separémonos, curioso Cidión, y vayámonos a casa.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ABREVIATURAS

Pod. = *Podagra*
Herm. = *Hermótimo o Sobre las sectas*
Prom. = *Al que dijo: «Eres un Prometeo»*
Alción = *Alción*
Barco = *El barco o Los deseos*
Ocy. = *Ocipo*
Cin. = *Cínico*
Diál. Muert. = *Diálogos de los muertos*
Diál. Mar. = *Diálogos marinos*
Diál. Dios. = *Diálogos de los dioses*
Diál. Het. = *Diálogos de las heteras*
Patr. = *El patriota*
Carid. = *Caridemo*
Nerón = *Nerón*
Epigr. = *Epigramas*
Timar. = *Timarión*

ÍNDICE GENERAL